EL
CHARLATANISMO SOCIAL

POR

EL R. P. FÉLIX

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

OBRA TRADUCIDA

POR

D. JOSÉ M. CARULLA

Director de «La Civilizacion»

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, *Campomanes*, 10
1885

PARIS
A. ROGER Y F. CHERNOVIZ
7, Rue des Grands Augustins, 7

PARIS
CH. BOURET
23, Rue Visconti, 23

MADRID 1885.—Imp. de José Perales, Travesia de San Mateo, 4.

TABLA DE MATERIAS.

Págs.

Algunas palabras al lector. v

CAPÍTULO PRIMERO.

De la riqueza considerada como remedio universal para el mal social, ó el siglo ante el Socialismo. 1

CAPÍTULO II.

La Ciencia ante el mal social. 48

CAPÍTULO III.

La Filosofía ante el mal social. 102

CAPÍTULO IV,

La Economía moderna ante el mal social. 152

CAPÍTULO V.

La Caridad-Justicia ante el problema social. 236

CONCLUSION. 277

ALGUNAS PALABRAS AL LECTOR.

¿El charlatanismo social?

¿Qué se debe entender por este título, que podrá encontrar alguno, á primera vista, un poco extraño? Entendemos por él, amado lector, el empirismo moderno predicando en medio de nosotros la *infalibilidad* de sus remedios humanos, para curarnos de nuestro Socialismo, es decir, de nuestro mal social: infalibilidad quimérica, cuya futilidad absoluta nos proponemos demostrar, en este libro, segun la medida de nuestras fuerzas.

¡Pero qué! ¡Aún el Socialismo!... ¡Aún el mal social!... ¿A qué fin este tema que parece gastado, y esta polémica que parece pasada de moda?

—Porque el Socialismo existe, y porque asimismo el mal social existe; uno y otro más extendidos, más profundos y más amenazadores que nunca.

Es verdad que el Socialismo cambia indefinidamente sus formas y denominaciones. Como todo gran sistema de error, se fracciona y se vuelve á fraccionar; se divide y se vuelve á dividir. Esta universal herejía social que se llama Socialismo, imita en sus variaciones las variaciones del protestantismo, universal herejía religiosa.

Empero, bajo sus formas que siempre cambian, y bajo sus denominaciones diversas de contínuo, llámese «colectivismo,» «posibilismo,» comunismo, «anarquismo» ó nihilismo, en el fondo siempre se halla la misma cosa, es decir, el Socialismo; el Socialismo siempre vivo, que se agita hoy más que nunca; el Socialismo, que por todos sus movimientos y por todas sus tentativas, procura sacudir los fundamentos del orbe social.

Inútil es, bajo este punto de vista, cerrar los ojos para no ver nada, y los oidos para nada oir; el mal social existe; vive, se agranda y amenaza producir la muerte de la sociedad que lo lleva en su seno; mal en efecto tanto más mortífero, cuanto, como todo mal que amenaza de muerte próxima,

ya que no de muerte repentina, va directamente al mismo corazon de la sociedad por la pasion que lo hace vivir, siendo la más antisocial de todas las pasiones; la pasion del *odio*.

¿Quién no sentirá, en el soplo del ódio social, la respiracion del mónstruo este, que acecha su presa esperando la hora, dispuesto á devorarlo todo?

Así, el Socialismo, que se anunciaba como el remedio soberano para el mal que sufre la sociedad, es él mismo por excelencia el mal de que pretendia curarla. Bajo este punto de vista, no sólo se puede decir que peor es el remedio que la enfermedad, siendo preciso añadir: el remedio es el mal mismo, y todo lo que haga el Socialismo, á fin de curar la sociedad, agravará el mal que sufre.

¿Quién, por consiguiente, podrá curarnos del Socialismo, esta lepra social que nos roe cada dia más? ¿Quién podrá extinguirlo, suprimiendo su razon de ser, es decir, encontrando soluciones pacíficas, pero eficaces, á los problemas que plantea sin poderlos resolver?

Ya demostramos en un libro precedente, cómo el Cristianismo contiene en su organizacion y en su dogma la única solucion suficiente para el terrible problema social, y que sobre todo por su divina doctrina de la *caridad*, de la *fraternidad*, de la *igualdad* y de la *solidaridad*, plantea en el órden social el principio de todas las soluciones saludables, verdaderamente fecundas (1).

Mas, áun fuera de las influencias directas del Cristianismo, ¿no hay, para los problemas que se plantean, otras soluciones adecuadas? ¿No existen para el mal social otros remedios eficaces?

Lo han creido algunos hombres, y, no obstante las lecciones de la experiencia, revelando cada dia más la insuficiencia y frecuentemente hasta el peligro de sus remedios, hombres hay que lo creen aún, ó que á lo ménos afectan creerlo; tales pretendidos curadores, por sus expedientes, por sus ensayos y por sus paliativos, siempre inútilmente renovados, ruedan, con la

(1) Véase el *Cristianismo y Socialismo*.

sociedad enferma, en un círculo cerrado, en el cual el sufrimiento conduce al sufrimiento.

Aquí es donde se revela con toda luz, sobre todos los caballetes de la publicidad contemporánea, lo que no temo llamar *el Charlatanismo social.* Veis venir sucesivamente á todos los experimentadores con sus tópicos: tópicos *necesarios*, y tópicos *únicos*, siempre proclamados *infalibles.* Oidlos: tienen todos el secreto de curar este gran herido que es nuestro propio siglo.

—Yo, dice un sábio, tengo en la ciencia la solucion del enigma social, que atormenta y espanta á la humanidad viviente.

—Yo, exclama el economista, tengo en los progresos de nuestra Economía moderna el medio material, pero infalible, de disminuir y áun extirpar pronto la miseria, arrancando del cuerpo de la sociedad viva el cáncer del Socialismo.

—Yo, exclama el filósofo, hallo en mi filosofía el secreto de abrir las almas á la donacion voluntaria de los bienes, y de suprimir mediante tal libre donacion, el an-

tagonismo entre los ricos y los pobres, causa permanente de las agitaciones del Socialismo.

—Yo, dice otro, soy filántropo, y tengo en mi filantropía el secreto humanitario de hacer cesar la guerra entre el propietario y el proletario, entre el patron y el obrero, entre los que poseen y los que no poseen.

—Yo, dice un político, soy legista y hombre de Estado: tengo, en la autoridad de la ley y en la beneficencia legal, el medio absolutamente eficaz de matar el pauperismo, y con él, como consecuencia, el Socialismo, fruto natural del pauperismo.

—Yo, dice un sexto, soy el hombre de la justicia: niego la caridad, ó solamente reconozco capaz de remediar el mal social á la caridad que se hace en el nombre de *derecho*: proclamo la *caridad-justicia*, y llamo, como medio único de salud, la reivindicacion popular y la liquidacion social.

—Yo, dice un séptimo, iniciado, por diversos títulos, en las necesidades del mundo de los trabajadores, sé que la cuestion obrera encierra el enigma de la cuestion social, y he hallado en ella la solucion por la or-

ganizacion del trabajo y la union de los trabajadores.

—Yo, dice al fin el hombre de la violencia, el socialista de la tea y del puñal, convencido de la inutilidad de los otros medios para establecer la igualdad humana y el equilibrio social, sólo veo en la *fuerza* el secreto de restablecer, por la liberacion del pueblo y la destruccion de las tiranías que le oprimen, la verdadera armonía social en el seno de la justicia popular.

Tales son, si no padezco error, los principales remedios que proponen todas las «especialidades» de la medicina ó de la terapéutica social, para curarnos de nuestro mal; á todos estos empíricos, doctores en ciencia social, ó, como lo dicen ellos en su lengua, en *sociología*, les podeis oir gritar desde todas partes á nuestra sociedad enferma: «¡Toma mi remedio! ¡Sin mi remedio, no hay salvacion! ¡Sin mi remedio, la decadencia! ¡Sin mi remedio, la ruina! ¡Sin mi remedio, la muerte de la sociedad!» Estos maravillosos específicos, capaces de curarnos de todos los males y del social especialmente, se despachan en nuestros cur-

sos, en nuestras escuelas, en nuestras reuniones populares, en nuestras academias, y hasta en nuestras tribunas parlamentarias.

¿Qué debe pensarse de la eficacia de tales remedios, y de las promesas de los que los enaltecen?

Ciertamente (queremos reconocerlo) en algunos no todo debe desdeñarse de la propia manera. Empero un vicio radical los alcanza y á todos los condena tambien á la ineficacia; es que todos hacen abstraccion, cuando no se oponen á ello directamente, de lo único que puede dar á sus remedios el poder de curar: hacen abstraccion de toda verdad dogmática y de toda virtud moral: hacen abstraccion del alma, abstraccion de la religion y abstraccion del mismo Dios.

Esto explica principalmente por qué todos estos remedios, sean los que sean, lejos de poder curarnos, tienen sólo eficacia para agravar nuestros males, y por qué cuantos los inventan condénanse á dar vueltas con la sociedad toda en un círculo de decepciones, dolores, convulsiones y revolucio-

nes: círculo sin salida posible, porque cierran la puerta única, por la cual podrían salir, á saber, el propio Cristianismo, que se obstinan en rechazar.

Queremos poner de realce, con razones que juzgamos sólidas, y con demostraciones que nos parecen irrefutables, la insuficiencia, la impotencia, y áun para muchos, el peligro de los remedios que acabamos de enumerar. Osamos creer que de cada una de nuestras demostraciones saldrá, como ineludible consecuencia, y como conclusion práctica, la necesidad urgente de recurrir, para la salvacion del órden social, á las soluciones divinas, y principalmente al gran remedio divino señalado en nuestro volúmen: *Cristianismo y Socialismo*.

Cuando quieren aportar, en el órden político, una mejora que juzgan tan apremiante como saludable, nuestros legisladores demandan ordinariamente, á favor de la proposicion que lleva su patriotismo á la tribuna, lo que llaman la *urgencia*; esto frecuentemente cuando se trata de la ménos importante y de la ménos urgente de las cosas.

¡Pues bien! Hé aquí, en el órden social y en la situacion en que nos hallamos, la grande y suprema urgencia que pedimos: urgencia de aplicar sin dilacion al cuerpo social el remedio divino, ante la impotencia é ineficacia manifiestas de todos los remedios humanos.

Empezaremos mostrando, en un capítulo preliminar, la impotencia y el peligro del remedio general, al que todo el siglo, conspirando en esto más ó ménos á ciencia cierta con el Socialismo, pide la salud de la sociedad, á saber: *el acrecentamiento indefinido de la riqueza en el seno de la humanidad nueva.*

Este capítulo, llamado preliminar, sin tomar directamente aparte ninguno de los medios enunciados más arriba, someterá todo el siglo á proceso, sirviéndonos como de introduccion y de punto de partida para las demostraciones que deberán seguir.

P. Félix.

DEL CHARLATANISMO SOCIAL.

CAPITULO PRIMERO

De la riqueza considerada como remedio universal para el mal social, ó el siglo delante del Socialismo.

Antes de venir á los remedios indicados por todas las «especialidades» de la ciencia social, parece oportuno examinar el invocado por todos, como una especie de panacea para el mal que nos roe.

Los socialistas son los primeros que han ensalzado este remedio en todos los tonos y con todas las fórmulas. Empero no son los únicos: con ellos los economistas, los sabios, los filántropos, los políticos, los legistas, los comunistas, y los mismos filósofos lo invocan, más ó ménos directamente, y lo ensalzan con más ó ménos ruido; en una palabra, todo el siglo lo llama, lo preconiza, y lo exalta como el remedio único al mal que sufre: este remedio es el *acrecentamiento indefinido de la riqueza;* es la riqueza haciendo desaparecer dia por dia y hora por hora, ante su marcha acelerada y su reino que se difunde, lo que señalan todos como el mal social por excelencia, á saber: la *miseria.*

Al oirles, este desenvolvimiento indefinido de la riqueza, y esta disminucion igualmente indefinida de la *miseria*, deben hacer que desaparezcan, entre las dos cosas estas, el contraste monstruoso, así como el escándalo y el peligro de la sociedad moderna; deben colmar el abismo abierto por todas las corrientes del siglo entre los grandes y los pequeños, entre los propietarios y los proletarios, entre los que poseen y los que no poseen; en una palabra, entre los ricos y los pobres.

El pensamiento de borrar este contraste y de colmar este abismo fué, desde los albores, si no la causa radical, á lo ménos la causa ocasional de que apareciera el Socialismo.

El remedio universal al mal de la sociedad, el resorte principal del progreso social imaginado por el Socialismo, desde su aparicion primera, es este mismo efectivamente: *el acrecentamiento indefinido de la riqueza y la abolicion definitiva de la miseria*, en la humanidad nueva.

Tal fué la fórmula célebre dada como la verdadera fórmula del progreso social por el «saint-simonismo,» el «fourrierismo,» el comunismo y todas las variedades del Socialismo. La realizacion de esta fórmula, en todos los pueblos ilustrados por la revelacion nueva, era el paraiso, el único paraiso, que prometian á cuantos sufren, y á todos los desheredados del mundo este, los apóstoles entusiastas de tal pretendido reino de Dios.

Mas preciso es osarlo decir; no son únicamente los teóricos del Socialismo y sus fanáticos após-

toles: es el mundo moderno. El movimiento general del siglo ha llevado é impele aún á la realizacion de tal fórmula llena de promesas, pero más aún llena de amenazas para el porvenir. Bajo este aspecto, todo el siglo y áun el mundo espantado por el Socialismo, es más ó ménos cómplice del Socialismo, y por lo tanto más ó ménos responsable de los desastres que amenazan á la sociedad por este movimiento contemporáneo.

¡Ojalá contribuyan las consideraciones que se van á leer á abrir los ojos del siglo este, aún ciego para el mal que no cesa cada dia de hacerse á sí propio, y, si lo puedo decir, para los abismos que abre bajo nuestros pies!

Con este fin queremos mostrar ante todo, en el vasto movimiento que nos conduce á la conquista ilimitada y al aumento indefinido de la riqueza, la grande *realidad*, el grande *error* y la grande *amenaza* del tiempo presente.

I.

Desde luego lo que hiere aquí á todo el que observa bien las señales del tiempo, es el inmenso remonte hácia la riqueza, que constituye lo que llamo la gran *realidad* del siglo presente: vuelo prodigioso, aunque amenazador, donde toda la sociedad se hace, muy de corazon y sin soñarlo siquiera, cómplice del gran enemigo de la sociedad que se llama el Socialismo.

Si vamos al fondo del Socialismo práctico, y si,

haciendo un instante abstraccion de los afrentosos proyectos que meditan hoy sus sectarios más audaces, inquirimos la última palabra de sus ambiciones, llegamos por necesidad al descubrimiento este: el Socialismo sueña y pide, como medio necesario para la felicidad que promete, no sólo el aumento progresivo de la riqueza, sino la universalidad de la riqueza: la riqueza para cada uno y para todos; la riqueza convertida en popular. No sólo pretende proscribir del mundo lo que llama la miseria, la extrema miseria, pretension seguramente muy legítima; pretende desterrar asimismo, de absoluta manera, la simple *pobreza*; persigue con sus anatemas esta cosa absolutamente inevitable que ha recibido y recibe aún la consagracion doctrinal y práctica del verdadero cristianismo: la pobreza; pobreza involuntaria, y áun pobreza libre. Dice: «*todos seremos ricos*, y la riqueza, convertida en universal, será la solucion del problema social.»

Tal ilusion entrevió el Socialismo naciente en sus primeros sueños; sueños dorados, pero engañadores, de que aún no ha despertado enteramente, y que subsisten en él como una seduccion de que no se puede defender, ó más bien como una dolencia de la que nadie le puede curar.

En este sentido, ¡cuántos hombres de nuestro tiempo, sin ir demasiado atrás, han hecho y hacen causa comun con el Socialismo sin desearlo, y quizás sin saberlo, procurando con todas sus fuerzas y por todas sus influencias el acrecentamiento indefinido y el vuelo inmoderado de la riqueza!

Hé aquí por qué insisto á fin de hacer constar bien, ante todo, la gran *realidad* contemporánea que, desde un cabo del mundo hasta el otro, y en nuestra Francia particularmente, agrava nuestro mal social, acelerando el movimiento socialista.

En efecto, ninguno puede ignorar que dicho vuelo inmoderado hácia un acrecentamiento indefinido de la riqueza, considerada como resorte del progreso social, es el movimiento *real* de la época presente. Hace mucho tiempo todo en nosotros impele y precipita de dia en dia por la pendiente donde rueda este carro brillante de la riqueza, cuya marcha rápida nos conduce á los abismos, ó amenaza precipitarnos en el fango.

Tres cosas sobre todo aceleran tal marcha peligrosa: las ideas, las palabras y las ambiciones. Tal es la triple tendencia de la ciencia, de la literatura y de la accion contemporánea, considerada en su vasto conjunto.

Observad desde ahora que allí está la *idea* más dominante de nuestro tiempo; ved cómo la ciencia contemporánea impele al desenvolvimiento y al reinado de tal idea, y comprendereis sin pena que tal idea dominante y tal ciencia contemporánea conspiran aquí, en lugar de contenerle, con el movimiento socialista, y agravan, en vez de curarlo, el mal que sufrimos.

Existe una ciencia que ha tomado, en los tiempos nuevos, una grande importancia; demasiado grande, puede ser, por lo que hace á las otras esferas de la humana actividad. Esta ciencia, de que más direc-

tamente hablaremos despues, se llama la *Economía:* ciencia reputada nueva, pero, en sus datos esenciales, mucho ménos nueva de lo que se piensa.

Apresúrome á decirlo: la Economía, llevada á su verdadero destino, y contenida en sus límites naturales, es, en la general armonía de la ciencia, una rueda que tiene su sitio y su mision marcada por la Providencia. Bien comprendida, se puede definir poco más ó ménos: «El conocimiento especulativo y práctico de las verdaderas relaciones del hombre con las cosas materiales, creadas ó inventadas para la satisfaccion de sus verdaderas necesidades.»

Considerada bajo este punto de vista elevado, la Economía verdadera, tal como Dios la quiere, y como la humanidad la llama, estriba en descubrir las relaciones naturales entre las verdaderas necesidades del hombre y los bienes creados para satisfacerlas; el ideal de una Economía verdaderamente social, sería, en el órden material, la expresion más exacta posible, por las realidades y los hechos, de tales relaciones armoniosas.

Así comprendida, tiene su razon de ser. En su esfera puede constituir un resorte de progreso, y nada tiene de comun con el movimiento general que señalo, en este siglo, cómplice y auxiliar del movimiento que nos conduce al Socialismo. Mas, para comprender cómo esta cosa, en sí muy legítima, concurre á impelernos al abismo, necesario es comprender cómo la Economía contemporánea no cumple su mision providencial entre nosotros.

Es que, muy lejos de preocuparse del problema

único que debe procurar resolver, ó sea, realizar la ecuacion más aproximativa posible entre las verdaderas necesidades de la naturaleza humana y los bienes materiales, pierde por completo de vista tal fin marcado por la Providencia, para preocuparse casi exclusivamente del problema grosero y del fin «antisocial» y «antiprovidencial» que sigue: *realizar en el género humano la universalidad de la riqueza;* preocupacion más sensual que racional por la que, dejando atrás el fin de su mision, exagera y lánzase á lo imposible ó á la extravagancia.

Ahondad hasta el fondo las realidades vivientes del mundo económico; recorredlas en todas las esferas, examinadlas en todos sus detalles y abrazad todo su conjunto. Advertireis el hecho siguiente: en el mundo donde se remueven, con actividad prodigiosa, todas las actividades del mundo de los obreros y de los trabajadores, todo, en la teoría y en la práctica, tiende al mismo fin; producir la riqueza y multiplicarla indefinidamente. A cualquiera pregunta que dirijan á la Economía, tan ocupada, tan jadeante y tan ambiciosa, da en todas partes y siempre la misma invariable contestacion: ¡Riqueza! ¡Riqueza!....—¿Qué buscas?—La riqueza.—¿Qué quieres? —La riqueza.—¿Qué pretendes realizar sobre la tierra?—La riqueza para cada uno, y la riqueza para todos; la riqueza universal, y áun la riqueza popular.

Todas las definiciones de la Economía no concuerdan enteramente sobre todos los puntos; no tienen todas el mismo valor filosófico, ni la misma

precision lógica, ni la misma significacion moral, ni el mismo alcance metafísico. Mas, en el fondo de todas, existe una palabra que se repite, ó más bien que se desborda sin cesar, y en la que todas las definiciones tan diversas y sobre tantos puntos tan discordantes, se ponen perfectamente de acuerdo: crear, producir y multiplicar la riqueza.

Oid á esta Economía definiéndose á sí propia, y afirmando ella misma su ambicion soberana, como tambien su objeto exclusivo.

«La Economía, dice un autor, es la reunion de las observaciones hechas hasta el dia presente sobre la produccion y la distribucion de la riqueza.»

«La Economía, dice aún más claramente otro, es la ciencia ó el arte de tratar la materia, á fin de hacerla producir la riqueza.»

Estas dos definiciones pueden ocupar el sitio de las restantes. Efectivamente todas, en términos más ó ménos exactos, y en fórmulas más ó ménos concertadas, dan el oráculo mismo: producir la riqueza y aumentarla: en una palabra, hacer una humanidad dichosa haciendo una humanidad rica, y lo más rica posible.

En esto consistió la gran desviacion, y la desgracia de la Economía moderna. Dilatada por el soplo del materialismo y del sensualismo contemporáneo, se ha puesto á enaltecer sobre toda medida su importancia y su mision en la sociedad. Todas sus invenciones y todas sus industrias, todas sus especulaciones, todas sus teorías y todas sus utopias hacían abstraccion completa del *alma* del hombre: todos

sus esfuerzos limitábanse á resolver, fuera de toda doctrina moral y religiosa, el problema de la felicidad material. Se creó la vocacion exclusiva de procurar al hombre, por el desarrollo de la riqueza y el perfeccionamiento de la materia, la felicidad de los cuerpos. No quiso ver en el hombre sino un instrumento de goce; una capacidad para gozar cada vez más. Desconociendo en él la vitalidad del espíritu para ver en él sólo la vitalidad de los sentidos, obligada creyóse á trabajar, no solamente para satisfacer en una justa medida, sino para «sobreexcitar» sin medida en todas las muchedumbres la facultad del goce. Olvidó esta verdad elemental en Economía; que no existe problema económico, aunque sean directamente su objeto las satisfacciones del cuerpo, que no toque al alma por alguna parte, y que la solucion última de todas las cuestiones del órden material está, no en el órden material mismo, sino en el órden moral.

Un escritor, cuya muerte prematura deploramos, M. Antonino Rondelet, ha desenvuelto esta verdad elemental en una obra, que todo economista deberia tener en las manos.

En una palabra, la Economía, que pudiera ejercer entre los hombres una mision social y perfectamente racional, se hizo «antisocial» haciéndose sensual: convertida en el instrumento más activo del sensualismo contemporáneo, compelió al mundo moderno al reino ilimitado del goce, y, como medio del goce, al acrecentamiento indefinido de la riqueza.

Así es como, conspirando con el movimiento so-

cialista de nuestro siglo, esta Economía, sensualista por todas sus tendencias, vino á ser mny pronto, en el pensamiento y en las manos del Socialismo, el gran instrumento y el supremo resorte del *progreso social*, segun lo habia imaginado y segun pretendia realizarle. Materialista, positivista, panteista y ateo en sus apóstoles más famosos, abrazaba naturalmente y como por necesidad el sensualismo económico, brotando como un hecho espontáneo de sus propias doctrinas.

Los ardidos novadores so se pararon ahí: pretendieron impeler hasta lo imposible el movimiento económico ya dado, siempre afectando hipócritamente repudiar las *teorías de los economistas*. Acometieron la empresa de convertir la Economía, no sólo en una potencia secundaria, obrando en su dominio particular, sino en una especie de omnipotencia y de realeza universal en el mundo moderno. La Economía propiamente llamada *socialista* aspira á ser la reina del mundo. Colócase con audacia en el centro del dominio científico, y osa decir á la filosofía, á la moral, á la historia, á la metafísica y áun á la teología, lo que dice el centro á todos los puntos de la esfera, atrayéndolos á sí: «Venid á mí; soy el eje del mundo moderno; soy toda la fuerza, toda la ciencia, toda la armonía, todo el porvenir del mundo nuevo que va saliendo diariamente de las ruinas del mundo antiguo.»

Esto podría parecer una exageracion de la realidad, ó una fantasía de mi propio pensamiento. Es preciso citar, y cito á este propósito uno de los mas gran-

des oráculos de la Economía socialista. «La Economía es al propio tiempo una teoría de las ideas, una teología natural y una psicología, La Economía es para mí la forma objetiva de la metafísica; es la metafísica en accion; la metafísica proyectada sobre el plan de la duracion; todo el que se ocupa en las leyes del cambio y del trabajo, es verdaderamente metafísico (1).»

El mismo autor añade:

«Estudiando los diversos problemas á que da lugar el *crédito*, acaba uno de convencerse de que la verdad filósofica de la historia está en el desenvolvimiento de las fases económicas, y se vé decididamente aparecer la constitucion del *valor* como el eje de la civilizacion (2).»

Hé aquí la ciencia económica tomada en su sentido más grosero y más ambicioso, más vulgar y más pretencioso, ¡la ciencia económica segun la puede comprender y practicar un ateo; la Economía socialista y sensualista; vedla trasformada en teología, en psicología, en metafísica, en filosofía de la historia, y en lo que lo resume todo: en el *eje de la civilizacion!*

Toda vez que, como hemos hecho notar, la esencia, el objeto, el fin y la ambicion de la Economía es la riqueza, y sólo la riqueza, resulta que, segun esta sabiduría, extravagante verdaderamente, la riqueza es el todo en nuestra humanidad, estribando todo el

---

(1) Proudhon. *Contrad. Econom.* (I. p. 40-43.)
(2) *Ibid.*

progreso, toda la grandeza, todo el saber, toda la dicha, toda la moral y toda la religion del hombre en *ser rico*, y lo más rico posible.

Para cualquiera, en efecto, que ha escuchado el ruido de las ideas contemporáneas, y seguido entre nosotros el movimiento general de la ciencia económica, evidentemente todo el movimiento nuevo de esta ciencia desviada se puede compendiar en el simple resúmen siguiente:

«El resultado de la ciencia social debe ser el aumento progresivo de la dicha de los hombres. ¿Qué cosa es la dicha? Consiste la dicha en gozar. Por consiguiente, á fin de agrandar la dicha, es menester agrandar los goces. Mas, ¿qué cosa es gozar? Gozar es satisfacer deseos y saciar necesidades. Por consiguiente, dice la ciencia nueva, á fin de agrandar las necesidades, y con las necesidades, la dicha, es preciso agrandar y desenvolver indefinidamente las necesidades. De donde brota la siguiente consecuencia: el medio universal del progreso social es el resorte que debe agrandar de contínuo en los hombres, con las necesidades y los deseos, el poder de gozar. Ahora bien; lo que debe agrandar y desenvolver indefinidamente las necesidades de la humanidad es el vuelo indefinido de la riqueza; es el trabajo organizado de manera que la riqueza, por él producida, sea siempre, no sólo *igual* sino *superior* á la realidad de las necesidades, á fin de poder al propio tiempo satisfacer las necesidades existentes, y suscitar, con las necesidades siempre nuevas, goces siempre nuevos.»

Tal es la grande idea que se agita en el fondo del

presente siglo sensual; la riqueza colocada como medio universal y supremo del progreso de las sociedades, es decir, como resorte de la vida social. Por la organizacion de todas las fuerzas hacer que la riqueza, de contínuo en aumento, llegue á ser para *todos* y para cada *uno*, un acrecentamiento indefinido de goce. Tal es la idea madre de la ciencia contemporánea; pero muy especialmente de la ciencia socialista, que preséntase como la verdadera ciencia social: todas las potencias del hombre conspirando á crear la riqueza, para convertirla en instrumento de la felicidad, es decir, del goce del hombre.

Así, desde las alturas donde la ciencia contemplaba el ideal y lo inteligible ante todo, su mirada ha caido en este mundo de las realidades palpables. Nuestro génio, que subia, sublime y radiante, al cielo de las ideas, plegando de pronto sus alas, ha descendido sobre la tierra, donde, tomando la materia en sus manos y profundizándola con sus miradas, ha dicho: ¿Cómo haria yo salir de esta porcion de materia, con un aumento de riqueza, un goce más?

Tal es la palabra última de la ciencia «anticristiana» en el siglo diez y nueve; tal ha salido de los santuarios donde pronuncia sus oráculos. No digo que tal es la palabra de todos los apóstoles de la Economía contemporanea. ¡Ah! ¿Qué importa que tal ó cual oráculo de la ciencia económica haya dicho ó no haya dicho semejante palabra? Dícela sin duda la propia voz del siglo. Es el siglo fascinado por la ilusion que lo engaña; es el siglo que no lo-

gra ver el riesgo que le amenaza; es el siglo llamando, para curarnos del mal, el mismo mal: terapéutica que denomínase á sí misma muy avisada, y terapéutica extraña como nunca se vió: especie de homeopatía social que pretende curarnos del Socialismo haciendo Socialismo.

Sería preciso permanecer muy extraño á las preocupaciones del tiempo presente, para no vislumbrar, como se contempla el sol, que, sobre todo hace un siglo que cumplirá pronto, las ideas corrientes soplan por este lado, y que la ciencia, bajo este aspecto, conspira con las ideas.

Este viento de las ideas, y este movimiento de la ciencia económica que impelen á las inteligencias, dirigen en el propio sentido el movimiento de todas las cosas; pero estas dos muy particularmente: de las *literaturas* y de las *ambiciones* contemporáneas.

¿Quién podria no vislumbrar que nuestras literaturas vienen á ser cada vez más la fiel expresion, y, al mismo tiempo, la veloz aceleracion de la idea del siglo presente? ¿Acaso en su conjunto, salvo algunas bellas excepciones, nuestra literatura no refleja, bajo el punto de vista en que nos hallamos, la verdadera fisonomía del siglo presente? ¿Acaso, por todas las voces que hace hablar, como el siglo y con él, tambien no busca el aumento indefinido de la riqueza? ¿Acaso no lo sigue asimismo, y no lo empuja cada vez más, en la marcha descendente que hácia la materia rebaja la sublimidad de nuestros pensamientos? ¿Acaso, en sus formas diversas; en la novela, en el drama, en la poesía, en el libro, en la

revista, en el periódico, en una palabra, en las diferentes expresiones de la inteligencia y bajo todas las formas del pensamiento, no lleva cada vez más el sello del siglo presente, donde todo llama, elogia y exalta estas dos cosas: riqueza y goce; goce y riqueza?

¡Ay! Veo al idioma francés tan eminentemente espiritualista; á este idioma cándido y franco que parecia hecho *ad hoc* para expresar lae cosas del alma y del espíritu; á este idioma en que los Bossuet y los Fenelon hacian irradiar la inteligencia y el genio, como un puro y espléndido sol, cada dia impregnándose más del grosero sensualismo que deshonra el siglo presente, llegando, con nuestros pensamientos, á las bajas regiones donde se complace nuestro genio.

Como la estátua de Memnon, nuestra literatura, herida por el sol del siglo, suena, por decirlo así, á metal, y, corrompida en su forma, como desviada está de su objeto, se trasforma cada vez más en un *arte literario de hacer su fortuna*, ó mejor dicho, en el *vil oficio de hacer oro*.

Es preciso reconocerlo, ante la realidad que se impone: la literatura que, fiel á su mision y á su destino, sólo debería ser la expresion sincera de los sentimientos generosos y el eco sonoro simpático de la verdad resonando en las profundidades del hombre; la literatura, que vive de fé y no de cálculo, no de la especulacion, sino de los entusiasmos; la literatura, que el genio católico nos muestra, en sus más célebres representantes como la irradiacion de las inteligencias privilegiadas, y como el mejor per-

fume de los corazones escogidos; la literatura, en fin, que sólo debe ser el fruto espontáneo de las grandes y bellas almas, dilatándose para difundirse y enriquecer á la humanidad con sus dones más preciosos; la literatura, cayendo, se ha trasformado en el *oficio de hacer oro*. Es demasiado dichosa cuando no da en un comercio aún más deshonroso, donde paga el oro del lector, en vez del genio, la *corrupcion* del escritor: ¡profanacion vergonzosa, en que vemos rebajar hasta el tráfico el ministerio de la palabra humana, la más sublime que sin duda existe, despues del ministerio de la palabra divina!

Allí está la corriente de nuestras literaturas concontemporáneas. Ciertamente me considero dichoso de reconocer ilustres excepciones en este movimiento de la prensa y de la literatura mercantil y traficante, que corre á la riqueza por la depravacion; mas sostengo que allí está la corriente que al vulgo arrastra de nuestros escritores. ¿Qué digo? Las mismas águilas de nuestra literatura contemporánea, en lugar de cernerse á mayor altura que nuestros literatos vulgares, los han seguido en su vuelo bajo, viéndose que les causaban más emocion los resplandores del oro que las irradiaciones del ideal. ¡Ah! Entre nosotros el genio ha perdido su corona más gloriosa, esdecir, la de la pobreza. No hay Homeros ya, y, áun cuando los tuviéramos, no les veríamos mendigar su pan. Si entre los nuestros más célebres, no ciñen todos la corona de la riqueza, es que tienen todavía un poder más grande que el de producir, ó sea el de gastar.

Así la literatura, como la ciencia, yendo en pos de la riqueza, ha venido á encallar de miserable modo en el escollo de las concupiscencias egoistas.

Así como la literatura sigue las ideas, sigue la accion la literatura. Nunca tanto como en el dia, se vió dirigiéndose á la riqueza todas las ambiciones, todas las esperanzas y todos los movimientos de la vida real.

En otro tiempo, encendíanse las ambiciones humanas en focos generosos: el honor, la gloria, el entusiasmo y el patriotismo arrastraban las almas á todas las grandes cosas.

Hoy, como en Tiro y en Cartago, cada uno tiende sus velas al viento de la fortuna, y lánzase con ciego ardor á la conquista de la opulencia. Nuestros flamantes Argonautas buscan el toison de oro; nuestros viajeros, la California. Nadie puede saber á dónde arrastran esta pasion de la riqueza y este frenesí del oro. Para satisfacer la inextinguible sed de la riqueza, nada les detiene; ni el fuego de los soles más abrasadores, ni el horror de los más inmensos desiertos, ni los más grandes peligros de muerte.

Se dice que sobre las rutas trazadas, en las soledades del nuevo mundo, por los pasos veloces de los viajeros que van al pais del oro, se hallan frecuentemente ruinas y cadáveres, melancólicos testimonios de ambiciones desvanecidas; restos desolados de los infelices muertos en el camino de la fortuna, saludando de lejos las riberas doradas entrevistas en sus sueños.

Esta realidad contemporánea es, al mismo tiempo,

la elocuente imágen de todas las restantes. Cada uno, en el término de la carrera donde dá el paso primero, cree vislumbrar una California, marchando á través de caminos arriesgados, exponiéndose á esparcir por las sendas ruinas de sus esperanzas, de su fortuna y de su dicha, ya que no de su existencia; por cuanto, en este siglo de la riqueza, la suprema cuestion de la vida, y la divisa de las ambiciones todas, es ser *rico* ó *morir*, hallar la fortuna ó la muerte.

¡Ah! ¿Quién no ha podido ver obrando, y no puede verlas aún, á tales locas y vergonzosas ambiciones? Mirad: vedlas solícitas, jadeantes, con la fiebre en el corazon y la palidez en la faz; vedlas semejantes á los hombres que cavan el suelo para descubrir un tesoro en él: *Quasi effodientes thesaurum;* creyendo ver á cada instante, á través del polvo que remueven, brillar el resplandor del oro. Cuando ha parecido, á los estremecimientos de la esperanza siguen los estremecimientos del gozo: *Vehementer exsultant.* Toman el oro en sus manos, lo tocan con sus labios, y, estrechándolo contra su corazon, le dicen: «¡Aquí estás, tesoro mucho tiempo buscado! ¡Tú eres mi dicha y eres tú mi todo! Algunos hay que no temen añadir esta frase idolátrica: Tú eres mi Dios.»

¡Hasta tal extremo ha descendido la humanidad viviente! Como sus ideas, sus palabras y sus ambiciones se dirijen donde quiera y de todas maneras á la conquista de la riqueza y á la posesion del oro, su corazon se dirige á él por completo igualmente.

Ahora bien; siempre tengámoslo presente: el corazon no es sólo el centro de nuestros amores, sino el santuario de nuestras adoraciones. Si se quiere tener la última palabra de las tendencias del siglo presente, no la retendré yo cautiva, porque sería una traicion. Pues bien: hé aquí esta palabra: *la adoracion del oro;* la concupiscencia que se ha impelido hasta la idolatría. *Avaritiam quae est idolorum servitus* (1). Tal es cada dia más la religion de los que otra no quieren.

¡Ah! ¿Quién, por lo tanto no puede oir las voces del siglo que dicen: «Lo divino es lo que conduce á la dicha? Lo que conduce á la dicha ea la riqueza. Por consiguiente, oh pueblo, hé aquí tu dios: es el dios del porvenir. El dios del pasado era la pobreza, la miseria, el sufrimiento, es decir, el mal. El dios del porvenir es la riqueza, es goce, la dicha, el verdadero dios. Preciso es adorarlo por consiguiente.» El pueblo responde: «¡Sí, lo adoraremos!» Por todas partes y por todos los caminos precipítase á los altares del dios este; en esta religion renovada del dios Mammon, oigo á cada iniciado decir á su hermano esta palabra de un hombre que ha tomado el siglo segun el hecho: «¿Cuanto me debeis? ¿Cuánto os debo? Esta es mi religion y mi dios.»

Mas lejos existe un pueblo que come, un pueblo que bebe, un pueblo que dice, como Israel prevaricador, mirando su ídolo nuevo: «Hé aquí el dios

(1) *Col.* III, 5.

que nos ha librado de todas las servidumbres. Es el único que se debe creer, y el único á quien hay que rendir el homenaje de nuestras fiestas, de nuestros placeres y de nuestras alegrías.» En esta ocasion no es un sólo un pueblo judío, sino un pueblo cristiano el que danza en torno del becerro de oro.

Háme parecido tal, en el brillo de la publicidad, el espectáculo de la gran realidad contemporánea: una inmensa corriente que á la riqueza impele, y una marcha universal hácia la conquista del oro. Sí, *universal*, entendámoslo bien; porque, bajo formas diversas y en situaciones indefinidamente varias, descubro este movimiento que arriba está, abajo tambien y en medio particularmente. Los que abajo están quieren tener la misma riqueza que los que se hallan en medio; los que se hallan en medio quieren tener la misma riqueza, y á ser posible sobrepujar á los que se hallan en lo alto; los que subieron á la cumbre de la riqueza, los príncipes y los reyes de la hacienda, quieren aún subir más.

No pretendo hacer aquí lo que podria llamarse una pintura realista de la fisonomía esta del siglo: tendría que decir demasiado, y debería pintar realidades que harían estremecer. Esto no es preciso. Sólo queria señalar, en su vasto conjunto, este movimiento que impele al siglo diez y nueve al aumento indefinido é inmoderado de la riqueza, considerada como el resorte supremo de la civilizacion moderna y del progreso social. Sobre todo quería yo hacer constar como, áun los más grandes apóstoles del Socialismo, que hacen profesion pública de ful-

minar, más aún que el Evangelio, el anatema, no solamente contra los *malos* ricos, sino contra *todos* los ricos, marchan precisamente á la cabeza del movimiento este que lo precipita todo hácia la riqueza.

Podría mostrar inmediatamente de qué manera este vuelo inmoderado hácia la riqueza nos conduce al abismo. Empero es preciso desde ahora entender cómo esta grande *realidad* del siglo es, al mismo tiempo, uno de los más grandes errores,

II.

Hasta el presente, nos hemos limitado á señalar un hecho público, manifiesto, universal, á saber, que el movimiento y el arrastramiento hácia la riqueza constituyen la mayor y la más saliente *realidad* del siglo actual.

Todo, en las esferas donde se desarrolla la actividad humana: las ideas, la literatura, las agitaciones y las preocupaciones del siglo presente, todo rinde un mismo testimonio, afirmando y repitiendo en todas partes y de todas las maneras: «Enriquecerse, enriquecerse aún, enriquecerse cada vez más, es la gran solucion, el gran problema social, por ser la diminucion progresiva, y por fin la desaparicion total del contraste amenazador entre la humanidad rica y la humanidad pobre; es la supresion de la razon de ser del Socialismo; es el remedio supremo para el mal que sufrimos: es el *progreso social*.»

Era imposible decir lo que más directa y absolutamente se opone á la verdad. Lo *verdadero* es lo con-

trario exactamente, y lo único verdadero, áun bajo el punto de vista en que nos hallamos.

En el órden social, como en las demás esferas en que se mueve la humana actividad, no cabe progreso *por el error*, debiendo ser todo progreso necesariamente una marcha en lo verdadero. El progreso por el error y en el error, es la contradiccion misma.

Ahora bien; es imposible desconocerlo. Esta realidad del siglo, este vuelo inmoderado hácia la riqueza, en lo que concierne al órden y al progreso social, es uno de los más grandes errores prácticos que cabe imaginar; es, con los dos grandes errores señalados en otras partes, el complemento del error social: en el punto de partida, ver el mal en la *sociedad*, en vez de verlo en el *hombre*; en el punto de llegada, ó en el término de la vida, poner el paraiso sobre la *tierra*, en lugar de colocarlo en el *cielo*.

Tales son los dos errores fundamentales denunciados en nuestro volúmen: *el Socialismo ante la sociedad* (1).

Para completar el sumario del error social ó socialista, faltaba señalar este punto capital tercero, á saber, el error por el *medio* imaginado para ir del punto de partida al punto de llegada, es decir, por el desenvolvimiento indefinido de la riqueza en la humanidad.

Nos consideramos dichosos de tener ocasion de colmar esta laguna, mostrando que en el punto de

(1) Ver en este libro el desenvolvimiento de ambos errores.

vista donde se colocan el Socialismo y cierta Economía, es decir, en el punto de vista del progreso social, esta doctrina del vuelo indefinido hácia la riqueza es un inmenso error: error no ménos radical y no menos manifiesto, á los ojos del buen sentido más vulgar, que otro error señalado en el punto de partida y en el punto de llegada, por estar en contradiccion patente con las condiciones más esenciales de todo verdadero perfeccionamiento humano, y de todo verdadero progreso social.

El progreso, en su nocion general, es el acrecentamiento del ser; es el desarrollo normal de la vida; es su marcha regular hácia su fin. Sí, desarrollo, erecimiento de la vida humana segun las leyes esenciales que rigen la naturaleza humana: tal es y tal será siempre la verdadera fórmula de todo progreso en la sociedad como en el hombre.

Que se marque bien; en la vida humana, como en toda otra vida, el desarrollo, para realizar un verdadero progreso en el hombre, y en la sociedad por consiguiente, se debe hacer segun las tres leyes que siguen, y cuya violacion lleva consigo la degradacion de toda vida: debe hacerse de *abajo arriba*, porque debe todo progreso elevar; *de dentro á fuera*, por ser todo progreso una expansion de la vida; con *órden y equilibrio*, porque todo verdadero progreso es armonioso, y por consiguiente jerárquico,

En tres palabras; el progreso es *ascendente* y *expansivo* y *armonioso:* si se quiere contemplar en una viva imágen el ejercicio de esta triple ley, diré: El progreso es la encina plantada en un suelo fecundo;

la encina que logra toda su elevacion, que se desarrolló en toda su anchura, y que hace resplandecer toda su belleza en la plenitud y armonía de su dilatacion.

Ahora bien; no temo afirmar ante la creacion entera, donde se realiza esta inviolable legislacion de los séres progresivos: el vuelo indefinido y la preponderancia exagerada de la riqueza, cuyo espectáculo nos ofrece la humanidad contemporánea, brutalmente chocan en el órden social con estas tres leyes generales de todo progreso en la creacion, y sobre todo en la humanidad.

Este movimiento, en primer lugar, que conduce al siglo al acrecentamiento indefinido de la riqueza, desmiente la primera ley del progreso, segun la cual se debe hacer por ascendente marcha. Consiste toda vida en el movimiento: *Vita in motu;* mas todo movimiento de la vida no es el progreso de la vida; la grande ilusion de los siglos, y del nuestro en particular, está en reputarse progreso todo movimiento.

No, en verdad; el movimiento por sí propio y mucho ménos la agitacion, no es señal irrecusable de progreso. Si existe un movimiento que sube, otro movimiento existe que baja.

La cuestion se reduce á este simplicísimo elemento: el movimiento hácia la riqueza que provoca el siglo presente por las ideas, tendiendo á pasar en las cosas, ¿es en el género humano ascensional, ó una marcha descendente?—Aquí está toda la cuestion, una de las más graves y de las más decisivas. Pues bien; preciso es atreverse á responder y tomar

partido, gritándonos la razon y el buen sentido: no; este movimiento no es una marcha que asciende, sino una marcha que baja.

Sin duda, en el órden donde se realiza, y dejando aparte los demás aspectos de la humanidad real, nuestra marcha hácia la riqueza es un progreso, es decir, el progreso en la riqueza: ¿quién puede soñar en negarlo? Mas el progreso en la riqueza, ¿es el mismo progreso de la humanidad? Por sí mismo, ¿no está moderado por otro movimiento que nos compele á lo alto? No, mil veces no. El camino ascendente para los séres todos es ir de abajo á lo que hállase arriba. En su virtud, para el hombre y la sociedad, es ir de la carne al espíritu, y de la materia tambien á la inteligencia. Ahora bien: ¿á dónde nos lleva por sí este vuelo inmoderado hácia la riqueza? ¡A la materia! ¡A la materia de nuevo, y siempre á la materia!

No digo que la riqueza por sí misma sea mala; no digo que por su naturaleza materializa y degrada necesariamente á los hombres. Digo que la preponderancia sistemática de la riqueza, en un pueblo, es su tendencia grande á lo *material*. La riqueza es metal, y polvo: polvo áureo; muy querido y adorado, como veo; pero al fin polvo. Ahora bien; el progreso de nuestra humanidad, segun lo enseña Jesucristo, y con él las naciones que guardan el respeto debido por toda humanidad á sí misma, no está en abatirse en el polvo, sino en salir de él; no en arrastrarse por el suelo, es decir, en el lugar de las realidades ínfimas y de los goces vulgares, sino en

emprender su vuelo hácia la gloria por las virtudes, y hácia el cielo aún mas puro de las ideas, de donde descienden las virtudes. Tal es la ley, y la primera ley de todo progreso en el hombre y en la sociedad, que no puede cambiarse por hombre alguno.

La segunda ley de todo progreso natural y normal es que se haga de *dentro* á *fuera*, es decir, por un movimiento que va del fondo á la superficie. La educacion es el arte de desenvolver los seres. En nuestro idioma tan filosófico, significa *elevar*, y significa tambien *dilatar*. La educacion de las plantas va de dentro á fuera; se hace por dilatacion al mismo tiempo que por elevacion. Así debe ser la educacion del hombre: parte del centro para ir á la superficie. Y, como el centro del hombre es su corazon, del corazon del hombre debe partir toda educacion fecunda. El mismo Rousseau, en uno de aquellos resplandores de buen sentido y de sinceridad que pasaban algunas veces de otro á él, pudo decir estas hermosas frases: «Tengo la dicha de experimentar que, sea cual sea la pendiente que nos conduce al vicio, es difícil que una educacion en la cual se mezcló el corazon, sea perdida para siempre.»

Estas palabras, que sin duda evocaban en el espíritu del filósofo el porvenir de sus mejores dias, formulan una de las leyes fundamentales de la educacion: dilatacion del corazon prodigando al ser entero la vida, la fuerza y la hermosura.

Pues bien; esta ley de la educacion y del progre-

so del hombre rige asimismo la educacion y el progreso de los pueblos. Sí; la educacion que prepara los grandes pueblos, como la educacion que prepara los grandes hombres, parte del fondo para irradiar en las superficies.

Por mucho que nos exalten, en el progreso humano, el papel de la riqueza, la riqueza, en un pueblo como en un hombre, no es el fondo, sino la superficie. Haced fluir á esta superficie el oro y las pedrerías; siempre serán la superficie. ¿Y de ahí se pretende hacer partir el progreso? Progreso al redopelo, en el cual, el ser, en lugar de difundirse hácia fuera en una dilatacion fecunda, se retira sobre sí propio en un egoismo estéril.

La riqueza, resumiendo el progreso, ¿qué cosa es, por consiguiente, despues de todo? Es el oro ó la plata convertido en el corazon de la sociedad: corazon de metal, frio y duro, digno de animar una sociedad mercantil; mas este corazon no será nunca el de un grande y generoso país; no será nunca, sobre todo, el corazon de la Francia, que debe al Cristianismo, que la elevó y modeló, su elevacion y su dilatacion.

En fin, con la ley de ascension y de dilatacion, esenciales á todo progreso, la riqueza, como medio social, va contra la ley que resulta de las otras dos: la del *equilibrio* y la de la *armonía*.

La ley de la armonía es la suprema ley de los séres. Habiendo creado Dios todas las cosas con medida, órden y armonía, deben crecer y desenvolverse todas las cosas en las mismas condicio-

nes, so pena de desmentir su propia constitucion y de marchar á la degradacion.

Esta ley de la armonía y del equilibrio, que preside al desenvolvimiento de los séres, exige que el elemento superior de la vida tenga un desenvolvimiento superior; el elemento medio, un desenvolvimiento medio y el elemento inferior, un desenvolvimiento inferior. En una palabra: todo desenvolvimiento legítimo y armonioso ajústase al grado que las facultades ocupan en el conjunto del sér.

La educacion, que prepara los hombres fuertes y los grandes pueblos, no es, por consiguiente, la que á esta ó aquella facultad humana dá el desarrollo posible, sino más bien la que á cada una de nuestras potencias dá un desarrollo igual y proporcionado á la misma elevacion de tales potencias, es decir, un desenvolvimiento jerárquico.

Hé aquí por qué los grandes pueblos, y en un mismo pueblo los grandes siglos, son aquellos en los cuales, logrando un progreso verdadero el órden material, el progreso moral y el progreso intelectual le sobrepujan con toda la superioridad que tienen sobre la materia las ideas y las virtudes, es decir, las riquezas del alma sobre las riquezas del cuerpo. El punto de union del astro superior de las prosperidades morales ó intelectuales, y del astro inferior de las prosperidades materiales, marca en la historia como el apogeo de las civilizaciones más ilustres. Será siempre del mismo modo, porque tal es la ley inmortal de los hombres y de las socieda-

des: es la fuerza misma de las cosas, confirmando en este punto el testimonio de la historia, la razon y el buen sentido.

Que un pueblo marche bajo la dominacion soberana y en el ejercicio regular de tal ley: es la fuerza y la suavidad, la grandeza y la fecundidad. Que intente un dia, por esfuerzos temerarios, sustraerse á ella: entonces es la debilidad y la violencia, el abatimiento y la esterilidad. Por poco que continúe esta marcha ilegítima y desviada, que hiere de un modo brutal la ley más grande de los séres, es el desórden, la decadencia, y por fin, la ruina.

Pregunto aquí, con inquietud llena de amor á mi siglo, y de compasion por esta sociedad enferma; ante la inviolable soberanía de tales leyes, ¿qué hicimos nosotros? Hemos hecho á la naturaleza violencias desastrosas. En vez de fomentar en las generaciones nuevas un desenvolvimiento ascensional, expansivo, armonioso, único fecundo y único progresivo, por ser el único verdadero y el único fundado en la naturaleza de las cosas, ¡hemos desmentido las leyes de la misma naturaleza! En nuestro furor de innovar, de hacer revoluciones y de cambiar, hemos falseado la educacion social, falseando la educacion humana. Con nuestros sistemas de progreso material sin medida y sin freno, con el vuelo desordenado hácia el acrecentamiento indefinido de la riqueza, ¡hemos roto la santa ley del equilibrio y de la armonía!...

Entre tanto, Aquel que creó en el principio esta ley inmortal, nos grita proclamándola en el centro

de los siglos y de los pueblos: *Quærite primum regnum Dei.* «Buscad desde ahora el reino de Dios,» que se realiza en las almas y en los corazones por la expansion siempre creciente de la verdad y del amor: lo demás, es decir, el alimento, el vestido, todas las cosas del cuerpo, la *riqueza,* en fin, se os dará por añadidura: *Hæc omnia adjicientur vobis.*

Hé aquí la mision de la riqueza proclamada por la verdad que hízose hombre; la riqueza convertida en un *aumento* de felicidad; la riqueza, una cosa secundaria, una cosa ínfima, una cosa del cuerpo. Pues bien; hemos atacado esta ley establecida y promulgada por el Verbo; hemos querido darle un mentís con nuestras públicas tentativas. Contra Él, hemos soñado, en lugar del verdadero progreso, en el progreso *vuelto al revés,* que conduce á la decadencia, y que es la decadencia misma.

El Verbo creador y ordenador de todo ha puesto en la vida humana el corazon en el centro, el espíritu en la cumbre, el cuerpo abajo, y la riqueza en su sitio. Empero nosotros hemos procurado cambiar el órden de Dios; hemos reprendido al Verbo encarnado y al Cristianismo que no es sino Él, por sus reacciones contra la carne, habiendo dicho al cuerpo: «Tambien tú tendrás tu parte,» lo cual quería decir: «A tu vez reinarás; el instrumento de tu reinado será la riqueza, y el fruto de la riqueza será el goce.» Hemos llamado el reino del Evangelio á este reino que anatematizó Jesucristo; hemos llamado *reino de Dios* á este reino tan antipático á Dios: un dia nos mostraron en el horizonte, como el térmi-

no del progreso social, este reino, el más fecundo en desastres, de los ideólogos y de los novadores á todo trance, diciéndonos: «He aquí el paraíso del porvenir.»

Que nos den pues, esta sociedad del porvenir; que nos la den segun la fantasearon en sus sueños, que permito llamar aún generosos; que nos la den grande, bella y resplandeciente, semejante á la estátua que vió en el misterio de un sueño el rey de Babilonia. Sí; que marche esta sociedad nueva con sus piernas de hierro, apoyadas sobre sus pies de barro; que sea de cobre su cintura; que sea de plata su pecho y que sea de oro su cabeza: la cabeza que á todos manda y ordena que la adoren. Empero que miren lo que hacen estos imprudentes constructores de una sociedad babilónica. ¿Qué hay bajo sus pies para apoyar toda la estátua? ¿Qué se necesita para romper esta sociedad colosal? Solamente una piedra; una pequeña piedra, que Dios enviará, y que, hiriendo sus pies de barro, arrojará en pedazos, sobre la tierra esta, el hierro y la plata y el oro de una sociedad en la cual ha prevalecido el cuerpo sobre el alma, y donde se halla el espíritu como ahogado bajo la materia.

Es que los grandes errores traen los grandes peligros y preparan los grandes desastres.

III.

Sí: este vuelo inmoderado de la riqueza, es el gran riesgo del siglo presente; porque, como aca-

bamos de ver, es su error supremo, y por la fuerza misma de las cosas, las grandes desviaciones deben conducir á los grandes abismos. Hé aquí lo que trátase ahora de presentar con la mayor evidencia.

No obstante las manías y los entusiasmos que provoca en ciertos hombres, dominados por el vértigo de sus propios errores, esta riente y seductora perspectiva de la riqueza universal; no obstante el privilegio de infalibilidad que se atribuyen acerca del punto este, nuestros profetas del porvenir y nuestros soñadores del paraiso terrenal, la razon y el buen sentido, de acuerdo con la historia de todos los pueblos, desconfian de sus privilegios, desmienten sus promesas y se mofan de sus profecías.

Hay aquí (lo sé), para estos adoradores á todo trance del ídolo del siglo, verdades un poco duras de oir, y difíciles de comprender á las inteligencias fascinadas por su quimera. No ignoro además que tales verdades, á la hora presente, todo lo son menos populares; pero aún así es preciso decirlas. En ciertas situaciones creadas á las sociedades por la marcha de las ideas y el curso de los sucesos, las naciones sólo se salvan y sólo se pueden salvar por la proclamacion de las llamadas verdades impopulares, á saber, las verdades en oposicion patente á los errores que las encantan y seducen, áun llevándolas á su ruina.

Sea lo que sea, nada disfrazaré de lo que juzgo verdadero en el asunto que nos ocupa; lo único verdadero y saludable que preciso es decir, áun cuando los hombres repugnen oirlo. Ahora bien; la verdad,

bajo el punto de vista en que nos hallamos, y la verdad innegable de todo punto, es que las sociedades, que cediendo al empuje de un gran error social, corren con ardor febril al desenvolvimiento indefinido de la *riqueza*, se precipitan á los abismos donde caerán mas tarde.

Mencionemos sobre todo tres abismos que nos atraen, hácia los cuales nos empuja el error grande social que acabamos de señalar.

El primero es el que llamo el abismo del *pensamiento popular;* refiérome al pensamiento saturado de amenazas que cada vez más entra en el alma de nuestras poblaciones vivientes, ó sea que, *para ser dichoso, es necesario ser rico*. De donde la imposibilidad moral, para el pueblo, de admitir la pobreza.

¿Por qué aceptaríala en efecto? ¡Cómo! En este siglo, ciencia, literatura, ambiciones y adoraciones, se precipita todo á la riqueza y á la opulencia; y el pueblo, en medio de esta preocupacion universal, ¿se resignaría sin murmurar á lo que llama el siglo el oprobio de la pobreza y de la indigencia? ¡Cómo! Dirán de contínuo á las generaciones vivientes: «La dicha es la riqueza y el oro. ¡Oh pueblo! busca el oro, y con él lo tendrás todo; el pan, el placer, el honor y la felicidad. ¿Aceptaría el pueblo una situacion que lo deshereda de todos los bienes estos, y en particular del bien supremo que llama su dicha? ¡Cómo! Por nuestros discursos, por nuestros libros, por nuestras acciones, por todo el movimiento del siglo, en fin, enseñamos á las generaciones que nos miran y nos escuchan, que todo para el hombre se

reduce á ser rico y á tomar su parte en el banquete de la riqueza, á que convida el Creador á todas las criaturas; ¿y seremos nosotros bastante simples para creer que las tres cuartas partes de la humanidad, se resignarán á mirar de lejos los reflejos del oro este, que no pueden tocar, y la magnificencia del festin, donde no pueden sentarse?

¡Oh! No en verdad; no puede ser esto. A fuerza de ver en todas partes á los hombres precipitándose hácia la riquez; á fuerza de oir exclamar que todos quieren ser ricos, así como que cuantos lo son quieren serlo más, un dia se dijo el pueblo: «¡Es necesario que yo tambien sea rico!» Si; la humanidad que abajo está viendo á la humanidad de arriba correr en todas partes con ardor á los altares de Mammon, á fin de adorar en ellos el dios del siglo, dirá fatalmente: «¡Tambien yo quiero adorar al dios del siglo!»

Entonces, del fondo de los siniestros pensamientos que levantan en su alma todos los vientos del siglo, el pueblo echa delante de la sociedad, como el enigma de hoy, esta frase formidable: *¿Por qué razon hay pobres?*

Oigo el ruido y el rumor de mi siglo, escuchando todas las voces que á su alrededor exclaman: «La dicha está en ser rico..... Pues bien; tambien yo tengo derecho á la dicha; el derecho á la dicha es el primero de todos mis derechos. Entonces, ¿por qué hay pobres, y por qué no somos todos ricos?

En vano descartais el problema, porque vuelve; en vano lo haceis desaparecer de la superficie de las

cosas; el primer movimiento conduce á él, y sube á la superficie por existir en el fondo. Ningun soplo puede remover la mar agitada de las pasiones y de las ideas vivientes, sin hacerlo aparecer sobrenadando sobre la ola de la tormenta popular; y cada ola de los acontecimientos rompiéndose en la orilla, os propone y os vuelve á proponer el problema inevitable: «¿Por qué hay pobres?»

Hé aquí lo que llamo yo el abismo del *pensamiento popular*. ¿Y quién no podría ver que tal abismo, abierto fatalmente sin cesar, amenaza, atrayéndolas con sus gobiernos, á las sociedades más seguras de sí mismas? Bajo la inspiracion de tal pensamiento, vienen hombres á decir al pueblo: «Destruid esta monarquía ó esta república que no os da riqueza; derribad este gobierno que impide al rio de la opulencia correr hasta vosotros, y sereis todos ricos.» ¡El pueblo corre y extiende su brazo, lo cual es una revolucion más.

A este abismo responde otro: el abismo del *deseo*, ahondado por el primero, y que dilátase cada vez más, á medida que se agranda el vuelo hácia la riqueza. Lo que constituye la verdadera felicidad de un pueblo, áun materialmente, no es tal monton de oro, tal grado de comodidad y tal suma de riqueza. Se le pueden quitar hasta millones de millones, sin robarle una porcion de su dicha. Lo que forma el contento, la calma, la verdadera dicha, es, sobre todo, la ecuacion entre los deseos del alma y las realidades de la vida, entre las necesidades creadas por la naturaleza y los recursos creados por el trabajo.

Ahora bien; el vuelo *indefinido* de la riqueza, dado como medio normal de conquistar la ventura, rompe fatalmente sin duda el equilibrio entre los deseos del alma y las realidades de la vida; lanza por consiguiente la felicidad con toda la violencia empleada con el fin de perseguirla.

En efecto, segun el alcance radical del sistema, el vuelo de la riqueza debe agrandar los deseos de un modo indefinido, á fin de crear indefinidamente al hombre goces proporcionados á la potencia de gozar. Esta es la teoría de la Economía socialista; y el movimiento social, que nace de la idea esta, espontáneamente produce por la fuerza de las cosas, lo que la doctrina enseña teóricamente. Por la atmósfera del siglo, arrastrado por esta corriente, pasa ignoro qué aire devorador, el cual, lejos de hacer que descansen los corazones, ahonda en ellos ánsias y más ánsias: pozos profundos que las doctrinas antisociales son tan impotentes para colmar como saben abrirlos: abismos que sólo profundiza y extiende cada vez más el progreso mismo de la riqueza.

¿Qué importa, entonces, que todas las fuentes de la fortuna pública y de la fortuna privada derramen la abundancia en las naciones y en las familias? La multitud no puede quedar contenta, porque no puede tampoco quedar sacia. Nunca puede y jamás deber decir: «¡Esto es bastante!» Áun cuando todo prospera en la sociedad; cuando los hombres y las cosas, el comercio y los gobiernos, el cielo y la tierra parece que conspiran á fin de acelerar el movimiento que á la riqueza precipita, hé aquí lo que

ocurre infaliblemente, para que se agrave mucho el peligro social: entonces, á los hombres y á las cosas, al comercio y á los gobiernos, al cielo y á la tierra, á todos los vientos del siglo en fin, la generacion nueva, más vacía y más afamada, grita siempre: «¡Más aún! ¡Más aún! *Amplius*. Más goce y más riqueza todavía hoy, ó haré yo la revolucion mañana.»

Resulta que, por un fenómeno digno de observacion, las revoluciones vienen á ser cada vez más la precision de los pueblos ricos. Un estadista dijo: «Dad de comer á los hambrientos y evitareis las revoluciones;» siendo un estadista, vió poco: á tener vista más larga, y sobre todo más clara, hubiera visto que aquí la cuestion capital, ó más bien la solucion decisiva, es colmar todo lo posible, en el alma del pueblo, el gran abismo de los deseos. Ahora bien; bajo la inspiracion de la idea moderna, la riqueza no colma este abismo, sino que lo ensancha y lo ensancha más. La riqueza, y el goce con ella, cayendo en este abismo de las ansias, abierto en el corazon de las muchedumbres por las ideas de la ciencia y por las realidades del siglo, abierto ha en él, lejos de colmarlas, profundidades siempre nuevas; bajo la inspiracion de estas ideas, y bajo el golpe de estas realidades fatales, áun el pueblo materialmente más afortunado, es como Sísifo: empuja delante de sí, sobre la senda empinada y áspera de su destino, el fardo pesadísimo de sus concupiscencias: despues, cuando cerca está de tocar la cumbre, la fatalidad lo precipita; jadeante y fatigado, vuelve á caer, y al mismo tiempo siente que cae otra vez sobre sí propio

el peso siempre creciente de sus ánsias nunca satisfechas.

Así el segundo abismo corresponde al primero: los dos á la vez se agrandan el uno al otro; abriendo el abismo del pensamiento el abismo del deseo, y ensanchando aún el abismo del deseo el abismo del pensamiento.

Existe otro tercero, á que conducen los otros dos, siendo el más profundo de los tres: el abismo de las *iniquidades;* iniquidades que, engendradas por el exceso mismo de la riqueza, producen por sí propias las sacudidas y las convulsiones sociales.

Oid el oráculo que profetiza el destino de los pueblos, como el destino de los hombres: «Los que quieren ser ricos y cada vez más ricos, caen en las tentaciones y en los lazos de Satán; caen en los deseos múltiples y desastrosos que hacen caer á los hombres en la muerte y en la perdicion (1).

Tal es el infalible oráculo: los deseos inmoderados de la riqueza hacen nacer las grandes iniquidades, que conducen á las grandes ruinas.

Oigo decir todos los dias á los adoradores de la riqueza y á los filósofos del goce: «Todos nuestros crímenes vienen de la miseria; que no haya miseria, y los crímenes no existirán.» Más avisados aún, otros han dicho esta frase inaudita: «El pecado es la miseria. Quitar la miseria, es quitar el pecado; allí

---

(1) Qui volunt divites fieri incidunt in tentationes, et un laqueum diaboli, et in desideria multa et nociva quæ mergunt homines in interitum et perditionen. *(Timoteo, VI).*

está, dicen, la redencion del mundo. Que venga el destructor de la miseria; él sólo será verdaderamente *salvador.*»

Ciertamente, lo reconozco con gusto; la miseria, es decir, la exageracion de la pobreza, la miseria qne Dios no quiere, produce grandes crímenes. ¿Quién lo puso jamás en duda? Empero, si del exceso de la pobreza pueden nacer grandes crímenes, nacen más aún del exceso de la opulencia; y el vuelo inmoderado hácia la riqueza es el aceleramiento y la multiplicacion de las grandes iniquidades humanas, que abren por sí mismas el camino á las grandes catástrofes sociales.

Seguramente, para comprender hasta qué punto la exageracion de la riqueza puede multiplicar en un pueblo las grandes prevaricaciones que preparan las grandes ruinas, no es preciso interrogar lo pasado: bástanos mirar nuestro presente, y ver el espectáculo de las iniquidades y de los crímenes que produce cada dia, á nuestros ojos, la pasion desenfrenada de la riqueza ¿Qué siglo más que el nuestro ha mostrado en esta pasion la fecundidad del crímen?

¡Ah! cuando se rinde uno cuenta de las prevaricaciones públicas y secretas que diariamente se consuman en todas las esferas de la vida contemporánea, para llegar á la consecucion de la riqueza lo más seguramente y lo más pronto posible; cuando se considera las injusticias enormes que tapa en todos sus grados, arriba, abajo y enmedio, este mundo comercial, donde la mentira, el engaño y la falsificacion, parece que cada vez más se trasforman en la regla

comun y en la ley universal del cambio, de la venta y de la compra, para llegar algunos años antes ó algunos meses á este fin, en pós del que van todas las ambiciones, es decir, la fortuna; cuando se representa uno lo que pasa en los garitos de juego, donde las concupiscencias luchan con las concupiscencias, y donde jugadores frenéticos, dominados por la fiebre y por el frenesí de la ganancia, queriendo improvisar la posesion de la riqueza, se suspenden, junto al abismo de la miseria, y no se avergüenzan de consagrarse, con su familia y su honor, á los caprichos crueles del dios azar, único que adoran, con el dios del oro; cuando se penetra con el pensamiento en las cavernas del agiotaje, á fin de ahondar en ellas los misterios de las empresas fabulosas y profundamente inmorales, donde algunos hombres, para conquistar mañana el millon entrevisto en sus sueños, arriesgan vergonzosamente hoy el millon confiado á su ambicion rapaz, por las muchedumbres á las cuales engañan los espejismos del oro, prometidos á su avidez cruel; cuando, áun en el santuario de la familia, egoismos calculadores y culpables se conciertan para disminuir en su seno la vida y aumentar la riqueza, prefiriendo vergonzosamente á la multiplicacion del tesoro más precioso de la creacion, que se llama la existencia humana, la multiplicacion del oro, cuyo empleo sólo viene á ser muy frecuentemente la perversion y la degradacion de la vida humana; cuando en fin, vemos no solamente, cual hicimos constar, la palabra humana vendiéndose al mejor postor, como una vil mercan-

cía, en todos los mercados de la literatura venal, sino que (lo que todavía es más grave y más desolador), vemos toda una legion de hombres que se llaman hoy literatos, pero cien veces más concupiscentes aún que literatos; cuando vemos con nuestros mismos ojos á esta raza de hombres, sin contradiccion la más perversa y la más perdida de todas, explotar diariamente con encarnizamiento el fondo inagotable de las degradaciones humanas, á fin de hacer salir oro, corromper y seguir corrompiendo, para enriquecerse y continuar enriqueciéndose, componiendo así con todas las ruinas de las creencias y de las virtudes, destruidas por su palabra perversa, el edificio dos veces escandaloso de su fortuna criminal!....

A la verdad, en presencia de tales excesos de la concupiscencia, multiplicando, bajo todas las formas y en todas las esferas del mundo social, la prevaricacion humana, persiguiendo á la fortuna por todos los caminos y por todos los medios, áun los más nefandos y los más criminales, sin excluir á veces las monstruosidades del crímen y las abominaciones que debe renunciar el escritor á describir; en presencia de todos los espectáculos estos, que ofrecen á mis ojos las orgías de la concupiscencia humana, tan espantosamente fecunda en prevaricaciones, pregúntome, observador tan conmovido como atento de las llagas que nos roen y de los peligros que nos amenazan: ¿qué puedo yo pensar y qué puedo yo decir sino que este siglo *crisólatra*, ó adorador del oro, ahonda él mismo, ansiando enriquecerse, el tercer

abismo de la prevaricacion, donde corre riesgo de ser engullido? ¿Y qué advertencia más oportuna y más saludable le pudiera yo dar, sino ponerle muy en evidencia, en el vuelo de la riqueza, que pretende convertir en el remedio para nuestro mal, la agravacion progresiva del mismo mal, y en el fin nuestra inevitable ruina? Sin tener la mision ni las visiones de los profetas, ¿soy temerario prediciéndole, si continúa marchando por este camino que conduce á los abismos, la suerte anunciada otras veces á otros pueblos, y principalmente á las ciudades más ricas, por hombres que Dios inspiraba, y cuyas profecías lamentables, ¡ay! no ha hecho más que justificar la historia?

¡Ah! cuando escucho los acentos de estos profetas, no me maravillo de oir al Señor enviar á las ciudades más opulentas sus amenazas más terribles: «Hijo del hombre, toma tus más lúgubres acentos, á fin de llorar sobre Tiro (1). ¡Oh Tiro! tú has dicho en tu corazon: soy de una belleza extremada. Orgullosa por tanta gloria y por tantas riquezas, has visto á tus navegantes tocar en todas las orillas. Mas hé aquí que las olas de la mar á elevarse van contra tí, y un viento violento te precipitará en el abismo. ¡Oh Tiro! te he visto en las delicias de tu paraiso; toda piedra preciosa brillaba en tus vestiduras: *Omnis lapis pretiosus operimentum tuum*, y resplandeciente marchabas por el brillo inflamado de tus pedrerías. Empero, en la magnificencia de tu comercio y en el brillo de

(1) Ezequiel XXVIII.

tu riqueza, tu seno se llenó de iniquidades y de crímenes: *Repleta sunt interiora tua iniquitate;* pecaste: *Et peccasti*, y en el esplendor de tu hermosura, perdiste la sabiduría: *Perdidisti sapientiam in decore tuo.* Algun tiempo más, y dejarás de ser, cayendo contigo tus riquezas, tu comercio y tus navegantes (1).»

Estas mismas amenazas enviadas por Dios á Tiro, envíalas á Sidon, á Babilonia, y á todas las ciudades que han puesto dioses de oro en el altar del verdadero Dios. ¿Qué digo? No solamente á las ciudades de Tiro, de Sidon y de Babilonia de aquel tiempo se dirigen estos vaticinios tan llenos de amenazas. Oigo al último, y al más grande de los profetas, abriendo delante de sí los misterios del porvenir, arrojar sobre las Tiro, las Sidon y las Babilonias futuras, amenazas semejantes:

«Desgraciada, desgraciada la grande ciudad vestida de lino, de púrpura, de oro y de piedras preciosas. En una hora perdió sus grandes riquezas: *una hora destitutæ sunt tantæ divitiæ.* Ha caido; ha caido Babilonia; y los que han visto su ruina han puesto polvo sobre su cabeza, exclamando: Desgraciada, desgraciada la grande ciudad, en la cual todos han venido á ser ricos: *In qua omnes divites facti sunt.* A fin de arruinarla, sólo se ha necesitado una hora: *Una hora desolata est!* (2).....»

Hé aquí el oráculo del pasado, el oráculo del pre-

---

(1) Ezequiel, XXVIII, 13, 20.
(2) Apoc. XIII.

sente y el oráculo del porvenir; el infalible inmortal oráculo.

Líbreme Dios de ver en estas palabras la profecía cierta de nuestras desgracias futuras, y de una muerte sin resurreccion. Si nuestro mal es grande, tenemos un gran remedio; si la solucion humana es imposible, tenemos la solucion divina. Empero es inútil forjarse ilusiones: el mal es verdadero y vive delante de nosotros. Hállase á nuestra vista la esfinge, y nos pide que descifremos su enigma formidable.

Para detener ó simplemente moderar este movimiento que nos conduce al abismo, la sabiduría humana se muestra impotente. En vano corremos perdidos de sistema en sistema, de gobierno en gobierno y de revolucion en revolucion. Ningun sistema humano puede resolver el vasto problema que se plantea hoy ante nuestro mundo nuevo; ningun gobierno humano puede hacer marchar por su carril el movimiento que precipita los pueblos á la ruina, precipitándolos á la riqueza; ninguna revolucion humana puede adivinar el enigma formidable: en una palabra, ningun remedio puramente humano puede curarnos de una dolencia que nos devora con lentitud acaso, pero seguramente: tanto más seguramente cuanto se oculta bajo las más brillantes apariencias.

Todos los pueblos en decadencia moral y marchando á la ruina social, han sido poco más ó ménos lo que somos nosotros, y han dado el espectáculo que da nuestro propio siglo. La hora que los aproxima

más á los grandes desastres, y los muestra suspendidos al borde de los abismos, es precisamente la hora en que se adornan más con el brillo de su lujo y de su opulencia: las orgías de la riqueza marchan casi siempre á la par con las orgías del sensualismo y del crímen, siendo unas y otras la infalible profecía de irremediables catástrofes.

El Cristianismo es aquí el remedio soberano. Revelé ya el secreto fijando el principio general en la obra indicada más arriba: *Cristianismo y Socialismo.*

Podría mostrar en detal las aplicaciones prácticas; podría decir: el Cristianismo puede preservarnos del abismo, porque, exaltando la pobreza voluntaria, modera el movimiento que nos arrastra, y en parte obra contra la corriente que nos precipita.

El Cristianismo puede preservarnos del abismo, toda vez que, por el incomparable poder de la caridad hace que ame mucho el pobre al rico y el rico al pobre; uniéndoles de una parte, por el beneficio, y de otra por la gratitud, extingue ó impide los odios que los separan, armando los unos contra los otros.

Empero no voy en pós de tal objeto en este instante: exclusivamente me propnngo demostrar aquí la soberana impotencia de los remedios humanos, para curarnos del mal que nos roe, restándome sólo resumir, antes de continuar, lo que de decirse acaba en este capítulo primero.

El Socialismo, como se ha visto, profesa, entre otros errores, este radical, á saber, que el remedio para el mal de la sociedad, ó *social* propiamente dicho, es el aumento indefinido de la riqueza en la hu-

manidad; de la riqueza para cada uno y para todos; de la riqueza universal y popular. Bajo este punto de vista, hemos hecho notar que se nos presenta el Socialismo como el resultante de las tendencias del siglo presente, y como la confluencia de las grandes corrientes contemporáneas. Completa, agrandándolas, y reuniéndolas en sí, lo que llamamos la gran realidad, el grande error y el grande abismo de nuestra vida social en el siglo diez y nueve.

Vuelo inmoderado hácia la riqueza; triple *realidad* de la ciencia, de la literatura y de la accion contemporánea, llamando juntas el vuelo indefinido de la riqueza universal, y por esto, conspirando más ó ménos con el movimiento socialista.

Vuelo inmoderado hácia la riqueza; triple *error* en el desenvolvimiento de la vida social, es decir, en la educacion del hombre y de la sociedad, violando estas tres leyes de toda educacion social, como de toda educacion humana; leyes absolutamente inviolables, que se reducen á desenvolver las facultades humanas y las fuerzas sociales de *abajo á arriba*, de *dentro á fuera,* segun la importancia jerárquica de cada una y de todas; violacion palmaria de las leyes de la vida, debiendo conducir y conduciendo en efecto, en la sociedad lo mismo que en el hombre, á la degradacion de la vida.

Vuelo inmoderado hácia la riqueza; triple *abismo* que amenaza engullir la sociedad contemporánea: abismo del pensamiento popular, persuadiéndose cada vez más el pueblo de que la dicha, toda la dicha, está en ser rico, y planteando delante del si-

glo esta formidable interrogacion: «¿Por qué hay pobres?»

Abismo de los *deseos* populares que nada puede satisfacer en lo sucesivo, y el pueblo, bajo este soplo que agranda sus concupiscencias, exclamando siempre: «¡Más aún! ¡Más aún!»

Abismo de las *iniquidades*; el exceso de la riqueza en los unos y la pasion de enriquecerse en los otros, deben multiplicar las grandes prevaricaciones, y por esto, en la sociedad moderna como en Tiro, en Sidon y en Babilonia, preparan los grandes desastres.

Resulta de todo lo que acaba de verse que, para detener á la sociedad en esta pendiente por la cual todo el siglo nos empuja con el Socialismo, es menester resistir por las ideas, por las palabras, por las accionas y por todas las legítimas influencias, esta universal corriente que arrastra á la sociedad á dichos tres abismos abiertos. Es preciso sobre todo abrazar doctrinal y prácticamente el Cristianismo, unico capaz, por su dogma, por su moral y por su predicacion, de hacer marchar por su ruta el carro rodador de la riqueza que arrástranos á la pendiente y amenaza conducirnos á la ruina.

CAPÍTULO II.

La ciencia ante el mal social.

I.

Entre todos los hombres que tienen la pretension de curarnos de nuestro mal social, es preciso colocar en primera línea á los llamados *sabios*.

A oirlos, en adelante nada es imposible para la ciencia, y tiene, con tantos otros secretos, el de resolver pacíficamente, por el mismo poder de sus descubrimientos, el gran problema social que agita hoy el mundo entero.

Seguramente, las pretensiones de la ciencia no han sido nunca pequeñas; pero es preciso convenir en que nunca fueron tan grandes como ahora. Siempre sus promesas fueron seductoras; mas en ningun siglo ejercieron una seduccion comparable con la que sobre nuestro siglo ejercen: siglo extraño, á la vez el más incrédulo y el más crédulo; el más incrédulo para las promesas divinas de la fé, y el más crédulo para las promesas humanas de la ciencia.

Tal suficiencia de la ciencia moderna para encontrar remedio á todo, no es en nuestros dias solamente una pretension y una vanidad; es una enfermedad, es una idea fija, es una cosa que se parece y

que conduce á la locura; es una especie de *monomanía.*

De buena voluntad exceptúo de tal categoría á algunos raros señores del mundo sabio, los cuales no tienen sólo la profesion, sino el génio de la ciencia: en una palabra, exceptúo á los verdaderos sabios. Estos, precisamente porque tienen, con la realidad, el génio de la ciencia, penetran mejor el fondo de las cosas, y, á causa de esta misma, saben mejor dónde se detiene, con las intenciones y los alcances de la ciencia, su poder de curar y de salvar.

Empero donde tal manía hállase grandemente manifestada, y donde tal enfermedad está desenvuelta de un modo más extraño, es en lo que se puede llamar mundo de la *semi-ciencia.* Allí sobre todo, entre los sabios vulgares, esta enfermedad toma proporciones verdaderamente alarmantes; y estos hombres que se jactan de curarnos de todo mal, están heridos ellos por una enfermedad de que convendría mucho ante todo curarles.

En vano han venido las realidades á dar, á nuestras propias miradas, á esta ciencia tan solemne en sus promesas, los mentís más públicos y más auténticos. Esta ciencia no ha perseverado ménos en sus pretensiones de bastar para todo y de remediarlo todo.

Entre todas estas pretensiones más ó ménos condenadas por los hechos, la más extraña, la más indiscreta y la ménos justificable de todas, es, sin disputa, la pretension, un tanto *charlatanesca*, de curarnos del mal social.

Ciertamente no disputaremos aquí el poder de la verdadera ciencia, en las esferas distintas donde se manifiesta, frecuentemente con un brillo que produce las más legítimas admiraciones, y donde su competencia ó su suficiencia aparecen de realce por descubrimientos y perfecciones que la humanidad aprovecha en el órden material. Allí es donde la ciencia puede mostrar, con altivez justa, su dominacion sobre la materia y sus victorias sobre la naturaleza. Tal imperio y tales triunfos bastan á su gloria; á nosotros no nos causa envidia, ni necesitamos tampoco disminuirla.

Empero, si es notorio que la ciencia puede mucho, es más evidente aún que no lo puede todo en todas las esferas, sean cuales sean; existe principalmente una donde su insuficiencia aparece en toda la línea, y donde sin embargo no pretende ménos reivindicar una competencia que nada justifica, y un poder desmentido por todo diariamente: es la esfera de la vida *social* propiamente dicha.

Allí, en lo más íntimo del cuerpo social, existe, como hemos dicho, un mal profundo, extenso, universal y permanente, que designamos con su verdadero nombre de mal *social*, es decir, el mal que hiere á la sociedad como sociedad; el mal de que mueren sobre todo las sociedades, si no encuentran, para evitarlo, un poder verdaderamente libertador. Este mal es la division; este mal es la separacion; este mal es el antagonismo entre los hombres y los hombres; entre las clases y las clases. Este mal, que está en el corazon de nuestras generaciones vivas;

este mal, que hace cerca de un siglo se halla en las profundidades mismas de nuestra sociedad, explica todas nuestras conmociones y todas nuestras convulsiones sociales: como el fuego central, al decir de ciertos sábios, explica todos los desconciertos y todos los cataclismos realizados en la superficie de la tierra, á través de los siglos.

Esto sentado, como un hecho absolutamente incontrastable, como un hecho que se manifiesta á la gran luz de la publicidad por todas las realidades de nuestro mundo contemporáneo, resulta que el único remedio eficaz para nuestro mal social, es acercar á los hombres separados; es sustituir á la division la verdadera union; y, por consecuencia, sustituir á los desórdenes y á las anarquías que vienen del antagonismo, el órden y la armonía que proceden de la unidad.

Allí está todo entero el problema que se trata de resolver, y allí está el mal que preciso es curar; delante del problema y del mal examinar debemos la competencia y la suficiencia de la ciencia contemporánea. Ahora bien; no tememos decirlo: en este punto que interesa hoy más á nuestra sociedad viva, la ciencia no sólo es incompetente é insuficiente, sino que no puede *absolutamente* nada.

Cuando decimos que la ciencia no puede aquí nada, obsérvese bien que hablamos de la verdadera ciencia; de la ciencia cuyos beneficios recoje la humanidad contemporánea; de la ciencia que ha dado, en la esfera donde se agita, los testimonios auténticos de su poder. Sí; esta ciencia, áun con sus

conquistas más magníficas, tiene, en el órden social de que aquí se trata, una radical y soberana impotencia.

Si yo hablase de la ciencia, tal como se personifica en ciertas personas célebres del mundo que reputan sabio; de la ciencia temeraria que, para quebrantar los fundamentos sobre que descansa el Cristianismo, lánzase á la region de las hipótesis más quiméricas; si tomase aparte á esta ciencia «anticristiana,» en la cual hace ostentacion, hoy sobre todo, lo que llamo el charlatanismo científico, no sólo deberia yo acusar á la pretendida ciencia de impotencia para curarnos, sino que deberia denunciar en ella una de las causas más grandes del mal que sufrimos.

Hay, en efecto, entre nosotros, principalmente hace un siglo, doctrinas, diremos mejor, sistemas y opiniones, teorías y utopias, que han procurado desarraigar en las inteligencias todos los grandes principios de unidad que sirven de base á la union entre los hombres y á la armonía en las sociedades. Estas hipótesis audaces han usurpado entre nosotros el nombre, el honor y el prestigio de la ciencia; negando los dogmas esencialmente unitarios de la Iglesia católica, suprimiendo todas las verdades fundamentales que aproximan á los hombres y los estrechan en la unidad, han sembrado en las generaciones nuevas, todos los gérmenes de division para desenvolver en ellas cada vez más lo que podría llamarse todas las ideas separatistas y todas las fuerzas cismáticas, es decir, lo más opuesto, lo más hostil y lo

más fundamentalmente antipático á la unidad humana y á la armonía social.

Bajo este aspecto, esta pretendida ciencia tan «anti-social» como «anti-cristiana,» lejos de poder ser un remedio para el mal social de que nos encontramos heridos, está convencida de haber contribuido singularmente á su primera manifestacion por el pronto, á su desenvolvimiento en seguida, y finalmente, al parasismo que pone de realce hoy.

Resolver este problema que domina todos los problemas, y curar este mal que domina todos los males, fué sin duda el sueño de todos los sistemas del extremo error que señalaron la fase primera del siglo presente: del «fourrierismo,» del «saint-simonismo,» del comunismo, y principalmente del Socialismo, tal como lo mostramos apareciendo en su aurora primera (1). Todos los representantes más famosos de estos grandes errores, en el fondo, soñaban la misma cosa: restaurar en el mundo social la union y la armonía, quebrantadas por todos los «antagonismos» seculares de la humanidad.

Es preciso reconocerlo; en muchos de tales novadores, más necios que malvados, se trataba de un sueño generoso, que tenía en la situacion social de aquel tiempo su explicacion natural y, en cierto sentido, legítima. Salia de la necesidad entonces por todos profundamente sentida de obrar contra el mal del egoismo y del odio, tan prodigiosamente desen-

(1) El Socialismo ante la sociedad. Primera conferencia de Grenoble.

vuelto por el siglo décimo octavo, y cuya herida dolorosa sintió nuestro siglo, sobre todo en sus albores. Una inmensa aspiracion á la fraternidad, á la asociacion y á la armonía brotaba de las profundidades de la sociedad nueva, despues de las divisiones y de las revoluciones producidas por las doctrinas de egoismo y de anarquía engendradas por este siglo de todas las corrupciones y de todos los errores.

Desgraciadamente, todos estos ardidos novadores, más llenos aún de ilusiones que de esperanzas, procuraban curar el mal por el desenvolvimienro de las mismas causas que lo habian producido, es decir, por el desenvolvimiento de las doctrinas materialistas, panteistas y ateas, en una palabra, por la eliminacion de toda influencia cristiana en el órden social.

Así, como esperarse debia, en vez de concluir, el mal se agravó; se complicó el problema, en lugar de resolverse, y al cabo de un siglo casi de pruebas, tentativas y revoluciones, vednos delante del problema este complicado, pidiendo más que nunca una solucion, y delante del mal este agravado, invocando más que nunca una medicina.

La cuestion, pues, existe allí siempre, más aun hoy que ayer; estrechar en la *unidad,* bajo todos los aspectos posibles, á los hombres separados hoy de todas maneras; preparar, por la union efectiva entre los hombres, la armonía y la paz en la sociedad. Los hombres son fuerzas, pero son fuerzas hostiles y, á la hora presente, más ó ménos vueltas las unas contra las otras. Por lo tanto, entre tales hombres

que se amenazan, restablecer la union fraternal, ó morir en las luchas fratricidas. Una vez más, esta es la cuestion.

Así, todos estos novadores que, á nombre de una que se llama ciencia social, se anuncian como si debieran restablecer la armonía en la humanidad nueva, por sus doctrinas, diremos mejor, por sus errores, han conspirado contra esta union y esta armonía ponderadas en sus programas é inscritas en su bandera.

Si esto es así, de la pretendida ciencia que se atribuia la mision especial de inaugurar en el mundo la armonía social, conduciendo los hombres á la union universal, ¿qué no deberíamos decir de todos los sistemas tan enaltecidos en nuestros dias, y reputados todos científicos, en medio de los cuales perecen todos los grandes principios de unidad dogmática, sin los que se sueña en vano realizar la unidad, y por consiguiente la armonía social?

¡Ah! Para destruir en el órden doctrinal y dogmático todo lo que á los hombres unia con los hombres, ¿qué no han intentado nuestros modernos sabios, sobre todo hace un siglo? ¿Acaso el conjunto de tantos sistemas, inventados por encontrar insuficientes las enseñanzas de la fé nuestra, es más que una vasta conspiracion organizada contra todos los principios de unidad, garantidos por estas mismas enseñanzas? Para reducir á la nada esta unidad fundamental sobre que debe apoyarse, como sobre su eje necesario, la grande unidad, y por consiguiente la grande armonía social, ¿qué no han rebatido , y esto en nombre de la ciencia siempre?

Ellos han negado la unidad de nuestras inteligencias en una misma fé; ellos han negado la unidad de nuestras almas en una misma esperanza; ellos han negado la unidad de nuestros corazones en un mismo amor; ellos han negado la unidad de nuestras voluntades en una misma autoridad; ellos han negado, sobre todo, la unidad de nuestra vida en una misma paternidad, y, por consecuencia, han arrancado del seno de nuestra sociedad las raices mismas de nuestra fraternidad. Ellos han negado, en la paternidad de Cristo, nuestra fraternidad cristiana; ellos han negado, en la paternidad de Adan, nuestra fraternidad humana; ellos han negado, áun en la paternidad de Dios, nuestra fraternidad universal.

Estábamos unidos, como cristianos, en el corazon de nuestro Cristo, este Padre del siglo venidero. En nombre de la ciencia, han dicho: «Cristo no es Dios; no sois *uno* en vuestro Cristo: y esta palabra, *Somos hermanos en Jesucristo,* no descansa enteramente sobre nada, siendo una bella ilusion, propia de un sentimiento generoso.»

Así han destruido en nuestro mundo nuevo esta unidad, y por lo tanto esta fraternidad cristiana que nos tenía unidos á todos en la paternidad de Jesucristo; no se comprenderá nunca y jamás se podrá decir cuánto ha podido esta negacion cismática de nuestra unidad en Jesucristo, á fin de alterar y áun destruir, en las generaciones nuevas, el sentido de la verdadera fraternidad.

Aun dejando esta unidad y fraternidad sobrenaturales en el corazon de un propio Cristo, restábanos

el gran principio de la fraternidad humana, á saber: la unidad de nuestra sangre en la paternidad de Adan; todos los indivíduos de la especie humana llevando en sus venas la unidad de una sangre verdaderamente fraternal; todos reconociéndose y proclamándose hermanos por la unidad viviente de un mismo padre: verdad fundamental del Cristianismo.

Pues bien; han venido sabios, y por la autoridad de una ciencia hoy convencida de ignorancia, nos han dicho: «No; no teneis en vuestras venas la unidad de una misma sangre; no, vosotros no teneis en la paternidad adámica la garantía de vuestra fraternidad humana.»

Para satisfacer esta precision anárquica de aniquilar entre los hombres todos los principios que garantizan nuestra fraternal unidad, no era esto bastante. Sobre las ruinas de las dos paternidades de Cristo y de Adan, otra subsistia, primero y último principio de nuestra fraternal unidad: era la paternidad de Dios, absolutamente universal, y, por este título, suprema y fundamental garantía de nuestra universal fraternidad.

Aun la sombra de tal augusta y divina paternidad importunaba mucho á la ciencia «anticristiana,» impaciente por destruir todo principio de unidad, garantido por el dogma cristiano; y, en su nombre, vinieron algunos hombres, que así exclamaron: «Vosotros creeis en *Dios, vuestro padre, que está en los cielos;* en El, y por El, os proclamais hermanos. Os engañais; Dios no existe; y vosotros, hombres,

no sois hermanos en El. Dios es un mito, y vuestra fraternidad una quimera.»

Sobre los atentados de esta falsa ciencia han caido sucesivamente estas tres paternidades, y sobre sus ruinas han caido al propio tiempo las garantías dogmáticas de la triple unidad que nos estrechaba con su triple lazo en la más estrecha fraternidad. «Una vez pulverizados por esta ciencia esencialmente «antifraternal» y antisocial todos estos principios unitarios, no sólo no puede ya existir la fraternidad, sino que no puede concebirse siquiera; los hombres que á sí propios se llaman hermanos en una misma patria no son más que moléculas humanas, sin ningun lazo que las una, y sin fuerza que las atraiga.

Con todos estos principios fundamentales de unidad y de fraternidad, han perecido al propio tiempo todos los principios y todas las garantías de nuestra *solidaridad*. Ni solidaridad cristiana, ni solidaridad humana, ni solidaridad universal: ninguna solidaridad existe ni tiene ya siquiera razon de ser. Es una de las contradicciones más patentes de la ciencia nueva, y uno de los fenómenos más curiosos del mundo científico y del mundo social, que hayan podido resonar más universal y altamente que nunca estos grandes y dulces nombres de fraternidad y de solidaridad, precisamente cuando conspiraba todo á batir en brecha todos los principios de la fraternidad y de la solidaridad.

Así es como, á fin de hacer oposicion al Cristianismo, opiniones y utopias que se daban por la ciencia

misma han zapado, destruido y pulverizado todos los principios de unidad humana y de armonía social garantidos por el Cristianismo.

Empero es bastante mostrar cómo este charlatanismo científico, en vez de curar nuestro mal social, ha creado este mal social suprimiendo en la sociedad moderna todos los principios que nos unen, así como multiplicando los gérmenes de oposicion y de antagonismo. Lo que nosotros queremos convencer aquí de impotencia, no es sólo el simulacro, el fantasma de la ciencia, la falsa ciencia, sino la ciencia misma; la ciencia digna de tal nombre; aún la más segura de sus conclusiones, y la más justamente orgullosa de sus descubrimientos ó de sus conquistas.

A esta ciencia, que tiene su sitio marcado en los planes de la Providencia, y su rango glorioso en la humanidad; á esta ciencia, que Dios aprueba y que anima la Iglesia; á esta ciencia, que cuenta entre los cristianos á sus más ilustres representantes; á esta ciencia que se llama, segun los tiempos y los lugares, Copérnico ó Galileo, Leibnitz ó Newton, Ampére ó Cauchy; á esta ciencia, cuyos triunfos amamos y admiramos, áun á esta misma ciencia la declaramos de todo punto incompetente para resolver nuestro problema, é impotente para curar nuestro mal. Porque voluntariamente consentimos en reconocer y áun exaltar los prodigios que realizó en el mundo físico y material, estamos doblemente autorizados para preguntarle lo que puede y lo que ha hecho en el órden social, para la armonía y la paz de la sociedad viva: no creemos faltar al respeto

que profesamos á la verdadera ciencia, dirigiendo á sus representantes más ilustres la intimacion esta, que, absolutamente categórica, pretende no dejar de ser por ello respetuosa:

¡Oh sábios! ¡Oh grandes hombres, á los cuales la humanidad honra con razon! Físicos y matemáticos, geólogos y fisiólogos, naturalistas y botánicos, astrónomos y químicos; vosotros que inquirís y sondeais todas los mundos: mundo mineral, mundo vegetal, mundo animal, mundo terrestre y mundo sideral, mundo de los infinitamente *grandes* y de los infinitamente *pequeños*; vosotros que penetrais á la vez el misterio de los soles y el misterio del grano de arena; vosotros que adivinais, con el secreto de sus armonías particulares, sus relaciones misteriosas con la universal armonía; vosotros que sabeis su peso, su medida, su extension y sus distancias; vosotros que habeis podido formular, con rigor matemático, las leyes íntimas por las cuales estos soles del firmamento y estos granos de arena de la tierra se sostienen, se balancean, se atraen y forman, en el espacio infinito, este órden universal é inalterable, á la vez la magnificencia, la hermosura y la armonía del mundo material, la verdad intímaos aquí para que respondais: ¿qué ha hecho vuestra ciencia para revelarnos el misterio más inmediato á nosotros, y para nosotros mucho más interesante que los misterios de los mundos, á saber, el misterio de las armonías humanas y de las armonías sociales? Nada. ¿Qué ha hecho á fin de aproximar los hombres á los hombres, las familias á las familias,

las razas á las razas, las sociedades á las sociedades, y sobre todo, (lo que viene á ser el gran enigma del dia), para unir los ciudadanos á los ciudadanos, en una viviente armonía? Nada. ¿Qué ha hecho, en fin, vuestra ciencia, para resolver el problema de la unidad, ó á lo ménos de la unidad social á que aspirais, y á que aspiramos tambien con vosotros? ¡Os digo que nada, nada!

¡Ah! Engáñome. Es preciso rendir á la ciencia, con la justicia, el homenaje y la gratitud que la debemos. Ha hecho la ciencia mucho, y mucho hace todavía, para responder á esta vaga, pero profunda necesidad de union que á la nueva sociedad atormenta. Acaso jamás se ha visto en la historia un movimiento comparable al que arrastra hoy el mundo científico á ignoro qué unificacion general del humano linaje; y esta unificacion, no puedo negarlo, se hace principalmente con el soplo potentísimo de la ciencia contemporánea. En determinada esfera de la vida, ¿se ha visto jamás una tendencia más pronunciada y un movimiento más acelerado hácia la unidad?

Ved todo lo que hace hoy la ciencia para realizar, tan pronto y tan completamente como sea posible, la unificacion de las razas, de los pueblos y de las sociedades de toda la tierra. ¿Quién podrá, bajo este aspecto, referir con toda verdad la grandeza de sus descubrimientos, el brillo de sus victorias y los prodigios de su accion?

Ved cómo, por la creacion de los caminos de hierro, triunfa del espacio y suprime las distancias

que alejan á las provincias de las provincias, y á los pueblos de los pueblos.

Ved cómo, por sus vapores de alas ardientes, corriendo á través de los mares con rapidez siempre mayor, junta los continentes con los continentes, los mundos con los mundos, y parece colmar para nosotros los abismos que los separan.

Ved cómo, por el telégrafo, hace correr el pensamiento, mediante la chispa telegráfica, de una extremidad á otra del globo terrestre; y cómo los hombres, desde los polos al ecuador, y desde el ecuador á los polos, se hablan, y se responden á través de dos mil leguas, como á distancia de algunos pasos.

Ved tambien con qué facilidad, gracias igualmente á los progresos de la ciencia, las ofertas y los cambios, las ventas y las compras, todas las operaciones del comercio y de la industria se hacen por los mismos hombres á la vez en todos los mercados del mundo; ved cómo la rapidez vertiginosa de los trasportes hace conducir á los mismos puntos de la superficie del globo, todos los productos de la tierra, y cómo, segun la frase de un autor, el hombre puede hacer entrar en su viviente fibra el jugo y la quinta esencia de todas sus sustancias, de todos sus frutos y de todos sus sabores.

No llevamos más lejos la exposicion de las maravillas realizadas por la ciencia, y de las cuáles solo podemos dar aquí una idea imperfecta; hasta tal punto, ante lo que ha podido hacer, sentimos nuestra impotencia para escribir. Para que correspondiese la frase á la realidad, no se necesitaria un discurso

únicamente, ni un libro sólo, sino un poema de la industria, inspirado y dirigido por la ciencia.

Me contento con hacer constar un hecho: el movimiento, el vuelo del genio del hombre, llevado sobre las alas de la ciencia hácia la unidad ó la unificacion, ¡hecho brillante que no necesita demostracion, porque demuéstrase á sí mismo con su propia claridad!

Mas ¿en qué orden de cosas trabaja la ciencia nueva para conducir á término el fenómeno de la unidad ó su maravillla? Es preciso declararlo: en el órden *físico*, y sólo en el órden *físico* Todo en pró de la unificacion y de la material asociacion. ¡Sí, todo! mas para la unidad moral, y para la gran armonía propiamente dicha, es decir, para la feliz aproximacion de los corazones y para la union de las almas, ¡nada, absolutamente nada!

Vednos aquí ante un segundo hecho, y un contraste deslumbrador con el primero, y, como el primero, tambien brillante con su propia luz.

¡Cosa verdaderamente notable! A medida que más caen las barreras que impedían en el mundo material hasta hoy á los pueblos aproximarse, más elévanse, en el mundo social, las barreras que separan á los hombres de los hombres, á las clases de las clases, y á las generaciones de las generaciones. Despues de tantos esfuerzos, dichosos frecuentemente, á fin de aproximar los cuerpos á los cuerpos, borrando el espacio y suprimiendo las distancias, ¿han estado nunca las almas tan desunidas y se han ahondado jamás entre las mismas abismos tan profundos? Con

el auxilio de sus telescopios y de todas las invenciones destinadas á engrandecer ó agrandar el alcance del ojo humano, ha llegado la ciencia hoy á ensanchar de manera prodigiosa el campo abierto á sus visiones, y ha podido aproximar, en el horizonte de su mirada, los globos echados á inconmensurables distancias en las profundidades del espacio. Mas lo que ha hecho la ciencia para disminuir las distancias que separan á los séres humanos viviendo en el seno de una misma sociedad, ¿quién podrá decírnoslo? Allí reside, sin embargo, todo entero el fondo de la cuestion social.

Muy lejos de aproximar los hombres á los hombres, ¿no se podria decir que tienden más bien á separarlos? En vez de preparar por sus maravillosos descubrimientos, la maravilla mucho más grande y apetecible de la paz universal, ¿no se diria que dispone para los pueblos del porvenir, los conflictos de la guerra universal? En vez de crear y extender entre los hombres las relaciones amistosas y pacíficas, ¿no veis cómo, por sus mismos progresos, agranda y conduce hasta la exageracion, entre los pueblos que se proclaman fraternales, todas las potencias batalladoras, y como, por las fuerzas cuyo misterio, hasta hoy no comprendido, revela cada dia más á la humanidad viviente, coloca en una fraccion del género humano, para combatir y aplastar á la otra, agentes cada vez más formidables?

¿Quién podrá desconocer tal hecho extraño, pero absolutamente innegable, que á los observadores atentos del presente inspira inquietudes sérias para

el porvenir? ¿Quién podrá desconocer tal hecho, particularmente propio del siglo actual?

Es cierto que nunca se habló tanto de paz; pero lo es igualmente que nunca se vió tanto á los pueblos sobre tal pié de guerra; nuestros armamentos se agrandan en todas partes, en una misma y espantable proporcion que nuestro progreso científico. ¿Cuántos soldados dispuestos á marchar al combate arman hoy la Francia, la Alemania, la Rusia, la Inglaterra, el Austria, la Italia, y los otros pueblos, en proporcion de su poder numérico? ¿Cuántos? ¿Qué importa que no podamos precisar su número matemáticamente? El hecho es que tales armamentos, por sus proporciones y universalidad, sobrepujan todo lo que se ha visto hasta hoy, y esto, advirtámoslo bien, en plena paz. ¡Cómo! ¿Tantos millones de soldados armados para protegernos en la paz, y cuando al parecer habia llegado á ser esta la general aspiracion de todas las naciones?.....

Y, no es ménos digno de atencion que, mientras aumenta en todas partes el número de los soldados, se vé donde quiera el perfeccionamiento y la fuerza de las máquinas de la destruccion, aumentando cada dia más aún que los soldados. ¿Y á quién toca de derecho el honor de tales potencias destructoras sino á los mismos descubrimientos de la ciencia? Mientras hace prodigios para multiplicar estas potencias de destruccion, y nos hace marchar de sorpresa en sorpresa, por el progreso creciente de contínuo en el arte de matar y destruir; cuando todos los pueblos de la Europa y casi del mundo entero, armados de

los pies á la cabeza, están de pié observándose mútuamente, y esperando, para caer los unos sobre los otros, la señal del acontecimiento, asemejándose á hombres emboscados, dispuestos á disparar sus tiros de fusil sobre los pasajeros inadvertidos y desarmados; cuando, en fin, la ciencia hace todo lo posible á fin de ayudar á los pueblos nuevos á combatirse y degollarse, ¿no estamos autorizados, por el propio prodigio de sus invenciones en el mundo material, á preguntarle, áun aquí, sobre todo aquí, lo que ha hecho para el género humano en nuestro mundo social? ¿Qué ha hecho principalmente para conducir á los hombres á que se amen, se aproximen y se abracen?

Si está demostrado, por el propio brillo de la publicidad, que en tal sentido y con este objeto la ciencia no hace nada, absolutamente nada, ¿cómo entonces osa ponderar el poder de la misma para que brote sobre todos los campos de batalla, ensangrentados por matanzas hasta el presente desconocidas, esta flor suave de la civilizacion nueva, es decir, la flor de la paz, de la concordia y de la fraternidad? Si, haciendo abstraccion de tal fenómeno desconocido, todos los pueblos armados por la ciencia, unos contra otros, de fuerzas gigantescas, miramos lo que pasa en medio de nosotros y á nuestros propios ojos, ¿qué se vislumbra en el seno mismo de lo que llamamos la patria? ¿Por ventura hermanos que se abrazan en el corazon de una misma madre?

¡Ay! No. Aquí mismo encontrais hombres armados contra hombres, y ejércitos para combatirse y des-

truirse; fuerzas novísimas que la ciencia, por sus descubrimientos, ha hecho caer en sus manos. Allí podeis ver hombres, ó más bien legiones de hombres, los mismos que hace poco hablaban solamente de paz y de fraternidad, armados de las fuerzas reveladas por la ciencia, anunciar y publicar en alta voz, por lo que llaman el dia de las represalias y de las venganzas populares, las guerras intestinas y las luchas fratricidas. ¡Y con qué luchas, y con qué guerras, ó, más bien, ¡con qué matanzas amenazan á la sociedad presente, que han jurado destruir! ¡Con qué medios, gran Dios, y en qué proporciones! Gracias á tales progresos de la ciencia, que nos tienen tan altivos, y demasiado altivos tal vez, no sólo están dispuestos á correr á la matanza de sus hermanos, por el cañon y la metralla, por el fusil y el revolver, por la espada y por el puñal: están armados del petróleo, de la dinamita y de otros agentes más destructores aún, que se jactan de dar á la matanza y al fratricidio proporciones que no se les habian conocido aún.

Tal es el hecho doble, y un todo á la vez, que impónese á la general atencion, recomendándose particularmente á la reflexion de los que pretenden resolver, por el poder de la ciencia, el problema social: la union entre los hombres, la concordia fraternal marchando en razon inversa de nuestros progresos en la ciencia; la social armonía yéndose de nosotros, á medida que se levanta el poder científico en medio de nosotros. Pregunto: ¿á quién no dará en qué pensar semejante fenómeno?

Seguramente, si la ciencia tuviera en sí misma el secreto mágico de producir la paz y la armonía en la sociedad, deberíase, salvo algunas derogaciones posibles, ver la paz y la social armonía desarrollarse en todos los pueblos en razon directa del progreso científico. Ahora bien; un hecho público, universal, constante, demuestra precisamente lo contrario, á saber: que, segun aumenta más el progreso científico, más disminuye sin duda el progreso verdaderamente social; á medida que la ciencia, por sus maravillosos descubrimientos, coloca en manos de las generaciones vivas fuerzas siempre nuevas que se agrandan cada vez más, estas generaciones muéstranse dispuestas á servirse de tales fuerzas para matarse unas á otras en matanzas grandes como las mismas fuerzas.

No inventamos tales dos hechos, que se hallan en los mismos puntos del espacio y del tiempo, presentando entre sí un contraste tan vivo; los hacemos constar, y los entregamos á las reflexiones del lector.

No pretendemos, sin duda, que tales antagonismos crecientes, que se manifiestan á la vez de pueblo á pueblo, y en un mismo pueblo, entre hermanos que se amenazan, reconocen por causa la ciencia misma: pueden dos fenómenos encontrarse sin duda en un mismo punto del espacio y de la duracion, sin que uno de los dos sea la causa del otro. La simultaneidad no demuestra la causalidad. Dar por causa de un efecto lo que no es verdaderamente causa, y de que dos cosas coincidan y se manifiesten

juntas, concluir que la una es necesariamente razon de la otra, es de seguro una de las más grandes fuentes de los falsos juicios humanos. Por consiguiente, no cometeremos aquí este grosero sofisma y este crímen de lesa lógica, manifestando que por sí propio el progreso científico produce la disgregacion humana y la falta de armonía social por la única razon de que dos fenómenos se manifiestan simultáneamente á la luz del siglo actual, pareciendo marchar al mismo paso sobre dos líneas paralelas; porque la lepra socialista se desenvuelve entre nosotros con el progreso científico, no acusaremos á la ciencia de producir ella misma por sí misma el Socialismo, y, con el Socialismo, el mal social.

A la verdad, bajo los vientos que atraviesan el siglo actual, el progreso en la ciencia ha contribuido á desenvolver, en la generacion nueva, una cosa particular y esencialmente antisocial: el *orgullo*. Cuando la ciencia humana no tiene, para conservarse ella misma en el órden, el contrapeso de la fé y la humildad cristiana, sufre pronto el vértigo, cae sin duda en el engreimiento, y produce aquel vicio esencialmente perturbador y desorganizador que se llama el orgullo; el orgullo, que tiene pasion de mandar y horror á la obediencia; el orgullo, padre de la independencia y de la rebelion, que va hoy repitiendo en todas partes: «nuestro enemigo, es nuestro maestro;» el orgullo, que, en todos y en cada uno, pretende ser el centro y la cumbre de todo, y por esto tiende á desorganizar el órden social; el orgullo, que produce todos los grandes erro-

res, y principalmente el gran error social llamado el Socialismo; el orgullo, en fin, enemigo eterno, en la humanidad, de la paz, de la concordia y de la fraternidad.

Mas, para el objeto que nos proponemos, y bajo el punto de vista en que ahora nos colocamos, bástanos mostrar que la ciencia no aproxima moralmente á las sociedades, ni á los hombres, y que, por lo tanto, no hace nada para curarnos del profundo mal del tiempo presente, á saber: el mal de la division, del antagonismo y de la separacion. Si se debe conceder que la propia ciencia, por sí misma, no produce esencialmente el desórden y el mal social, es preciso conceder tambien que la propia ciencia, por sí misma, sin excluir la verdadera, no produce la union y la armonía sociales, como tambien que, á sus propios recursos dejada, es radicalmente impotente para curar á la sociedad nuestra del mal que la devora.

II.

Si nosotros, en efecto, dejamos las generalidades; si venimos un poco al detal y buscamos los puntos principales por los que pueden aproximarse los hombres, tocarse, unirse, abrazarse, imposible cosa es descubrir cómo la ciencia, que sabe realizar tantas maravillas en el órden material, puede contribuir, en el órden moral y social, á la realizacion de la maravilla esta, única que nos puede sustraer al mal que sufrimos: *la union entre los hombres.*

¿Por dónde los hombres pueden tocarse y por dónde deben unirse sobre todo, para realizar, á lo ménos en una medida, esta social armonía que sobre su bandera escribió el Socialismo naciente, y de la cual aléjase cada dia más por todos los esfuerzos que intenta con el fin de realizarla? ¿Sobre qué puntos esenciales la ciencia, sin excluir la verdadera, tiene la pretension legítima de unirnos?

Hay un punto esencial por el que los hombres deben desde luego aproximarse para realizar ante todo esta union fundamental que debe servir de base primera para todo el edificio del órden social; me refiero á la union *de las inteligencias en la verdad*; no sólo en la verdad matemática y física, indiferente más ó ménos al órden social, sino en la verdad que se refiere más á lo íntimo de la vida humana y á los resortes necesarios de la vida social.

La division en el órden de las ideas es el principio de todas las demás divisiones: sobre todo por ahí empiezan las fracciones, las discordancias, los disentimientos, las anarquías y los antagonismos que separan á los hombres de los hombres. Los cismas del órden intelectual preparan todos los demás cismas: cisma del órden moral, cisma del órden religioso, y, como resultado final, aunque cierto, cisma del órden social; además no es dudoso que todos los cismas que hoy nos dividen en todas las esferas, y sobre todo en la esfera de la vida social, tienen por punto de partida nuestras divisiones, nuestras luchas, nuestras discordias, nuestras anarquías y nuestras guerras en el órden intelectual. La division, la anarquía en

la sociedad es el resultado naturalísimo, lento tal vez, pero fatal, de la division, de la anarquía en las inteligencias. La conexion íntima de las dos anarquías está en la misma naturaleza de las cosas, y escrita en las páginas más conmovedoras de la historia, con caractéres brillantes, y frecuentemente con caractéres sangrientos.

Si, pues, la ciencia pudiera resolver el difícil problema de la union humana y de la social armonía, este poder debiera desde luego manifestarse haciendo desaparecer, ó á lo ménos disminuir, la division y la anarquía en el mundo intelectual, realizando, á lo ménos en una medida, la *unidad*, en el órden de las ideas, no pudiendo conducir, sin esta union fundamental, más que á dividirnos cada vez más, todo lo que intentan los novadores para unirnos.

Ahora bien; ¿qué ha hecho hasta hoy la ciencia, para establecer la unidad en las inteligencias, y por este medio preparar la armonía en el órden social? ¿Qué ha hecho? Lo ignoramos; pero la realidad viviente, á la hora en que nos encontramos, grita donde quiera en el mundo intelectual: ¡Division! ¡Division! ¡Anarquía! ¡Anarquía! Jamás se ha visto nada semejante; nunca esta confusion se ha realizado á la luz del sol en el órden de las ideas: las doctrinas, las opiniones y los sistemas, en todas partes y sobre todo, no solamente se dividen, sino que se subdividen, se fraccionan y vuelven á fraccionarse; asistimos, en todas las esferas del pensamiento, no sólo al «fraccionamiento» de la unidad, sino que presenciamos las fracciones de las fracciones; fracciones

indefinidas, cuyo término es lo que puede llamarse la *pulverizacion*. Literalmente, preciso es decir, por ser verdad, que no sólo nos encontramos en la division, sino en la pulverizacion; la atmósfera intelectual es únicamente un polvo de sistemas y de opiniones en el cual las inteligencias se ahogan, careciendo de aire respirable; polvo cada vez más desligado y atomístico, que se desvanece en el vacío donde las inteligencias no toman nada que verdaderamente se pueda tomar, y donde sólo existe lo que llamarse puede el *nihilismo intelectual*.

¿En qué, cómo y hasta dónde la ciencia ha realmente contribuido á esta division, anarquía, pulverizacion, y *nihilismo* de las inteligencias? No debo indagarlo aquí, bastándome hacer constar el hecho. Los filósofos y los pensadores de todos los matices han contribuido quizás, más que los sábios propiamente dichos, á esta division de las inteligencias, cuyos testigos somos, dejando sobre tal punto á cada persona sus responsabilidades.

Que la ciencia sea más ó ménos irresponsable de la anarquía intelectual que nos divide, fracciona y pulveriza, lo quiero conceder de buen grado. Empero continúa siendo verdad que, si la ciencia contemporánea no ha creado esta intelectual anarquía, no ha impedido su existencia, ni ha podido tampoco remediarla. Sea cual sea la verdadera causa, el hecho es muy exacto y desafía toda negacion: nos hallamos en plena division y confusion babilónica; más aún que el imperio de Baltasar, el imperio de las inteligencias hállase dividido: *Divisum*

est regnum. A medida que se agranda el progreso de la ciencia, más aumenta la division: prueba bastante demostrativa de que, si la ciencia no es la causa eficiente, no es tampoco su remedio eficaz. Y cabe preguntar lo que á ser vendría este mundo de la division, de la confusion y de la noche, si la Iglesia católica no colocara, por encima de la noche y de la confusion esta, la siempre brillante antorcha de su inalterable y resplandeciente unidad. Ella sola puede mantener á las inteligencias estrechadas en la unidad, y marchando á la luz de la misma verdad, porque tiene una doctrina determinada y un dogma definido; porque, sobre tal dogma y sobre tal doctrina, todas las inteligencias se apoyan con una misma é igual certidumbre; porque, finalmente, para nosotros esta doctrina y este dogma no es una fraccion de la verdad, sino la verdad íntegra y plena.

Así, nosotros, discípulos de una misma fé, alistados bajo el mismo estandarte, apoyados en el granito de las mismas verdades, formamos la ciudad viviente de las inteligencias, donde resplandece, para iluminarlas todas á la vez, el sol de la divina unidad. Salid de nuestro sitio; entrad en la ciudad de las inteligencias separadas de la grande unidad esta y sustraidas á la irradiacion de tan admirable luz: ¡entrais en Babilonia! Allí, sin duda, la ciencia truena con ruido que fascina y á veces engaña tambien á las muchedumbres; mas á su alrededor, y frecuentemente áun en ella, encuéntrase la division, la division de nuevo y siempre la division. En-

tonces pregunta la verdad; ¿cómo lo que no puede impedir la division en el mundo intelectual, podrá producir la union y la armonía en el mundo social?

Aun cuando la ciencia pudiese lo que no puede sin duda en realidad, es decir, establecer la unidad en las inteligencias, necesitaría, para disponer la social armonía, crear la unidad en las voluntades; porque, bajo este aspecto, como bajo todos los restantes, resulta la armonía de la unidad en la pluralidad.

Si no existe un punto central donde todas las voluntades convergen para encontrarse de nuevo en la unidad, no sólo no existe armonía social, sino que ni existe sociedad. El estado social, considerado en sus elementos rudimentales, en su situacion más inicial y en su forma más imperfecta, exige sin duda, en cierta medida, la realizacion de la unidad esta en la diversidad; la exige con mayor razon en su dilatacion más completa y en su apogeo, es decir, allí donde más se aproxima todo lo posible á su ideal, pudiendo, con toda verdad, y en el mejor sentido de la palabra esta, llamarse la social armonía ó la perfeccion de la sociedad.

Imagínese, si se puede, un estado social donde todas las voluntades, en lugar de converger, divergen; en lugar de hallarse, huyen unas de otras; en lugar de ponerse de acuerdo, se combaten; en lugar de unirse y apretarse en una muy armoniosa unidad, sepáranse y se disgregan en una diversidad absoluta y verdaderamente anárquica: perece la misma idea social en esta hipótesis, quedando sólo un simulacro ó apariencias de sociedad. Aún quedará tal vez una

juxtaposicion de indivíduos, pero de indivíduos más esparcidos que juxtapuestos, á pesar de sn aproximacion maternal: separados y juxtapuestos á la vez como lo están en la orilla los granos de arena de la mar, ó como las moléculas y los átomos que dan vueltas en el aire.

En breve; para establecer el Estado simplemente social, y mucho más para conducir á término la armonía social, necesítase la union de las voluntades más aún que la union de las inteligencias. Fuera de esto, veis el individualismo y sólo el individualismo; algo como el estado salvaje, porque no hay estado salvaje donde voluntades múltiples no se hallen más ó ménos en una voluntad única, es decir, donde viva tan separado el hombre del hombre, que sea el individualismo allí absoluto.

Lo que forma el punto concéntrico donde las voluntades se hallan de nuevo en la unidad para constituir un estado social propiamente dicho, es lo que se llama la *autoridad*; la autoridad creando las leyes que rigen las voluntades, y las voluntades, por la sumision á las leyes, viniendo á concentrarse en la propia autoridad: tal es la condicion absolutamente indispensable de todo Estado, y mucho más de todo progreso social. Sea cual sea la forma bajo que tal autoridad se presenta y se personifica; sea en su representacion viviente una ó múltiple, en su esencia es única, y alcanzando, por su legislacion y por su ejercicio, todas las voluntades que proceden de su derecho y de su soberanía, es el principio de la vida, el resorte de la perfeccion, y el eje de la social armonía.

Por lo tanto, si la ciencia puede realizar lo que promete; si tiene potencia para resolver, á su manera, el enigma formidable que se plantea hoy ante toda la sociedad, debe hallarse sin duda en disposicion de crear y mantener ante todo, en la sociedad, esto que nada puede suplir, siendo la razon de ser de toda sociedad, la condicion *sine qua non* de todo órden y de todo perfeccionamiento social: la autoridad. Si debemos ver agrandarse la social autoridad á medida que se agranda el progreso científico, debemos poder hacer constar, entre este progreso científico y este progreso social, la conexion íntima que adhiere sin duda al otro.

Ahora bien: ¿es así verdaderamente? ¿Marchan ó no al mismo paso el respeto á la autoridad, la obediencia á la autoridad, es decir, la coordinacion de las voluntades particulares relativamente á una autoridad central y unitaria, con el progreso á la ciencia? ¿Muéstrase la ciencia públicamente como la causa eficaz del culto este, de esta subordinacion y de esta sumision á la autoridad?

¿Qué hace la ciencia, en medio de nosotros, para la constitucion ó el realce, para el respeto y el prestigio de la autoridad? ¿Qué ha hecho hasta hoy para establecer, ó á lo ménos para secundar, la unidad de las voluntades en la autoridad y por la autoridad? Me lo pregunto y no llego á encontrar una respuesta.

¡Ah! Lo que hace, lo que ha osado, ó más bien lo que se ha hecho ú osado en su nombre mágico contra la autoridad y contra la más alta autoridad, lo

sabemos bien, y lo sabemos demasiado. Hombres han venido, los cuales, á nombre de la ciencia, dirigido han á la autoridad los desafíos más audaces; á toda autoridad divina y á toda autoridad humana han opuesto lo que llaman, en su lengua orgullosa, la libertad ilimitada de la ciencia y la soberanía absoluta de la razon. Más de un sábio, en el órden intelectual, se ha puesto, en el órden social, como un demoledor de autoridad; algunos han llegado á proclamar entre nosotros, como la conquista superior del humano espíritu y como la gloria de los tiempos novísimos, la incompatibilidad absoluta de la ciencia y de la autoridad.

Lo que tales proclamaciones, tan insensatas como audaces, han podido, para destruir en las generaciones nuevas, áun bajo el punto de vista social, el principio de autoridad, fácil es adivinarlo; bajo este aspecto, más de una ciencia, ó, para más exactamente hablar, más de un sabio, ha contraido, ante la sociedad presente y ante la sociedad futura, grandes y formidables responsabilidades.

Sea lo que sea, por lo demás, de las responsabilidades que pesan sobre ciertos representantes de la ciencia moderna, un hecho se presenta positivo, ó innegable como la luz que nos alumbra: es la coincidencia, seguramente muy notable, del mayor desarrollo de la ciencia, y de los más grandes quebrantamientos de la autoridad ¿Quién no cree sentir en todas partes, como se siente temblar la tierra bajo los pies, oscilar con oscilacion universal todas las bases de la autoridad? ¿Se oyó resonar nunca como

en el dia la negacion pública y absoluta de la autoridad y de toda autoridad? ¿No se oyó hace poco áun á legisladores negando toda autoridad, como autoridad, hasta en medio de las asambleas donde se hacen las leyes que nos imponen la obediencia? Y esto en el instante mismo en que la ciencia, desde lo alto de las tribunas y en el seno de otras asambleas, encarecíanos sus más bellas conquistas y sus más gloriosos triunfos.

Sí; en la misma hora en que resonaba en todas partes la palabra esta: «¡La ciencia! ¡Las victorias de la ciencia!» en todas partes tambien resonaba esta otra frase: «¡No más autoridad! ¡La libertad y sólo la libertad! ¡Atrás la autoridad incompatible con la libertad!»

¿Cómo, entonces, podríamos esperar de la ciencia la realizacion de la union de las voluntades por la autoridad, condicion indispensable y resorte necesario de toda armonía, y de toda perfeccion sooial? ¿Cómo admitir su pretendida suficiencia para resolver el problema que tiene á todos en ansiedad dolorosa?

Existe para la ciencia, tratándose de resolver el problema, una dificultad más insuperable aún, y su influencia demuéstrase allí con más brillo: es la dificultad de conducir á término la union de los *corazones*. Si es dificil para ella y áun imposible unir las inteligencias en la misma verdad y las voluntades en una comun autoridad, más dificil y más imposible aún seria para ella unir los corazones en un mismo y fraternal amor. Aun cuando consiguiera expeler

de la sociedad la division de las inteligencias y la horrible anarquía de las voluntades, no conseguiría nunca expeler de la sociedad lo que por excelencia es el mal social: el odio: este gusano roedor de la sociedad contemporánea (1).

Allí está sobre todo la cuestion social del momento: extirpar del corazon de la sociedad viva el afrentoso cáncer del ódio, y en este punto es precisamente donde más brilla la impotencia de lo que llámase la ciencia para poner remedio á este mal social.

Inútil es insistir mucho para demostrar como, sin la extirpacion del mal este íntimo y verdaderamente mortal, nada, como remedio social, podría conseguirlo. Haced, para el progreso de la sociedad y para la dicha de los pueblos, cuanto es posible; amontonad riqueza sobre riqueza; multiplicad, en la superficie de la sociedad, los esplendores actuales con esplendores siempre nuevos, colmándola de todas las riquezas y desvaneciéndola con todos los esplendores; saturadla principalmente de todos los goces, diciendo despues, aplaudiéndoos á vosotros mismos, y adorando vuestra obra que á sí misma se llama social: ¡Ved qué bien hémoslo hecho todo, hasta milagros, para la dicha del pueblo y para la prosperidad de la sociedad! El mal que amenazaba se ha cortado en su raiz; la social armonía hállase asegurada, y el Socialismo ha muerto para siempre.»

---

(1) No damos la descripcion del mal, cuyo cuadro en compendio ya ofrecimos en nuestro volumen: *El Socialismo ante la Sociedad*, 2.ª conferencia, *El Socialismo como pasion*.

Mas no: la social armonía no quedará por esto asegurada, y el Socialismo amenazará siempre: el odio vive, hierve y ruge sin duda en el corazon del pueblo este colmado de riquezas, saturadísimo de goces, deslumbrado por sus esplendores: el mal social, el Socialismo es esto mismo: es el odio encendido y atizado en el corazon de las generaciones vivientes, por todos los soplos del siglo, semejante á un horno ardiente que amenazara encender, en la sociedad entera, el incendio universal; semejante tambien á un volcan que levanta la tierra bajo nuestros pies, y amenaza asolarlo todo con su abrasadora lava.

Mientras este fuego subsista, siempre abrasador, y siempre levantando tambien las superficies ya removidas, como se remueve la superficie de nuestro globo cuando llega un temblor de tierra; mientras allí esté, como está en la hora presente, dispuesto á sus explosiones supremas al primer soplo de una revolucion, nuevamente os digo que nada espereis de cuanto pudieran intentar los hombres para la salud de la sociedad: sobre todo nada espereis de vuestros progresos científicos para asegurar la paz, para prevenir y conjurar la catástrofe social. Podreis, sí, para el bien material del pueblo, multiplicar vuestros descubrimientos y hacer otros admirables; el odio popular, una vez en posesion de los secretos revelados por la ciencia, serviráse de los mismos para en breve aplastar á sus propios inventores. Podreis, á fin de adularlo, poner en sus manos todas las fuerzas que la naturaleza guarda en

su seno: el odio, un dia, empleará estas mismas fuerzas para exterminar á los que llama sus enemigos.

La ciencia, en una palabra, podrá remover cielo y tierra para colocar á los pies del pueblo soberano todos los recursos y todos los goces de la creacion; pero nada la conducirá de seguro al objeto que preciso es alcanzar, es decir, la pacificacion de los corazones y la union de las almas. ¡Os lo repito! Nadie conducirá de seguro á esto ínterin viva el odio en el seno de las generaciones nuevas. No sólo el odio hará inutil cuanto se intente para la prosperidad social y áun para la dicha popular, sino que convertirá en catástrofes los beneficios de la misma ciencia.

La cuestion, pues, se halla reducida sólo á esto: ¿qué puede la ciencia, áun la mejor, para lanzar de los corazones el odio, y hacer entrar en ellos el amor? La verdad responde: «Nada.»

¡Ah! El cristianismo, aquí sobre todo, tiene sin duda el secreto de curarnos. Como el mismo Dios, es amor y caridad; donde quiere que se coloca, en toda su plenitud é integridad divinas, lanza el odio delante de sí, como el sol, por su irradiacion luminosa y caliente, lanza delante de sí las tinieblas y el frio. Hemos mostrado ya (1) cómo el cristianismo lleva, en su misterio de amor, la solucion que buscamos; hicimos constar, bajo este aspecto, su divina suficiencia, para la curacion de nuestro mal social.

---

(1) Véase *Cristianismo* y *Socialismo:* Conferencias de Mans.

Empero una vez más pregunto: ¿qué puede la ciencia, como tal, para resolver el formidable problema, y extinguir en el corazon de las generaciones vivas el foco del odio?

Sabemos que la ciencia es potente: podrá de seguro, con invenciones ingeniosas, descubrir el secreto de conjurar instantaneamente casi el incendio que amenaza consumir nuestras casas y abrasar la ciudad toda; pero no hallará el secreto de ahogar en el corazon del pueblo esta llama muy abrasadora del ódio, que amenaza devorar á los hombres y poner fuego á todo el edificio social. La ciencia puede tambien hallar el secreto de mandar al rayo, é impedir, absorbiéndole pronto en la tierra, que sobre nuestras cabezas estalle; pero nunca podrá nada para detener, en las manos del odio, el rayo de las venganzas populares dispuesto á estallar sobre la cabeza de la sociedad. ¿Quién, pues, entonces sería bastante ciego para esperar de la ciencia la salud de la sociedad amenazada por el Socialismo, es decir, por el odio social?

Impotente para curarnos del mal afrentoso del odio, y para crear entre los hermanos el verdadero amor de los hermanos, la ciencia no lo es ménos para aniquilar, y áun para reprimir, en las generaciones, este otro mal social más profundo quizás aún que el odio, á saber: *el egoismo*.

¡El egoismo! La fuente profunda de todo desórden y de todo desastre; el egoismo, que para la vida social es lo que la negacion para la afirmacion, lo que la noche para el dia, y lo que es el frio para el calor; en una palabra, lo que la muerte para la propia vida:

el egoismo, que todo lo atrae hácia sí, y que lo absorbe todo en sí; el egoismo, que desdeña, menosprecia y rechaza cuanto no es él; el egoismo, que para sí solamente quiérelo *todo,* y para los demás, *nada*; el egoismo que dice yo, despues yo, siempre yo, y nada más que yo; el egoismo que constituye el fondo eterno de toda barbárie, y la muerte fatal de toda verdadera civilizacion; el egoismo, en fin, que subiria en su manifestacion suprema y en su reino absoluto, sobre las ruinas de la sociedad, exclamando de pié sobre ruinas amontonadas por él mismo: «¡Sólo yo, y basta!»

¿Cabe imaginar nada más opuesto á la vida social propiamente dicha, cuyo ideal es precisamente vivir no para sí, sino para los demás, con abnegacion absoluta del *yo?*

Es de todo punto evidente que, para contribuir, á lo ménos en una medida, á la restauracion, al perfeccionamiento de la vida y de la armonía sociales, es preciso, contra el mal radical de toda sociedad, una reaccion eficaz, constante, universal. Todo lo que no obrará enérgicamente contra este mal, el más directo y esencialmente antisocial, nada para la sociedad hará saludable ni realmente reparador.

Ahora bien: la reaccion directa contra el egoismo sólo tiene un nombre; un nombre que viene á expresar la cosa más verdaderamente social que cabe imaginarse; es lo que bien se llama en nuestro idioma la *abnegacion*, y mejor aún en la cristiana lengua el *sacrificio:* el don de sí á los otros y su abnegacion para la dicha de los demás.

Sí, pues, la ciencia pretende contar con poder para salvarnos socialmente, la verdad la intima que acredite su gran suficiencia para producir la noble abnegacion, la verdadera, la que, llegada la necesidad, se demuestra y se atestigua por la inmolacion propia en favor de los otros, llegando al sacrificio de la vida.

¿Dónde se halla el hombre más justamente altivo por las victorias y por los triunfos de la ciencia, que ose de un modo sério reivindicar para la misma este poder, sin contradiccion el más verdaderamente social de todos, de crear las abnegaciones y los sacrificios?

Que haya en el mundo sabios cuyo saber prodigioso es igual á su abnegacion prodigiosa, nadie de seguro puede soñar en negarlo. Mas yo afirmo, sin temer mentís alguno, que el sabio verdaderamente abnegado no halla en la misma ciencia el orígen de su abnegacion. Será el sabio abnegado, por ser hombre, y hombre naturalmente bueno; lo será por ser ciudadano, y ciudadano amante de su patria; lo será, sobre todo, por ser cristiano, y por ende, practicar la ley fundamental de renunciarse á sí mismo, punto de partida necesario de todas las demás abnegaciones en favor de otros. Empero el sabio no será jamás abnegado, por ser sabio. Como tal aprende á conocer los más íntimos secretos de la naturaleza; pero no aprende á conocer el más difícil y el más precioso de los secretos: el de olvidarse de sí mismo para no pensar sino en los otros; el de salir de sí mismo para darse á los demás; en fin, el de renun-

ciar realmente á sí mismo para consagrarse muy eficazmente á sus hermanos.

El sabio, como sabio, podrá tal vez consagrarse á la ciencia, y sobre todo á la ciencia *suya*, lo cual es todavía una manera de consagrarse á sí mismo, es decir, á su renombre, á su gloria, á su ambicion y á su interés personal. Es absolutamente posible sin duda descubrir algun génio raro capaz de consagrarse al triunfo de la ciencia, para la gloria única de la ciencia, y que puedan encontrarse, aquí ó allá, en los fastos del mundo científico, algunos hombres excepcionales, capaces de consagrarse, áun hasta morir, á la ciencia por la ciencia. Estos hombres, justamente llamados los héroes y los mártires de la ciencia, se presentan en el mundo científico poco más ó ménos cual los milagros en la naturaleza universal, es decir, como excepciones. Mas, bajo este aspecto, lo comun, lo que la naturaleza explica y lo que la historia confirma, es que cuando el sabio conságrase á la ciencia, por regla general, dedícase á *su* ciencia. En vez de sacrificar cuerpo y alma á la divinidad abstracta y fria que denomínase la ciencia, da él á sus abnegaciones y sacrificios un objetivo más aproximado á él; tan aproximado en ocasiones, que parece confundirse con él mismo á veces, porque conságrase hasta la fatiga, y áun hasta el agotamiento de sí mismo, á la ciencia que ha hecho *suya*, á la cual quiere adherir su gloria, y cuyo triunfo hará resonar su nombre áun en los siglos más apartados.

Ciertamente admitimos gustosamente tal abnega-

cion un poco egoista para el triunfo de su propia ciencia, que casi se viene á convertir en el triunfo de sí mismo, así como la gran abnegacion heróica á la ciencia por la ciencia misma, é impelida tal vez hasta el sacrificio de la vida, por los que se ha convenido en llamar mártires de la ciencia: no negaremos tal abnegacion posible sin duda en la humanidad; pero rara como el heroismo.

Mas lo que no admitiremos de ningnn modo; lo que declaramos quimérico, imaginario, imposible, es que la ciencia, como tal, tenga poder para obrar eficazmente contra el mal social que se denomina el egoismo; el egoismo que un publicista (1) invocó cierto dia como una especie de ideal social, cuando, para resolver el problema que, sobre todo en aquella hora, preocupaba todos los espíritus, pedia que en todas las funciones sociales, legislativas, judiciales, administrativas y militares, el sacrificio estuviera en todas partes, y el egoismo en ninguna: la abnegacion, que un general célebre (2) otro dia proclamó en medio de una tempestad social, como la ley suprema de salud cuando exclamaba: «Franceses; acordaos de que cuando los pueblos corren peligro de perecer, sólo se pueden salvar por la abnegacion y por el sacrificio.»

¡Ah! ¿Quién no invoca entre nosotros tal abnegacion segun la hemos definido, es decir, la reaccion generosa y eficaz verdaderamente contra el egoismo,

---

(1) Emilio de Girardin.
(2) El general Cavaignac.

como el verdadero libertador de una sociedad en efecto amenazada de perecer por el mal que roe lo más íntimo de su vida? ¿Quién no se asusta de ver á esta sociedad, en el seno de la cual se vió hace poco desplegada en todas partes la bandera de la fraternidad, forcejear hoy despavorida y jadeante en las estrechuras de los egoismos que apriétanla por todas partes? ¿Quién podria no ver que esta cosa, proclamada donde quiera como la más indispensable para la salvacion de la sociedad, ha venido á ser hoy la más rara en esta misma sociedad?

¿Dónde hallais hoy la noble abnegacion, exceptuando las almas electas que inspira el Cristianismo y conduce á la perfeccion, compeliéndolas hácia el ideal de toda existencia progresiva? ¿Está en la parte alta, ó en la parte baja, ó en medio de la jerarquía social?

¿En la parte *alta*? ¿Dónde los hombres están que sólo reciban en su cargo inspiraciones de abnegacion? ¿Los que saben inmolar en todo y por todas partes el *yó*, y cuanto pertenece al *yó* en el altar de la patria? ¿Aquellos, por último, en los cuales el patriotismo, ó abnegacion á la pátria, es bastante poderoso para sustraerse por completo á los consejos y á las sugestiones del egoismo?... ¿Dónde se hallan?

¿Qué hallais en la parte *baja*, ó en el seno de las poblaciones que se agitan en las profundidades de la sociedad? Egoismos prontos á romper el yugo de toda sumision y de toda obediencia: egoismos impacientes para despojar á otros y enriquecerse; egois-

mos determinados á destruirlo todo, á fin de construir sobre todas las ruinas una dominacion y una felicidad. Empero, ¿dónde se hallan, salvo raras excepciones, los sacrificios, y los sacrificios personales, en pró de todos los hermanos que lleva en su seno la madre comun que denomínase la patria?...

En *medio,* en los hombres consagrados por su estudio y por su funcion al servicio de lo que arriba y debajo está, contad, si podeis, los hombres que hacen real y exclusivamente de su vida un servicio consagrado á la patria. ¿Cuántos son? ¿Es preciso dar verdaderamente á su cargo la bella y noble denominacion de servicio? ¡Ah! ¡Servicio á sí propio, á su ambicion y á su partido; pero no á la Francia, á sus intereses y á sus necesidades!

¡Ay! ¡En las regiones donde los empleos, por su destino, sólo deben ser en efecto servicio, es decir, abnegacion á todo el que manda y á todo el que obedece, á la patria y á todo lo que pertenece á la patria, allí, como con demasiada frecuencia atestigua la historia con triste resonancia, podeis ver el egoismo donde la consagracion á sí mismo impele hasta la opresion de los ciudadanos y hasta la misma traicion de la patria!

Así, en la parte alta, en la baja y en medio, bajo formas diferentes y en distintas condiciones, el mismo fenómeno aparece en nuestra sociedad. Lo más necesario ha venido á ser lo más raro, y siento la tentacion de manifestar, en presencia de una situacion tan peligrosa como anormal, que las realidades del

tiempo presente dan un mentís al llamamiento del célebre publicista, y que la fórmula de su idea se ha vuelto al revés por los hechos de nuestra historia. Para la elevacion y armonía de nuestra vida social, pedia que estuviera la abnegacion en todas partes y el egoismo en ninguna. ¿Qué hemos nosotros hecho para corresponder á este llamamiento generoso? ¡Hemos puesto la noble abnegacion en *ninguna parte*, y el egoismo *en todas!*

Si la palabra de Cavaignac, resonando como una profecía en la tormenta de 1848, es verdadera, siendo imposible ponerla en duda; si es verdad que los pueblos amenazados de perecer nunca se salvan sino por la abnegacion y el sacrificio, se pregunta no sin ansiedad grandísima, lo que augurarse debe del porvenir de esta sociedad presente tan vacilante sobre sus bases, y realmente tan amenazada de morir, viéndola entregada sin tregua ni merced, no sólo al asalto de todos los errores, y principalmente de todos los errores sociales, sino tambien al asalto universal de todas las concupiscencias, de todas las ambiciones y de todas las rapacidades, y, para resumirlo todo de una vez, viéndola entregada á la conspiracion de todos los egoismos.

Sí; una sociedad herida, enferma, atacada en las fibras más íntimas de su vida; una sociedad que sólo puede salvarse por la abnegacion y el sacrificio, entregada tristemente á las estrechuras de todos los egoismos como una presa que se devora: ¡hé aquí dónde nos hallamos en el año de gracia de 1884! Oir creo una voz de queja saliendo del fondo de la

sociedad, y esta voz grita: «¿Quién nos podrá salvar en adelante?»

En tal situacion, los charlatanes de la ciencia, en todos los tonos repiten. «Dejadnos, dejadnos hacer. Nosotros curaremos esta sociedad, realmente muy enferma: si; nosotros salvaremos esta sociedad realmente muy amenazada; nosotros restableceremos esta armonía social, quebrantada por siglos de ignorancia y de barbarie; porque nosotros, sabios, para realizar esta maravilla, tenemos recursos que ignora el vulgo.

Para curar la sociedad, tenemos la ciencia; para restaurar por completo esta social armonía buscada por los Socialismos, los Comunismos, los «Colectivismos» y los «Anarquismos» más ó ménos ignorantes, tenemos la ciencia.

La ciencia es omnipotente, y á su omnipotencia nada podrá resistir en el mundo social, como no le resiste nada en el mundo material. Es una maga prodigiosa, y posee sin duda el arte misterioso de conjurar sin excepcion los males en la sociedad, como domina y doma las fuerzas sin excepcion en la naturaleza.

¿Qué mal puede sufrir, pues, la sociedad, que no podamos nosotros curar? La sociedad sufre la miseria, es decir, la privacion del *bienestar* y de la riqueza; mas, ¿por ventura no tenemos, en la ciencia nueva, el secreto de aumentar el bienestar, así como de crear indefinidamente la riqueza y siempre la riqueza?

La sociedad de otros tiempos sufria los horrores

de la escasez y del hambre, cuando la tierra de la patria, más ó ménos probada por las intempéries del aire y por los rigores del cielo, negaba el alimento diario á la humanidad viviente. Entonces es cuando los pueblos pálidos de pavor, pensando en el dia de mañana, espantaban á la sociedad con el ruido de sus murmullos y de sus amenazas; entonces se levantaba más ó ménos lo que llamarse podia el Socialismo del hambre. En adelante no temais, porque nada semejante se ha de temer. ¿Acaso nuestra ciencia moderna, por sus invenciones nuevas, y por todos los perfeccionamientos de la agricultura, de la horticultura, de la industria y de la agronomía, ¿no se halla en disposicion actualmente de lanzar para siempre del territorio de la patria la escasez y el hambre?

No hace mucho sufria la sociedad de paso enfermedades, epidemias, pestes y cóleras, que la oprimian, multiplicando sobre su suelo desolado los lutos y los funerales. Empero, ¿acaso la ciencia, más fuerte que todo esto, no nos revela cada dia más el secreto de impedir todas las pestes y de conjurar todos los azotes? Si bajo este aspecto, aún nos falta descubrir algunos arcanos y penetrar algunos misterios, ¿no tiene acaso la ciencia la certidumbre de conseguir pronto, en su marcha indefinidamente progresiva, adivinar estos arcanos y penetrar estos últimos misterios?

Tales son las incalificables cuentas galanas que ha publicado, en nombre de la ciencia, lo que muy bien podemos llamar, sin hacerle injuria, el

charlatanismo científico. Gracias á los progresos de la ciencia, para la sociedad nueva, en adelante no más miseria, ni más hambre, ni más pestes, ni más siniestros azotes que la ignorancia denominaba sencillamente *azotes de Dios*.

Dios sabe, y la sociedad sabe tambien, por crueles experiencias, los mentís amargos que ha dado la experiencia, áun á nuestros mismos ojos, á estas profecías de una ciencia mentida.

Mas por un instante, si se quiere, concedamos á la ciencia el poder fantástico de realizar todos estos prodigios, ensalzados por la credulidad simple de sus más famosos apostóles, ó por sus entusiasmos impuestos. ¿Qué harian todos estos prodigios para resolver el problema y para la curacion del mal social? Nada; absolutamente nada. El mal de que aquí se trata no está en los cuerpos; está en las almas, en las inteligencias, en los corazones; ¡ah! sobre todo en los corazones; el problema que plantéase, pidiendo una solucion, es en absoluto independiente de las pestes, de las hambres, de los azotes, de los siniestros más ó ménos asoladores que pueden destruir en un momento, y en sus superficies, á la sociedad viva. Este mal existe, y este problema plantéase aún cuando estén ausentes todos estos azotes cuya destruccion mentida y verdaderamente irrisoria nos prometen á nombre de la ciencia: este mal subsistiria, y este problema plantearíase aún en la hipótesis de la riqueza, de la abundancia y de la salud universales.

Es preciso por tanto volver á la pregunta y á la

intimacion que dirijimos de nuevo á cuantos ponderan la potencia científica, para resolver nuestro problema social. ¿Qué haceis para restaurar ó para mantener la union entre los hombres? Nada. ¿Qué haceis para crear la unidad en las inteligencias? Nada. ¿Qué haceis para crear la unidad en las voluntades? Nada. ¿Qué haceis, sobre todo, para crear la unidad en los corazones? Nada. ¿Qué haceis, por último, para expeler de la humanidad viva este mal social qne se llama el egoismo, para suscitar en ella y desenvolver esta gran fuerza social que se llama la abnegacion, es decir, el don voluntario de sí mismo á los otros? Nada, siempre nada.

Vosotros nos ponderais vuestro poder para preservarnos en el porvenir de todos los azotes, de todos los cóleras del mundo animal y de todas las filoxeras del mundo vegetal; pero, ¿qué puede vuestra ciencia, para preservarnos ó curarnos á la vez del cólera social que se llama el hambre, y de la filoxera social que se llama el egoismo?

Nos asegurais, en nombre de la autoridad de la ciencia, que, en lo sucesivo, el hambre y la escasez no se deben temer, y, que sea lo que sea de la inclemencia del cielo y de la esterilidad de la tierra, existirá siempre pan para todos. Está bien: que se detenga el hambre en el límite marcado por vuestro génio: así lo queremos. Empero, ¿cómo y con qué apagareis el hambre y la sed de los corazones alterados, hambrientos de amor y de fraternidad? ¿Cuáles son vuestros procedimientos científicos para sustituir el amor al odio y la abnegacion al egoismo?

Siempre nos anunciais, en nombre y de parte de la autoridad de la ciencia, para un próximo porvenir, el exterminio definitivo de la miseria material. Mas ¿cómo hareis salir de la humanidad, bajo este aspecto dos veces miserable y dos veces temible, la miseria de los corazones y la miseria de las almas, mucho más amenazadora que la de los cuerpos? Cómo vuestra ciencia, tan profunda y tan consumada como se imagine arrancará de sus entrañas y de su corazon, con este odio que destruirlo quiere todo, el egoismo que todo quiere devorarlo, y, con las dos, los venenos que, lenta pero seguramente, deben hacer morir á la sociedad?

Por lo que hace á las invenciones y á los perfeccionamientos del órden material que la sociedad debe al génio de la ciencia, de los cuales gozan nuestras generaciones con orgullo sólo sobrepujado por su ingratitud, ¿qué relaciones necesarias y qué conexion íntima podeis descubrir entre tales conquistas del órden científico, y la solucion que trata de hallarse al problema social?

¿Qué importa que rodemos al soplo del vapor sobre nuestros caminos de hierro, rápidos como las aves en el espacio, si nada en el órden social acelera nuestra marcha hácia el ideal de toda sociedad, al soplo potente del amor y de la fraternidad?

¿Qué importa que el gas y la electricidad hagan, á nuestros ojos, de la noche dia, y que sus esplendores, cada vez más multiplicados por la ciencia, iluminen nuestros pasos en la ciudad como el sol en pleno mediodía, si no sabe la ciencia encen-

der sobre la cabeza de la sociedad, marchando en las tinieblas, la gran antorcha que debe iluminar su ruta, para conducirla pronto á su verdadero destino? ¿Cuál? El destino de preludiar en el tiempo, por su armonía de la tierra, la eternal armonía del cielo.

¿Qué importa que nuestros vapores, hendiendo las olas de los mares con una presteza y con una seguridad hasta nosotros desconocidas, nos lleven como por encanto á todas las riberas del mundo, si nuestros odios y nuestros egoismos suben á ellas con nosotros, y si, enlazándose de pais en país y de continente en continente, por el cambio de todos los productos de la tierra, nuestras relaciones comerciales, no conseguimos enlazar de unos hombres á otros las relaciones fraternales, por el mútuo cambio de los dones, de las abnegaciones y de los sacrificios?

¿Qué importa, en fin, que nuestra palabra, conducida por la chispa eléctrica, pueda correr como el relámpago de un extremo del mundo al otro, si esta palabra, en vez de mandar allí la expresion del amor, envía la expresion del odio, y si, en vez de conducir el anuncio de la paz, lleva el anuncio de la guerra?

Vosotros lo veis: en ninguna de sus invenciones, áun las más admirables, y en ninguna de sus conquistas, áun las más gloriosas, tiene la ciencia el secreto de despejar la grande incógnita, ni de realizar, en parte á lo ménos, el gran ideal en pós del que va nuestro siglo, y sobre todo, en este siglo, el delirio socialista. Esto por dos razones principales: la primera, porque ninguno de los descubrimientos

que constituyen la gloria de la ciencia, y ninguno de los milagros que atestiguan su poder, tocan de cerca ni de lejos el problema en que nos ocupamos: la segunda, porque tales invenciones de la ciencia moderna, en sí mismas buenas y laudables, sólo son, despues de todo, en las manos de las generaciones vivientes, una espada de dos filos de que podrán servirse para la edificacion ó para la ruina, segun sepan amar ó aborrecer, abrazarse ó combatirse.

Ahora bien; para decidir el uso de tal arma poderosa en el sentido de la edificacion, es decir, en el sentido de la prosperidad y de la armonía sociales, tanto como es verdad que lo *puede todo* el Cristianismo, tanto, lo repetimos, lo es tambien que *nada puede* la ciencia por sí sola.

Nadie verá en esta demostracion una injuria grande á la ciencia, ni tampoco una intencion de cercenar su gloria, restringiendo, con su competencia, el dominio donde desplega su poder. Lo repetimos aquí, para evitar toda mala inteligencia; la gloria propia de la ciencia es suficientemente brillante para tener necesidad de darse un brillo prestado, y su poder es suficientemente grande, áun limitado á su esfera propia, para que aspire á un poder usurpado.

Fijar su incompetencia y su insuficiencia en el órden social, no es de ningun modo disminuir su competencia y su suficiencia en el órden material, físico y matemático, en el cual ejerce una soberanía que nadie pensará nunca disputarle.

No somos, por otra parte, los únicos que hacemos constar la ineficacia absoluta de la ciencia en el

órden social, y su impotencia no ménos absoluta para resolver el problema que aquí plantea el Socialismo. Eminentes hombres han señalado al pasar, y frecuentemente con una palabra tan elocuente como autorizada, la verdad que nosotros hemos procurado defender en este capítulo; en el propio momento en que nosotros escribíamos estas páginas, los periódicos nos traían, por la voz de la prensa, dos testimonios brillantes de la tésis que defendemos nosotros aquí.

Un hombre justamente famoso por su elocuencia y su fé, tan grande cristiano como grande orador, hace poco mostraba, con el raro brillo de su palabra, lo que procurado hemos desenvolver aquí, á saber, que mientras todo conspira en nuestro siglo á constituir la unidad en el órden *material,* todo parece conspirar á constituir la division en el órden *moral*, y, por consecuencia, en el social.

Sentimos no poder citar textualmente las palabras mismas del discurso magistral, por el que nos consideramos dichosos de mandar á su autor nuestras más sinceras felicitaciones, con la expresion de nuestra simpática y cristiana admiracion.

Por una coincidencia notable, algunos dias más tarde *L'Univers* nos traía, en favor de la verdad que acabamos de poner de manifiesto en este capítulo, el testimonio de un escritor católico que tiene con frecuencia, en ciertas esferas de la verdad, intuiciones luminosas y profundas.

No resistimos al placer de reproducir aquí algunas de sus palabras, cuya concordancia per-

fecta con las nuestras se podrá fácilmente ver.

«Estos descubrimientos—los descubrimientos de la ciencia—tienden todos á la supresion de las distancias; obran un movimiento hácia *la unidad física*, y nunca la division de los hombres fué más acentuada, más aguda y más chillona.

»El vapor y la electricidad hacen lo que pueden para unirnos; pero jamás hemos estado más íntima y profundamente desgarrados.

»¡Espantosa ironía! Visita el hombre al hombre y le habla. Aproxima los cuerpos el camino de hierro, y el teléfono aproxima las voces. Toca el hombre al hombre para herirle, y el hombre se codea con el hombre á fin de odiarle más de cerca.

»La ciencia facilita las aglomeraciones humanas; pero es impotente para reconciliar á dos enemigos, y las máquinas de muerte se han multiplicado mil veces más que los instrumentos de la vida. El arte de matar es mil veces más seguro que el arte de curar.

»Es mucho más útil socorrer á un hombre que descubrir una estrella; mas, al propio tiempo, es mucho más fácil descubrir una estrella que socorrer á un hombre, y más fácil descubrir planetas que remedios, etcétera.»

En una palabra: «la ciencia es más curiosa que fecunda, más sutil que saludable, y más ingeniosa que potente.» Añadió el autor: «la ciencia separada, la ciencia hostil ó indiferente podrá ser indagadora; pero no será vivificante (1).»

---

(1) Ved el discurso de M. de Belcastel en el Congreso eucarístico de

Me detengo. En estas citas, que podria yo extender, se vé sin dificultad la relacion que media entre las reflexiones del escritor, y el pensamiento que acabamos de desenvolver. Acaso el autor hace mal generalizando en demasía la impotencia y la esterilidad de la ciencia, sobre lo que pudiéramos hacer algunas reservas para la completa aprobacion de ciertas fórmulas suyas. Empero, restringidas al órden de cosas en que nos ocupamos, es decir, al órden social, estas palabras encierran una verdad que á la vista salta. Nos consideramos dichosos de hacerlas nuestras, y de adoptarlas como una confirmacion de la doctrina, ó de la idea desarrollada en el presente capítulo (1).

Si no nos hacemos á nosotros mismos una ilusion demasiado fácil, la *ciencia* resulta convencida á la vez, por la razon y la historia, de una radical impotencia para curarnos de nuestro mal social; los sabios que, no obstante los mentís de la experiencia y del buen sentido, se obstinaran en pedir á la ciencia, sin excluir la mejor, el secreto de curarnos socialmente, justificarían perfectamente, por la temeridad y el énfasis de sus promesas, el título de la presente obra: *Charlatanismo social*. A estos blasonadores á todo trance de una ciencia convencida de

---

Lieja, en Junio de 1883. Despues de haber mostrado cómo todo, en el órden moral, tiende á la division, mientras todo, en el órden material, parece tender á la unidad, el orador muestra, en su segunda parte, cómo el misterio eucarístico resuelve divinamente el problema de la unidad moral.

(1) Véase *L'Univers* del lunes 2 julio de 1887.

impotente, puede decir la verdad, otorgando á la verdadera ciencia sus legítimos respetos: «No sois médicos, sino *charlatanes;* vuestra pretendida terapéutica social es desconocida y reprobada por la misma ciencia.»

CAPÍTULO III.

La filosofía ante el mal social.

Como la ciencia, y con la ciencia, la filosofía preséntase á su vez para curarnos del mal social.

La filosofía confina con la ciencia y, en cierto sentido, ella misma puede ser considerada como una ciencia: es la ciencia ó el conocimiento de las cosas por sus causas más elevadas y generales; bajo el punto de vista en que nos hallamos, la filosofía, que tiene la misma pretension que la ciencia, resulta herida, para el remedio del mal social, de la misma impotencia.

Este no es sin duda el sitio de referir la infinita variedad de los sistemas inventados, siglo tras siglo, por lo que se ha convenido en designar bajo este nombre. Seria preciso referir la historia del humano espíritu, errante á través del inmenso laberinto donde, hace cuatro mil años, las opiniones se cruzan con las opiniones y los errores con los errores. El poder de la filosofía resplandeció en otro tiempo y resplandece aún en nuestros dias para multiplicar las contradicciones de las inteligencias riñendo con las inteligencias, y para perpetuar esta série interminable de las variaciones del humano espíritu; va-

riaciones siempre diversas, y sin embargo siempre semejantes, por las que la filosofía dá vueltas en el círculo cerrado que conduce de escuela en escuela á los mismos sistemas, lo cual quiere decir, casi siempre á los mismos errores y á las mismas contradicciones.

Este sólo hecho, que la historia de la filosofía manifiesta con toda su luz, bastaria por sí solo á demostrar, áun sin prueba de ninguna especie, la impotencia de los sistemas filosóficos para resolver la cuestion social, por cuanto el resultado más naturalmente presumible é históricamente el más incontestable de los esfuerzos seculares de la humana filosofía—me refiero á la filosofía separada—es la division de los espíritus por el antagonismo de las opiniones y de los sistemas, y que aguardar la social armonía de la division intelectual es pretender que salga la afirmacion de la negacion, el órden del caos, la vida de la muerte, en una palabra, el ser de la nada: resultado absolutamente imposible, por que la social confusion y anarquía deben salir necesariamente de la confusion y de la anarquía filosófica.

Mas, independientemente de este fenómeno universal de la division y de la confusion intelectual, que condena la filosofía á la impotencia radical de remediar dicho mal, semejante impotencia resulta de la propia naturaleza de las doctrinas y de las escuelas que, de siglo en siglo, se disputan el espíritu humano.

Entre las escuelas que se dividen el dominio filo-

sófico propiamente dicho, cabe distinguir tres grandes categorías, que á todas las demás encierran en sí mismas.

Existe la filosofía que se apoya exclusivamente sobre la materia y los sentidos; es la filosofía *materialista* propiamente dicha, con todas sus variedades.

Existe la filosofía que toma su punto de apoyo en la razon; es la filosofía *racional*, con todas las formas del racionalismo espiritualista.

Existe además, entre tales dos filosofías diametralmente opuestas, la filosofía que se apoya sobre todo en el sentimiento y la simpatía; es la filosofía *humanitaria* ó filantrópica.

Ahora bien: no es difícil probar que la filosofía, bajo estas tres formas principales, si bien de diverso modo, es imponente tambien para el remedio del mal social y para curarnos del Socialismo.

La filosofía materialista destruye, por su propia naturaleza, todos los principios que adhieren los hombres á los hombres; agota en el alma del hombre todas las fuentes de la noble abnegacion y del amor; siembra en ella, con todos los gérmenes del egoismo, los gérmenes del odio y de la guerra social.

La filosofía espiritualista y racional hace lo que puede; pide á la idea del deber y de la obligacion moral que resuelva el problema de la donacion y de la comunicacion fraterna de los bienes; mas halla en la naturaleza humana insuperables obstáculos para esta solucion.

En fin, la filosofía humanitaria, apoyándose sobre todo, para resolver este problema, en la hipótesis de la bondad nativa del hombre y en el poder expansivo y comunicativo del sentimiento, engáñase sobre la realidad de la naturaleza humana segun és, y creando en sus delirios una humanidad puramente ideal, conduce á la quimera y vuelve más ó ménos ella misma á la utopia socialista.

I.

Desde luego, apenas es necesario decir lo que aguardar podemos de la filosofía materialista, para el remedio del mal social; hasta tal punto su impotencia bajo este aspecto es notoria, y brilla, por decirlo así, con la plena luz de la evidencia. Sin embargo, delante del vasto movimiento que arrastra hoy, con una fraccion de nuestros literatos, á las masas ignorantes hácia el grosero materialismo predicado por los sectarios del libre pensamiento; delante sobre todo, de los esfuerzos que se hacen para que áun en el órden social, prevalezca este sistema esencialmente antisocial, importa preguntarse lo que puede, ante nuestro mal social, esta vergonzosa filosofía de la materia y de los sentidos: vamos á ver cómo el triunfo de esta filosofía en el mundo social es, no la salud, sino la ruina; no la vida, sino la muerte de la sociedad.

El materialismo filosófico implica esencialmente tres grandes negaciones: negacion del principio espiritual, negacion del porvenir inmortal, y negacion

del Dios vivo y personal; es decir, la triple negacion del *alma*, de la *inmortalidad* y del *mismo Dios*. Ahora bien: es de todo punto evidente que las tres negaciones estas son tres causas de ruina social; parecen tres tizonas destinadas á herir en el corazon la vida de la sociedad; á lo ménos estas tres negaciones resultan ellas mismas por sí mismas absolutamente incompatibles con la social armonía que nuestro siglo llama. Que negaciones tan radicales lleguen á prevalecer en nuestro mundo nuevo, y á tomar posesion absoluta de las inteligencias: no sólo no subsistirá la social armonía, sino que muy pronto la misma sociedad dejará de ser. Y este triunfo del materialismo instalará sobre las ruinas el más grosero, el más feroz y el más salvaje de los Socialismos: el Socialismo del petróleo y de la dinamita.

La primera negacion de la filosofía materialista es, como hemos dicho, la negacion del *alma*, ó la negacion de todo principio espiritual; es el hombre, todo el hombre concentrado, resumido y compendiado en el elemento material; es, literalmente, además el hombre *materia*, el hombre *máquina:* materia viviente, pero materia: máquina viviente, pero máquina; y á lo más el hombre *animal*: el animal más perfecto de los animales; pero animal siempre.

Ahora bien: tal doctrina, aplicada á las relaciones de la vida social, es precisamente lo que hay en el hombre mas antipático á la sociedad, por ser el reinado fatal del egoismo, como tambien la muerte no ménos fatal de la noble abnegacion y del sacrificio, resortes necesarios de toda sociedad.

Ya lo hicimos notar en el capítulo precedente: así como la abnegacion es el resorte viviente de la sociedad, el egoismo es el gusano roedor de la misma. No sólo es incompatible con la armonía y la belleza sociales; es incompatible con un órden social cualquiera; lejos de poder ser, como lo proclamó un dia, uno de los mas célebres apóstoles del Socialismo, el alma de la sociedad humana, hasta cierto límite llevado, el egoismo sería su muerte.

¡Pues bien! Lo que las doctrinas materialistas pueden producir en la humanidad que las profesa, es el espantoso cáncer social que se llama *egoismo*; esto, no accidentalmente sino necesariamente, y *espontáneamente* para emplear una expresion querida de un modo particular por el materialismo. Los materialistas, contra los testimonios de la razon, de la historia y de la misma ciencia, admiten voluntariamente en la materia el poder *inmanente* de lo que llaman las *generaciones espontáneas*, es decir, la materia dotada de la fuerza intrínseca de producir el sér viviente: error que ha recibido en nuestros dias, áun en las cumbres de nuestras academias, los mentís más formales.

Empero es verdad decir que hay en la materia, ó mejor en el materialismo que se apoya en la materia, el poder de producir una generacion espontánea; me refiero á la generacion espontánea del egoismo, como tambien á la muerte no ménos espontánea de la abnegacion y del sacrificio.

El hombre es sólo por su alma y por su corazon expansivo, comunicativo y fraternal. Por su alma y

por su inteligencia es comunicativo como la luz; por su corazon y por su amor, expansivo como el fuego. Mas suprimid en el hombre, con su alma, la inteligencia y el sentimiento propiamente dicho; la expansion no se concibe ya y la comunicacion existir no puede; no existe sino la materia que, sometida á la ley de su atraccion propia, retírase sobre sí misma; ya no hay comunicacion, ni hay abnegacion, ni hay sacrificio: egoismo y nada más que egoismo. El egoismo, que caracteriza esencialmente la molécula y el átomo, viene á ser lo característico del hombre, es decir, del hombre-máquina, del hombre-materia, del hombre, fortuita reunion de átomos y de moléculas.

Si reclámase para el hombre un carácter mas elevado; si se le reivindica el privilegio de una materia organizada, de una materia viviente, del animal, en fin, del animal más perfecto que se halla sobre la superficie de la tierra, dicha fatalidad del egoismo, como fruto espontáneo de la filosofía materialista, no subsiste ménos incontestable.

¿Acaso el animal, áun el que más aproxímase al hombre por su conformacion física, no es esencialmente egoista? Fuera de la pendiente instintiva, que, segun las leyes de la Providencia, inclina el animal hácia sus pequeños á fin de proveer á sus necesidades, ¿quién ha podido hacer constar nunca en el animal lo que llamamos la renuncia de sí mismo, una abnegacion efectiva, es decir, una reaccion contra el egoismo, que sin duda es su necesidad, porque se halla en su naturaleza? ¿Cómo, entonces el hombre,

por la negacion de su alma, caido por completo en el animal, no seguiría fatalmente el instinto y la inclinacion del animal, que atrae siempre á sí, ó sea la inclinacion y el instinto del egoismo?

Una vez suprimidas en el hombre las necesidades del alma, quedan suprimidas con el alma propia. Sólo quedan en él las necesidades del cuerpo, las codicias de sus sentidos y las concupiscencias de su carne.

Ahora bien; ¿quién no ha podido experimentar en sí propio y en los demás hasta qué punto es el hombre egoista por su cuerpo, por su carne, por sus sentidos? ¿Qué es en el hombre la glotonería, sino el egoismo de su cuerpo? ¿Qué la voluptuosidad, sino el egoismo de sus sentidos? En esta baja region de la vida sensual, ¿no acontece que busca el hombre las satisfacciones y los goces mas exclusivamente personales? ¿Acaso no se hace á sí propio festines, de los cuales desvian los ángeles sus miradas; festines vergonzosos y solitarios á que se convida el sólo, y en los cuáles existe sólo él para gozar?

Así es: á medida que vive más el hombre en sus sentidos y por sus sentidos, es decir, que más aproxímase al animal, más egoista se vuelve; más atrae á sí, sólo á sí cuanto le promete un placer, un hartazgo y un goce más.

Tal es el resultado que debe producir en su conjunto el reinado de la filosofía materialista; de esta filosofía que mata en el hombre, con la creencia en su alma, todas las aspiraciones generosas, todas las tendencias á la abnegacion y al sacrificio. Si un

hombre, por su naturaleza expansivo, generoso y comunicativo de un modo excepcional, puede contener en sí, hasta cierto punto, sus instintos egoistas desencadenados por sus doctrinas, la humanidad en masa nunca lo podrá; allí, en medio de las muchedumbres instruidas en escuela semejante, el resultado es fatal. Formada por esta doctrina, la humanidad vendría pronto á ser en su conjunto un egoismo universal, horrible y monstruoso, semejante al animal más feo de la creacion, y la más completa representacion del egoismo; la *pieuvre*, que á su alrededor extiende sus pulpos para coger, atraer y apretar cuanto devorar quiere: imágen espantosa, pero fiel, del hombre que, doctrinalmente despojado de su alma, no realza sino su cuerpo, extendiendo tambien á su alrededor, como los tentáculos de aquel insecto, todas sus facultades, todos sus deseos y todas sus concupiscencias, á fin de atraer á sí cuanto está fuera, con el fin de hacerse para sí mismo goces egoistas.

Con tales tendencias, desarrolladas en medio de las generaciones, por tales enseñanzas ¡oh profundos pensadores, oh filósofos de la materia, de la carne y de los sentidos, haced, si podeis, la social armonía que vuestros discursos enaltecen!

Empero la filosofía materialista hace más que desencadenar en la sociedad el egoismo, mónstruo desolador de cualquier órden social; desencadena en la misma un mónstruo más destructor aún, ó el odio. Lejos de poder contribuir á curarnos del Socialismo, desarrolla en el corazon de los pueblos lo que se puede

llamar la pasion socialista, es decir, el odio social.

¿Cómo la filosofía materialista debe producir este resultado fatal y mortal para la sociedad contemporánea? No es difícil demostrarlo, áun con claridad y evidencia tales que no permitan ni la sombra de una duda.

El materialismo, en efecto, que implica la negacion del alma y de todo principio espiritual, al propio tiempo implica la negacion de toda vida futura y de todo principio inmortal. No más alma, no más inmortalidad: en todo sistema de filosofía materialista, estas dos ruinas se corresponden, arrastrando la primera necesariamente á la segunda. Este sistema, en esencia, es la negacion de toda vida de «ultratumba.» La muerte no es más que una materia que se disuelve, quedando sólo del hombre lo que queda de la disolucion de toda materia.

Es inútil insistir en esta doctrina, que hace del hombre de la otra vida una putrefaccion, despues un polvo y despues ignoro qué cosa *que no tiene nombre en ninguna lengua*; á ménos que no se llame con el nombre que bien expresa la negacion del sér: la *nada*.

Pudiéramos demostrar aquí, con toda la evidencia que permite tal verdad, que hay una vida más allá de la tumba; que suprimir ante las miradas del hombre las perspectivas radiantes de la inmortalidad, es desmentir todas las aspiraciones de la humanidad que, de buen ó de mal grado, tiende á lo inmortal y llama lo que *más allá* existe. ¿Cómo, en una vida condenada por su naturaleza á espirar en esta

oscura prision de la materia y del tiempo, explicar esta invencible aspiracion por la cual se lanza, con su deseo no satisfechos, más allá de todas las fronteras de la tierra y del tiempo? ¿Cómo en la más perfecta de las criaturas que viven en la superficie de nuestro planeta, tan extraña contradiccion y tan acerba irrision de una vida humana invenciblemente aspirando á lo que se le escapa por necesidad? ¿Cómo comprender tal ironía cruel de la existencia, atormentada por aspiraciones y deseos sin objeto, por ímpetus y atractivos á los cuales nada responde ni responderá nunca en la realidad? ¿Por qué el animal, áun el ménos alejado aparentemente de la naturaleza humana, no experimenta nada semejante? ¿Por qué, cuando todo se limita en él á lo presente, y choca en lo presente; cuando, por todos sus movimientos, por todas sus ánsias y por todos sus apetitos, se ha encerrado, y, si lo puedo decir, emparedado á lo presente, ¿por qué sólo el hombre tiene sin duda el espantoso destino de retorcerse, debatirse y atormentarse sin cesar, como un condenado, en deseos y aspiraciones que nunca podrá satisfacer? ¿Por qué este sér que ha nacido mortal tiene la pasion de lo inmortal? ¿Por qué este sér, por hipótesis, nacido para moverse en el tiempo exclusivamente, lleva en sí el deseo inagotable y la necesidad insuperable de lo eternal? ¿Por qué, por último, este prisionero de lo presente atormentado es de contínuo por la pasion del porvenir? El hombre sin un porvenir más allá de la tumba, es, áun en presencia de la razon más vulgar, el más misterioso, el más incomprensi-

ble, el más contradictorio y el más inexplicable de todos los séres.

El hombre lleva en sí mismo, grabado en el fondo más íntimo de su sér, la certidumbre de su inmortalidad.

Mas no nos proponemos poner de manifiesto el inquebrantable dogma de la inmortalidad; una voz invencible grítanos á todos altamente: «Sois *inmortales*, y el enigma doloroso de la presente vida explícase sólo por la esperanza y la certidumbre de otra vida.»

Lo que nosotros queremos presentar aquí con toda la luz de la evidencia es que, una vez suprimido, con el alma del hombre, este dogma fundamental del porvenir inmortal, queda suprimido por el propio golpe el secreto de la social armonía.

Compeler las generaciones vivienres hácia las doctrinas que niegan la vida más allá de la tumba, es infaliblemente precipitarlas en el desórden social, porque, por la fuerza misma de las cosas, es desencadenar en el seno de la sociedad lo que hiere á toda sociedad en el corazon, á saber, el *odio;* el odio de los hombres contra los hombres, de las clases contra las clases, y de las generaciones contra las generaciones.

No es difícil entender cómo la negacion del porvenir inmortal, por la filosofía materialista, desencadena en la sociedad viviente al mónstruo del odio, y, como consecuencia, la guerra social con todos sus horrores.

Una vez penetrada esta negacion en las inteligen-

cias, resulta inmediatamente que todo el misterio de la dicha explicarse debe por la vida esta, y nada más que por la vida presente. No pudiendo esperar nada el hombre de un porvenir por él reputado quimérico, compelido á referir á lo presente miserable la inmensa precision de hallar esta dicha de que tiene hambre y sed; con todo el peso de los deseos que llaman lo infinito, cae sobre la tierra petrificada con las lágrimas y la sangre, á fin de apretarla y restringírla, como el águila su presa, y hacer salir de ella la felicidad á que aspira con aspiracion inmensa, porque ser dichoso es el instinto más innato y su necesidad la más invencible, pudiendo añadir nosotros que es su derecho más radical é imprescriptible.

Sí; resolver el enigma de la ventura, hallar la palabra última en el presente ó en el porvenir, en la vida fugitiva de la tierra, ó en la vida permanente del cielo, es la necesidad de su naturaleza; es la ley de su sér; es su derecho indisputable á la conquista de su destino.

Así el hombre hablará un dia: «Me dicen que no hay otra vida fuera de la presente; enséñanme que el paraiso del cielo es una quimera, y que para mí no debo esperar otro paraiso fuera del que yo me puedo labrar sobre la tierra presente con mi trabajo y con mi energía. En su virtud cierro para siempre sobre mi cabeza el paraiso del cielo; la ciencia flamante me lo manda: ¡para mí en desquite el paraiso de la tierra!»

Ahora bien: este paraiso de la tierra ¿qué cosa es

sino gozar, y gozar siempre, gozar á lo ménos tanto como sea posible gozar en este valle de los sufrimientos, sobre la tierra presente, hasta hoy regada con mis sudores y mojada con mis lágrimas?

Empero, para gozar, es necesaria una cosa; poseer el instrumento del goce, ó la riqueza, porque me consta y lo veo en cuanto me rodea: en este mundo el goce sólo es para los ricos.

Añade por consecuencia el hombre que ha repudiado, con el gran porvenir, la posesion del cielo: «¡Para mí la riqueza! La riqueza es mi derecho; porque derecho tengo al goce, y todo goce depende de la condicion de ser rico. Extenderé, pues, mi brazo, y cueste lo que cueste, tendré la riqueza; ¡si es menester, para conquistarla, marchar en la sangre y matar á los que la detienen, yo mataré y marcharé sobre la sangre!»

Tal es el afrentoso pensamiento que suscita, en las generaciones desheredadas de la fortuna, la negacion del paraiso del cielo; el pensamiento de hacerse, áun por la matanza y el asesinato, un paraiso sobre la tierra.

Sí; ¿pero quién consentirá en dejarse fácilmente despojar, destrozar y asesinar? Los que poseen ansían poseer mucho, y poseer cada vez más; los que tienen en su mano el instrumento de los goces terrestres, ó la riqueza, están resueltos á retenerla, oponiendo á los hambrientos de su propia fortuna, una indomable resistencia, y en caso preciso, una guerra mortal.

De ahí, en este desheredado de la dicha del cielo, una oposicion implacable á los que le dispu-

tan áun su dicha de la tierra. De ahí cóleras atroces y designios salvajes de destruccion y ruinas contra un estado social que le parece un obstáculo invencible para la realizacion del paraiso en que aún sueña. De ahí, en fin, como consecuencia de la negacion del porvenir inmortal, lo que llamamos el odio: el odio contra el hombre desde luego, y el odio contra la sociedad en seguida, es decir, el odio social, ó la infernal pasion del Socialismo, que hace un infierno en la sociedad, como hace un infierno en el hombre.

Sí; porque la filosofía materialista encierra, con la negacion del alma y de la inmortalidad, la suprema negacion, sobre todo la que debe hacer en la humanidad lo que bien puede llamarse un infierno social, es decir, la negacion de Dios. La social armonía buscada en la negacion de Dios, es el *summum* del error en su aplicacion á la sociedad; es, en el verdadero sentido de la palabra esta, el infierno social ó el «satanismo» en la sociedad.

El infierno, ó la mansion de los réprobos, es, segun el dogma católico, la completa separacion de Dios. La vida del hombre sin Dios, sobre la tierra, es por lo tanto, un principio del infierno; y lo verdadero en el hombre, guardada toda proporcion, es verdadero en la sociedad. Si la negacion teórica y práctica de Dios llegase á ser en un país un hecho universal, se vería en él, en lugar de la armonía, de la hermosura y de la perfeccion sociales, algo semejante al infierno del que se ha dicho: *Ubi nullus ordo sed sempiternus horror inhabitat.* «Allí donde no

hay órden y donde habita un horror sempiterno.»

Mas la negacion de Dios, en cada uno y en todos, sería la ausencia de todo órden, y, en el seno del pueblo ateo, el horror del universal y perpétuo desórden.

La negacion de Dios, en efecto, trae consigo la negacion de todo órden. Ahora bien; ¿dónde hallar aun, en el reinado absoluto de tan espantosa negacion, un principio de unidad, un elemento de órden y de armonía? Si Dios no existe, ¿por dónde pueden los hombres tocarse y coordinarse, para formar un órden y una armonía cualquiera? ¿Dónde hallarán tres solamente un punto que les una y cordine con relacion un á centro, para establecer la unidad en su triplicidad? En ninguna parte. En tal hipótesis todo nos separa y nada nos une.

No más Dios, y no más unidad de orígen. Aparecen los hombres en la superficie de la tierra como los productos aislados de fuerzas fatales, aisladas estas mismas en la naturaleza. Desde entonces, nada que nos adhiera á un orígen comun.

No más Dios, ni más *unidad* en el *fin* y en el *destino*. En el término de la vida, no unidad viviente que nos atraiga y nos llame, para consumar ella un dia en su seno el misterio de la eternal armonía; entonces vamos nosotros cual el polvo barrido por el viento en una dispersion indefinida.

No más Dios; no más *unidad* de *centro* para los séres humanos; en todos los movimientos de la vida individual y de la vida social, una divergencia total, ya que no un antagonismo absoluto.

No más Dios; no más *unidad* en los *corazones* enlazados los unos á los otros con la cadena de un mismo amor. Si Dios no existe, no existe tampoco el amor de Dios; con el amor de Dios, desaparecen la razon y la garantía del amor de los hombres; con este amor esencialmente unitario, se desvanece al punto el principio eficaz de la hermosa social armonía soñada por los apóstoles del Socialismo.

No más Dios; no más *fraternidad*. Separado de Dios, el hombre cae sobre sí propio en un individualismo «antifraternal;» y, como lo hicimos notar, con la paternidad de Dios extínguese necesariamente la fraternidad de los hombres. No más padre en el cielo, y por consiguiente no más hermanos sobre la tierra.

No más Dios; no más *igualdad*. En vez de la igualdad sublime de todos los hombres delante del Dios infinito, igualdad ascendente que nos hace subir á todos hácia una propia grandeza, ¿qué resta? Un «igualitarismo» feroz, que quiere mal á todo lo que sube, y que á todos los hombres iguala bajo el yugo implacable de un mismo nivel.

No más Dios; no más *libertad*. Refiérome á la propia libertad progresiva, que se difunde así en el hombre como en la sociedad, bajo el ascendiente de una propia soberanía; es su lugar, el reino brutal de la fuerza y el aplanamiento de cada uno y de todos en la humillacion de una misma servidumbre.

No más Dios; no más *solidaridad*. ¿Por qué seríamos solidarios, si nada nos adhiere á un principio

verdaderamente unitario? ¿A qué fin una solidaridad, no existiendo la fraternidad? No; si Dios no existe, no existen tampoco en la humanidad séres solidarios, es decir, unidos y responsables los unos hácia los otros; tendreis, sí, hombres *solitarios*, es decir, separados los unos de los otros, con responsabilidad en cada uno sólo para sí mismo y delante de sí mismo.

Engáñome áun. Suprimido Dios, no sólo teneis séres separados en absoluto, y, como tales, sin mútua responsabilidad; teneis fuerzas naturalmente armadas las unas contra las otras; fuerzas vivas, fuerzas verdaderamente hostiles, prontas á combatirse, chocarse y romperse en antagonismos fatales; despues, como término final, pero indudable, una inmensa batalla de hombres luchando con otros hombres; una guerra social con las peripecias más lamentables; una espantosa carnicería humana; una tragedia social que no vió jamás el mundo, y, como desenlace supremo, la propia ruina de la sociedad. ¡Sí! Porque, en vez de la particion fraternal de los bienes, soñada por los ideólogos del Socialismo naciente, sólo tendreis una espantable lucha de todas las concupiscencias de los hombres encarnizados para disputarse los bienes de la tierra presente, como los canes famélicos se precipitan sobre una propia res muerta, con el fin de arrancar sus pedazos.

Hé aquí lo que debe hacer, para la sociedad, el reino de la filosofía materialista esta, llámese con el nombre que se quiera: por la negacion del alma y de todo principio espiritual, desen-

cadena en la sociedad el animal vergonzoso del egoismo; por la negacion del porvenir y de todo principio inmortal, desencadena contra la sociedad la hidra devoradora del odio; por la negacion del mismo Dios precipita, en fin, á los hombres en un antagonismo irremediable y en la tragedia sangrienta de una guerra social, cuyo desenlace último sólo puede ser la muerte de la sociedad. Este desastre ó este cataclismo social puede sin duda tardar más ó ménos; pero debe venir. Esta puede ser una cuestion de tiempo; pero tal es la fuerza y la lógica de las cosas.

Así á cuantos, no obstante las experiencias bien hechas para instruirles, osan aún enaltecer como la última palabra de la social armonía, su filosofía sin alma, sin inmortalidad y sin Dios, aquí tambien debe decirles la verdad: «¡Mentís! ¡Sois unos charlatanes.» ¿Qué digo? No solamente sois mentirosos y charlatanes: son culpables y crueles; porque por vuestras teorías «antifraternales» y antisociales, por las fastuosas pero falaces promesas que vuestro génio, que á sí mismo se llama filosófico, hace á los hombres y á las sociedades, preparais á la vez la desolacion humana y el desastre social, existiendo derecho para gritaros en todas partes: ¡Atrás este *charlatanismo social*, que prepara la muerte de la sociedad!

II.

Mas lo sé; otra filosofía preséntase para ensayar tambien el remedio del mal social; una filosofía

seguramente más digna de tal nombre, por cuanto, elevándose por encima de las bajas regiones de la materia y de los sentidos, procede del espíritu y se inspira en la razon: es la espiritualista y racional.

Esta filosofía, que parece desde luego confinar con el Cristianismo, la más espiritualista de todas las religiones, permanece sin embargo separada. Sin colocarse precisamente como enemiga ó adversaria del Cristianismo, quiere guardar, en su presencia, como de toda religion positiva, la plenitud de su independencia.

Las pretensiones de tal filosofía no son pequeñas; aspira nada ménos que á resolver, ella misma y por sí propia, todos los grandes problemas que se plantean delante del humano espíritu. Oyéndola, no es necesario, por ser bastante para todo, sacar inspiraciones del Cristianismo, en el cual inspírase sin embargo más de lo que piensa, sin desearlo y áun sin saberlo.

Nuestra intencion no es de ningun modo seguir á esta filosofía tan orgullosa, demasiadamente orgullosa de sí misma, en todos los dominios del conocimiento. Allá, sin contradiccion, áun en su esfera propia, su insuficiencia brilla en varios puntos. Es menester que, hasta como filosofía espiritualista y racionalista, cumpla todas sus promesas y halle para todos los problemas que sobre su camino encuentre soluciones suficientes. Accedo á concederle, sólo en el dominio de la filosofía pura, lo que puede pedir, y admito que, áun sin proceder directamente de las revelaciones del Cristianismo, llegar puede al descu-

brimiento y afirmacion de algunas verdades fundamentales sobre que descansa la vida de la humanidad. Inútil es llevar la discusion á tales puntos, que no tocan, ó se refieren muy de lejos á la materia que dilucido en este instante; gustosamente dejo á la filosofía espiritualista y racional todas sus restricciones más ó ménos justificadas, áun en el órden estrictamente intelectual y filosófico.

Mas los discípulos de tal filosofía algo soberbia tienen asimismo una pretension que nada sabria justificar, y que debemos combatir: la pretension de resolver, por su propia potencia, el problema social que se coloca delante del siglo décimo nono.

Lo que se halla en el fondo del problema social, á lo ménos lo que los apóstoles del Socialismo ponen delante para legitimar sus reivindicaciones, es la distribucion armónica de los bienes; es el llamamiento de la humanidad que no posee para que ocupe su lugar en el banquete de la riqueza y del goce, donde sólo se sienta un pequeño número de privilegiados de la fortuna, y donde los príncipes de la fortuna ocupan los primeros sitios. Al decir del Socialismo moderno, hay allí un desórden que reparar y una desigualdad que disminuir, ya que no hacerla desaparecer absolutamente.

Bajo este aspecto, cabe admitir que hay realmente desórdenes que reparar, un mal que curar, reivindicaciones ó más bien reparaciones que hacer. Hay, en una palabra, una distribucion más armoniosa y más verdaderamente social que realizar en el mundo, para suprimir los motivos de toda legítima reivindi-

cacion, y, por este medio, combatir en su fondo la razon de ser del Socialismo.

Los discípulos de la filosofía espiritualista y racional pretenden tener, en su propia filosofía, la solucion del problema y el remedio del mal. Oyéndoles, poseen sin duda el secreto de realizar esta distribucion armoniosa de los bienes de la humanidad; áun conservando en la posesion de los bienes cierta jerarquía que resulta de la fuerza de las cosas y del movimiento normal de la sociedad, pretenden lograr que desaparezcan las desproporciones que, por sus excesos y por sus exageraciones, alteran el equilibrio y turban la social armonía.

¿Cómo pretenden suprimir tales desproporciones no armónicas, y restablecer con su equilibrio la verdadera armonía de la sociedad, para impedir las reivindicaciones amenazadoras del Socialismo militante? Mediante una maravillosa simplicidad, que se juzga bastante para la solucion del problema: este medio es la donacion y la comunicacion *voluntaria* de los bienes. No pudiendo ser en efecto esta exigida en nombre del *derecho* ante la razon, ni tampoco impuesta violentamente, resta que tal donacion se realice libremente, como cumpliendo un *deber*; porque cuantos poseen deben dar segun la propia medida de su posesion; por consecuencia, dice tal filosofía bien intencionada, que cada uno cumpla su deber, todo su deber, y el problema social está resuelto, desapareciendo el Socialismo, porque no tendrá razon de ser.

Hé aquí la solucion que al problema social da la

filosofía racional y espiritualista: la solucion por la entrega voluntaria de los bienes, y la entrega voluntaria de los bienes realizada por el poder, y el ascendiente de la idea del *deber*. Sí; el deber llamado á la resolucion del enigma social. Hé aquí la solucion cuya suficiencia debemos examinar aquí, ó más bien poner de realce su insuficiencia.

Esta filosofia, por lo demás honesta y bien intencionada, se hace sobre la suficiencia suya, en la cuestion que nos ocupa, las ilusiones más extrañas: atribuye á la humanidad entera las intenciones de algunas inteligencias privilegiadas, y á la idea del deber una fantástica dominacion á la que sométense raramente los mismos filósofos. Así, no nos será difícil mostrar que semejante solucion del problema social por la entrega de los bienes, bajo el único ascendiente de la idea del deber, es una quimera que puede nacer en el cerebro de algun austero y honrado libre pensador; pero que nunca será un hecho en la humanidad , segun ella es.

El problema de la donacion de los bienes sin disputa es uno de los más conmovedores de la época presente, y á la vez uno de los más delicados, para debatirlo, tratándose de hallar para él una solucion práctica.

Es la donacion de los bienes la gran preocupacion contemporánea. Todos más ó ménos la piden; todos sienten que, bajo una ú otra forma, debe realizarse, y, realizándose, colmar el abismo abierto por el egoismo. El viento del siglo impele á la donacion, y existe una especie de gran voz que grita en todas

partes: «Dad.» Empero allí está precisamente, para todo sistema que no pide á la religion del amor que adivine el enigma, la dificultad suprema. ¿Cómo hacerlo, fuera del misterio cristiano, para determinar á los hombres que poseen á la donacion en la medida que las necesidades reclaman?

La filosofía nos responde aquí: «El *deber*. Dar es un deber; cumplid, por tanto, vuestro deber, lo cual es bastante.» No es verdad; esto no es bastante. Tal solucion es no solo insuficiente; parécenos algo irrisoria, como tambien que se resiente demasiado de su charlatanismo.

Sabios del tiempo presente, cuyas intenciones honro y cuyos talentos admiro, parécenos que conceden á la idea abstracta del *deber* una omnipotencia que la naturaleza del hombre y la historia del género humano están muy lejos de confirmar. Levantando, delante del grosero materialismo la bandera de un espiritualismo austero, su filosofía imita la conducta del Cristianismo, sin tener Cristianismo; poco más ó ménos como se vió en los primeros siglos de la era nuestra á la sabiduría estóica falsificando la sabiduría cristiana, sin poseer el espíritu cristiano, su filosofía, tambien algo estóica, cercena la naturaleza del hombre. Sin quitarle su corazon, prescinde de su existencia; vé sólo en él un sér exaltado en todo por el imperio soberano de la metafísica, y colocándole delante el problema de la donacion voluntaria, como una inteligencia delante de un axioma, le dice: «Haz lo que debes. La filosofía te demuestra la obligacion moral de dar parte de tus bie-

nes; hijo del espiritualismo, da, porque *dar es un deber.*»

Ciertamente muy lejos estoy de negarlo. Esta forma: *dar es un deber*, expresa un principio cierto, y una verdad saludable. La predicacion cristiana no debilita este principio, sino que lo consagra, é independientemente de las otras pruebas que sientan este principio, nosotros mismos, echando sobre los fundamentos del dogma católico la grande ley de la solidaridad, hemos profesado implicitamente la verdad esta: «¡Dar es un deber!» Sí; lo es, y si quereis, un precepto de la recta razon, áun antes de ser una ley del Cristianismo. La teología moral simultáneamente lo apoya en las dos bases estas á la vez; sobre tal terreno, con la filosofía que cree en Dios y en la moral, la contradiccion no puede siquiera existir.

Por lo tanto, la cuestion que ahora llevo yo al tribunal de la razon, no puede ser inquirir si, ante ciertas necesidades fraternales, dar parte de lo suyo *es un deber*; la cuestion es la siguiente. Existiendo la naturaleza humana segun ella es, se trata de inquirir si la nocion filosófica ó abstracta del deber puede bastar á ventilar, por donaciones adecuadas á las necesidades, los grandes problemas de la miseria contemporánea. Planteo yo el problema atrevidamente ante la razon de cuantos conceden conmigo á la nocion del deber el respeto más profundo y el más legítimo.

Así planteada, respondo con un convencimiento y una resolucion que no me permiten vacilar un poco siquiera: No, no; la idea del deber, por santa,

por venerable y áun por poderosa que pueda ser en determinadas situaciones de la vida, no es bastante á producir la donacion que necesita el siglo.

¿Tiene la filosofía, por sí misma, poder para definir y formular de suficiente modo, en el órden intelectual, la nocion del deber? Una vez definida, ¿es bastante á resolver, en el fondo de la conciencia del hombre, todos los problemas del órden moral? No lo discuto. Concedo, bajo este punto de vista, cuanto pueden desear los defensores más altivos del poder racional, y afirmo que, en el órden social, la nocion del deber, sin el resorte poderoso de la caridad cristiana, es impotente para resolver por sí sola el problema práctico de la donacion de los bienes, Si la idea del deber herir puede la inteligencia y algunas veces la voluntad, no tiene poder para dilatar los corazones mediante una expansion espontánea, ni para encenderles hasta comunicarles, con el heroismo de la caridad, la santa pasion de las donaciones abundantes.

No, mil veces no; si el divino poder de la caridad, y sobre todo si la divinal energía del sacrificio no viene á tocar, en el fondo del alma humana, con el fin de ponerlos el ejercicio, todos los resortes generosos, jamas hará brotar de las almas el rio de las donaciones generosas; jamás, hablando sin figura, hará salir de allí esta noble y fecunda cosa que se llama la liberalidad. Si la fecundidad no desciende allí, con el calor del amor, nada producirá de seguro alli las ricas mieses de la caridad; la donacion voluntaria seguirá siendo mediana y vulgar,

ya que no sea nula en absoluto. Como una tierra ordinariamente sin sol, el alma más ó ménos encerrada en sí misma, sólo se abrirá con dificultad, si se abre con efecto para dejar salir sus dones; irradiando sólo en ella el pensamiento del deber, la dejará más ó ménos estéril é infecunda. Esclarecida por la luz única de la nocion abstracta del deber, el alma del hombre se parece á las estepas áridas, donde la luz lejana de las estrellas cae fria é impotente, sin suscitar en el seno de una tierra triste uingun gérmen fecundo.

El deber de dar, por otra parte, cierto y claro en su principio, está muy lejos de serlo de contínuo en sus aplicaciones y en la práctica de todos los dias. Cuando se trata del derecho de otro, hay un límite que lo define, y este límite toma una voz para decir á cada uno: «Tú no perjudicarás; no pasarás de aquí.» Aquí concluye tu derecho, y aquí principia el mio: *nec plus ultra*. Mas, cuando se trata de cumplir el deber positivo de la donacion, ¿quién fijará el límite? La conciencia dice: «Tú darás.» Inclinándose la voluntad ante la idea imperativa, responde: «Sí; yo daré.» Empero al instante la duda dice: ¿Cuánto daré? ¿Qué tengo de hacer para cumplir mi obligacion, *toda* mi obligacion? ¿Cuál es la proporcion entre lo que puedo retener y lo que debo dar? Lo que yo doy, ¿es lo *necesario?* ¿Es lo *conveniente?* ¿Es lo *supérfluo?* El deber responde: «Darás tu supérfluo.» Aun la conciencia pregunta «¿Qué es lo supérfluo mio? Me dices que dé lo supérfluo; mas ¿qué supérfluo me obligas á dar? ¿Es mi supérfluo íntegro ó mi supérfluo par-

cial? ¿Es todo, ó una parte? Si es el todo, ¿quién por lo tanto cumple por completo su deber de dar? Si es sólo una parte, ¿cuál será esta parte?»

Como veis, el deber de dar, claro como un principio, se vela con sombras más ó ménos espesas cuando se trata de precisar la práctica de la donacion. Nada, en el órden moral, es ménos determinado que el código natural de la donacion voluntaria, y allí está una de las causas profundas que acreditan la insuficiencia de la idea del deber para producir en la humanidad los dones abundantes; porque, por último, para resolver prácticamente las cuestiones oscuras estas, que alguna vez llevan en sus repliegues la vida ó la muerte de muchos pobres, ¿qué hay en el fondo del alma del hombre, donde deja oir el deber sus oráculos? Hay dos jueces cuya naturaleza antagonista condena de seguro á sentencias contradictorias: hay, por una parte, la razon humana, y por otra, la concupiscencia humana: la razon, que busca la verdad, y la concupiscencia que búscase á sí misma. Ante los dos jueces preséntase la conciencia para plantear, como problemas prácticos, las necesidades del pobre y sus propias angustias. Dice: «Me consta que debo dar, y el deber lo proclama; mas ¿cómo debo dar?» A esta pregunta, ¿qué responden la razon y la concupiscencia? La razon se calla, ó dice: «No lo sé.» Es delicado el problema: *la filosofía duda*, y *la propia teología no se decide bastante*. La concupiscencia, que no duda jamás, y que se decide siempre, al fin triunfa de las incertidumbres de la razon, y á esta pregunta de una

conciencia indecisa: *¿Cuánto es preciso dar?* responde sin vacilacion: *Es preciso dar lo ménos posible.*

Así, en el fondo del alma donde luce la idea del deber, pero donde no se ha encendido la llama divina de la caridad, la concupiscencia del hombre arroja á la idea impotente sentencias egoistas y conclusiones «antifraternales.» No sólo la idea del deber no es bastante fuerte para por sí abrir las almas á la liberalidad, sino que no es siquiera bastante poderosa, ni para fijar la ley y la medida de las donaciones, ni para responder á las exigencias de la concupiscencia por la certidumbre de los principios.

¡Ay! Nuestros filósofos y nuestros apóstoles más ardientes de la nocion del deber dan aquí ellos mismos en sí propios el más elocuente testimonio de la impotencia de sus sistemas.

¡Cosa notable! El hombre que ha sabido demostrar, con raro génio, el deber de dar, no da, ó da poco. La idea teórica de la donacion se desprende con facilidad y áun con esplendor de las páginas de su obra; pero la donacion práctica se desprende con pena de las trabas de su corazon; y los pobres no se aprovechan, ó se aprovechan poco, en realidad, de las conclusiones soberbias encerradas entre dos silogismos.

Ahora bien; ¿por qué sucede así? ¿Es la falta de la filosofía, ó de los filósofos? ¿Es el vicio de su sistema, ó el vicio de su persona?

Guárdeme Dios de querer disminuir el respeto á tal filosofía, y la estimacion que merecen sus filósofos. Pongo de realce la fuerza de las cosas y la de-

bilidad del hombre. Ahora bien; la fuerza de las cosas y la debilidad del hombre me dicen á una voz: «El filósofo meramente filósofo no da ó da poco, porque le falta el resorte de la donacion. Tiene la fria contemplacion de la idea; pero no tiene la fecunda expansion del desprendimiento. Su corazon no ha experimentado el movimiento del sacrificio, áunque su génio tenía la revelacion del deber; no sabe hacer de sus actos la traduccion de su pensamiento; ha probado y áun prueba que debe dar el hombre al hombre; pero no da. Autor, da un mentís á su libro; filósofo, da un mentís á la filosofía, ó más bien, sin mentir, repite con tantos otros la siguiente frase verídica sin cesar de la contradiccion humana: «Veo lo mejor, y lo demuestro; mas hago lo peor. *Video meliora proboque, deteriora sequor.* Dar es un deber, y vale más que retener; lo veo, lo apruebo en mi pensamiento, y lo pongo en evidencia en mi libro; pero retener es más fácil que dar, proclamándolo así por mis actos: *Deteriora sequor.*»

Así habla la naturaleza del hombre, más fuerte que la razon del filósofo.

Aquí la historia de los hombres atestigua como la naturaleza de las cosas. Ved en la historia luego al mismo filósofo, amante apasionado de la idea abstracta del deber; ¿pensais que saca de contínuo, en esta fascinacion estóica, la resolucion de las donaciones generosas? ¡No, mil veces no!

Enciérrase un hombre un dia en su gabinete, meditando una creacion de su génio. Defendido contra el frío y el calor, la lluvia y el sol, provisto de bie-

nestar y áun de comodidades de todo género, busca en su pensamiento el enigma de la miseria; reflexiona sobre la teoría de la caridad filosófica, y agita el problema de la donacion y de la comunicacion de los bienes. Se trata de un hombre filósofo. Sólo con su pensamiento, contempla en largas vigilias el cielo de las ideas, como el pastor en la calma de las noches los astros del firmamento. Ante él la idea del deber brilla radiosa y pura: es para él como la estrella polar sobre que parece descansa el eje del mundo social. Este hombre compone una obra bien pensada, bien escrita, rica por su fondo y brillante por su forma. De su libro, á donde ha descendido la idea con el fin de fijarse en la palabra, la obligacion moral de dar de lo suyo resalta con una limpieza y con una precision que nada deja que desear. Está hecho el libro y á su destino marcha; la opinion lo recibe muy bien; la rapidez del éxito hace violencia grande al renombre, y áun á la fortuna; el libro ha logrado fama grande, aportando al filósofo la gloria y la riqueza. ¿Qué recogerán de él los pobres? Sabrán mejor que *dar es un deber*, en atencion á que lo acaba de probar aquel grande hombre. ¿Dejará caer el filósofo afortunado sobre ellos el beneficio de su gloria? ¿Refluirá sobre su miseria la lluvia de oro que le derrama la fortuna? ¡Puede ser! El mundo podrá ver este milagro de la idea filosófica multiplicando el pan de los infelices. Es posible sin duda este milagro; mas, como milagro, este fenómeno es la excepcion. El filosófo guarda, con su gloria, los dones de su fortuna. Mientras la aureola del re-

nombre brilla en su frente más brillante y más bella, el áureo rio pasa más rico y más abundante á su tesoro. La obra maestra del génio conduce á enriquecer á un hombre; mas no aliviará la miseria de nadie, y dejará con su ancha boca el grande abismo que amenaza tragarlo todo.

Hé aquí, delante del problema de la donacion, al hombre de la filosofía, no teniendo, para abrir su alma á las efusiones generosas de la liberalidad, sino el poder de la idea pura. Este hombre es el sábio de todos los tiempos y de todos los pueblos, ignorando el misterio del amor y de la caridad revelado al mundo por el Cristianismo.

Así, ved en todos los siglos á que se redujo contínuamente la donacion voluntaria de los bienes en los hombres que sólo tenian, á fin de hacerlos salir de sí mismos, la idea abstracta del *deber*. ¿Dónde se halla, en toda historia de la filosofía, el filósofo célebre por el prodigio de sus donaciones? ¿Dónde se halla el Vicente de Paul de la filosofía? Habla la historia de mujeres cristianas y de sacerdotes católicos que se hicieron célebres á fuerza de dar: ¿dónde se halla el filósofo que añadido haya, á la gloria de su génio, el renombre de sus larguezas y la celebridad de sus dones? ¡Oh Sócrates! ¡Oh Platon! ¡Oh Aristóteles! ¡Oh grandes hombres que admira el mundo! ¿Creeré yo que esta idea, *el deber de dar*, que brilla en el fondo de las almas como una estrella en el firmamento del cielo, se sustrajo del todo, en las tinieblas del paganismo, á la mirada de vuestro génio? Sin embargo, segun di-

cen, no sabíais dar en el seno de la abundancia.

En cuanto á vosotros, ilustres Romanos, discípulos de estos grandes hombres, se cuenta que hacíais preparar en Roma cenas que costaban cuarenta millones; se dice que alrededor de tales cenas espléndidas, donde discutíais acaso en la opulencia el *deber* de dar, los hombres morian de hambre, y que sólo la República daba un pedazo de pan á todos los hambrientos de Roma, porque vuestra ciencia tenia únicamente palabras. ¡Ah! No os maldigo, y os tengo lástima solo; más aún que de vosotros tengo lástima de los millones de infelices que llevaban, en el oprobio de sus andrajos y en las angustias de sus entrañas, el testimonio dos veces doloroso de la impotencia de los filósofos para procurar la donacion. Vuestra filosofía hizo lo que hacer podia, y vosotros pedirle no podíais que hiciese más. Habia hecho lucir en vuestra inteligencia el astro radiante de la *idea*; pero no se habia levantado sobre vosotros el astro fecundo del amor y del sacrificio; bajo esta luz de la idea, que os revelaba el deber de la donacion, no supísteis dar á lo ménos con la esplendidez que reclamaban las necesidades.

¿A qué fin maravillarse por ello? Sobre todo una cosa os faltaba: el calor del afecto que hace fundir en el alma humana los hielos del egoismo, produciendo, en el órden moral, las donaciones liberales, como en el órden material el calor del sol hace brotar las plantas, dilatarse las flores y madurar los frutos. La fuerza de las cosas os condenó á la esterilidad, y no obstante los dones de una naturaleza

dichosa; no obstante los sentimientos de humanidad, de bondad y de generosidad nativa, de que acaso podeis jactaros, no pudísteis realizar el milagro que subsiste para siempre en el Cristianismo; el milagro de las donaciones adecuadas á las necesidades; y lo que llamais vuestra humanidad y vuestra filantropía, no teniendo, para resolver el problema social, más eficacia que vuestra razon y vuestra filosofía.

El filántropo humanitario, como el filósofo puramente racionalista, queda en el punto este convencido de una impotencia igual: hé aquí lo que nos resta probar aún, para poner en evidencia en la filosofía, como en la ciencia, lo que denominado hemos el charlatanismo social.

III.

Una tercera filosofía se presenta, en efecto, para dar la solucion práctica de la entrega y remediar el mal social, fuera de la caridad cristiana. Ménos grosera en sus afirmaciones que la filosofía materialista, y ménos abstracta en sus teorías que la filosofía puramente racional, pretende ocupar un punto medio entre los dos extremos. Esta filosofía, que se puede llamar, á causa de sus tendencias, *humanitaria ó filantrópica*, pretende dar al gran problema la solucion más natural y eficaz de todas. Cree hallarla en esta palabra única: *Humanidad*. Oyendo esta filosofía sentimental, la humanidad es buena y generosa, dando naturalmente.

«Sin duda, dice, la idea sola del deber no es bastante á resolver, por dones voluntarios abundantes, el problema de la donacion; pero el hombre no es pura inteligencia regida por una idea, sino un sér sensible regido por su corazon. Ahora bien; el corazon del hombre es bueno, amante, liberal; su inclinacion es dar, y lo hace sin esfuerzo.»

Segun esta filosofía sonriente y cándida, que ve á la humanidad bajo los colores del prisma, el hombre, para dar y dar con abundancia, ni áun necesita colocar sobre su pensamiento la idea austera del deber. ¿Qué necesita, pues? El hombre tiene un corazon, y por sí mismo este corazon atestigua espontáneamente su necesidad de dar. El hombre da como el agua corre, como la sávia circula, y como la flor se abre, sin que sea preciso siquiera pedirle.

Tal es la práctica humanitaria de la caridad. Hé aquí la solucion *filantrópica*, porque los que la dan son ante todo filántropos.

Ciertamente reconozco sin pena que la bondad que Dios ha puesto en el corazon del hombre, para constituir su fondo, segun la frase de Bossuet, puede, siguiendo su corriente legítima, hacer salir del corazon humano tesoros para el pobre. No disputo lo que puede sin duda en ocasiones, para el socorro de la miseria, una honradez natural unida á una bondad comunicativa y á un corazon simpático. Admito, en la naturaleza humana, este prodigio de la bondad expansiva y generosa, poniendo sobre toda dicha la dicha de dar. Con todo, áun aquí, esta es la excepcion, y la desviacion particular de la corriente gene-

ral que impele á la humanidad decaida. Dios pudo hacernos una humanidad que diera por sí misma sus bienes, como un árbol su fruto; así, puede ser, en el Eden primitivo, era el hombre. Desgraciadamente, no existe ya el Eden.

Rousseau, que veia la humanidad á través de sus ilusiones, pudo decir y repetir bellamente: «El hombre nace bueno, y la sociedad lo deprava;» este hombre que nace bueno, no es el hombre de la realidad presente, sino el del sueño y el de la fantasía; para saber que el hombre actual, el hombre de la caida, no es el que dice Rousseau, el sofista sólo tenía que interrogarse y conocerse á sí mismo. La historia sabe hasta qué punto aquel soñador, que declaró bueno naturalmente al hombre, llevó el escandalo de la maldad.

No; esta suposicion del hombre naturalmente *bueno*, *generoso* y *dador*, no es la historia, sino la teoría; ni áun es la teoría, sino un idilio, una pastoral, una poesía del hombre. La humanidad viva y secular, tal como se acusa por sus tendencias más universales, y tal como se manifiesta por sus actos más palpables; la humanidad que no ha recibido, con el contacto del amor cristiano, la trasfiguracion de su naturaleza, ¡ah! esta humanidad es otra muy distinta, y si quereis saber lo que bajo el punto de vista en que nos hallamos, es realmente, lo voy á decir yo; es la humillacion legítima de nuestra comun miseria. La humanidad, considerada en su conjunto, no es naturalmente *generosa*, sino *egoista* naturalmente.

Tomad aparte un hijo del pueblo ó un hijo de un

príncipe; dejadlo sin las represiones paternales, seguir la corriente de su naturaleza: se trasforma en un egoista. La educacion, para formar un hombre, debe ser una perpétua reaccion contra su egoismo nativo. A fin de hacer un hijo muy obediente, preciso es castigar su independencia; á fin de hacerlo abnegado, preciso es reprimir su egoismo. «La educacion, ha dicho el ilustre Lacordaire, *es la tradicion de la obediencia y de la abnegacion á una alma impaciente del yugo, y petrificada por el egoismo.*»

No insisto en esta demostracion de nuestro egoismo innato, tan profundamente metido en nuestra humana naturaleza; y, considerando sólo los efectos que produce bajo el punto de vista de la cuestion actual, digo: El hombre es naturalmente egoista, y, como tal, naturalmente avaro ó naturalmente consumidor: dos vicios que tienen una comun raiz en su egoismo, y que oponen por dos tendencias distintas, á la donacion de los bienes, dos obstáculos semejantes.

Sí; el hombre es naturalmente *avaro*, y lleva en este vicio nativo dos pasiones que sólo hacen una: el deseo de *poseer*, y el miedo de *dar*. La naturaleza humana, áun en la infancia, denuncia de un modo extraño la pasion esta de poseer. ¿Habeis visto al hijo del pobre, la vez primera que su mirada descubre una pieza de oro? ¡Extraña cosa! Este brillo primero del metal seductor entra en su ojo aún puro como una fascinacion; nada es comparable á la palpitacion de su párpado y á la irradiacion de su faz, sino el estremecimiento que se nota en su alma. Diríase que la dicha acaba de revelarle su

misterio, y que ha visto en la irradiacion del oro pasar un reflejo del infinito. Un no sé qué grita en el fondo de su corazon conmovido, y de su alma jadeante: ¡Este oro es mio! Su mano para cogerlo extiéndese como por sí misma, porque saca de la primera seduccion del metal ignoro qué impaciencia de tomarlo, y qué pasion de poseerlo, la cual, si nada le detiene, subirá de deseo en deseo hasta la adoracion.

¡Ah! ¿No habeis jamás encontrado esta pasion del oro en el seno de la humanidad esta, que júzgase á sí misma tan liberal y tan buena? ¿Por ventura no habeis visto al avaro, abriendo sus dos ojos para descubrir el oro del mundo, sus dos manos para cogerlo, y todas sus potencias para gozarlo? ¿No habeis visto aquí al avaro, colocándose á solas delante de su tesoro, mirándole cual una vision, tocándole con voluptuosidad, abrazándole como un amigo, y, digamos la frase, adorándole como un Dios? Para él, ¿qué es la vida? La posesion del oro. Para él, ¿qué es la muerte? La separacion del oro. Para él, ¿qué es la sabiduría? Guardar su oro. Para él ¿qué es la locura? Dar su oro. ¿Sabeis lo que haría este hombre si tuviese sellada en una pieza de oro toda la riqueza del mundo? A buscar iría, fuera del mundo, un sitio para ocultarla, temeroso de que algun sér humano viniese á descubrirla; allá, en la soledad, nada debiendo temer de la tierra ni de los hombres, miraría tal vez hácia la parte del cielo, para ver si Dios habíalo advertido y extendía, para coger su tesoro, una mano invisible.

Quizás no habeis hallado á este avaro en la naturaleza viviente; pero lo habeis hallado en las obras maestras de la literatura, donde ha marcado el arte su frente con estigma inmortal. El avaro, en todos los siglos, pasó ante la mirada del génio, y el génio grabó, en rasgos imperecederos en toda literatura, su cara deforme. Ahora bien; observadlo bien: las obras maestras del génio literario sólo son las revelaciones brillantes de los misterios del corazon humano; si las generaciones las aplauden con admiracion que se rejuvenece con los siglos, es que reconocen allí una realidad siempre joven, y que sienten vibrar en estos retratos de una humanidad muerta la fibra eternamente simpática de una humanidad siempre viva.

Direis: El avaro de las grandes obras maestras no es la humanidad, sino la pasion humana exagerada. Si; mas en tales tipos donde el arte, para mejor herir nuestra imágen y grabarla para los siglos, pone de relieve la realidad humana, se reconoce siempre. Es que halla en sí misma, palpitante de contínuo en su seno, lo que forma el fondo eternal de su avaricia: la pasion de conseguir; la necesidad de retener y el miedo de dar; manifestacion siempre antigua y siempre nueva de un egoismo que no concluye, cuya forma cambia incesantemente, sin que por esto cambie su fondo.

Sondead el misterio de vuestro corazon y el misterio del alma vuestra: os dicen entrambos: *Tenemos miedo á dar.* Si hay en nosotros otra tendencia además, ordinariamente no es de la naturaleza, sino de

la gracia; no es de la humanidad, sino del Cristianismo. Este vasto y generoso movimiento á la donacion, que manifiéstase á nuestros ojos en las generaciones que han permanecido fieles á las tradiciones del Calvario, no es una aspiracion de nuestra humanidad avara naturalmente, sino una aspiracion de nuestro Cristianismo esencialmente liberal.

Hé aquí por qué, áun en el seno de las generaciones cuyo corazon abre Jesucristo, con el suyo, á la perpetuidad y abundancia de los dones voluntarios, la grande industria de la caridad contemporánea es pedirnos frecuentemente, para pedirnos poco á la vez, engañando así en pró del infeliz el miedo que experimenta siempre más ó ménos la naturaleza avara á despojarse por sí misma. Por consiguiente, dejando aparte las excepciones, y teniendo en cuenta las tendencias generosas de ciertas naturalezas escogidas, afirmamos, sin temor de ser desmentidos por las realidades de la vida humana, tomada en su conjunto, que muy lejos el hombre de nacer naturalmente liberal y dador, nace más bien naturalmente avaro y «acaparador.»

Mas dejemos, si quereis, como una aparicion desvanecida y como el tipo borrado de otra edad, esta forma del egoismo que se llama el *avaro*. Admitamos que la obra maestra de Molière sólo es el monumento inmortal de una realidad muerta, ó una creacion puramente imaginaria. El miedo á dar no vive ménos en el corazon de nuestra humanidad nueva. Lo veo bien; el egoista contemporáneo no es un avaro, sino un *consumidor*. Empero, ¿qué gana el

pobre con esta metamorfósis de nuestro egoismo natural?

Os preguntaba hace poco: ¿habeis visto vosotros al avaro? ¿Al avaro ambicioso de poseer su oro, retenerlo, contemplarlo y tocarlo? Os pregunto ahora: ¿habeis visto al consumidor? ¿Al consumidor, es decir, al héroe del placer y del lujo, brillando, en el seno de la juventud dorada, con un brillo sin igual? ¿Al consumidor, por último, en el siglo décimo nono? El genio no ha grabado aún en una palabra inmortal este tipo del egoismo contemporáneo; mas ¡qué importa! ¿qué necesidad teneis de pedir al génio una imágen fiel, cuando el tipo viviente colócase allí delante de vosotros? Mirad á este afortunado, á este opulento, á este voluptuoso, alegre disipador de la riqueza paterna, de la dote conyugal ó de la herencia de sus hijos, y seguid su curso rápido; ved cómo va de placer en placer y de festin en festin, sin cuidarse de la humanidad que sufre, ni de la que llora; ved cómo bebe riendo, en la copa de sus placeres, las lágrimas de los desgraciados, y decidme, si podeis, cuál de ambas cosas se graba en el seno del pobre más profundamente: ¿El egoismo avaro que amontona el oro para poseerlo, ó el egoismo consumidor, que sólo lo posee para devorarlo?

Cerca de él y no ménos afortunado, haciendo contraste con el desórden del rico consumidor, como la luz hace mejor aparecer la sombra, hé aquí un hombre cuya renta es de veinte mil francos, y vive con diez mil al año. ¿Cómo lo hace? Ahoga, antes de que nazcan, á fuerza de abnegacion, los gérmenes de las

necesidades facticias; en sí propio suprime el impuesto de la disolucion; diez mil francos son bastante para lo necesario y áun para lo conveniente; sin embargo, anualmente vé que concluye su renta total. ¿A dónde han ido los otros diez mil francos que la fortuna derrama en él superabundante? Preguntadlo al pueblo de los infelices. Este hombre es un cristiano, que se formó en la escuela del amor, y es la caridad en el siglo décimo nono.

Ahora, mirad: hé aquí el egoismo en el siglo décimo nono: el egoismo consumidor. Supongo que teneis delante, con todo el brillo de su juventud y de su opulencia tambien, al *hermoso jóven* de seis lustros. Pues bien; quiero saber lo que ha hecho y lo que hace aún, para el alivio de la humanidad, tal elegante, perfumado, consumidor y disipador á todo trance. Ha hecho, para su edad y para su siglo, es decir, para sí propio, el sueño del goce indefinido. No gasta para vivir, sino que vive para gastar; no consume para llenar las necesidades, sino para establecerlas. Abre en su seno, como fuente de goces nuevos, necesidades siempre nuevas tambien. Este hombre nada da, y nada tiene que dar: su renta es de veinte mil francos, y gasta veinte mil. ¿Qué podria dar?

Hablo de veinte mil, y soy muy moderado. Algun jóven de París, en ménos de un año, gasta cien mil francos. ¿Qué hace, por lo tanto, en la nueva Atenas este nuevo Alcibiades? ¿Qué hace? Oidlo. Alcibiades va al teatro; Alcibiades va al baile; Alcibiades monta á caballo; Alcibiades juega; Alcibiades se fastidia; Alcibiades bebe; Alcibiades come... ¿Qué que-

reis que os diga? Alcibiades goza; Alcibiades gasta; Alcibiades consume: crea las necesidades para los goces, el goce para las necesidades, y rueda en este círculo dos veces vicioso del gasto y de la voluptuosidad, del consumo y del placer; dice cual el voluptuoso de que habla la Escritura: *Venite fruamur*; «vamos, gocemos, y dejemos en todas partes vestigios de nuestra voluptuosidad:» *Ubique relinquamus signa luxuriæ nostræ*! Y su voluptuosidad pasa, en efecto, dispersando sobre su camino sembrado con todas las flores de la vida, la suma anual de cien mil francos: glorioso trofeo del poder de gozar y de consumir.

¡Cómo! ¡Cien mil francos para gozar! ¿Y cuántos para socorrer? ¿Cuántos para los enfermos? Ninguno. ¿Cuántos para los huérfanos? Ninguno. ¿Cuántos para los presos y los viejos? Ninguno, absolutamente ninguno. ¡Cómo! ¿Tantos rios derramados por todas las corrientes de la vida desbordada, y ni uno donde pueda el pobre apagar su sed? No: ni uno. ¡Cómo! ¿No tendrá ni uno para que se siente con él en los banquetes de la fortuna, donde le convidan á todas horas la locura de sus dispendios, el delirio de sus voluptuosidades, su furor de gozar y su ánsia de consumir? No: ni uno. Él sólo *come* su fortuna; se hace de la herencia, toda llena del sudor y quizás de la sangre de sus mayores, un egoista y solitario festin.

Engáñome: en estos festines dos veces egoistas y dos veces criminales, algunos séres toman parte; pero, ¡qué séres, gran Dios! Los séres más profundamente envilecidos y los más espantosamente egois-

tas; séres de costumbres absolutamente indescribibles, y cuyos nombres apenas osamos escribir. Pues bien, sí; á estos séres tan rebajados, que sólo pueden pasar aquí como séres sin nombre, el pródigo elegante, que á los desgraciados nada da, da oro y más oro. Era poco pagar sus placeres, y necesitaba pagar tambien sus crímenes.

Hé aquí al consumidor en el siglo diez y nueve; el *omnívoro* de la fortuna y de la herencia. El siglo ha consagrado su nombre: es el comedor de sus bienes, y el hombre que nada puede dar, porque lo *come todo*.

Direis: «Empero este hombre es un mónstruo, que á todos los hombres horroriza.» Os engañais: personificacion brillante de la juventud dorada, este jóven es un hombre muy bien educado en la familia y muy bien visto en la sociedad. Es un mónstruo, si quereis; pero es un mónstruo amable. Jóven elegante, con gracia sacude, al soplo del placer, su cabellera ondeante. En la práctica de la vida lo encuentran sociable. Tiene buenos modales, la gracia sonriente, y una jovialidad amable que encantan; tiene cortesías exquisitas que seducen y enamoran; sus éxitos en el mundo nada dejan que desear.

Empero, de las prácticas de su existencia, pasemos á sus teorías; porque áun este vividor egoista tiene teorías. ¿Cuáles? pensais vosotros. No está precisamente por la filosofía materialista, ni por la filosofía puramente racional; si tiene horror á la grosería y á la abyeccion del materialismo, no tiene gusto por las que llama sutilezas y abstracciones del espi-

ritualismo; á lo ménos del espiritualismo que sólo procede de la razon y de la metafísica.

¿Qué cosa es, por lo tanto, en teoría este oonsumidor, este disipador, que al viento arroja de sus egoistas placeres, la herencia, la riqueza, y muy frecuentemente además el honor de la familia?

Cosa buena para meditar: este tipo del egoismo se declara filántropo, y es discípulo de la filosofía humanitaria. Distribuye á través de los salones perfumados, con abundancia florida, sus discursos de novador y sus arengas filantrópicas. Oidle: convencido está de que adelanta el mundo precipitadamente hácia la era de una felicidad aún desconocida por la tierra. Espera el redentor verdadero; el redentor de los pueblos fraternales. La miseria es una lepra que la humanidad debe sacudir de sí, mediante trasformaciones sucesivas, y el progreso indefinido lleva el mundo nuevo al reinado universal de la fraternidad verdadera. Está seguro y os muestra con el dedo, en el horizonte del porvenir, la sociedad que ha construido en un sueño de placer: sociedad ideal que no es sino el amor establecido en la humanidad, y la donacion universal realzada por él; república verderamente humanitaria, donde cada uno á todos da, y todos dan á cada uno. ¡Hé aquí el porvenir! Contempla este porvenir y muéstralo allí abajo en una perspectiva encantadora. Esperándolo, el filósofo hace una cosa únicamente: *gasta;* pero no da, por la razon excesivamente lógica de que sus gastos igualan y áun exceden á su renta.

Cuando el hambriento, ó el que tiene frio, le salen

al paso tendiendo hácia él su mano descarnada y heladísima: «Hermano, dice, que Dios te dé fuego y comida: *Calefacimini et saturamini*. Quisiera darte; pero ¡ay! no puedo hacer nada con el fin de aliviarte; debo pagar mañana y al otro dia tambien. Nada tengo que darte; pero vete; me causa tu miseria grande piedad, y quiero la muerte de nuestra sociedad que tales abusos tolera.»

La humanidad te saluda, jóven. Gastas, y tiene hambre; gozas, y sufre; ries, y suspira. Ha oido tu discurso, ha visto tus acciones, y te dice: «Marcha en pos de los placeres; por lo que á mí hace, voy á morir.»

Hé aquí al hombre de la naturaleza: la humanidad tan buena y generosa; el egoismo que allega, ó el egoismo que devora; en uno y otro caso, la desesperacion, la irrision y en algunas ocasiones hasta la muerte del pobre.

Despues de lo dicho, creed, si podeis, en las potencias de la filantropía para resolver el problema del siglo; creed, si quereis, en la bondad y en la generosidad nativas de la humana naturaleza, y, como resultado de tal bondad y liberalidad, que soñadores prestan gratis á nuestra humanidad decaida, creed en el poder de la filosofía humanitaria y filantrópica para hacer salir del corazon humano, independientemente de toda influencia humana, las libres y voluntarias donaciones, capaces por su superabundancia de colmar nuestro abismo social.

¡Ah! No, no lo creais, porque la naturaleza humana, más fuerte aquí que la razon filosófica, daria mentís

tristemente solemnes á vuestras teorías. Bien podeis adular, enaltecer y adorar á la naturaleza humana; la humanidad queda como es, naturalmente egoista, es decir, naturalmente avara, y ávida por lo tanto naturalmente de poseer. Que posea para retener ó para consumir, el resultado es el mismo absolutamente; es la diminucion ó supresion de las donaciones voluntarias; es el miedo de dar proporcionadamente á la pasion de poseer, y al furor de consumir; como consecuencia, es el problema de la miseria sin solucion; es el mónstruo del pauperismo, siempre mirándoos á la cara, y el Socialismo amenazando siempre destruir la sociedad, para sepultar, bajo las ruinas de vuestro social organismo, la miseria popular.

Así, sea cual sea la forma bajo que se presente, y sea cual sea el nombre que tome, materialista y atea, espiritualista y racional, filantrópica y humanitaria, la filosofía queda convencida, como la ciencia, de una radical impotencia para el remedio del mal social. Materialista, niega el alma, la inmortalidad, el mismo Dios, desencadenando por estas tres negaciones, en la sociedad, el egoismo, el odio, y finalmente la guerra social. Espiritualista y racional, pide á la idea abstracta del deber que realice la donacion voluntaria de los bienes, llegando sólo, bajo el aspecto este, á la esterilidad ó á resultados insignificantes, que no pueden colmar el abismo abierto por la miseria contemporánea. Filantrópica y humanitaria, sueña con una humanidad ideal y fantástica, naturalmente generosa y liberal; mientras la

humanidad real, que nosotros tenemos á la vista, es el egoismo nativo: egoismo avaro ó consumidor, pero egoismo, siempre incapaz por consiguiente de realizar la donacion fraternal y la armoniosa comunicacion de bienes, que forma el fondo del problema planteado por el Socialismo ante la sociedad.

¡Ah! La filosofía, sin excluir la mejor, por mucho que haga, no llegará jamás ella misma, y por sí propia, á sustraer á la sociedad moderna á las estrechuras del mónstruo que amenaza ahogarla. Aun cuando ella obre en su propia esfera, es decir, en el dominio de la verdad abstracta, metafísica, psicológica, ontológica, no llega jamás á realizar la unidad de las doctrinas, ni la armonía de las inteligencias; marcha incierta y vacilante á través de los sistemas, errante de escuela en escuela, de sistema en sistema, y casi siempre de error en error; de suerte que cabe decir, con alguna razon, que no hay error tan radical, opinion tan caprichosa, y sistema tan absurdo que no haya sido y que áun en nuestros dias no sea enseñado por alguna filosofía.

Algunos raros filósofos han podido, por el poder de la razon secundada por su génio, llegar á la conquista de algunas verdades, mas, tomado en su conjunto, el dominio filosófico propiamente dicho, no sólo es un reino dividido, donde resuena el eterno conflicto de los espíritus luchando con los espíritus; es una region de tinieblas, á través de las que se arrastra la humanidad, fatigada y jadeante, sin poder descansar nunca en el seno de la verdad conquistada. Mientras el Verbo creador y autor de

las inteligencias, ó el Verbo-Verdad, no ha pronunciado su *fiat lux*, permanece como el mundo antes del *fiat lux* de la creacion materialista: un caos, donde los espíritus procuran en vano hallarse, unirse y abrazarse en la luz.

La filosofía, en una palabra, es una ciudad de confusion; es una Babilonia que se construye siempre y se destruye sin cesar; que se procura un dia levantar sobre las ruinas de los sistemas derrumbados, y que mañana añadirá sus ruinas á tantas otras acumuladas ya.

Ahora bien; si la filosofía no llega jamás á establecer, ni en el mundo intelectual, una armonía cualquiera, ¿cómo podría llegar á establecer, en la sociedad, una armonía que no puede realizar en sí propia? Sobre todo á la hora presente nuestro mundo social es un caos; es la Babilonia de todas las confusiones, donde los sistemas chocan con los sistemas, y los Socialismos con los Socialismos, atacando todos á la sociedad, amenazada de perecer bajo sus múltiples y permanentes agresiones. ¿Cómo entónces la Babilonia filosófica creará por sí propia el órden y la armonía en el seno de la Babilonia social?

Por consecuencia, que los filósofos que no son filósofos, como los sabios que no son sabios, se retiren del gran enfermo que preciso es curar, y que se llama la sociedad del siglo décimo nono; sociedad en todas partes más ó ménos impregnada, penetrada y envenenada por el Socialismo; que todos los charlatanes de la filosofía, con todos los charlatanes de

la ciencia, cesen de ponderar su competencia y suficiencia para la curacion de la sociedad enferma, mientras su ciencia y su filosofía no hayan demandado al Cristianismo, es decir, á la religion del amor, de la abnegacion y del sacrificio, el tópico sobrenatural y el remedio divino.

CAPÍTULO IV.

La Economía moderna ante el mal social.

Una de las más grandes potencias que se ofrecen para curarnos del mal social, suprimiendo la razon del Socialismo, es sin disputa lo que se llama la Economía en el siglo décimo nono.

Ya, en el capítulo preliminar, mostramos á la Economía concurriendo, con las otras realidades contemporáneas, al movimiento general que compele al siglo todo á la conquista de la riqueza. Mas queremos examinarla especialmente aquí bajo el punto de vista de su suficiencia para el remedio del gran mal contemporáneo, y para cumplir de tal modo sus promesas solemnes.

Es menester decirlo: La Economía nueva, y principalmente la materialista, nos ha hecho tales promesas, y nos las hace aún tan pomposas como es posible. Ha celebrado, encarecido y anunciado, por todas las voces que tenía disponibles, su pretension de resolver todo el problema, y curar especialmente todo el mal social. Nunca un charlatan, instalándose en nuestras plazas públicas, para encarecer la excelencia de sus remedios y los milagros de sus específicos, movió tanto ruido como el hecho por los

economistas de la época contemporánea en nuestros foros, en nuestras academias, en nuestras escuelas, y desde lo alto de todas las tribunas, ponderando tambien sus recetas infalibles para curar á la sociedad de todos sus males pasados, presentes y futuros, pero especialmente la lepra del pauperismo, y por consiguiente la gangrena del Socialismo.

Se trata de saber en qué y cómo la Economía puede realizar sus promesas, cuando, desdeñándose de inspirarse en los principios del espiritualismo, y sobre todo en el gran espíritu del Cristianismo, no mira desde altura superior á la esfera donde se agita, es decir, la materia.

A fin de mejor comprender la insuficiencia de tal Economía para resolver nuestro problema, y curar nuestro mal social, así como para mejor convencerse, bajo el punto de vista en que nos hallamos, de lo inane de las promesas que nos hace, y de las esperanzas quiméricas que nos da, es preciso entender ante todo que, para conseguir el objeto que se propone de curar la sociedad de la lepra del Socialismo, y realizar la social armonía, la Economía debe aportar al problema que plantéase ante ella una solucion material y otra solucion moral. Una solucion material, dando á las necesidades reales de los cuerpos una satisfaccion suficiente; una solucion moral, dando á las necesidades del alma una satisfaccion superior, por cuanto, si el hombre necesita para su cuerpo poseer algo de la riqueza y de la materia, necesita sobre todo para su alma poseer la estimacion y la dignidad ante los hombres. En vano llegaríais á pro-

curar á cada uno su parte de la riqueza material adecuada á las exigencias de su cuerpo, si no le aseguráseis su parte de la riqueza moral respondiendo á las exigencias de su alma; sin la garantía de la segunda posesion superior á la primera, podríais ver, entre los cuerpos materiales hartos y satisfechos, reinar la anarquía de los espíritus descontentos é iritados, áun en el seno de la universal abundancia.

A fin de tratar este asunto con la amplitud que merece, debemos pues, demostrar aquí las siguientes dos cosas. Que la Economía moderna es impotente para encontrar la solucion *material*, y más impotente aún para encontrar la solucion *moral*, que reclama, en su plenitud é integridad, el problema social en el siglo décimo nono. Hé aquí lo que procuraremos poner de realce nosotros, en las dos partes distintas del capítulo presente.

Digo desde ahora: impotencia de la Economía moderna para encontrar, al problema social, una solucion bastante en el órden puramente *material*.

Aun bajo este punto de vista, salvo raras y bellas excepciones, la Economía moderna, tomada en su vasto conjunto, es solamente un empirismo ruidoso, que hace siempre á la sociedad nuevas promesas que no cumple nunca.

Ciertamente, me apresuro á decirlo: existe una Economía saludable; la que, funcionando en sus condiciones normales, é inspirándose de contínuo en lo que por encima está de la materia, trabaja como hemos dicho, á fin de poner los recursos del órden ma-

terial en relacion armoniosa con las verdaderas necesidades de la naturaleza humana.

Empero, si hay una verdadera ciencia de la Economía, existe un charlatanismo de la Economía; refiérome á la jactancia de la Economía que, repudiando sistemáticamente las verdaderas condiciones de una Economía normal y saludable, engaña mucho á la humanidad crédula, y agrava el mal que promete curar.

Desde luego hay una promesa, una esperanza de porvenir, una ilusion por las cuales la Economía de que aquí se habla, de acuerdo en el asunto con el propio Socialismo, engaña mucho á las generaciones que lo escuchan, y excita mucho más los deseos, exaltando las imaginaciones: es la promesa, la esperanza, la ilusion de la riqueza indefinida, de la riqueza para cada uno y para todos, y finalmente del exterminio total de la pobreza y de la miseria.

Este sitio no es á propósito para demostrar las amargas decepciones y los engaños crueles que tales esperanzas y tales promesas reservan á los pueblos desengañados; ya hicimos notar el peligro social que se oculta en el fondo de tales promesas, por las cóleras que amontona dia tras dia, en el alma popular, la «sobreexcitacion» imprudente de sus ánsias fatalmente no satisfechas.

Pretendo demostrar solamente que nuestros economistas más célebres y más altivos por sus teorías é invenciones nos ponen delante un problema sin solucion posible, y en presencia de un porvenir absolutamente irrealizable.

En efecto; si aceptamos el problema tal como plantéale la Economía esta un poco *charlatana*, y con la Economía la ciencia que á sí propia denomínase socialista, el problema así planteado presenta una incógnita, que ninguna operacion humana y ninguna ciencia económica despejarán nunca; bajo este aspecto, la Economía moderna va en pós de una solucion que debe huir de ella eternamente. ¿Por qué? Porque lo que hay en el fondo del problema este, no es una *incógnita* solamente, sino un *imposible*. Lo que pretende hallar esta ciencia presuntuosa es absolutamente imposible hallarlo; el obstáculo contra el cual choca es absolutamente insuperable, y el término, por lo tanto, que alcanzar desea es absolutamente imposible.

Tres testimonios de todo punto irrecusables, se levantan á protestar contra esta hipótesis, ó más bien contra esta utopia á la vez economista y socialista: la tierra, desde el fondo de sus entrañas, la historia, desde el fondo de los siglos, y la humanidad, desde el fondo mismo de su alma, gritan á la vez ante ambicion tan loca. *¡Imposible!*

Desde luego la tierra, la propia tierra grita indudablemente al génio de la innovacion y á los que buscan lo imposible: «La riqueza para cada uno y para todos, ó la riqueza indefinida, es cosa imposible.»

En la tierra ahondada por nuestras fatigas, ¿existe acaso este poder más que misterioso de que tanto se jacta la Economía moderna? ¿El poder de aumentar indefinidamente la suma de la riqueza?—No; verda-

deramente no hay en la tierra semejante poder. Sean cuáles sean los tesoros que en su seno contiene, la tierra no es infinita, y no tiene por lo tanto poder para producir *indefinidamente;* desde sus profundidades más íntimas, como desde sus superficies mejor iluminadas y fecundadas por los rayos de su sol, nos grita:

«Soy la *tierra;* la tierra encerrada en mis estrechos límites y en mis barreras, que no se pueden salvar. Adherida llevo á mi superficie la humanidad viviente, y le hago el pan de cada dia, con mi polvo empapado en sus grandes sudores. Empero desafío para siempre á toda Economía y á toda ciencia, á que hagan salir de mi seno lo que mi seno no encierra; lo que únicamente Dios encierra en el tesoro inagotable de su infinidad: el poder de producir y crear indefinidamente.»

Hé aquí lo que dice, intimada por la ciencia para que produzca, y produzca cada vez más, haciendo desaparecer la miseria bajo la ola superabundante de la riqueza universal; áun cuando el génio del hombre llegase á extraer de sus entrañas cuantos tesoros encierra—hipótesis creible—hasta la realizacion del hecho más ó ménos quimérico, no llegaría de fijo al ideal socialista y humanitario de la riqueza para cada uno y para todos, así como de la universal abolicion de la miseria.

La historia, por otra parte, universalmente confirma el testimonio de la tierra, Desde que hace seis mil años fascina el oro la mirada y seduce el corazon de la humanidad, tras los esfuerzos gigan-

tescos de nuestro génio investigador, creador y conquistador, para realizar este sueño de la universal riqueza, ¿presenta la historia el ejemplo de un sólo país, donde se haga ver á todos los hombres, sin excepcion, sentados en el festin de la riqueza, reposados y alegres todos en el seno de la abundancia?

¿Puédese, á través de tantos siglos pasados, citar, no ya un siglo, sino solamente un dia, en que una sociedad haya podido ver esta utopia socialista trasformada en la realidad social? No, jamás; ni un sólo dia siquiera. Jamás el poder del hombre y el poder del tiempo, superior al del hombre, han podido proscribir de la humanidad á la miseria.

Existen sin duda en la historia las ciudades—sobre todo en las heridas con el rayo de las venganzas celestiales—donde, como en Babilonia, todos *habian llegedo á ser ricos*; pero tal opulencia de las grandes ciudades componíase sobre todo de la sustancia de las muchedumbres empobrecidas por el lujo de las capitales. Tales ciudades espléndidas, en que se desbordaban, de todas partes y de todas maneras, la riqueza y la opulencia, eran como inmensos receptáculos donde así el egoismo como el despotismo hacian correr en rios de oro los sudores y las lágrimas de todas las provincias; el hecho histórico este, muy lejos de atestiguar el fenómeno de la riqueza universal, atestigua, en los pueblos donde ocurria, más bien la universalidad moral de la indigencia y de la miseria.

Así, el testimonio de la historia concuerda con el testimonio del suelo; el testimonio del alma y de

la humana naturaleza confirman el uno y el otro.

¿Existe acaso, en las profundidades del hombre, una sola voz de nuestra naturaleza que profetice dentro de nosotros, para el porvenir de nuestra humanidad, la riqueza para cada uno y para todos? ¿La riqueza universal, abundante, perpétua? ¡Ah! La naturaleza grita más altamente aquí que la historia y el suelo; grita, desafiando á que la desmientan, que los hombres son libres; que sin duda el mal existe en ellos; que la miseria sale eternamente del seno de la humanidad, como los rios brotan y brotarán siempre de las fuentes profundas de la tierra; grita, en fin, que la miseria es hija natural del vicio y de la libertad. El vicio es tan fuerte, y tan poderosa la libertad, que cuando á unirse vienen, ningun poder humano puede impedir que produzcan la miseria.

La riqueza para todos es para todos la imposibilidad de ser pobres. Ahora bien; la imposibilidad de ser pobres sin duda es la imposilidad de ser viciosos, y la imposibilidad de ser libres es la humana locura desmentida por la humana naturaleza; realmente seria el despotismo suprimiendo la libertad para suprimir la miseria, ó mejor seria el despotismo multiplicando la miseria sobre las ruinas de la libertad.

Mas quiero convenir en que no todos los economistas, áun entre los que no se inspiran en la idea cristiana, impelen hasta tal punto la quimera de la utopia; rechazan con nosotros estos desvaríos de lo irrealizable, y estas teorías de lo imposible. Paréceme oirles decir, deteniéndome al pasar:

«Contra la Economía, que pretendeis confundir y convencer de impotencia, evocais fantasmas y oponeis sólo la quimera; no más que vosotros, soñamos en ir tras ella como si fuera el porvenir del mundo social. No más que vosotros desmentimos este triple testimonio de la tierra, de la historia y de la naturaleza humana. Con vosotros, reconocemos que la tierra, encerrada en los límites de lo finito, ni tiene poder intrínseco para producir y crear indefinidamente la riqueza; con vosotros, confesamos que nunca, en los tiempos antiguos ni en los modernos, la historia mostró, realizado, en un sólo pueblo siquiera, el ideal de la riqueza universal; con vosotros, en fin, confesamos que la humana naturaleza opone, por sus vicios y por su libertad, un obstáculo permanente insuperable á la realizacion del sueño tan acariciado y enaltecido por la extravagancia y la simplicidad socialistas. Por consiguiente, cual vosotros y con vosotros admitimos el oráculo del Evangelio, confirmado por la experieneia universal y secular del género humano: *Siempre habrá pobres*. Lo aceptamos áun sin discutirlo, con el porvenir que nos profetiza.

«Así el problema que planteamos con los verdaderos economistas, y que la Economía espera y ambiciona resolver, no es conseguir que sobre la tierra donde habitamos no haya pobres, sino más bien conseguir que haya los ménos posibles. Nosotros queremos que disminuya la miseria tanto como puede disminuir, y que consiga el bienestar, en el mayor número posible, la elevacion que puede alcanzarse.

»Hé aquí, dicen los sabios de la Economía contemporánea, el verdadero problema que tratamos de resolver, para realizar, en cuanto lo consientan nuestra condicion y nuestras debilidades humanas, la armonía y la paz sociales.»

Por ser verdad, debo decir y digo que fué planteado el problema por el Socialismo y por la Economía materialista, tal como acabo de sostener. Mas reconozco al propio tiempo que no debió el problema ser planteado de tal manera, y gustosamente me presto á poner la dificultad donde la ponen los economistas, cuya reclamacion legítima acabamos de oir. Añado que, conducido á tales términos, el problema es legítimo y razonable. Digo más aún; sostengo que es cristiano, por el fin que se propone y por la idea que lo inspira.

¡Pues bien! Es preciso atreverse á decirlo: el problema, áun encerrado en tales términos legítimos, en la *idea* que inspira el siglo, y en el movimiento que lo arrastra, no puede tener solucion puramente *humana*.

En efecto, si la idea y el movimiento del siglo, tal como los hemos definido y señalado, pudieran conducir á la solucion que nos prometen, sin duda, en los pueblos más inspirados por tal idea, y en los más arrastrados por tal movimiento, se debería ver la proporcion de los miserables disminuir de dia en dia, y en cada indigente descender de un modo progresivo el nivel de la indigencia.

Ahora bien; ¿produce por ventura tal resultado la Economía no inspirada en el espíritu cristiano? ¿Res-

ponden los efectos á las promesas? ¡No! La ciencia económica es aquí condenada por sus obras como por sus principios, y cuanto produce suscita contra ella los más irrecusables testimonios.

Pregunto, en plena luz del hecho realizado; ¿cuál es, como conjunto, el resultado más palpable de los esfuerzos intentados por nuestra Economía moderna, á fin de aumentar la riqueza y disminuir la miseria?

¡Ah! Hé aquí el hecho dominante, resplandeciente como el sol, qne resume la historia de la Economía moderna; vedlo aquí en su verdad espantosa y en su realidad palpable. En todas partes donde aceleró el progreso de la riqueza en una porcion de la sociedad, aceleró á la par en la otra el progreso de la miseria. Este progreso, en su conjunto, sigue la ley invariable de las dos proporciones estas; es á la vez proporcional á la medida segun la que se desarrolla la riqueza, y proporcional á la medida segun la cual los principios de la ciencia económica entran en las realidades de la vida social; el progreso de la miseria es proporcional á la aplicacion y á los triunfos de la ciencia, inventada, segun los unos, para disminuirla, y, segun los otros, para aniquilarla.

A fin de hacer constar estos resultados, tenemos cifras, que llamo gustosamente hoy la elocuencia grande de las cosas. Empero cuando hay delante un horizonte inmenso iluminado por el sol del siglo, se puede prescindir de la elocuencia de las cifras.

Por lo demás, acudid á los maestros y os responderán. Aquí los testimonios proceden de los puntos extremos del mundo social, y estos testimonios, que

se refieren al fondo de la misma cosa, se ponen ¡ay! de acuerdo, para que conste un mismo desastroso resultado.

Escuchad desde luego el testimonio de una voz católica muy autorizada en la ciencia: «Hoy no puede ocultarse: la miseria marcha entre nosotros al mismo paso que la riqueza (1).» Hé aquí, viniendo de la otra parte del mundo intelectual, la voz más contraria al Cristianismo: «El progreso de la miseria es paralelo y adecuado al progreso de la riqueza (2).»

Un hombre, colocado en el lugar del mundo desde donde podia descubrir mejor, en sus proporciones verdaderas, este curioso fenómeno; un ministro célebre pronunció esta frase misma en el seno del parlamento de la Gran Bretaña: «El progreso de la miseria es paralelo y adecuado al progreso de la riqueza (3).»

Así es: donde quiera que la Economía, bajo el pretexto seductor de amenguar ó suprimir la miseria, ha impelido á la exageracion de la riqueza, al vuelo desenfrenado hácia el bienestar, exactamente corresponde la exageracion de la pobreza y una marcha veloz hácia la miseria. Mientras existe una humanidad que siempre sube, hay una humanidad que baja de contínuo; la primera desplegando cada vez más el lujo de su opulencia, y la segunda poniendo á la

---

(1) Perrin.
(2) Proudhon.
(3) Palmerston.

vista cada vez más los harapos de su indigencia; la primera creciendo en esplendor, y la otra creciendo en número; la primera pasando por las alturas con lujo deslumbrador, y la segunda mirándola pasar y pronta tambien á extender la mano, no bien hagan la primera señal para destruirla.

Lo que, bajo este aspecto, para el observador atento, es más formidable y más tristemente significativo, es que tal fenómeno no es un hecho aislado, y un accidente local ó temporal: es un hecho universal y normal; un hecho que de alguna manera fatal nace de una situacion dada.

En otras ocasiones veíanse poblaciones precipitadas en la miseria por sacudidas, siniestros y desastres inesperados; estas poblaciones, cuando habian pasado los tristes dias, rehacian con lentitud el edificio de su felicidad terrestre, como se vé á un hombre levantando su casa que asoló la tempestad. Hoy, sin que nos hiera el rayo, sin que la guerra nos despoje, y sin que los elementos nos azoten, vemos poblaciones en masa descender con una marcha regular, de grado en grado, al abismo de la miseria.

Hace seis mil años que hizo Dios en el mundo actual un imperio para la muerte. Diríase que, hace un siglo, ha hecho la ciencia un imperio para la miseria. Así como, bajo la ley de la naturaleza, cae cada año en la muerte cierto número de séres vivos, bajo la ley de la Economía «anticristiana» ó «extracristiana,» cae cada año en la miseria cierto número de séres dichosos, con la diferencia de que los muertos son reemplazados por un número

poco más ó ménos igual de nuevos venidos á la vida, mientras los desheredados del bienestar no dejan en el festin que abandonan sino algunos ricos más.

Ahora bien: cuando un desórden tan profundo se manifiesta en proporciones tan vastas y con una marcha tan regular, puede afirmarse que la sociedad encuéntrase bajo la inspiracion de una idea falsa, y que impele un gran error al mundo á desastres inevitables. Si el movimienlo continúa, los remedios son vanos, é inútiles los paliativos. El mal existe sin duda en el movimiento mismo, quedando sólo á la sociedad amenazada la siguiente alternativa: matar en las almas la idea que da el impulso, ó matarse por sí misma siguiendo la marcha de la idea.

Allí es conducido el formidable problema; es tal el callejon donde la sociedad moderna se agita sin hallar una salida; hé aquí el mal donde se debate sin poder descubrir un remedio, refiriéndome sólo á un remedio humano eficaz verdaderamente.

La prueba, la prueba brillante de que no tiene salida tal callejon, y de que no tiene remedio puramente humano semejante mal, está en que cuanto se intenta para resolver el problema, lo complica en lugar de resolverlo; en que cuanto se imagina para curarnos del nuestro mal lo agrava en lugar de curarle, y que cuanto humanamente parecia de mejor éxito, conduce á dar á este mal proporciones crecientes de contínuo.

Tres medios principalmente imaginó el génio de la Economía moderna, para curar la muy abierta y profunda llaga de la miseria contemporánea; mas

tales tres medios conducen exactamente al resultado enteramente opuesto al que se proponen.

El primer medio inventado para curarnos de la miseria fué sin duda el *desarrollo del lujo*, y el aceleramiento más grande que nunca de la *prosperidad material*.

Este medio pareció al principio á lo ménos ingenioso; mas pronto resultó evidente á la más simple reflexion, pero sobre todo á la luz de los hechos, que ménos aún era que un paliativo, por ser el desarrollo de la misma dolencia.

En efecto, ¿qué sucedió áun cuando todo salia bien, y porque todo salia bien, áun cuando el comercio, desplegando sus alas al viento de la prosperidad, nos aportaba la riqueza desde todas las riberas del mundo? Bajo el imperio de la idea que al mundo compelia, el efecto general é inevitable del *lujo* creciente y de la *prosperidad* que se agrandaba, fué aumentar en los especuladores la pasion del *lucro*, alimentar en los trabajadores el amor al *reposo*, y aumentar en todos cada vez más la pasion de *gozar*: los ricos, queriéndolo ser más; los pobres trabajando ménos aún, y todos, arriba, en medio y abajo, poseer y gozar cada vez más.

Y, como para que fuera el mal cada vez más irremediable, de una parte como de otra, el vuelo de la prosperidad desarrollaba egoismos tales que no se habrán visto nunca en los tiempos peores; además, estos egoismos de arriba y estos egoismos de abajo, mirándose por una parte con menosprecios feroces, y por otra con celos fratricidas, hacian na-

cer en los unos espantos y en los otros cóleras que crecian en cada uno á proporcion de todo lo que se habia intentado y de todo lo que se habia conseguido para la prosperidad de todos.

Este siglo, tan fecundo en enseñanzas, nos ha dado una demostracion que no se recusará. Despues de cincuenta años de una prosperidad material y de un progreso que, salvo crísis momentáneas, se puede llamar creciente de contínuo, desde las dos extremidades del mundo social, las concupiscencias se hallaron con las armas en la mano, dispuestas á devorarse al borde de los grandes abismos. Si no hemos caido en sus honduras enteramente, juro por la verdad que no nos ha retenido nuestra dicha. ¿Qué digo? Ella sola, dejándola Dios obrar, despues de habernos colocado al borde del abismo, nos hubiese compelido hasta el fondo; grandes y pequeños, ricos y pobres, desgarrándose los unos á los otros, hubieran caido bajo el peso del lujo y de la prosperidad material en desgracias desconocidas desde los dias más tristemente famosos por el reinado de la miseria.

Para intentar resolver el problema y sustraerse al abismo, hombres que pudimos creer desde luego generosamente inspirados, invocaron otro remedio, y pidieron la *elevacion progresiva de los salarios*. Dijeron: «Haced que sea el trabajo del obrero dos veces ó tres más retribuido; entonces la generacion de los trabajadores, llegará por una marcha pacífica, á la conquista del bienestar, y este contraste horroroso del progreso de la miseria y del progreso de la ri-

queza desaparecerá por sí propio, desapareciendo con él sin duda el peligro social.»

Tal era el remedio empírico invocado por una Economía aventurera, más ó ménos cómplice de la utopia socialista, para curarnos el mal social que llámase la miseria. Y á la hora presente el Socialismo *doctrinal* va todavia en pós con grande ahinco de la realizacion universal de la fórmula esta: «Elevar indefinidamente la retribucion del trabajo, á fin de indefinidamente disminuir el nivel de la miseria.» Este amenazador enigma encuéntrase hoy, en el fondo de todas las huelgas sucesivas que comprometen á la vez la fortuna de los amos y el bienestar de los obreros: «¡Aumentad el salario! ¡Aumentad el salario!»

La elevacion de los salarios ha venido. En ciertas horas del tiempo y en ciertos lugares del mundo, consiguió proporciones que ni áun osaba esperar. Diversas corrientes del mundo comercial, desórdenes inesperados, ó caprichos de la moda, exagerando en ciertas situaciones de la vida el consumo y la demanda, han elevado á veces de manera maravillosa el nivel de los salarios.

¡Pues bien! ¿Qué pensais que se ha visto en cuantas partes tal fenómeno se ha realizado? ¿Se ha visto ir en aumento el bienestar del trabajador, y disminuir su miseria á proporcion del aumento de su salario?

En presencia de las realidades que se levantan ante nosotros, ¿quién osaría decir tal cosa? Hé aquí un hecho que vanamente se intentaría disimular; un hecho que hacen constar en toda la línea los obser-

vadores más sérios de los fenómenos del mundo económico. Hé aquí el hecho: La intensidad de la miseria aumenta proporcionalmente á la elevacion de los salarios (1).

Por tan extraña fórmula un economista, notable á la vez por la observacion y por el buen sentido, creyó poder expresar un hecho que, á primera vista, parece, bajo esta fórmula, traducirse por una paradoja y una contradiccion. Empero, paradoja ó no, contradiccion ó no, el hecho es absolutamente irrecusable, y se impone por el brillo de su evidencia propia. ¿Qué importa que tal fórmula no exprese una ley fatal, á que nadie se puede sustraer? Qué importa que la virtud individual realice aquí ó allá raras excepciones al hecho este? En su conjunto, el hecho subsiste. Los trabajadores que por punto general permanecen más próximos á la miseria, no son los que ganan *ménos*, sino mejor los que ganan *más*. ¿Y esto por qué? ¿De dónde viene tal misterio, y, si oso decirlo, tal monstruosidad? *Unde hoc monstrum?*

¡Ah! Vedlo aquí en dos palabras: es que, bajo el imperio de la idea sensualista que reina en nuestra Economía, *trabajar para gozar*, la pasion de consumir y de consumir pronto el fruto del trabajo, aumenta más aún que el estipendio del trabajo. Es que, mientras la voz del pueblo grita fuera: *Más salario aún*, la voz de la concupiscencia y de la voracidad gritan dentro: *¡Aún más goce!*

Debe sin duda maravillar un hecho tan doloroso;

---

(1) Antonio Rondelet, *Univers*, 20 setiembre 1872.

al autor del escrito presente le hubiera costado creerlo tan palpable y horrendo como es, si una circunstancia providencial no le hubiese permitido verlo con sus mismos ojos, y tocarlo, por decirlo así, con sus manos.

Permítame á este propósito el lector mencionar aquí, en pocas palabras, en mi vida personal, un incidente que me hizo palpable de todo punto el fenómeno que señalo en este momento.

Cuando, en 1866, preparábame á tratar, desde las alturas de la cátedra de Nuestra Señora de París, el interesante asunto: la Economía ante el Cristianismo, y procuraba rendirme yo exacta cuenta de los fenómenos generales del mundo económico ,tuve ocasion muy oportuna de visitar, en una de las villas industriales del Norte, uno de los grandes talleres del trabajo, donde pude leer, como en libro viviente, la realidad del hecho que acabo de hacer constar; porque allí, en un gran taller, se hallaban en grupos distintos casi todas las categorías del mundo trabajador, consideradas bajo el punto de vista especial de la remuneracion del trabajo.

Como esta cuestion me preocupaba entonces especialmente, pregunté al director, que hacerme quiso por sí propio los honores de su taller; ¿qué pueden ganar poco más ó ménos al dia estos distintos grupos de trabajadores que tenemos á la vista?

—Mirad, me respondió, mostrándome los robustos herreros, que hubieran podido llamarse la aristocracia de aquel mundo de obreros: hé aquí los hombres que ganan, por término medio, unos 15 fran-

cos, y hasta 20 por dia; en determinados momentos de prosperidad especial de nuestra industria, su salario ha podido alcanzar la cifra de 25 francos.

Despues, designándome una reunion de obreros más humildes y de trabajo inferior al de los primeros:

—Estos, añadió, ganan, por término medio, 3 francos ó 4.

—Entonces, repuse yo al director, la situacion de los hombres estos, bajo el punto de vista de la comodidad, debe ser muy diferente.

—En efecto, replicó, los unos tienen una pequeña comodidad relativa, y al corriente están de sus asuntos, mientras los otros, en lugar de tener de sobra y mayor comodidad por consecuencia, viven generalmente con fatiga, más ó ménos cargados de deudas.

Quedé desde luego un poco maravillado de tan grande diferencia en la remuneracion de un trabajo que, por una y otra parte, duraba con poca diferencia el mismo tiempo, é imponia fatigas iguales casi. Mi sorpresa fué doble, cuando el director me dijo que los hombres de comodidad modesta, pero efectiva, eran los que ganaban 3 francos ó 4, mientras los hombres de deudas más ó ménos considerables eran los grandes trabajadores que percibian diariamente 15 francos ó 20.

—¿Cómo explicaríais este fenómeno en apariencia inexplicable?

—La explicacion es muy sencilla, repuso el director, muy al corriente de lo que pasaba en aquel pe-

queño mundo de sus trabajadores. Estos hombres de humilde salario son obreros honestos y arreglados: volviendo cada dia, generalmente, á su hogar doméstico, hallan en su moderacion y en su virtud el secreto del ahorro, mientras los hombres de salario crecido nada niegan á sus deseos. Cuando se hallan, en el mercado de la ciudad inmediata, frutas ricas á que los mismos amos frecuentemente renuncian ,son los que más solícitamente las compran, y tal pretension de vivir materialmente muy bien, y á veces mejor que sus maestros, (pretension en que la vanidad mézclase con la sensualidad), eleva sus gastos más de lo que ganan, y explica, bajo el punto de vista de la comodidad, esta inferioridad muy á propósito para maravillaros, porque contrasta en efecto espantosamente con la superioridad de su salario.

Esta explicacion, á la vez tan pertinente y tan categórica, no fué precisamente para mí toda una revelacion, porque suponía y adivinaba yo algo de aquel misterio del mundo de los trabajadores; mas fué como una manifestacion de la realidad que acabó de iluminarme sobre la rareza del fenómeno, y sobre lo que llamo el callejon sin salida de la Economía separada de la influencia cristiana. Tal hecho particular no era seguramente un hecho aislado, y toda situacion moral de los obreros, semejante á la mencionada, debia de seguro aproximadamente producir un resultado parecido.

De aquel taller, que habia sido para mí como una escuela donde aprendí sobre la realidad viviente la mejor leccion de Economía que pude recibir,

salí más convencido que nunca de que tal aumento del salario, en el mundo de los trabajadores, no puede ser una solucion eficaz para el problema planteado ante la Economía nueva: refiérome á la Economía que, no viendo, por decirlo así, en el obrero sino un instrumento de produccion, prescinde por completo de toda virtud y de toda religion.

Así, el aumento del salario en el mundo de los obreros pobres, no puede remediar nuestro mal social, como no lo puede remediar el aumento del lujo entre los propietarios ricos. Bajo este aspecto, la locura de los economistas que lo enaltecen sólo es igual á la locura de los trabajadores que lo reclaman.

Un tercer remedio, aún peor que los otros dos, invocado por una pretendida ciencia social, practícase hoy por la depravacion contemporánea. Apenas oso denominar semejante remedio espantoso: preciso es nombrarle, sin embargo; porque tal remedio que invoca para darnos la vida, amenaza mucho darnos la muerte. Vedlo aquí. Para disminuir la miseria, disminuir la raza. «Los proletarios, dicen, por el mismo nombre que los caracteriza, revélánnos la causa de la miseria que los roe. Detened el vuelo de la poblacion y detendreis el desarrollo de la miseria. Que haya ménos bocas para comer, y habrá de seguro pan para todos. Que la vida humana disminuya, y crecerá la riqueza proporcionadamente.»

Es oprobio de la ciencia contemporánea haber enseñado, para la salvacion de la sociedad viva, este

sistema de humana depravacion y de social degradacion: es oprobio aún mayor de nuestra sociedad, haberlo practicado y practicarlo todavía.

Ciertamente convengo con gusto en que no todos los hombres, al enseñar estas doctrinas antisociales y homicidas, han pretendido enseñar la corrupcion y la depravacion moral. Mas, lo quisieran ó no, dada, no una humanidad ideal, sino nuestra humanidad efectiva, la práctica depravacion estaba en el fondo de sus sistemas; mirando el hecho público, y viendo nuestra sociedad nueva roida por cáncer tan espantoso, podeis comprender á maravilla, olvidando lo demás, lo que puede tal remedio para curarnos de tal dolencia, es decir, la lepra de la miseria.

Así, los que nos ponderan más audaz y friamente semejante remedio verdaderamente mortal, no son solamente los charlatanes de la pretendida ciencia social: son, en realidad, los asesinos y los homicidas de nuestra sociedad doliente.

Observad, en efecto, bien, que la práctica de tal sistema dos veces vergonzoso, no es sólo la diminucion numérica de la raza; es igualmente, sobre todo, la degeneracion física, como tambien la depravacion moral de los indivíduos. Todo lo que al número quiteis, quitaréislo á la calidad. Multiplicar la raza es tambien perfeccionarla, por cuanto es obedecer la ley del Criador; recíprocamente, disminuirla por sistema, es degradarla de un modo infalible. Al fin de tal diminucion sistemática de la vida, está la raquitis de la raza; por último, á fin de permanecer en nuestro punto de vista, tal sistema imaginado

para exterminar la miseria es, por la fuerza de las cosas, la multiplicacion de la miseria y la destruccion de la raza.

¿Por qué, preguntaráse acaso, la diminucion de los vivos no lleva consigo la diminucion del número de los miserables? Sólo doy esta razon; pero es invencible: porque tal sistema crea forzosamente poblaciones viciosas; es el propio vicio consagrado en el lugar de las virtudes, ó sea el santuario de la familia.

Ahora bien; el vicio en el pueblo, es el padre que produce la miseria popular. El vicio no devora sólo el corazon, el alma, y el cuerpo del pueblo; devora la fortuna tambien; este mal social, que disminuye no poco el número de los vivientes y amengua el valor de la vida, tiene, por una especie de inevitable repercusion, el poder de aumentar la miseria y de hacer mayor el número de los miserables.

Así, como veis, los medios invocados para expeler de la sociedad moderna el mal de la miseria, no hacen sino conducir á la miseria, por los caminos designados para expelerla de nosotros; todo, hasta el aumento mismo de la riqueza y hasta los mismos triunfos más brillantes de la nueva Economía, conspira ciertamente á meter la sociedad en una especie de círculo sin salida, ó que sólo se abre sobre un abismo. He procurado descubrir, para este movimiento social que nos arrastra, una salida diversa; pero ha sido inútil.

Sí; al fin de tal agitacion que impele sobre dos líneas paralelas á las dos humanidades que acaba-

mos de referir, la humanidad rica y la humanidad pobre; la humanidad rica creciendo en opulencia, y la humanidad pobre creciendo en indigencia, existe un callejon sin salida, cuyo fondo es una muralla donde se estrella, ó un abismo donde queda engullida. Una vez echado el carro de los Estados sobre tal pendiente, y comprometido en tal callejon sin salida, para los que lo dirigen, existe la dificultad soberana de saber cómo descubrir para la sociedad otra salida fuera del abismo. ¿Hay que llevarla más adelante? ¿Hay que hacerla retroceder? ¿Hay que pararla, sin ir adelante ni atrás, en el *statu quo* y en la inmovilidad? En no avanzar, existe un peligro. En no retroceder, existe un peligro. En pararnos, existe un peligro tambien. ¡Un peligro incesante, que puede ser, en dia dado, la catástrofe! Situacion temible, donde nuestras sociedades se agitan, teniendo un abismo á su derecha y un abismo á su izquierda; donde áun los gobiernos más hábiles sienten como un misterioso poder que atrae, para engullirla, la nave de los Estados.

El movimiento efectivamente que arrastra con los hombres y las cosas á la sociedad toda, arrastra como fatalmente á los gobiernos á fin de que lo sigan. Esta palabra célebre, divisa de las ambiciones contemporáneas: «Enriquecerse ó morir,» diríase que los gobiernos la sienten pasar sobre sí como un oráculo del destino. En vano quisieran detener el desarrollo de las ambiciones mercantiles y de las especulaciones desenfrenadas: todas las ideas, todas las palabras, todos los libros, todas las voces les

gritan, como la voz del tiempo al hombre que detenerse desea en la vida: «¡Marcha! ¡Marcha!» Como las olas empujan á las olas, las ideas empujan á las ideas, y las ambiciones empujan á las ambiciones; todas juntas empujan á los gobiernos sobre la pendiente donde toda la humanidad se precipita, y donde se precipitan con ella.

Segun las ideas que á reinar aspiran, y que reinan demasiado en las realidades vivientes, los gobiernos sólo son mecanismos organizados para producir la riqueza, y sólo es la autoridad un resorte de comercio. Por lo tanto, todo gobierno que cesa de apresurar el progreso de la riqueza, falta de fijo á su mision y va contra su destino, debiendo perecer. Así lo desea el oráculo del Socialismo creciente, y este oráculo es más seguro aún que el de Calcas. La fatalidad de las cosas os lo grita desde todas partes.

Una vez dado este movimiento, todo gobierno que detener deja el vuelo de la riqueza, oye millones de voces que le dirigen la siguiente amenaza: «¡Desgraciado de tí, si nos dejas pobres! ¡Oh príncipes! ¡Oh reyes! ¡Oh cónsules! ¡Oh poderosos de la tierra! Oid la voz popular, que os dice como la voz del destino: Si Dios ha puesto en vuestras manos los resortes de los Estados, es para que apresureis su destino, es decir, su dicha, el medio del destino es la riqueza; por consiguiente, desgraciados de vosotros si nos dejais pobres. Hacednos ricos á todos ó pereced: elegid.»

Así, cuando una crísis inesperada detiene la marcha que á los gobiernos empuja con los pueblos hácia el aumento de la riqueza; cuando una voz sola-

mente ha murmurado en el seno de las grandes ciudades: «¡La miseria! La miseria! ¡Hé aquí que viene la miseria!» los que tienen en la mano el timon de los pueblos se sienten dominados por un espanto repentino. Imágenes siniestras pasan por sus palacios, donde hay como una mano invisible que por todas partes escribe las señales misteriosas de una ruina que se acerca. Es una cosa semejante al *Mane, Thecel, Phares*, de la catástrofe babilónica (1). Sí; estas tres palabras fatídicas aparecen en todas partes, trazadas esta vez, no por la mano de Dios, sino por la mano del siglo presente, que sólo pesa en el peso del oro sus gobiernos y las dichas que les dan. Y la voz de las cosas dice, revelando el destino:

«*Mane! Numeravit.* Este pueblo de calculadores ha contado... ¡Oh rey! ¡Oh príncipe! ¡Oh gobierno! Ha contado el oro y la plata que ganó por vosotros y con vosotros: *Numeravit. Thecel!* Os ha puesto en la balanza: *Appensus es in statera.* Os ha pesado en el peso del siglo presente, ó sea el peso del oro; y ha descubierto que, pesando mucho, aún pesais demasiado poco: *Et inventus es minus habens.* Por consiguiente, ha dicho la voz: *Phares!* ¡Atrás este poder que pone obstáculos al destino! ¡Perezca este reino que detiene la marcha de la riqueza en medio de los pueblos! *Divisum est regnum.* Sea dado á los que sabrán, desde el fondo de sus palacios, hacer brotar rios de oro entre las naciones, y hasta en la choza del pobre.»

Y los gobiernos, compelidos por estas voces profé-

(1) Daniel V. 25-28.

ticas, hacen lo que pueden; acuden á todos los resortes de los Estados, á fin de acelerar el vuelo de la riqueza. Gritan á la Economía y á la Industria: Marchad, producid siempre más, disminuid la pobreza, aumentad la riqueza o perecemos, porque, para nosotros, *la cuestion*, cuestion de vida ó de muerte, es ser ó no ser, ó lo que vale lo mismo, hacer al pueblo rico, ó dejar al pueblo pobre.

Los que gobiernan y los gobernados, impelidos por el propio viento, y siguiendo la propia corriente, dicen juntos: «Vamos, vamos, no á la conquista de las naciones, sino á la conquista de la riqueza.» El carro que conduce los pueblos á la fortuna; este carro que la Industria y la Economía impelen cada vez más sobre la pendiente donde desciende con una marcha ya demasiado veloz, rueda y sigue rodando. ¿Dónde se detendrá?

Mirad esta poblacion, que corre ó vuela, sobre nuestros caminos de hierro, á una fiesta magnífica, discurriendo gozosa sobre las ventajas de la industria. De repente una sacudida se deja sentir, y parte un grito; el tren está en los abismos. ¿Qué ha pasado? Los coches se han desviado sólo tres líneas, y el tren de placer se ha convertido en el convoy de los funerales. Hé aquí la sociedad arrastrada por su vuelo hácia la riqueza al borde de los grandes abismos, y, á la primera sacudida, precipitada en su fondo.

Hé aquí lo que yo he llamado solucion humana; la solucion por la Economía sin fé, sin Cristianismo y sin virtud, es decir, la solucion por la ruina, y el desenlace por el desastre.

Ahora pregunto: ¿de dónde viene sobre todo esta insuficiencia de la Economia moderna, para resolver el gran problema? ¿En qué consiste que nuestros economistas, áun los mejor intencionados, y áun los más deseosos de librarnos de nuestro mal social, son impotentes de manera tan notoria para curarnos? ¿Por qué todos sus esfuerzos, áun humanamente los más laudables, y sus medios mejor concertados, chocan en obstáculos insuperables, y, en lugar de conducir al fin en pos del cual va su sabiduría humana, conducen á los desastres que acabamos de señalar? ¿Por qué, finalmente, el resultado más probable y áun el más cierto de todos los sistemas imaginados, hace un siglo casi, para librar de las complicaciones del presente, el gran enigma del porvenir, es acorralarnos en este terrible callejon sin salida, donde no podemos sin peligro avanzar, ni retroceder, ni pararnos?

No vacilo en responder: la Economía contemporánea marcha por ese callejon sin salida; da vueltas en un círculo cerrado, y choca, sin poderlos dominar, en obstáculos insuperables, por esta razon capital. Es que la Economía, tal como la hemos visto y la vemos aún funcionar ante nuestros ojos, viene á ser como un cuerpo sin alma; es que descarta al obrar la condicion *sine qua non* de su éxito feliz, es decir, las creencias y las virtudes; es que, sobre todo, rechaza el espíritu más capaz, y para decir verdad, el único capaz de vivificarla, purificarla y fecundarla: el gran soplo de Cristianismo. En el órden económico é industrial hace lo que haria en el ór-

den físico y vegetal, un labrador imprudente que, lejos de trabajar con el fin de que circulase, por las plantas y por los árboles que cultiva, la savia que debe vivificarlo todo y todo fecundarlo, trabajase para eliminarla y suprimirla.

Así lo haceis vosotros, industriales y economistas indiscretos: separais y eliminais de las teorías vuestras y de vuestras prácticas económicas, con el principio religioso, y principalmente con el cristiano, la savia vivificante y fecundante del mundo económico, que gustosamente llamaría el alma de la Economía.

Sin duda, el destino propio, y el fin directo del Cristianismo sobre la tierra no es la solucion material de los problemas planteados por la Economía y el Socialismo. Las ambiciones del Cristianismo son de un órden superior; van más lejos y alcanzan mayor altura.

El Cristianismo, como el propio Cristo, á través de los siglos, exclama: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia: *quærite primum regnum Dei:* lo demás, es decir, la comodidad, el bienestar, y áun la riqueza, se os dará por añadidura.»

En efecto, áun cuando el Cristianismo no tiende de un modo directo á realizar en los pueblos la dicha de los cuerpos y la prosperidad material, es absolutamente cierto que sólo el principio católico, entrando en las realidades sociales, puede, áun *materialmente*, resolver el problema de la riqueza planteado en sus condiciones legítimas.

Que se digne notarlo el lector bien: no nos propo-

nemos demostrar aquí, de un modo directo y completo, todas las influencias fecundas que puede el principio cristiano tener sobre el progreso y la prosperidad del mundo económico: se quiere solo dejar sentado que, sin la aplicacion práctica de tal principio, es impotente la Economía para conseguir su objeto y realizar sus promesas.

La Economía, por complicada que parezca, por la inmensidad de sus detalles y por la multiplicidad de sus problemas, puede ser conducida siempre á estas dos cosas que dominan y lo resumen todo: la *produccion* y la *distribucion* de la riqueza. Producir suficientemente, y distribuir armoniosamente, si no padezco error, es el compendio de toda ciencia económica: es la propia Economía reducida á sus dos elementos más simples; es, á lo ménos, la doble solucion que busca para el gran problema social, en el órden material.

Estoy ciertamente muy léjos de figurarme que áun esta doble solucion material pueda bastar para resolver, en su plenitud, todo el problema social del tiempo presente. Empero cuantos descarten de sus obras la influencia moral, y sobre todo la influencia directamente cristiana, condénanse áun á la impotencia de conseguir este doble resultado, que toda Economía se debe proponer. Este es el caso de recordar aquí lo que dije antes, á saber, que no hay problema económico, por material que se suponga en su objeto inmediato, que pueda encontrar su solucion bastante en el órden puramente material. La palabra última de las grandes soluciones económi-

cas y sociales no se halla en el órden puramente material, sino en el órden moral; toda Economía, áun la más sábia, y áun la más hábil, que no mira lo que se halla sobre la materia, principalmente la que rechaza por sistema la accion fecunda del principio cristiano, se aprisiona ella misma, con el pueblo engañado, como en un calabozo oscuro; condena tambien á los hombres á rodar de agitaciones en agitaciones en esta prision tenebrosa, y, tarde ó pronto, á romperse la cabeza, como un cautivo sin esperanza, contra las frias murallas de la materia, donde la encierra el materialismo economista conél.

Es preciso no desdeñar, sin embargo, lo que yo he llamado la solucion *material* de los problemas planteados por la Economía moderna.

Ahora bien; encuéntrase que, por la fuerza intrínseca, ó el poder íntimo de sus propios principios, sólo el Cristianismo logra estos dos grande resultados que se propone la Economía: la *produccion* y la *reparticion*: la produccion mejor adaptada á las exigencias de la vida humana, y la reparticion mejor coordinada con relacion á las necesidades de cada uno y de todos, al paso que la industria, entregada á sus recursos puramente humanos, es impotente para conseguir estas dos cosas inscritas en su propio programa: una produccion suficiente y una reparticion armoniosa de la riqueza.

Desde luego, el Cristianismo concurre maravillosamente al primer resultado que obtener ansía toda ciencia económica, á saber: una *produccion suficiente*; añadir pudiera una produccion *abundante*; mas pre-

fiero decir una produccion suficiente, ó sea una produccion en armonía con las verdaderas necesidades de la humanidad viviente.

«¡Producir, dice la Economía, producir más, y producir siempre! Está bien. Empero, ¿cuál es el medio principal, esencial y necesario de la produccion? El medio supremo de la produccion, responde la ciencia, es el trabajo. El trabajo es el padre regenerador de la riqueza.»

La cuestion de la produccion lleva, pues, toda entera la del trabajo. Se trata de suscitar, en el mayor número posible, el trabajo más productivo, debiendo necesariamente la suma de la riqueza ser dada por el número de los trabajadores y por la cantidad del trabajo de cada uno.

Ahora bien; cuanto la Economía «anticristiana» aleja fatalmente de tal resultado, tanto el cristianismo lo produce fácilmente. Hé aquí la razon radical y decisiva: el trabajo, tal como lo entiende la Economía «anticristiana» y socialista, es el más improductivo; mientras el trabajo, tal como el principio cristiano lo concibe, es un trabajo eminentemente fecundo.

El trabajo, en el sistema cuyos peligros señalo, es medio de goce ó su instrumento. *Trabajar á fin de gozar,* es su gran divisa. Y los principales maestros de la idea socialista, llevando al extremo las consecuencias del error, han dicho no solamente: «Trabajar para gozar,» sino que han ido más lejos, atreviéndose á decir: «Trabajar debe ser idéntico al gozar.»

Lo que se nombró el trabajo atractivo era sólo, en efecto, el trabajo identificado con el goce; era la locura humana, bajo el nombre de ciencia social, yendo en pos de lo imposible.

Empero admitamos la fórmula más moderada de la Economía contemporánea: «Trabajar á fin de gozar.» Verdaderamente aquí está su gran principio, ó su principio universal. Las fórmulas del principio pueden variar; ni un teórico de la Economía cristiana osaría desconocerlo.

Ahora bien; este principio, admitido como axioma de la ciencia, es, para la produccion, el obstáculo más fuerte y el más insuperable. El trabajo *para gozar* es eminentemente estéril. La cosa más improductiva que hay en el mundo es precisamente la expresada con la frase: *Gozar.*

Gozar no es producir, sino gastar, ó absorber la misma produccion. Cuando por la tarde, volviendo el hombre á su hogar, evocando las horas y los recuerdos del dia, vése reducido á decir esta palabra única: «Hoy he gozado,» este hombre puede decir mejor que Tito:

«He perdido mi jornada... Hé aquí un dia caido en el vacío de mi existencia, como una flor cae del árbol con sus gérmenes aniquilados y sus esperanzas perdidas. Nada he yo hecho, y el producto del presente dia es igual á la nada.»

Así, la idea de gozar, penetrando el trabajo, le comunica la esterilidad; cuanto más se aproximan estas dos cosas, más absorbe la primera á la segunda, es decir, más triunfa el consumo de la produccion.

En efecto, siendo gozar el *fin* y trabajar el *medio*, hé aquí las consecuencias que la lógica nos desafía para que las detengamos: el hombre á quien la Providencia dió para gozar, tiene, para no trabajar más, una razon invencible. Dice: «El trabajo es para gozar; tengo el goce, y lo tengo adecuado á la capacidad de mis necesidades. Por consiguiente, ¿á qué fin trabajar? Atrás el trabajo que me quebranta, siendo apenas compensada la fatiga que me causa con el goce que me procura.»

He aquí el trabajador segun expresarse debe naturalmente, bajo el imperio de la Economía materialista y socialista. *Trabajar ménos y gozar más:* tal es la fórmula consagrada; fórmula antisocial, que á la sociedad crea un peligro que renace de contínuo, colocando en su presencia un enigma sin respuesta, y un problema sin solucion.

Empero, en la humanidad penetrada del Evangelio, esta fórmula es un error, y su práctica una infraccion. En la humanidad formada por la Economía materialista y socialista, es una conclusion; lejos de ser combatida, es creada por el propio principio; y, por el poder del propio principio este, cuantos no tienen delante de sí el festin de toda su vida, de antemano dispuesto por el trabajo de sus mayores, ven la cuestion á los siguientes términos reducida: Hacerse con ménos trabajo más goce. Gozar lo más posible, trabajando lo ménos posible, es decir, consumir más produciendo ménos.

Que haga la ciencia lo que guste: gozar es *atractivo,* y trabajar es *repulsivo.* Si trabajar es para gozar;

si el trabajo tiene por objeto el goce, vuestra sabiduría está en aumentar el goce, disminuyendo el trabajo. ¿Qué digo? Su triunfo supremo, sería de fijo absorber el uno en el otro, y, á la ley del trabajo, sustituir la del goce.

Triunfa demasiado esta discrecion imprudente, y sus principios, descendiendo á las muchedumbres, lejos de crear en ellas la abundancia, abren en ellas pozos profundos que la ciencia no puede colmar.

Bajo la inspiracion del pensamiento este: *Trabajar para gozar*, el pueblo dice: «Es tiempo de trabajo; trabajemos hoy y gozaremos mañana. ¡Mañana! Será demasiado tarde quizás. Acaso mañana ni viviremos ya. Por consiguiente, no mañana, sino hoy. Sí; comamos y bebamos, porque mañana moriremos, y el goce será imposible: *Manducemus et bibamus cras enim moriemur*. Pues trabajamos por la mañana, gocemos por la tarde. Sí, sí; que cada dia, despues del trabajo, venga el placer; que venga, por su mano, á enjugar por la tarde nuestros sudores de la mañana. *Venite fruamur bonis quae sunt*; apresurémonos á consumir estos frutos de nuestros trabajos; apresurémonos, como en una rápida juventud: *Utamur creatura tanquam in juventute celeriter*. Apresurémonos á colocar sobre nuestras frentes las rosas que han florecido bajo los sudores y el sol del dia, porque mañana estarán marchitas: *Coronemus nos rosis priusquam marcescant*. Que ninguno de nosotros sea excluido del banquete de los placeres: *Nemo nostrum exsors sit luxuriæ nostræ*. La ciencia y la naturaleza nos lo gritan con una sola voz. Tal es nuestra herencia y

tal nuestro destino: *Quoniam et hæc est pars nostra, et hæc est sors* (1).

Lo hace así el pueblo, formidable lógico de las doctrinas materialistas y socialistas; gran práctico de toda Economía sin moral y sin Dios. Al mismo paso marcha él hácia el aumento del goce y la disminucion del trabajo; su poder de producir así bajando va cada dia, en presencia de su poder de gastar.

Quien no alcanza esto no conoce al hombre, ignorando el A B C de la verdadera ciencia social.

¿Qué hace el Cristianismo para impedir el progreso del mal este, y sustraer á este fatalísimo error á las generaciones engañadas? Hace poco, si quereis; mas este poco, es todo. Trasforma, mejor dicho, restaura la idea del trabajo, alterada por falsos sabios; mediante la restauracion esta, abre otra vez sin esfuerzo las fuentes de una pura legítima abundancia.

En los principios del Cristianismo, el trabajo no es de seguro un instrumento de goce, sino un resorte de virtud; no es para gozar, sino para cumplir un deber. El Cristianismo, eco agrandado de todas las voces del Sinaí, dijo al hombre. «Trabajarás seis dias: *sex dies.*—Mas, dice luego el hombre de la Economía sensualista; no necesito trabajar seis dias; tres dias serán bastante.—Trabajarás seis dias.—Todos mis graneros están atestados, y he dicho á mi alma: Descansemos, ya que me sobre para gozar: ¡gocemos!»

---

(1) Sab. II. 5.

La ley del Cristianismo responde, con la del Sinaí: «Trabajarás seis dias... La razon del trabajo, no es gozar; la razon del trabajo, es el deber. Hombre, trabaja, por ser esta la ley de tu vida. Ha nacido el hombre para trabajar, como el ave para volar. La abdicacion de la ley del trabajo, es la depravacion de tu sér; es el punto de partida de la degradacion humana; es la barbárie, y es, por último, el estado salvaje. El salvaje sin duda es el hombre que no trabaja más, ó que trabaja con el fin de gozar. Hasta en el Paraiso, ó en el Eden de las delicias, trabajar era la ley. Y ahora, ¿cómo descansarás tú sobre la maldita tierra presente, donde te domina dos veces la ley del trabajo?»

Así, en la idea cristiana, el trabajo es la ley de la vida: no es únicamente la obligacion del pobre, á quien sólo su trabajo puede hacer vivir; es la obligacion de todos, sin excluir al rico. Es el hombre una fuerza que ha enviado Dios para que se desarrolle y á la humanidad enriquezca.

Así, en el Cristianismo, el trabajo es la virtud, y, para todos los hombres, sean los que sean, es el deber. ¿Qué digo? El trabajo, para el católico, no es solamente un deber y una virtud; es al propio tiempo una *expiacion* y una *reparacion*: una expiacion de los crímenes que ha cometido, y una reparacion de las ruinas que ha hecho. Nadie podrá comprender nunca cuánto poder tiene tal idea, «dogmatizada» y practicada en el Cristianismo, para fecundar las fuentes del trabajo y multiplicar la verdadera riqueza de las naciones.

Un dia, encontró un viajero á un hombre cubierto de polvo, con el cuerpo inclinado hácia la tierra, procurando fecundar un suelo ingratísimo, quemado por el sol. «Amigo, díjole aquel viajero; ¿qué ganas con trabajo tan duro? El hombre, alzando la cabeza: «Gano por expiar mis crímenes y socorrer á mis hermanos.—¡Cómo! ¿No tiene por objeto gozar este trabajo que sufres?—¡Gozar! ¿dices? ¡gozar! respondió el trabajador, con lágrimas en los ojos. Hermano mio; ruega por mí; he pecado, y mi pecado fué un goce precisamente. Esto ha concluido; no gozaré más y trabajaré siempre: ¡dichoso yo si el peso de mi trabajo corresponde al peso de mis crímenes! ¡Dos veces dichoso, si mis sudores y mis lágrimas constituyen un tesoro para los pobres de Jesucristo!» Esto dicho, exhalando un suspiro de su pecho, inclinóse hácia la tierra con el fin de acometer nuevamente su trabajo.»

Este hombre sin duda es todo un pueblo que muchos quizás no conocen; pero que ha existido y existe aún más ó ménos: pueblo de penitentes, trabajando sin cesar, y preparando á los pobres, por el trabajo de la expiacion, el pan de la fraternidad regado con sus sudores y empapado en sus lágrimas.

El trabajo es una expiacion. El Cristianismo lo ha hecho más grande y más fecundo aún: lo ha hecho un *sacrificio*. El trabajo cristiano es una asociacion al trabajo divino, que ha producido la vida para todo un mundo. ¡El trabajo que á ser llega sacrificio! Idea social, si hubo alguna jamás, que ha

puesto, encima del altar donde un Dios se sacrifica, vidas y más vidas inmolándose á sí propias por la ventura de todos, y ofreciéndose, sin ninguna especie de goce, á los más ásperos, es decir, á los más fecundos trabajos.

¿Quereis saber qué cosa es el trabajo cristiano? Vedlo aquí en su más alta y más sincera expresion: el trabajo cristiano es un hombre bautizado que toma su crucifijo en su mano, y dice, mirándole: «¡Oh Dios! tus trabajos salvaron á todo un mundo: acepta todos los mios, y que mis sudores, mezclados con las olas de tu sangre, tengan poder á lo ménos para destruir una miseria y sosegar un sufrimiento.»

Tal es aquí la obra fecunda del Cristianismo. No habla de organizar el trabajo, y le da la vida: el propio trabajo se organiza, y sus frutos llenan la tierra; verdaderos frutos de oro, abiertos en el árbol del sacrificio, por el sol de la caridad. Así, mientras la Economía sensualista, corrompiendo la nocion del trabajo, condénale á la esterilidad, el Cristianismo, restaurando en la humanidad su nocion verdadera, le da, con su poder y su dignidad, la garantía de su fecundidad: mostrándonos en el trabajo, no sólo un medio de goce, sino una virtud, una expiacion y un sacrificio, resuelve de un modo eficaz el primer gran problema de la Economía y de la vida social, porque, revelándonos la verdadera nocion y la verdadera ley del trabajo, realiza la produccion más fecunda, ó á lo ménos la produccion bastante para las verdaderas necesidades de la humanidad.

Empero serviria de poco, para resolver el proble-

ma social, hallar el verdadero secreto de la produccion, si no revelábase al propio tiempo el verdadero secreto de la *reparticion* de la riqueza producida. Con la produccion suficiente, es preciso realizar la distribucion armoniosa de los frutos del trabajo. ¿De qué servirá una produccion abundante y áun superabundante, yendo toda por un lado y casi nada por el otro? ¿Qué importa el festin más espléndido, preparado ante la humanidad viviente por las manos del trabajo, si sólo hay para en él sentarse algunos convidados predilectos, y si la inmensa mayoría de los séres humanos apenas puede recójer algunas migajas que le impiden morir? ¿Quién á resolver vendrá pacíficamente el difícil problema de la distribucion equitativa, fraternal, armoniosa? ¿Cómo hacer brotar en la riqueza este movimiento dichoso que lleve á la humanidad entera, no el bienestar «igualitario,» que es una quimera, sino el bienestar jerárquico, que es una armonía y una ventura por consiguiente?

Aquí es donde principalmente se revela el vicio radical de todos los problemas humanos para este gran problema social.

El verdadero movimiento de las fortunas, para conducir al mayor número la prosperidad suficiente, debe resultar de la combinacion de dos fuerzas, que llamo la fuerza de *atraccion* y *expansion*. Por la primera, el hombre vuelve á sí; por la segunda, el hombre sale de sí. Por la primera, el hombre se concentra; por la segunda, se abre. Por la primera, recibe; por la segunda, da cuanto puede. Por la primera, es individual, solitario, personal. Por

la segunda, es social, comunicativo y fraternal.

Mas la fuerza egoista, teniendo en nuestra vida una preponderancia desordenada, por el desórden en que ha caido la humanidad, para que se realice la armonía en el movimiento de la riqueza, es preciso que la fuerza de expansion obre perpétua y eficazmente contra la fuerza de atraccion, de suerte que mantengan, con la ley de un perpétuo equilibrio, esta fecunda armonía que multiplica la felicidad de cada uno por la felicidad de todos, y la felicidad de todos por la felicidad de cada uno.

Nos referimos aquí al grande y supremo resorte del movimiento de la riqueza, y plantear la cuestion es casi haberla resuelto. Ya presentís por qué, sin el Cristianismo, así como sin el poder de comunicacion y expansion que le caracteriza, el problema de la distribucion armoniosa es absolutamente insoluble para las teorías puramente humanas, pero sobre todo para la Economía materialista y sensualista.

El principio de la Economía materialista y socialista sólo desarrolla la fuerza egoista: es la atraccion, la atraccion siempre, es decir, la fuerza de atraer á sí lo que fuera está de sí; la necesidad de absorber, y de absorber cuanto el *yo*, ávido y rapaz, puede devorar y engullir.

Hé aquí, en esta Economía, el secreto de su impotencia radical para realizar una fraternal distribucion de los bienes.

El principio cristiano, por el contrario, es la fuerza fraternal; es la expansion y siempre la expansion: hé aquí el secreto de la verdadera reparti-

cion. Hablamos de lo que deriva de los principios; no de lo que se refiere á tales ó cuales hombres, más ó ménos en contradiccion con sus propios principios.

El gran principio de la Economía socialista y materialista, para la reparticion, como para la produccion, es el *goce*. Así como dice: *Trabajar á fin de gozar*, dice: «Poseer para gozar, y reunir para gozar.» Por ahí entrega todo el movimiento de la riqueza á la ley de la atraccion, sin ningun equilibrio de la fuerza de expansion. Abre, ante las fortunas, la tierra, el mar, el espacio todo, diciendo á cada uno: «Ve; sigue la ley que te arrastra, y á ser llega lo qne puedas.» Ahora bien; lo que pueden las fortunas entregadas á su propia ley, es atraer y atraer siempre; es crecer, y crecer siempre, absorbiendo cuanto atraen.

En el mundo sideral, los astros rodando en los espacios se atraen, dice la ciencia, en razon de sus masas. Sucede lo mismo con las fortunas que ruedan por el campo abierto de las libres concurrencias y de los libres esfuerzos; las grandes atraen á las pequeñas, y las atraen en razon de sus masas. Tal es, entre el mundo humano, y el mundo sideral, la ley de analogía; la atraccion es proporcional á la masa que atrae.

Mas hé aquí la diferencia que suplico al lector marque bien: los astros superiores, que atraen á los inferiores en el espacio, no teniendo en su movimiento la potencia de aumentar su masa, guardan la uniformidad de su atraccion. Por el contrario, las

grandes fortunas hallan, en su mismo movimiento, la potencia de aumentar, con su masa, la potencia de atraer; de modo que, por la fuerza de las cosas, atrayendo cada vez más á los pequeños, deben concluir y concluyen efectivamente absorbiéndolos del todo, como un sol que, por su movimiento, multiplícase su masa, y atrajese á sí todos los planetas, cediendo á su atraccion, para formar de sí mismo y de los astros inferiores un sol más vasto.

De ahí emana la nueva aristocracia que llámase bien la aristocracia de la riqueza; aristocracia potente y opresora por su naturaleza, pero respecto de la cual no es preciso acusar tanto á los hombres como á las cosas; aristocracia ascendente y amenazadora, que sube de año en año en medio de las legiones de los pobres que cubren á lo lejos la tierra. De ahí el »paralelismo» repugnante de la miseria y de la riqueza, cuyo hecho indiscutible ya hemos hecho constar, y cuya razon radical puede tocarse aquí.

¡Oh sabios de la tierra! Ved lo que habeis hecho. Habeis entregado la humanidad al furor de gozar; habeis entregado los afortunados á la ley de la atraccion y del egoismo; teneis delante lo que habeis querido. ¡Enalteced ahora vuestro saber, y gozad de las obras vuestras! ¿Qué hareis para detener este vuelo, que conduce á los unos hácia las alturas, y á los otros hácia los abismos?

¡Ah! lo sé; hombres hay que tienen para el formidable problema una solucion muy sencilla: «Nosotros, dicen, pediremos á la fuerza tal solucion.

Nosotros cortaremos el nudo del destino por la espada, y la violencia, más que la doctrina, nos revelará la palabra del enigma social. Nosotros romperemos con el hierro, si no podemos romperlas con la ley, estas desigualdades materiales, creadas hasta hoy por el libre vuelo de las fortunas y por el despotismo de las concurrencias. Heriremos estas desigualdades despóticas, con un golpe tan grande que se verá en un sólo dia descender á los más grandes hasta los más pequeños, y á los más pequeños elevarse hasta los más grandes. La igualdad ordenada por la ley, ó impuesta por la fuerza, pasará su nivel sobre todas las cabezas, y dirá: «Existo y para siempre.»

¡Cómo! ¿La igualdad en la riqueza, en el bienestar, en la fortuna, y esto por la fuerza ó por la violencia? Procurad constituir hoy esta igualdad monstruosa soñada por cerebros delirantes; mañana la libertad habrá hecho nuevamente las desigualdades aniquiladas por la fuerza, y quizás se quebrantará sobre vuestras cabezas el nivel de la igualdad bajo que pensais rebajar toda grandeza y toda superioridad social; despues, al soplo del egoismo sembrado en el fondo de las almas por las doctrinas materialistas, pronto las fortunas, un momento hechas retroceder en su vuelo, emprenderán su marcha de nuevo hácia sus aumentos indefinidos y sus conquistas ilimitadas, es decir, hácia estos despotismos que una pretendida ciencia de la riqueza habrá podido desencadenar en la sociedad; pero que será de contínuo impotente á contener.

Así, las teorías económicas y la ciencia social, hostiles ó extrañas al Cristianismo, nos condenan, por sus errores, á esta terrible alternativa: ó al despotismo de las desigualdades brutales, ó al despotismo de las concurrencias que aplastan.

En presencia de tal alternativa que á la sociedad viviente crea la Economía sensualista ó socialista, ¿qué hacer para sustraerse al reinado de los dos despotismos? Contesto: romper atrevidamente con el error; arrancar, no por leyes impotentes ó por violencias estériles, sino por principios eficaces, las generaciones presentes á la ley de las atracciones egoistas y de las concurrencias sin freno, para sustituirlas con las santas leyes de la caridad, de la fraternidad y de la solidaridad, en el seno del órden y de la armonía.

Quisiera yo decirlo al mundo entero: exige el presente la solucion esta, y á ella nos convida el porvenir; preciso es detener, por el dulce freno del amor fraternal, este movimiento egoista que llévanos al abismo; para obrar contra este movimiento antisocial, necesario es que estos grandes principios de la caridad, de la fraternidad y de la solidaridad, que nosotros hemos desarrollado en otras partes, hallen aquí su aplicacion saludable y verdaderamente restauradora.

¡Ah! Gustosamente diré á todos los alabadores públicos de reforma y de armonía social: «Salid, salid de las frías y mortales apreturas de los egoismos sin entrañas y sin corazon. Bajo la influencia desastrosa del principio del goce, de la atraccion, y

siempre de la atraccion, hicimos ya demasiado; ha llegado el momento de obrar, por el principio saludable del amor y del sacrificio, de la expansion, y siempre de la expansion.

Salir de sí para entrar en los otros; dar á otros en lugar de atraer hácia sí; consumir poco y producir mucho; contentarse con ménos y dar más; en una palabra, *abnega temetipsum;* hé aquí, áun bajo el punto de vista de la verdadera ciencia económica, el principio de las reparticiones jerárquicas, armoniosas, verdaderamente sociales; ante las orgías del egoismo, ante el furor de absorcion, que hace como fatalmente del débil la presa del fuerte, juro que no existe otra ley verdaderamente social que esta doble ley del Evangelio que resume todas las demás.

Amaos los unos á los otros y renunciaos á vosotros mismos: hé aquí la divina solucion. Sí; os lo digo. Darse á otro, renunciándose á sí, y sacar del amor expansivo á sus hermanos la reaccion eficaz contra las atracciones del egoismo, hé aquí, áun en el órden material, la solucion que buscamos siempre y que se nos escapa sin cesar. Hé aquí la ley que rige sin duda el mundo social, como rige la gravitacion el mundo material.

A fin de mantener la gran armonía de los mundos materiales, ha necesitado Dios una ley. Así, para mantener la feliz armonía del mundo humano, sólo necesita un principio: principio de expansion, es decir, el gran principio del amor y de la abnegacion que produce. Durante diez y ocho siglos, gene-

raciones de santos, penetrados de la ley esta, han obrado eficazmente contra la fuerza atractiva del egoismo humano, y por este medio han hecho resplandecer en el mundo social el órden, la belleza y la armonía.

¿Quién podria contar las generaciones que Jesucristo difundió sobre la tierra, á fin de que conspiraran por la rivalidad de las abnegaciones y de los desprendimientos, contra las rivalidades de los egoismos y de las concupiscencias? Generaciones admirables y generosas, en el gran sentido de la palabra esta, que hallaban que dar vale más que recibir; que vivir para los otros vale más que vivir para sí propio, y que morir vale más que vivir, cuando de su muerte puédese hacer salir para uno un gozo y una dicha más.

¡Ah! No, no podemos contar los hombres y las mujeres, las vírgenes y los monjes, los ricos y los pobres, los príncipes y los artesanos que, despues de haber producido mucho, no pedian su parte del festin dispuesto por su trabajo: no podemos contar las almas heróicas verdaderamente que sólo consumian lo necesario en absoluto, á fin de poder dar todo lo supérfluo; no podemos contar las almas que ha Jesucristo sembrado, tan numerosas y tan bellas, en el firmamento de su Esposa, como las estrellas en el firmamento del empíreo; como la de las estrellas, es innumerable su muchedumbre: *multitudinem ejus quis enarrabit?*

Mas si no podemos contarlas, podemos saludar con nuestras admiraciones el brillo de su belleza:

O quam pulchra est casta generatio. ¡Oh, cuán hermosa es la generacion esta! Bella en la gloria de sus obras y en las manifestaciones de su amor: *Quam pulchra est casta generatio cum claritate.* La conoce Dios y los hombres tambien: Dios, por el reflejo de su paternidad, y los hombres, por los beneficios de su fraternidad: *O quam pulchra est.* Presente, provoca imitaciones fecundas: *Cum præsent est imitantur illam*; ausente, provoca pesares que atestiguan el vacío que deja cuando se retira: *Desiderant eam cum se eduxerit.* Marcha coronada con las palmas de la abnegacion y de la caridad: *In perpetuum coronata triumphat*: nadie podrá nunca comprender, y sobre todo, nadie podrá nunca decir cuánto la práctica secular de la gran ley del amor y de la fraternidad, sacadas del corazon de Jesucristo, ha podido, para fecundar el trabajo, y multiplicar sus productos; lo que ha podido, tambien, para hacer de tales productos una distribucion equitativa, armoniosa y verdaderamente social; lo que ha podido en todas partes y siempre para disminuir, entre las generaciones, la suma de las miserias y de los sufrimientos humanos; lo que ha podido y puede aún ella, para reparar las injurias del egoismo humano, y restablecerá lo ménos en lo posible sobre la tierra, la belleza y la armonía social; lo que podria, en fin, esta ley de caridad, de fraternidad y de solidaridad, para resolver prácticamente sin sacudidas, por la fuerza divina de su influencia social, el problema tan difícil, y al mismo tiempo tan formidable, de la miseria y de la riqueza.

Fuera de esto, es decir, fuera de la divina influencia del Cristianismo para resolver el problema de la produccion suficiente y de la distribucion armoniosa de la riqueza, la Economía puramente humana, y sobre todo la Economía puramente sensualista y materialista, podráse agitar y agitarse de nuevo; mas sin conseguir nunca su fin.

—Id, diré yo aquí á todos nuestros economistas, sin excluir á los mejores; producid y producid más; inventad é inventad más; perfeccionad y perfeccionad más todos vuestros medios de produccion y reparto de la riqueza; removed el cielo y la tierra para restablecer la social armonía, aniquilando la miseria ó disminuyéndola: nada se hará. Luchais contra la fuerza de las cosas, la energía de los principios y la inmortal pendiente de la humana naturaleza: estas tres potencias tendrán razon contra vosotros y contra vuestros sistemas. Estos sistemas, sean los que sean, os condenan á todas las impotencias y á todas las decepciones; el mundo, testigo y víctima de todas estas pruebas, que á la humanidad engañan engañándoos á vosotros mismos, sabrá que delante del mal este que le devora, como hay un charlatanismo de la ciencia y de la filosofía, existe igualmente un charlatanismo de la Economía, prometiendo siempre una prosperidad que no viene jamás, y buscando incesantemente, para el problema social, una solucion que huirá de él eternamente.

Réstanos sólo mostrar cómo la Economía, impotente para encontrar al problema social la solucion áun material, es más impotente aún para encon-

trar la solucion moral, y cómo aquí sobre todo el Cristianismo es el único que posee sin duda, en su dogma divino, el verdadero secreto de la social armonía.

II.

Impotente para resolver pacífica y eficazmente el problema social de la riqueza y de la miseria, áun bajo el punto de vista inferior donde colócase, ordinariamente bajo el punto de vista material, la Economía es impotente de una manera muy distinta para resolverlo bajo el punto de vista superior de la cuestion, es decir, bajo el punto de vista puramente *moral*.

La riqueza material, aunque fuese abundante y tan armoniosamente repartida como se puede desear para la dicha de todos, hallaríase muy distante de haber resuelto el problema íntegro, tal como se coloca forzosamente ante la humanidad en general, y particularmente ante la humanidad contemporánea.

En efecto, la solucion material, áun la más satisfactoria, no puede responder á todas las necesidades del hombre. Dejaría sin satisfaccion alguna, si estuviese sola, sus más nobles y sus más profundas necesidades, provocando por esto, áun en las generaciones más prósperas y más hartas materialmente, dificultades renacientes de contínuo.

Aquí está el fundamenso sólido de las demostraciones que hacer quiero en este instante. Aun fuera de las necesidades del órden material, el pueblo

lleva en su alma una necesidad más profunda y más verdaderamente formidable; á esta necesidad profunda y vasta como el alma misma del hombre, nada, fuera del Cristianismo, puede dar satisfaccion; todo, por el contrario, conspira contra esta inagotable necesidad. De ahí, para la sociedad, amenazas renacientes de contínuo, y una especie de laberinto, del cual no puede salir.

Primeramente, hacemos constar, en la gran alma popular, una inmensa precision, que no puede desarraigarse, y de la que los doctrinarios de la Economía materialista hacen una demasiado fácil abstraccion. Consagrados por completo á las necesidades del *cuerpo* del hombre, pasan, áun sin mirarlas, por delante de las necesidades de su *alma*.

Sin embargo, no vanamente pronunció el divino Reformador esta frase: «El hombre no vive sólo de pan.»

La privacion de la riqueza, es decir, de la posesion de la materia, no constituye sin duda el dolor más grande de la pobre humanidad.

El hombre, seguramente, necesita pan para su cuerpo; necesita una posesion material cualquiera, y la miseria es para él un sufrimiento. Sí; mas el hombre, para su alma, necesita *dignidad*; hácele falta para ella esta posesion moral, y este tesoro espiritual: el tesoro de una fraternal estimacion, y la privacion de tal bien es para él un sufrimiento más grande aún.

Esta necesidad en el hombre de tener una dignidad y una posesion para su alma, encuéntrase tan

arraigada en su naturaleza, que nunca llegamos á librarnos por completo de ella. Cuando los santos, estos gigantes de la grandeza moral por el heroismo de la abnegacion y de la humildad cristiana, han llegado á colocarse sobre toda riqueza material y sobre toda humana estimacion, encuéntrase que tales hombres, que no miran ya la tierra, buscan aún, por la parte del cielo, un afecto y una posesion más digna de ellos: el afecto de Dios y la posesion de los bienes de la gloria.

Ahora bien; esta necesidad de afecto y de dignidad, que hállase sin duda en las profundidades del alma humana, no abandona el alma del pobre. Aun bajo los harapos que atestiguan su miseria, lo que más demanda es la dignidad; tiene aún más hambre del afecto que su alma eleva, que del pan que nutre su cuerpo. Él tambien sabe que ocupa un rango en la jerarquía de los séres; siente que al rango que ocupa fáltale una dignidad, y por vía de testimonio de esta, una posesion digna de él. En breves palabras: el pobre siente tanto más en el fondo íntimo de sí esta precision de una dignidad y de una grandeza superiores, cuanto, viéndose desheredado de la grandeza humana y de la riqueza material, refiere por completo á la riqueza moral esta extraña pasion que nosotros sentimos, áun cuando nada tenemos, y sobre todo cuando nada tenemos, de *poseer alguna cosa*.

Sí; todos, seamos los que seamos, sentimos la necesidad inextinguible de asimilarnos *alguna cosa*. La incurable ambicion de nuestra vida personal es salir

de sus estrechos límites, marchar al oriente ó al occidente, y si es preciso, recorrer sucesivamente sin excepcion los globos, los mundos y los soles, á fin de hallar algo sobre que se pueda detener nuestra gran ambicion, exclamando: «Esto para mí. Tengo un reino, y hé aquí mi reino.»

Así, cuando, por el curso de las cosas, resulta que la posesion de la materia, con la grandeza que aporta, se me escapa por completo, y que sobre la superficie de nuestro globo, vasto dominio de nuestra humanidad, ni áun existe un punto que pueda tocar con la punta de los piés, gritándome: «Este punto de la tierra me corresponde; este dominio es mi dominio; este suelo es mi suelo; este polvo es mi polvo,» ¿qué pensais que pasa entonces? ¡Ah! Os lo voy á decir; entonces, no pudiendo apropiarme nada ya del mundo de la materia, me lanzo en deseo hácia la region del espíritu y del mundo de las almas. Busco si existe en alguna parte, en el mundo superior al mundo donde nada tengo, un alma que me otorgue algun afecto, un corazon que me dé un poco de amor, un rostro donde la dignidad habite, y que me otorgue á lo ménos la limosna de una mirada. En habiéndola encontrado, me dice la naturaleza: «¡Hé aquí el bien! Nada tengo de la riqueza, ni de la materia; mas tengo en las almas un poco de respeto, estimacion y amor. ¡Que seais bendito, Señor, por que no me habeis desheredado del todo.»

Cuando el pobre viene á nosotros para pedirnos alguna cosa, mira ménos nuestra mano, de la cual le puede venir el oro, que nuestra frente, de donde

una señal de respeto puede descender sobre su persona. Y cuando pone la Providencia en nuestro camino á un desheredado de la materia, si nosotros mismos, tal vez tan desheredados como él, no le podemos dar nada, por nada tener nosotros mismos, existe una limosna, y un don que podemos y debemos hacerle sin cesar: la limosna que va del alma al alma, y el don que va de un corazon á otro corazon.

«En cuanto á mí, lo confieso, exclamaba uno un dia, cuando me somete Dios á la prueba de verme delante de una miseria que no puedo socorrer, no pudiendo llamar en mi auxilio á mi mano derecha, ni á mi mano izquierda, ¿sabeis qué hago? Llamo en mi auxilio á mi alma y á mi corazon; pido á mi alma un testimonio de afecto, y á mi corazon un testimonio de amor. He visto sin cesar al pobre más enriquecido y más dichoso con este dón que con el oro que se deja caer en su mano, sin darle algo para el alma; hasta tal punto es cierto que tiene mil veces más precision el pobre de dignidad para su alma, que de la materia para su cuerpo.

Hé aquí lo que llamé una inmensa necesidad del alma del pueblo. Pues bien, pregunto: la humanidad dejada á sí misma, la humanidad entregada á las solas inspiraciones de la naturaleza nuestra, ¿da una satisfaccion verdaderamente bastante á esta necesidad universal, permanente, indestructible?

¡Ah! no. A la inmensidad de tal deseo, en nuestra humanidad decaida, corresponde precisamente la inmensidad de la privacion: nada iguala la profundi-

dad de tal precision de afecto como la profundidad de menosprecio que la humanidad arrojó á la pobreza, cuando Cristo reparador no le habia dicho su valer.

Es una cosa triste; pero es preciso decirla, por cuanto este pensamiento puede hacernos tanto mayor bien cuanto nos señala un mayor mal. Hé aquí esta cosa triste, que se quisiera poder envolver con el manto del silencio: la humanidad, á su curso dejada, bajo el imperio de la naturaleza corrompida, sólo tiene menosprecio para la pobreza: menosprecio soberano, y menosprecio frecuentemente cruel, que, para el alma del pobre, es la carga más pesada que puede deber llevar.

Sea cual sea la razon última del fenómeno este del mundo moral, es un hecho: el fondo de nuestra humana naturaleza tiene un horror secreto á la pobreza; y este horror instintivo á la pobreza se traduce demasiado, por punto general, en menosprecio para el pobre.

Apelo desde luego á la historia del mundo pagano. El paganismo, que es la humanidad caida de nuevo en la naturaleza, hacía pesar sobre los pequeños dos tiranos á la vez: el egoismo y el orgullo: un egoismo por el que á los pobres arrancaba toda la posesion de la materia, y un orgullo por el que desheredaba á los pequeños de la posesion de todo afecto.

Así, bajo cualquiera forma que apareciera en la antigüedad, lo que denominamos la pobreza, la humanidad gentil oprimíala dos veces, añadiendo á la

carga de la miseria la carga del menosprecio.

¿Qué necesidad tengo, por otra parte, de apelar aquí al viejo paganismo? ¿A qué fin, cuando puedo apelar á un paganismo nuevo, que vive á nuestros ojos? Apelo, pues, á nuestro propio siglo; á este siglo en apariencia tan simpático al pueblo, y tan sensible á la miseria.

Este vasto movimiento hácia la riqueza, que constituye sin duda el carácter del siglo, ¿qué cosa es sino un inmenso efecto para sustraerse, por el honor de la riqueza, al oprobio? Cuando se mira el fondo de las cosas contemporáneas, ¿qué son, para gran número de personas, las agitaciones, los sufrimientos y las fatigas, sino un trabajo doloroso para proporcionarse la realidad y áun las apariencias, nada más que las apariencias, de la riqueza? ¿Qué cosa es, por último, este vasto torbellino humano que conduce á hombres apasionados y jadeantes á la conquista de la opulencia, sino la gran ambicion y el orgullo de hacer que digan de ellos: ¡Ved qué ricos son! Ved sus adornos, su habitacion, su tren, y su manera de vivir?

Siente tan bien cada uno, en esto, la debilidad de la humanidad y la inclinacion de la naturaleza, que se teme sin duda, en la miseria, la injuria de los hombres más aún que la injuria de las cosas; el lujo prestado con que ciertos pobres cubren hasta su miseria para defenderse del oprobio humano, es como una insignia brillante que parece decir:

¡No me menosprecieis, y considerad que quien lleva tal vestido ser no puede pobre! ¿Cómo explicar

en este punto, esta especie de humana locura? ¿A qué fin esta vanidad que á tal precio se adhiere, no sólo á la realidad, sino á las apariencias de la riqueza?

¡Ah! Es que hay pocas cabezas bastante firmes para convencerse por completo de que tal brillo exterior nada seguramente añade á la dignidad y al valor internos.

Aun cuando tuviera uno en sí magnanimidad bastante para dominar por su grandeza personal esta tiranía de la preocupacion, no podría ignorarse que adora el mundo la riqueza, y mucho ménos podría ignorarse que tal adoracion de la riqueza hace recaer más ó ménos el oprobio sobre la pobreza.

De ahí, esta miseria dos veces dolorosa que conocen ciertos desheredados de la riqueza, muy bien llamados los *pobres vergonzantes;* hasta tal punto llevan, en el seno de su desnudez, el pudor reputado noble, que se reduce á tener vergüenza, por honrar su alma, de la miseria que hace sufrir al cuerpo, y cuyas humillaciones del espíritu se sienten sobre todo en las privaciones que afligen á la carne.

Así, bajo este aspecto, lo que verdad es del viejo paganismo, es verdad tambien del paganismo nuevo, y un testimonio vale tanto cual el otro.

¿Qué digo? Sobre punto tan delicado, en que se muestra el fondo del alma del hombre, ¿no podría yo apelar á nosotros mismos? Cristianos y católicos, discípulos del Dios de Nazareth, sondead el misterio de nuestra vida, y os revelará que, por encima del Cristianismo este que nos eleva á la luz de nuestra fe hasta el respeto del pobre, se halla el hombre

de la caida, que siente horror natural á la pobreza, y horror, aún más natural, al menosprecio que la humanidad deja caer sobre ella. Sí; nosotros tambien, aunque somos cristianos, tenemos miedo, no sólo de ser pobres, sino tambien y sobre todo de *parecerlo*. Si en algunos dias, por uno de los golpes subitáneos, que la Providencia en ocasiones da, caemos en la miseria; si la precision condénanos á mostrarnos á la ciudad, que tal vez ha visto el espectáculo de nuestro lujo, los andrajos de la miseria; ¡ah! ¿no es cierto que creemos oir como adheridos á estos andrajos que cubren nuestro cuerpo, los menosprecios que insultan el alma nuestra? ¡Hasta tal punto sentimos aquí la tirauía de la preocupacion y el despotismo de la naturaleza!

Es menester decirlo todo, y hé aquí sobre tal punto algo más demostrativo aún: algo más extraño; pero, con todo real. Aun el hombre que su anatema fulmina contra la riqueza; que libremente y para toda su vida se ha desposado con la pobreza, en ocasiones, halla en sí mismo el sentimiento innato del honor que se adhiere á la riqueza, y del menosprecio que se adhiere á la miseria. Un dia, si la naturaleza le ataca por alguna parte, tal vez sentirá en lo íntimo de su alma, que consagró al culto de la pobreza, ignoro qué cosa que parece aún menospreciarla, y como un resto de orgullo por el recuerdo de la riqueza que abandonó. Así, se ha visto hombres que habian repelido el manto de la opulencia, (manto de duque, de príncipe ó de rey, para vestir la pobreza de Jesucristo), que aún sen-

tíanse conmovidos en el fondo de su claustro, por un reflejo de su gloria mundana que á iluminar venía su oscuridad voluntaria, como tambien tentados á bendecir las indiscreciones que ponian de realce el fausto de su cuna y el brillo de su nacimiento.

Así se ha podido ver aún santos que hallaban en lo más íntimo de su corazon este horror instintivo que rechaza la pobreza, y como una involuntaria tentacion, pronto reprimida por su modestia, de avergonzarse de la humildad de su nacimiento y de la pobreza de sus propios parientes.

Hé aquí la naturaleza tomada en el hecho; vedla cogida en flagrante delito de menosprecio á la pobreza, y este hecho es verdaderamente universal, porque lo que hallamos nosotros aquí en esta elevacion lo encontramos en la parte inferior. Sí; el mismo pobre, cuando no conoce á Jesucristo, no mira nunca por encima de su persona sin arrojar, á los más pequeños y á los más pobres que él, este desprecio que juzga recibir de los que son más grandes y más ricos.

Por consiguiente, á la realidad de la precision de la dignidad y del respeto corresponde la realidad del humano menosprecio. No invento estas cosas, sino que las hago constar, preguntando: ¿cómo huir del callejon este sin salida? ¿Cómo sustraer la sociedad al peligro que amenaza siempre á la sociedad por esta situacion? En el órden puramente humano, ¿quién podrá traer para esta gran herida que á las almas devora un remedio eficaz y una solucion suficiente, para esta dificultad que á las sociedades amenaza?

Una especie de fatalidad me contesta «¡Nada! ¡Nada!»

Os pregunto; ¿qué puede la Economía moderna, tan orgullosa por sus conquistas, y de la cual nosotros mismos admirar queremos en el órden material sus triunfos á veces brillantes, para socorrer el alma popular y conjurar el peligro social, dando á esta indestructible necesidad una legítima satisfaccion? ¡Os digo que nada, nada!

Tal es la realidad, triste ya bajo el punto de vista puramente humano; pero realidad formidable bajo el punto de vista directamente social: á la inmensa necesidad que los desheredados experimentan de la posesion material de conseguir el efecto y la dignidad, corresponde la inmensidad y la universalidad del menosprecio que los hombres dejan caer sobre la miseria y sobre la pobreza.

Ahora bien; esta situacion, dos veces dolorosa para el pobre, constituye para la sociedad un peligro inmenso,

Para conjurar este peligro y hacer esta situacion aceptable, un medio sólo se presenta: combatir y trasformar, en el pensamiento de todos, y sobre todo en el pensamiento del pobre, la *idea* de la pobreza, mostrándole una grandeza y una dignidad en su propia pobreza. Es preciso hacerle ver la pobreza con una nueva luz, y hacérsela divisar como una riqueza de otro órden y de otro órden superior. Si se lo haceis divisar en un órden puramente humano, nunca llegareis á hacer salir para él, de los elementos de la materia, la compensacion que nece-

sita, con el fin de admitir la inferioridad de su condicion material. En este órden de cosas, el pobre se verá siempre vencido é incapaz siempre de soportar el doble fardo que le agobia: la carga de la miseria y la carga del menosprecio. En una palabra; con el fin de hacer para el pobre una grandeza y una dignidad en el seno mismo de la pobreza, es absolutamente preciso que, en el pensamiento de todos, como en su propio pensamiento, la pobreza se trasforme y se trasfigure.

Pues bien; yo pregunto á todos los hombres que conocen el siglo y la humanidad: ¿puede cambiar la idea humana el movimiento del *siglo* denunciado aquí? No, mil veces no. El movimiento contemporáneo, y el movimiento socialista particularmente, nada pueden para la trasformacion de la pobreza, ni para la trasfiguracion del pobre.

Lo comprendo: este movimiento en su conjunto, y, sobre todo en lo que tiene de opuesto al Cristianismo, es sólo una vuelta al imperio de la naturaleza, que arroja sus desprecios soberanos á la pobreza. Desde luego, ¿cómo arrancaria la generacion de los pobres á la tiranía moral, cuyo principio desenvuelve? ¿Qué ha hecho la humana sabiduría, al cabo de un siglo, para crear á los pobres una grandeza, una dignidad, y una veneracion nuevas?

Ya lo hemos visto: la Economía «anticristiana» y materialista, únicas que repruebo aquí, ha hecho marchar al mismo paso la miseria y la riqueza; despues, por un paralelismo aún más notable, ha hecho marchar tambien el menosprecio del pobre al

mismo paso que su miseria. A medida que la consideracion, el honor y la dignidad subian hácia las alturas sociales, hemos visto cada vez más en este mundo, que ha vuelto á ser pagano, el deshonor, el menosprecio y el oprobio descender sobre los desheredados de la riqueza; de modo que, bajo el imperio de la idea que domina la ciencia nueva, el progreso de la miseria física sólo era sobrepujado por el progreso de esta miseria moral.

No, no, en verdad. Os lo digo: si permanecemos en el órden puramente natural y humano, no haremos nunca salir de la condicion del pobre la compensacion que necesita. En este órden de cosas, el pobre dirá fundadamente al rico: «Como tú, soy hombre, y soy por consecuencia tu igual. ¿Por qué no me encuentro rodeado de la misma consideracion y de la misma dignidad?» El rico que, como este pobre, no ve otro mundo que la materia, le responderá siempre: «¿Quieres medirte conmigo? Hé aquí mi parte de la materia: muéstrame la tuya. Digas lo que digas de tu igualdad y de tu soberanía abstractas, la realidad es más fuerte que tu metafísica. El hecho está contra tí, contra tí está la Providencia, y los hombres se hallan igualmente contra tí. Tengo mucho oro, y á su juicio soy grande; no tienes oro tú, y á sus ojos eres pequeño. Me llenan á mí de honores, y te aplastan á tí bajo su menosprecio: es una desgracia, y te quiero compadecer; pero tu desgracia es fatal: es la fuerza de las cosas, y preciso es que te resignes. Habrá siempre pobres, y en las ideas humanas, que no cambiarán, los po-

bres serán siempre puestos debajo de los ricos.»

¡Ah! Oigo yo este discurso que nos causa horror legítimo, y ciertamente muy lejos estoy de autorizar en boca de un hombre palabras como estas. Empero no nos hagamos ilusiones: bajo el punto de vista de la idea reinante, tiene razon el rico... Si no se cambia la propia idea de la pobreza, el pobre está dos veces vencido.

Hé aquí, bajo este aspecto, algo más decisivo, y que muestra, bajo una luz más brillante, el peligro social que sale de la misma situacion esta: es la separacion de Jesucristo y del pueblo cristiano; separacion antisocial acelerada por todas las corrientes del siglo, y sobre todo por esta Economía «extracristiana,» y frecuentemente áun «anticristiana;» por esta Economía, que no sólo hace abstraccion de Jesucristo, sino qne trabaja para expelerlo en absoluto de la gran alma del pueblo, cuando sólo Cristo podria, disminuyendo su miseria material, hacerle aceptar, trasfigurándola mucho á sus ojos, la parte de privaciones y de sufrimientos que no puede impedir.

¿Qué hace, al cabo de un siglo, entre nosotros esta Economía «anticristiana» y esta pretendida ciencia socialista, cuya tiranía dos veces inhumana y antisocial denuncio aquí altamente?

¿Qué hace? ¿Tengo yo necesidad de decíroslo? Por la palabra, por la accion, por todas las influencias, en fin, arranca del alma del pueblo lo que constituia, en nuestras grandes épocas de fé, su herencia secular de afecto y de dignidad, de grandeza humana

y de grandeza divina: ¡Jesucristo Nuestro Señor!

¡Ah! Al cabo de cien años, hé aquí sobre todo lo que hace: arroja cuanto puede, del alma del pueblo cristiano, este Cristianismo que fué para él durante largos siglos, fuente inagotable de dignidad, de respeto y de honor; rebaja sobre la materia todas las miradas, todos los pensamientos y todos los deseos del pueblo desheredado de todos los bienes del mundo este, hallando que la materia, que se le promete sin cesar, se le escapa de contínuo, y que la riqueza, que se hace brillar á sus ojos, deja cada vez más sin satisfacer sus deseos, llevándose, al huir á gran distancia, todos los respetos y todos los honores que la materia procura, en este siglo del dinero, á los que lo poseen.

¿Qué pasa entonces? Este pueblo, desheredado de Cristo, por una clase media tan imprevisora como «anticristiana,» este pueblo, por fin, ha *comprendido*. Ha comprendido que, á medida que la riqueza material sustraíase á su cuerpo, la riqueza moral se sustraia tambien á su alma; ha comprendido que este viento del siglo, quitándole á Jesucristo sin darle bienestar, sólo le proporcionaba menosprecios que aumentan á prcporcion de su miseria. Esta mirada abierta sobre su doble miseria; este convencimiento de las dos tiranías que le oprimen á la vez; esta precision de hallar tambien un poco de afecto y de honor, poseyendo algo de la cosa única que se estima y se honra en el siglo presente, han abierto en medio de nosotros el abismo más profundo: el abismo de las almas, vacías de Jesucristo, deshere-

dadas del respeto que les proporcionaba el Cristianismo, y, como tales, impacientes de llegar nuevamente, no importa por qué medios, á la posesion de la materia y de la dignidad, de la riqueza y del honor. ¡Abismo espantoso, del cual ha salido y sale aún, como una voz de trueno que anuncia la tormenta, la grande amenaza de la sociedad!

Entonces es, en efecto, cuando ante un presente tan horrible y un porvenir más doloroso todavía, el pueblo se ha dicho: «Ya lo veo ahora; la Economía y la incredulidad modernas, como dos falsas profetisas, me han engañado con sus oráculos. La materia se va de mí, y la dignidad no viene. Tal es la corriente del siglo actual. Los respetos, los honores y la estimacion se dirigen tambien á la riqueza, que se me escapa. Si tuviese algo de oro, tendria tambien algo de los respetos, de la estimacion y de los honores; mas no puedo tener este oro, que mi trabajo mismo no consigue crearme.»

«¡Si, á lo ménos, tuviese yo esta riqueza que se llama la gracia! ¡Si yo tuviera la religion, que me aportaría, con la gracia de Dios, la veneracion de los hombres! Empero el siglo se mofa de ella; para él, la gracia es una palabra, lo sobrenatural es una quimera; Jesucristo no es más que un rey destronado y el Cristianismo un imperio en ruinas. Por consiguiente, los sábios me lo han quitado todo; me han quitado el oro, y me quitan tambien la gracia: mientras me arrancan la tierra con una mano, me quitan el cielo con la otra; vedme aquí sobre la tierra que siento huir bajo mis piés, y debajo de un cielo que

se me cierra sobre mi cabeza, en este vacío afrentoso, en el cual me dejan caer cada dia, marcado á la vez por la herida de la miseria y con los estigmas del menosprecio.

»¡Ah! Esto es demasiado; sí, esto es demasiado para mi alma, ambiciosa tambien de poseer algo. Esto no puede durar, y esto no durará. ¡Oh Providencia! No; tú no has querido esta distribucion, Esta vida, en la cual yo muero dos veces, no puede ser para mí el don de tu amor. Esta vida, dos veces humillada, es para mí la obra del hombre, y no la sufriré. En mi aislamiento llamaré á mi diestra para que me socorra. Voy á extender mi mano, y puesto que nadie se declara mi libertador, puesto que nadie me trae esta riqueza material ni esta riqueza moral que se me escapan á la vez, ¡yo iré á cogerlas! Mis tiranos me han arrancado la riqueza del cielo; yo les arrancaré la riqueza de la tierra.»

¿Cuál es el medio de salir de este callejon, que no deja otra salida que la de la revolucion popular, de la guerra social y de la ruina pública? Vosotros lo ignorais, queridos lectores, y humanamente lo ignoro yo tambien; empero si continuamos así, no debemos esperar, despues de la tormenta de ayer, sino la tormenta de mañana. Empero no habrá guerra, y todas las tempestades quedarán conjuradas, si sabemos hacer entrar en todas las almas y hacer penetrar, sobre todo, en el alma de los pueblos, el gran secreto que os voy á referir. La solucion moral del problema social de la riqueza y de la miseria, por el Cristianismo.

Mas ¿cómo dará el Cristianismo, al problema de la riqueza y de la miseria, la solucion moral cuya necesidad soberana acabamos de poner de realce? ¿Cómo dará satisfaccion á esta inmensa precision de afecto y de dignidad que experimenta el pueblo, á quien falta la posesion de la riqueza material? ¿Cómo, en fin, áun dejando á los desheredados de la tierra una parte de sus privaciones, halla el medio de mantenerlos en la universal armonía, y de lograrles, áun en su pobreza, una paz y una ventura relativas?

Hé aquí todo el misterio:—porque esto aparece desde luego como un misterio.—El Cristianismo, á la luz «trasfigurativa» de su dogma, nos muestra en el pobre incorporado á Cristo, y muestra al pobre mismo, una riqueza superior; por este medio, ofrece á su inferioridad material una compensacion moral que reconstituye el equilibrio en el seno de la desigualdad social, restableciendo relaciones armoniosas entre el rico y el pobre: secreto tan divinamente sencillo que ni sueña siquiera en hacerlo notar; razon decisiva, para el escritor como para el orador, de hacer brillar con su propia luz este misterio no comprendido.

Hemos dicho que el rico, permaneciendo en el punto de vista pagano del siglo y de la naturaleza, tiene razon contra el pobre, cuando reivindica la superioridad de estimacion como un privilegio que el siglo y la naturaleza adhieren á la superioridad material. Empero sí el pobre, viéndose con el rico á la luz de otro sol y en las realidades de otro mundo,

puede dirigir al rico poco más ó ménos el discurso siguiente: Hermano mio rico; escucha y comprende lo que soy delante de tí. Es verdad que tu parte de la materia es mayor que la mia; porque, en estos dias de rebajamiento, el metal reina, tú eres un príncipe del siglo presente, mientras yo, no teniendo ni un grano del polvo de oro con el cual hoy todo se vende y se compra, soy un hombre de *nada* para este siglo, en que la riqueza lo es todo.

»Empero sabe que este mundo de la materia no es toda la realidad. Por encima del mundo de la naturaleza, existe un mundo de la gracia; en este mundo tengo yo una riqueza que vale más que tu riqueza, un oro más divino que tu oro, y, con ellos, una grandeza más elevada que tu grandeza.»

Si el pobre verdaderamente puede emplear este lenguaje, como veis, cambia todo á sus miradas y á las miradas de los demás: se restablece la armonía, y el desheredado de la materia no debe ya ni puede juzgarse desheredado de la dicha. Hay una dignidad, una grandeza, y áun una aristocracia de un órden superior; desde entonces tambien una alegría y una felicidad de su alma que compensan para él la ausencia de la fortuna y la inferioridad de la condicion.

Se me podrá decir: «Esta teoría es seductora, y gustosamente admito una idea generosa que al pobre da una grandeza inesperada. Mas esta compensacion de inferioridad material, y esta restauracion de equilibrio social, ¿no es una quimera, una utopia, una ilusion sagrada?»

—No ciertamente, porque esta trasformacion se hace por sí misma en el verdadero Cristianismo, teóricamente comprendido y prácticamente aceptado, pudiendo tener la revelacion de este misterio quien subir quiera un momento conmigo á la cumbre de la doctrina, desde donde descubre el Cristianismo un mundo nuevo; sublime Tabor donde el pobre y el rico aparecen trasfigurados en una luz nueva.

Este misterio de la trasfiguracion humana y de la luz divina, que voy á mostrar, es como el misterio del Cristianismo, de donde sale, como de sí propio, el secreto admirable de la social armonía.

Cuando en el reloj del tiempo sonó la hora en que debia realizarse la restauracion del mundo en la humanidad, Dios miró desde lo alto del cielo, viendo, como en nuestros dias, marchar sobre dos líneas paralelas á las dos humanidades: la una cubierta de riquezas y de honores: cubierta la otra de miserias y de menosprecios. Y dijo Dios: «Voy á obrar contra el mal que impele al abismo á la humanidad; voy á cambiar el movimiento del mundo; voy á restablecer la social armonía, quebrantada por el desórden del hombre. Como la humanidad precipítase á la posesion de la materia y de la riqueza, es decir, á la posesion de lo creado, haré lo siguiente: yo propio, destituido de toda esta riqueza que viene de mí, á presentarme voy en el mundo con desnudez absoluta. En medio de la misma desnudez, me haré yo el centro de un mundo nuevo, y, en este mundo nuevo, creado alrededor de mí mismo, seré la cumbre de una jerarquía nueva: jerarquía desconocida para la

tierra, en la cual el título primero, para ser grande, será ser pequeño, y donde asimismo el derecho primero á la posesion será no poseer nada.»

El designio de Dios se ha realizado, por la restauracion del hombre. «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Ha resonado una voz: *Emmanuel*, «Dios con nosotros.» Ha caido Dios sobre la tierra, conmoviéndose y tambien regocijándose la humanidad.

¡Cómo! ¡Un Dios hecho hombre! ¡Cómo! ¿Un Dios venido á la tierra? Empero, ¿dónde vino el Dios de la Encarnacion? ¡Ah! Pasemos tambien nosotros á Belen: *Transeamus usque ad Bethléem.* Á contemplar vamos de cerca el incomparable misterio. ¿Dónde se halla por lo tanto, este Dios que ha caido en la humanidad?

—Id; descended donde de la riqueza nada existe, y descended hasta el sitio aquel; al último escalon del órden humano y más abajo aún. Ha venido Dios allí, en el último grado del rebajamiento, del despojo y de la miseria.

Y vino la humanidad. Á la luz del rayo divino, le reconoció, diciendo: «¡Hé aquí á Dios! Ha venido Dios á un establo; acostóse Dios sobre paja; descendió Dios áun por debajo del hombre: hé aquí al Creador desnudo de todo lo creado. Aquel que lo hizo todo, absolutamente nada tiene; ni una cuna, que concede la naturaleza á todo sér sobre la tierra; el autor de toda riqueza ha venido á ser la personificacion de la pobreza; para enriquecer á la humanidad, se ha hecho un Dios indigente.»

Id, pues, y anunciad al mundo entero la excelente nueva. Id y publicad por todas partes que se despojó el Increado de todo lo creado. Id por todas partes á predicar que el autor de toda la riqueza se despojó de toda riqueza, para venir á ser, por este despojo, el mismo autor de la gracia. Id y anunciad al mundo esta cosa que le causará gran asombro, y que debe ser el punto de partida de su trasformacion: *¡Dios pobre!* Sí; en el sentido más estricto de la palabra esta, Dios pobre, y pobre de todas maneras. Dios pobre ya en su nacimiento y en su vida, y pobre sobre todo en su muerte; pobre sobre la cruz donde, por un absoluto despojo, se desposará con la pobreza, y desde donde difundirá toda riqueza, atrayéndolo todo á su persona.

Hé aquí, á este Dios centro de otro mundo, atrayendo á sí otra humanidad nueva, en la cual el grado del despojo marcará el grado de posesion, y el grado del rebajamiento el grado de la grandeza. Sí, sí; el Infinito háse anodadado. Él, que todo lo tiene, nada tiene; como tal, es para todos el tipo de una dignidad superior á toda grandeza natural, la fuente de una riqueza superior á toda riqueza material: los más grandes y los más ricos, en este órden de cosas, serán siempre los más pobres y los más abatidos.

Así, mirad: ¿Qué hace El que, trayéndolo todo del cielo, aparece como si nada fuese sobre la tierra, para extender su obra y fundar su religion? Toma los hombres mejor hechos á su imágen: doce pobres. Los apóstoles que van á llevar al mundo

toda la riqueza de la gracia, nada tienen de la riqueza de la naturaleza y, porque nada tienen, recibirán la mision de darlo todo. Cuando este mundo será fundado, un pobre lo sostendrá con su pobreza misma: Pedro el pecador; Pedro que no tiene nada de los bienes del mundo; Pedro el pobre será el rey de la ilustre dinastía de los Pontífices, donde la riqueza no vale, y donde los pobres serán los más dignos de representar al Dios de Belen.

Bien pronto la pobreza, y me refiero á la voluntaria, toma posesion del mundo. Este mundo ve donde quiera los despojos de lo creado, realizados, no solamente con libertad, sino con amor, con alegría y frecuentemente con entusiasmo. Los más altos, colocados en el mundo de la riqueza, aspiran á descender; y á la luz que brota sobre ellos de la oscuridad de Belen, juzgan que suben tanto más en la jerarquía de las grandezas sobrenaturales, cuando descienden más en la jerarquía de las grandezas naturales; son tanto más elevados por las riquezas del alma, cuanto más inferiores son por la riqueza del cuerpo.

Todo el que incorpórase á Cristo y asimílase los elementos de su vida, entra en el movimiento general que arrastra las generaciones cristianas á la imitacion de la pobreza de Belen, de Nazaret y del Calvario. Al otro lado del pesebre, oigo una humanidad que grita: «¡Seamos ricos, seamos los más ricos!» A este lado del pesebre, oigo una voz que grita: «¡Seamos pobres; seamos los más pobres!» Se ven barones, condes, marqueses, duques, príncipes

y princesas, hasta reyes y reinas, repeler su manto de púrpura y de oro para revestir el lienzo ó el sayal, creyéndose tanto más aproximados á la realeza de Cristo, cuanto más hechos son á la semejanza de su pobreza.

Así el Cristo-pobre constituye para la pobreza un reino que á través brilla de la historia, y ha creado de siglo en siglo la gran aristocracia de los pobres, donde poseer lo ménos es el mayor privilegio, así como no tener nada es la extrema distincion y el honor más insigne.

Tal es el prodigio que se realizará en las edades. Además, al fin de los tiempos, más allá de los siglos, en los umbrales de la eternidad, donde toda riqueza y toda pobreza pesará con su verdadero peso, oigo la voz divina que dice á los hombres, esperando en los supremos lugares la palabra última de su destino:

«Tuve hambre, y me dísteis de comer. Tuve sed, y me dísteis de beber. Estaba desnudo, y me cubrísteis. Estaba enfermo, y me visitásteis.» *Esurivi, et dedistis mihi manducare. Sitivi, et dedistis mihi bibere. Nudus eram, et cooperuistis me. Infirmus eram, et visitastis me.* Sí, el hambriento era yo; el enfermo era yo; el despojado era yo: yo, que por estar obligado á vosotros, seré vuestra recompensa.

Hé aquí en qué rayos de la luz evangélica se hace la trasfiguracion que cambia la riqueza y la pobreza, modificando sus mútuas relaciones. Dichoso el pueblo que, sobre la cumbre de este Tabor cristiano, ha visto la luz que da la inteligencia de la pobreza:

In die mala liberabit eum Dominus.» En el dia malo, Dios le librará.»

Cristianos, creemos en esta trasfiguracion del pobre por la luz evangélica; al reflejo de tal luz, su grandeza se nos aparece, y brilla mucho á nuestros ojos, iluminados por nuestra fe, toda la hermosura social que nos viene de nuestro Cristo restaurador.

Alguno dirá tal vez delante del misterio este: «Esta trasfiguracion del pobre por la luz de Cristo, es bella y grande; pero es sólo una hipótesis.»

¿Decís una hipótesis? ¿Y qué importa, respondería yo al menospreciador temerario de la divina trasfiguracion esta, si tal hipótesis resuelve todo el formidable problema, y os explica toda la social armonía? ¿No explica una hipótesis todo el misterio de la sideral armonía, es decir, la hipótesis de la universal atraccion en el mundo de los cuerpos? Tal hipótesis equivale para nosotros á una completa certidumbre.

¡Pues bien! Hé aquí una hipótesis que explica toda la armonía y toda la belleza social: para vosotros, que la buscais, ¿por qué no equivaldria tambien á una certidumbre? Ahora bien; la doctrina esta, ó si lo quereis absolutamente, la hipótesis de la trasfiguracion de la pobreza á la luz de Belen y del Calvario, ¿acaso en el asunto actual no os explica cuanto se intenta explicar?

Desde luego, ¿no es evidente que tal trasfiguracion establece, entre el rico y el pobre, una estimacion y una dignidad recíprocas, que hacen caer á la vez los dos grandes obstáculos para la social

armonía, es decir, por una parte el menosprecio de los grandes hácia los pequeños, y por otra, la envidia de los pequeños contra los grandes?

El rico que comprende, por Jesucristo, al pobre se halla imposibilitado en absoluto de menospreciarle. Debe decir, y se dice con efecto: «El pobre es mi hermano, y, por su pobreza, toca más de cerca que yo al Dios que adoro. ¿Qué digo? Es el pobre el propio Jesucristo; y, bajo esta vestidara de la miseria, tengo una especie de aparicion de su divinidad. Sí; cuando un pobre llora, vierte lágrimas Jesucristo; cuando el pobre pide, Jesucristo tiende la mano. Desgraciado de mí, si le menosprecio: mi menosprecio sube á Dios, y amontona contra mí tesoros de cólera. ¡Menospreciar al pobre, cuando se le ha visto con esta gran luz, no seria solamente una iniquidad y un crímen, sino un sacrilegio!» Mientras por esta doctrina suprema, en el corazon de los grandes, los menosprecios no tienen razon de ser, extingue además, en el corazon de los pequeños, celos ya enteramente insostenibles.

La envidia, este mal espantoso, royendo el corazon de las muchedumbres que perdieron, con Jesucristo, el sentimiento de su grandeza, y, que áun hoy, como hace seis mil años, están siempre prontas á consumar fratricidios, haciendo de la mitad del humano linaje la víctima y la presa de la otra mitad, huye á la luz de la trasfiguracion como los monstruos de la noche ante los fuegos del sol. Para ser envidioso, preciso es ser ó juzgarse inferior. El pobre, á la luz de la idea cristiana, no es ya inferior; si tiene la fé

plena, no tiene razon para creer tampoco en su inferioridad absoluta. Es, en un sentido, superior al rico que lo domina por su materia. Es de una aristocracia ménos palpable y ménos apreciada en el órden puramente humano; pero de una gran aristocracia muy elevada en el órden cristiano. Porque tal dignidad que tiene sin duda el pobre de su Cristo pobre, es un don gratuido y una majestad por completo prestada, reconocerla puede sin duda sin exaltarse desmedidamente, y se sustrae á la envidia sin dar en el orgullo.

Salid del Cristianismo, y ved al pobre delante del rico. ¿Qué veis dentro, y qué veis fuera? Dentro los más afrentosos sentimientos; fuera la actitud más «antifraternal» y la más amenazadora. Con la envidia que se agita en el fondo de su corazon, hallais en su actitud una ú otra de las dos cosas estas: altivo es ó servil; ó se yergue ó se arrastra; ó se yergue con orgullo, ó se arrastra con bajeza. El pobre de Jesucristo delante del rico ni se yergue ni se arrastra: es grande, y guarda, con el respeto á la superioridad de otro, el respeto á la superioridad que Jesucristo le ha creado, y que reconoce por sí mismo en sí propio, sin nada perder de la humildad suya delante de Dios, ni de su bondad hácia los hombres.

Introduciéndose así Jesucristo en el pobre, y echando en él un reflejo de su propia grandeza, resuelve una de las mayores dificultades morales del tiempo presente: el menosprecio del rico y la envidia del pobre, absorbidos uno y otro en el noble y gene-

roso sentimiento de una estimacion recíproca y de un mútuo respeto.

Esto no es todo. Con una estimacion y respeto recíprocos, Jesucristo, crea, entre los ricos y los pobres, una reciprocidad de amor y de simpatía; por ella cura un segundo mal salido del primero: el odio entre las dos humanidades; el odio social, es decir, la lepra más horrorosa que roe actualmente á nuestra sociedad enferma y amenazada de perecer.

¡Ah! Es preciso atreverse á confesarlo: lejos de Jesucristo conocido, amado y adorado, el menosprecio, por una parte, y la envidia, por otra, producen odios irreconciliables en el seno de la humanidad; además, con estos odios, cóleras monstruosas y espantables designios. Colocad á Jesucristo entre los ricos y los pobres: el odio desaparece, naciendo el amor por sí mismo.

Admirad este prodigio á ningun otro semejante: prodigio secular que Cristo realiza entre los hombres.

Durante diez y ocho siglos, elígese Jesucristo, en todos los grados de la jerarquía social, corazones de los cuales lanza todo amor fuera del suyo. Suscitando por su misma humanidad un amor simpático, para el pobre, crea, en los corazones más ilustres y más nobles, tesoros de afecto.

Este prodigio no debe maravillaros mucho. Segun dicen, cuando una madre piensa encontrar en la cara de un niño cualquier rasgo que le recuerda el suyo, siente su corazon hácia el niño aquel atraccion misteriosa. ¿Qué debe, por lo tanto, experi-

mentar un cristiano que se apasiona de Jesucristo, descubriendo en el pobre un reflejo de su Dios, apareciéndosele en la miseria del hombre? Presupuesto este amor en el corazon del rico, comprendo en adelante este fenómeno, no sólo inaudito, sino imposible fuera del Cristianismo: el corazon del rico, dilatándose por el espectáculo de tal miseria, y abriendo sus brazos para estrechar á un pobre, á un miserable y hasta á un leproso. ¡Ah, sí! ¡Comprendo estos heróicos abrazos donde su corazon, tocando el corazon del pobre, creerá sentir los latidos del corazon de Jesucristo!

Desde entonces, ¿cómo este amor del rico no suscitaria en el corazon del pobre un amor recíproco? Acaso el pobre no conoce aún el misterio que inspira un prodigio semejante de amor y de fraternidad. Empero, ¿cómo podrá, sin conmoverse, sentir este fraternal abrazo, cuya causa puede desconocer y cuyo beneficio no puede ignorar? Si este pobre es cristiano; si comprende que obra es de Dios el amor que le abrasa, entonces ama en el rico dos veces á Dios, que le mandó, por Él, con la estimacion y el respeto, lo que aún es para su corazon más dulce que las dos cosas estas: la ternura y el amor.

De ahí, entre los grandes y los pequeños, esta muy afectuosa armonía, cuyo espectáculo daban á la tierra casi en todas partes nuestros siglos de fé: poblaciones de pobres unidos á los ricos, no por cadenas de oro, donde los corazones nunca se detienen, sino por estos lazos tan dulces y tan fuertes, donde el corazon de los ricos y el corazon de los po-

bres se unian en torno del corazon de Jesucristo.

En fin, el tercer punto de contacto, que completa la feliz armonía entre las dos humanidades, es la reciprocidad de los ministerios y de los servicios.

Un tercer mal del tiempo presente sin duda es el horror que va en aumento de servirse unos á otros. Encarecemos la fraternidad, mas sólo hablamos de nuestros derechos y únicamente soñamos en nuestra soberanía. Vamos en pos del ideal este revelado por el Evangelio: «Cada uno al servicio de todos, y todos al servicio de cada uno; mas al mismo tiempo difundimos en las muchedumbres doctrinas en las cuales el individualismo y el egoismo se desbordan enteramente: ideal cristiano perseguido por doctrinas y realidades paganas.

¡Ah! Se nos escapa el secreto de los servicios voluntarios, y solamente lo descubrimos en el fonde de la doctrina que nosotros exponemos en este instante ¿Quién no ve que tal doctrina, pasando á las cosas, produce por sí misma, y sin que sea necesario que ley alguna lo mande, este turno espontáneo de los servicios, y este cambio voluntario de los ministerios fraternales? ¡Cuesta tan poco servir cuando se respeta y cuando se ama!

Empero hé aquí lo que sobre todo explica esta reciprocidad y estos servicios fraternales mútuos, que señalan en todos los siglos cristianos la historia de la riqueza y de la pobreza; entre las dos jerarquías paralelas estas, la fé muéstranos oficios y dependencias que se corresponden y se llaman, para completar y concluir la social armonía.

A fin de que haya turno de fraternales servicios entre los grandes y los pequeños, necesario es que entre ellos los oficios y las dependencias se correspondan; allí donde precisamente brilla, en toda su hermosura, esta obra maestra de Jesucristo.

Mientras, en el órden de la naturaleza, los ricos tienen respecto de los pobres, el cargo de derramar sobre ellos la riqueza que les viene de los tesoros de Dios *creador*, los pobres, á su vez, en el órden de la gracia, deben derramar sobre sus hermanos los ricos la otra riqueza mucho más preciosa descendida en ellos de los tesoros del Dios *Salvador*.

Estos oficios que se corresponden, engendran dependencias que se corresponden tambien; porque si el pobre depende del rico, el rico depende del pobre; en estas dos jerarquías cada uno tiene á la vez un deber de dar y una obligacion de recibir proporcionados al grado que ocupa.

La elevacion, por un lado cual para el otro, es sólo el privilegio de servir y depender más: *Qui mayor est inter vos, erit minister vester.* «El mayor, entre vosotros, será vuestro siervo,» tanto más obligado á ponerse á vuestro servicio, cuanto Dios le ha puesto á mayor elevacion en la jerarquía de la grandeza que posee. Admirable armonía, donde conduciendo el Cristianismo á la unidad las extremidades más lejanas, funde sin duda en maravilloso acuerdo, los antagonismos en apariencia más irreconciliables. Plan verdaderamente divino, donde se ve á los dos grandes rios de la riqueza salidos uno y otro de las profundidades divinas, descender, de grado en grado,

desde los más grandes á los más pequeños; donde los ricos de la naturaleza derraman todo lo que pueden, sobre los pobres, el oro que Jesucristo les manda, y donde los ricos de la gracia derraman tambien sobre sus hermanos, cuanto pueden, el oro sobrenatural y divino que tienen del propio Jesucristo. ¡Aproximacion divinalmente fraternal, donde las dos humanidades se hallan á fin de darse la una á la otra—como dos séres que Dios ha hecho el uno para el otro;—donde los ricos descienden de su trono para llevar el oro á las cabañas, entrando de nuevo en sus palacios más enriquecidos aún con las plegarias y bendiciones de los pobres, que estos mismos pobres lo son por las limosnas y larguezas de los reyes!

Así, entre los ricos y los pobres, entre los grandes y los pequeños, por una reciprocidad de afecto, de amor y de oficio, se realiza, en la humanidad cristiana, un prodigio de armonía social vanamente buscado por los sistemas humanos: armonía tan sencilla, en la razon que hácela existir, que no pensamos más en ponerla de realce de lo que advertimos el secreto de la armonía del mundo material: armonía sublime y beatífica sobre todo, donde halla el pobre el medio de hacerse, hasta en su pobreza, una grandeza, una riqueza, una felicidad, pudiendo exclamar tambien encima del Tabor este donde su miseria se trasfigura, en un misterio de gozo: *Bonum est nos hic esse* «Bueno es quedarnos aquí; en esta luz que nos trasfigura, bueno es *respetarnos*, *amarnos* y servirnos unos á otros.»

Tal es la solucion admirable que da el Cristia-

nismo al problema social, por la eficacia intrínseca de sus principios y de su doctrina esencialmente, armónica y restauradora.

¿Qué puede, á fin de obtener un resultado tal, la Economía puramente humana? Aun con sus mejor concertadas teorías y con sus experiencias que han salido más bien, ¿qué puede, para encontrar esta solucion tan divinamente sencilla de la fraternidad humana y de la social armonía? Una vez más lo digo: absolutamente nada.

Hemos hecho constar su insuficiencia para resolver la cuestion social en el órden puramente *material*. Otorguémosle benévolamente todo lo que bajo este aspecto se atribuye gratuitamente: concedámosle, no el poder de abolir la miseria y de realizar la universal riqueza, es decir, lo imposible, sino el poder que reivindica como *suyo:* el de aniquilar este contraste repugnante entre la extrema riqueza y la extrema pobreza, que constituye para la sociedad moderna, un peligro permanente: áun entonces será preciso que se cumpla la frase del Evangelio: «Habrá siempre pobres,» y nada humanamente podrá impedir que haya, entre la humanidad rica y la humanidad pobre, por un lado menosprecios insolentes, y por otro envidias feroces; con estos menosprecios y con estas envidias, un profundo antagonismo. Por consiguiente, para curarnos del Socialismo y asegurar la paz social, es preciso absolutamente añadir á la solucion material la moral, es decir, la solucion que añade, al bienestar relativo de los cuerpos, la armonía de las almas.

Esto es lo que, segun de ver acabamos, hace de admirable modo el Cristianismo, por la aplicacion pacífica de su doctrina eminentemente social; esto es lo que nunca hará toda Economía que se inspire sólo en la naturaleza, y mucho ménos aún la Economía que, en su ejercicio, ningun caso hace del alma del hombre y de la religion divina, ya que no haga la una á la otra una oposicion sistemática.

Como la ciencia y la filosofía, la Economía separada de toda influencia cristiana y de toda moral accion, está, delante del mal social, reducida sólo al papel de un empirismo absolutamente ineficaz; y, cuando en estas condiciones de fatal impotencia, vanagloríase de curarnos ella por sí misma el horroroso mal del Socialismo, estamos autorizados nosotros para decirle:

«No; no eres la salud de la sociedad; tambien, y especialmente tú, eres sólo el charlatanismo social.»

CAPÍTULO V.

La Caridad-Justicia ante el problema social.

Ya hemos visto hasta el presente la riqueza, la ciencia, la filosofía y la economía reducidas á la impotencia para curarnos el mal social. ¿De dónde viene, bajo el punto de vista en que nos hallamos, lo inane de todas estas potencias, tan grandes por otra parte, cuando se mueven y se agitan en su propia esfera?

Es que nada de todo esto produce lo que busca el siglo por sus aspiraciones, y el Socialismo por todas sus reivindicaciones, á saber: la *social armonía*, la union de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, por la comunicacion fraternal de bienes.

Mas hé aquí otros hombres que, segun dicen, han hallado el secreto que se busca siempre y que siempre se oculta. Lo que hay, para ellos, en el fondo del gran problema este, no es una cuestion científica, ni una cuestion económica: es una cuestion de *derecho*, y una reivindicacion de *justicia*. Escuchad lo que dicen: «No pedimos á la riqueza, ni á la cienciencia, ni á la filosofía, ni á la economía que resuelvan el problema que se agita en los flancos de la

sociedad viviente: lo pedimos al poder invencible é inmortal del derecho.»

Conocemos lo inane de las promesas de la ciencia, y de las pretensiones de la filosofía; los que se jactan de la Economía contemporánea no nos causan la menor ilusion sobre la suficiencia suya para resolver el gran problema.

Los sábios y los filósofos, los adoradores de la riqueza y los predicadores de la Economía hacen lo que pueden. Ahora bien; lo que pueden, sin duda, es crear paliativos que disimulan el mal sin curarlo; es anunciar siempre soluciones que nunca encuentran; es hacer promesas que no pueden cumplir y dar esperanzas que no pueden realizar. El propio Cristianismo, por el milagro de sus desprendimientos, de sus donaciones y de los sacrificios que inspira, no responde por sus socorros á la plenitud del mal social; disminuye las consecuencias y no las suprime; cura, en parte, la lepra de la miseria, sin arrojarla del cuerpo social enteramente. La caridad voluntaria y libre del mundo propietario paga, delante del mundo proletario, una parte de la deuda que la primera de las dos humanidades debe á la otra; mas la deuda principal subsiste; lo que otorga libremente á los desheredados de la fortuna, es sólo una cantidad á cuenta de lo que adeuda, y de ningun modo el saldo. Por consecuencia, el pueblo que recibe tales libres donaciones no estará nunca contento; porque no le dan cuanto cree acreditar, juzgándose siempre como frustrado en sus derechos. De ahí cóleras siempre dispuestas á estallar, y,

por consecuencia, un peligro social permanente.

No; la caridad libre, por generosa que sea, nunca resolverá por sí el formidable problema. Lo que lo ha de resolver, y lo resuelve de un modo definitivo, no es la donacion hecha en nombre y por inspiracion del amor; es la donacion hecha en nombre del derecho; es la caridad, si se quiere, pero la *caridad-justicia.*

Tal es la idea que, bajo la influencia de las doctrinas nuevas, háse apoderado de las generaciones populares; idea formidable que, durante un siglo, ha hecho entre nosotros, en diversas circunstancias, sus explosiones más ó ménos amenazadoras, sobre todo en la tempestad social del 1848, y que hoy, más que nunca, impele los pueblos al asalto de la sociedad.

Hé aquí el hecho; el hecho público é innegable; hecho social de una gravedad excepcional, que preciso es reconocer, antes de mostrar su error y de referir sus consecuencias desastrosas. Lo recordamos aún: éramos entonces jóvenes, y ya las ideas que agitan al siglo nos preocupaban, siguiendo su marcha con no sabemos qué vaga inquietud y con qué dolorosos presentimientos.

Ahora bien: entre las ideas que surgian en aquellas horas turbadas, como relámpagos á través de la tempestad, una idea, sobre todo, abríase paso y electrizaba mucho al pueblo, engañado entonces como siempre por los sofistas, entreabriéndole risueñas perspectivas y exaltando en él las mismas esperanzas de lo imposible. Esta idea resonaba en todas partes como el ruido precursor de las tempestades

del porvenir; era la proclamacion del *derecho* popular á todos los auxilios, á todas las beneficencias y á todos los desprendimientos: era, en los desheredados de la fortuna, la donacion y la comunicacion de los bienes reivindicados, en nombre de la *justicia* y del *derecho*. En una palabra, era la idea, inofensiva en apariencia, pero en realidad desastrosa, de la *caridad-justicia*.

Segun los apóstoles titulares del Evangelio flamante, el pueblo no sólo tenia derecho al trabajo, sino que tenia derecho á la comodidad y á la riqueza: tenia, delante del rico, derecho á compartir la posesion. Una fórmula célebre resonaba con ruido: *A cada uno segun sus necesidades*. No decíase ya con la inmortal sabiduría de las naciones y con el oráculo de la Sabiduría divina: *A cada uno segun sus obras, y á cada uno segun sus méritos*, sino: *A cada uno segun sus necesidades*, y el prestigio de la fraternidad cubria estas fórmulas vacías de sentido, pero fecundas en desastres.

Fórmulas en efecto más desastrosas de lo que cabe decir: ¿por qué? Porque tienden á la confusion del amor y del derecho, de la justicia y de la caridad.

Hombres han venido que, para poner al servicio de su egoismo y de su ambicion las aspiraciones y las necesidades del pueblo, han echado en una confusion llena de peligros las ideas más elementales, diciendo: El pobre tiene necesidades que piden una satisfaccion legítima. Solo habia dos medios de realizar esta satisfaccion de la necesidad del pueblo pro-

clamada precisa y urgente: pedirla al *amor* ó al *derecho*, á la *caridad* ó á la *justicia*. Ahora bien; segun los apóstoles del Socialismo «anticristiano,» el amor y la caridad estaban convencidos de impotencia para resolver el problema, quedando sólo la única solucion posible y eficaz verdaderamente: la solucion por el derecho y la justicia. Y hé aquí la doctrina social, que proclamaron ardidamente: el pueblo tiene necesidades; sus necesidades son derechos; y el rico tiene deberes correlativos á estas necesidades. El primero tiene derecho a recibir; tiene, por consecuencia, el segundo el deber de dar. Entre derecho y deber, que la ecuacion se realice, es decir, que se haga completa justicia, y el gran problema de la justicia social quedará resuelto, reinando para siempre la armonía social.

Esta solucion, especiosa de un modo singular, y, para las muchedumbres desheredadas, particularmente seductora, tenia en sí una prodigiosa sencillez. El siglo la tomó por un rasgo de génio; del génio que se dice á sí propio redentor de la servidumbre popular.

Mas este génio, era el génio de Satanás, padre de la mentira, autor siempre antiguo y siempre nuevo de todas las confusiones, y por consiguiente de todos los desastres y de todas las disoluciones.

Así en esta solucion, ponderada como la reparacion de todo el desórden social, y como la redencion de la miseria popular, la fascinacion que presenta, sólo es igual al error que contiene y al desastre que prepara.

A revelar este profundo error y á señalar este desastre eventual, queremos consagrar este capítulo. Nada más necesario á la hora presente, y nada más apremiante que la manifestacion de tal error vivienta y de tal amenazador desastre.

I.

Hay, en la vida de los pueblos, horas de perturbacion intelectual, donde las nociones más claras, viniéndose á mezclar en una subitánea confusion, toda la sociedad parece ir á la ventura, semejante á un viajero que ha perdido su senda en medio de la noche. Entonces las ideas conservadoras, que son los astros del mundo moral, lejos de resplandecer sobre la cabeza del género humano, á fin de iluminar su ruta, eclípsanse mútuamente, mandándole no más dudosos y vacilantes resplandores que ni áun bastan para mostrarle el abismo.

En estas horas turbadas, desprender de la universal confusion algunas nociones sencillas, mostrar con su distincion radical su armonía necesaria, es hacer un servicio á la sociedad amenazada: lo que apareceria en luminosos dias como una obra maestra, viene á ser un beneficio social, en tales dias oscuros.

Nos encontramos en una de las horas estas veladas por sombras profundas. Yo he visto las ideas más universalmente admitidas y las más arraigadas, sin cesar, en lo profundo del alma humana, confundirse del todo en la lucha de las inteligencias, en una oscuridad semejante á la que hacen

cerner sobre un campo de batalla el polvo y el humo del combate; he visto, entre otras, dos ideas saludables confundidas en una mala inteligencia fatal; he visto el *amor* confundido con el *derecho;* he visto la *caridad* demandada en nombre de la *justicia*; y he dicho: esta confusion de la justicia y de la caridad, yo la denunciaré á la sociedad como el *error* doctrinal más grande que turba y amenaza con todos los desastres nuestro mundo social.

Sí; la «identificacion» de la caridad y de la justicia, *es el error social más grande*; es socialmente la doctrina más radicalmente falsa que cabe imaginar.

La teología natural no conoce la doctrina esta; la conciencia humana la repele, y la tradicion cristiana la desconoce.

Desde luego busquemos en el fondo de las cosas el sentido de la palabra *justicia*, y, como punto de partida de la prueba, demos su definicion. El error tiene miedo á definir, por ser el error; nosotros amamos la definicion, porque somos la verdad.

¿Qué significa la palabra *justicia*, tan imprudentemente confundida con la otra palabra *caridad*? La palabra justicia, áun restringiéndola á una significacion puramente natural, tiene sentidos muy diversos que necesario es no confundir.

En un sentido más ámplio, esta palabra significa todo cuanto se halla conforme con la regla. Santo Tomás diría con su lengua de ángel: La justicia es *una ecuacion entre una cosa y su medida*. En el órden moral, es decir, en la esfera de los actos humanos, es la justicia la ecuacion entre un *acto* y su *regla*.

Todo lo adecuado á su regla es justo; todo lo que se desvía es injusto. En este sentido, el hombre virtuoso, es decir, el hombre que sigue su regla, es un justo. El hombre culpable, ó un hombre que se desvía de su regla, es un hombre de iniquidad, y responsable, como tal, en presencia de Dios, autor de toda regla, y la misma regla por esencia.

Tal es la justicia, en su sentido más general.

Empero la palabra justicia tiene un sentido más restringido y más riguroso; es el sentido en que la tomamos aquí. En este sentido riguroso y muy especial, la palabra *justicia* quiere decir todo lo en nuestros actos conforme á un *derecho* del prójimo. Mas justicia, en este sentido, es igualmente una ecuacion entre mis actos y el *derecho* de otro. Si rompo en mis actos personales tal ecuacion con el derecho fraternal, desde luego soy responsable de la injusticia directamente ante el hombre investido, por hipótesis, de una parte del derecho de Dios, y finalmente ante Dios mismo, necesariamente herido en tal agravio hecho al hombre.

Tal aparece, á la pura luz del buen sentido y de la razon, la idea de justicia: una ecuacion entre nuestros actos personales y el derecho fraternal. Por consiguiente, bajo el punto de vista en que nos hallamos, la cuestion de saber si *justicia* y *caridad* son lo mismo, ó en otros términos, si la obligacion de dar parte de los bienes propios es una obligacion de justicia, se reduce á estos términos muy sencillos: ¿es correlativo al derecho del hombre todo el deber de la donacion de los bienes, ó puede ser correla-

tivo sólo á la soberanía de Dios? En otros términos; el hombre ante Dios, ¿tiene una obligacion real de dar, que no sea una obligacion de justicia ante los hombres?

En este punto, la teología natural y la misma razon no nos permiten la menor duda. Sí; el hombre tiene sin duda el deber de dar, del cual es responsable ante Dios y no ante los hombres, por cuanto tal deber es enteramente correlativo á un dominio divino, y no á un *derecho humano*. Este deber es el deber de la caridad, y tal ley es la ley del amor.

Ha dado Dios á cada uno, respecto de todos, un mandato fraternal: *mandavit unicuique de proximo suo*. Así como ha mandado á todo sol que arrastre con él, en la universal armonía de los mundos, á los astros que gravitan á su alrededor, ordena igualmente á cada hombre que se atraiga, en el movimiento de su amor, las almas con su alma á este centro eternal, hácia el que debe gravitar, en el amor y en la libertad, el mundo de los espíritus, por ser esta la más grande y la más universal ley del amor: procurar á sus hermanos, todo lo que pueda, el mayor de los bienes, á saber, la posesion del destino ó de su fin último.

De ahí, para el que posee, la obligacion de asociar el prójimo á su posesion, en la medida necesaria para el cumplimiento de su destino.

Mas, observémoslo bien; esta ley no es, en el sentido vulgar de la palabra, ley de *justicia*, correspondiente á un *derecho* del hombre; es una ley de *amor*, que lleva consigo indudablemente una obli-

gacion; mas una obligacion que baja directamente de Dios sobre mí, respecto de la cual respondo delante del mismo Dios, y delante de Dios solamente: obligacion, en fin, que no procede poco ni mucho de un derecho del hombre, sino del imperio de Dios; obligacion, por consecuencia, radicalmente distinta de lo que se quiere llamar la *ley de la justicia.*

En efecto; á fin de apoyar aquí sobre un derecho del hombre la obligacion de la justicia, veo sólo un medio. Diré lo que se ha dicho: la *necesidad* es un *derecho:* la necesidad es un soberano. *A cada uno segun sus necesidades.* Ahora bien; la verdadera teología y la verdadera filosofía no conocen tal doctrina nueva, desconocida en el Cristianismo. Ellas dicen: No; la necesidad, sólo por ser necesidad, no es un derecho. No; el desgraciado, sólo por ser desgraciado, no es un monarca que impone á mi libertad el imperio de su miseria. La necesidad del pobre puede invocar de mí á Dios la ley suprema del amor; no puede invocar de mí la ley de la justicia.

Es verdad que la teología cristiana, de acuerdo con la teología natural, reconoce un caso en que la precision exigir puede como la necesidad y disponer como un soberano: es el caso de la *extrema* necesidad. Llamado el hombre á *vivir,* debiendo conservar la vida, tiene lógicamente derecho á lo necesario para la vida, hasta que logre lo preciso para que pueda vivir. Dios, que no puede tener dos voluntades contradictorias, invistió en este caso, al hombre

que necesita, de una parte de su propio dominio. Empero allí acaba el *derecho*.

Dios, que no puede querer la vida sin la condicion de la vida, puede quererla sin el *bienestar* de la vida.

Por consiguiente, dirá el hombre: Por parte de la voluntad divina, tengo derecho á conservar mi vida; y en virtud de tal derecho inalienable, apodérome de lo que absolutamente hace falta para mi existencia. Mas, ¿quién osará decir: Yo, indigente, yo, proletario, yo, miserable, tengo derecho á poseer la comodidad? ¿Dónde se halla el principio y la demostracion de tal derecho? ¿No puede Dios constituir á un hombre, para los dias de prueba, la ley de la privacion? Si no lo puede, ¿qué resulta su soberanía? Si lo puede, ¿qué resulta el derecho al bienestar? Una cosa es la *facultad*, y otra el *derecho* de poseer una cosa. Si; el hombre tiene la facultad de conseguir el bienestar, y lleva en ella el derecho á esforzarse; mas no tiene de seguro en su aptitud á poseer el derecho absoluto á la posesion.

Este principio, considerado justicia, no seria sólo, en nombre de la naturaleza, la negacion de la ley natural, y en nombre de la sociedad la negacion de la ley social; seria, en nombre del Evangelio, un mentís formal á la ley evangélica misma; por cuanto el Evangelio aquí no habla de otra manera que la razon y la naturaleza.

¿Qué cosa es el derecho al bienestar, sino el derecho al goce? ¿Qué cosa es el derecho al goce, sino el derecho á la riqueza, condicion del goce? Enton-

ces, ¿qué viene á ser la pobreza consagrada por el Evangelio? ¿Qué viene á ser el sufrimiento beatificado por Jesucristo?

Si el bienestar, y con el bienestar el goce, es el derecho natural, ¿por qué ha dado Cristo á la pobreza, con la consagracion de su doctrina, la dignidad de su persona? Él, autor de la ley del amor, ¿cómo ha desafiado la ley de la naturaleza?

Lo veis: renunciar es preciso á la teología ciega que hace de la necesidad un derecho y de la caridad una justicia, ó renunciar, con el más vulgar buen sentido, á la ley y al ideal del Evangelio.

La eleccion no puede ser dudosa; la *conciencia* humana, la conciencia universal y la conciencia individual, doble reverberacion de la luz de Dios, hablan aquí como la teología, y levantan contra esta doctrina su testimonio infalible.

Siempre y en todas partes, á este y al otro lado del Calvario, la humanidad ha invenciblemente distinguido, en su conciencia, la obligacion de dar por corresponder á la *necesidad*, de la obligacion de dar por corresponder al *derecho*. Hay algunas épocas turbadas por el choque de las revoluciones y por el vértigo de innovacion, en las cuales cubren nubes por un momento estas verdades que brillan en el fondo del alma humana, como las estrellas en la bóveda del cielo: terribles momentos en que parece subir, desde los pozos del abismo, el humo espeso que vela los soles más puros. Entonces las pasiones que ansían destruir, y las concupiscencias que ansían gozar, proclaman en la soberanía de las necesidades

su propia soberanía. Mas, cuando las tormentas se han apaciguado y las nubes se han desvanecido, la verdad que no ha cesado de lucir en el firmamento de las almas, como una luz de Dios, reaparece de todo punto pura; y la conciencia humana, en el reflejo de la luz esta incorruptible, halla en el fondo de sí misma estas dos verdades siempre juntas, pero siempre distintas en su eternal union: la *justicia* y la *caridad*, el *derecho* y el *amor*.

¿Acaso lo que dice la conciencia universal al género humano no es lo que nuestra conciencia individual nos dice á nosotros mismos?

Procurad deciros á vosotros mismos, en el silencio de las pasiones y á la luz de la conciencia: «Mi necesidad es mi *derecho; darme* es *justicia;*» no lo conseguireis. Tomad en vuestra mano derecha la brillante antorcha del Evangelio, y en vuestra mano izquierda la de la razon; descended, si podeis, hasta estas profundidades donde se hallan el amor y la justicia en los abismos de la verdad; podreis hacer constar su *union*, pero nunca su *identidad*.

¡Ah! Lo sé; hay, en estas profundidades luminosas, un punto misterioso, donde la justicia y la caridad se hallan en su armonía eterna. Empero, áun cuando se unen, se distinguen; y su necesaria distincion subsiste del todo en el seno de su eternal union.

Hay una palabra magnífica y dulce, única que tal sublime unidad expresa: el *amor*. Yo tambien, como Agustin, oigo la voz de la verdad que grita en el fondo de mí mismo: *Ama y haz lo que quieras*. Amar,

es la plenitud de la ley; amar bien y amar en el órden, es el ideal de la virtud, ó la virtud misma: *virtus est ordo amoris*. Amar bien, es la perfeccion misma, y la armonía consumada. Por consiguiente, nada más cierto; en este sentido muy ámplio, la *justicia* con todas las virtudes vive inalterable y pura en el seno del eternal *amor*. Mas si la justicia encuéntrase allí, en el seno de la caridad, siento que mi caridad es más vasta que la justicia, excediéndola en longitud, en latitud y en profundidad. Más allá de las fronteras inmobles, donde la justicia detiene con su mano la iniquidad que pasar quiere, mi caridad se quiere aún extender.

La justicia tiene sus columnas de Hércules que no puede franquear el derecho, y dice al hombre: «No irás más lejos.»

La caridad no conoce fronteras, y dice al hombre arrastrado en su movimiento: «Irás aún más lejos.»

La justicia dice: «No harás daño nunca.» La caridad me dice: «Harás bien siempre, donde quiera y á todos.» La universalidad en el bien es su sueño y su ambicion.

La justicia dice: «Da lo que *debes;* devuelve lo que no es tuyo; repara por la restitucion la injuria hecha: esto es lo que ordena el derecho.»

La caridad me dice: «Da lo que te corresponde; da lo que no debes; si te han quitado, da todavía, y cubre la injuria con el beneficio, porque lo quiere así el amor.»

En dos palabras: la justicia y la caridad me dicen ambas que dé, mas por motivos radicalmente diver-

sos. La primera dice: «Da para satisfacer al hombre, y reparar la injuria inferida á su derecho.» La caridad dice: «Da para obedecer á Dios, y socorrer la necesidad del hombre.» Cuando haya vertido toda mi caridad abundante, y cuando este río superabundante haya pasado de donde se ha retirado, os haré ver de nuevo el límite de la justicia, como se vé, despues de las inundaciones del Nilo que fecunda el Egipto, reaparecer el límite de contínuo en pié y siempre respetado, que separa el campo del campo, y el prado del prado.

Sí: el límite del derecho siempre subsiste; pero franqueado por el amor é inundado por la ola que sube de la caridad, alta, vasta y profunda como el Océano.

Tal es, contra la identificacion de la justicia y de la caridad, el testimonio de la *conciencia* humana, correspondiente al testimonio de la razon teológica. Hagan lo que hagan las pasiones para oscurecer, entre los pueblos, estas verdades primordiales y eternamente populares, la humanidad de acuerdo con la teología dirá siempre, con una conviccion que no quebrantará nunca en su alma el viento de los más grandes errores: «¡Gloria á Dios que ha hecho bien todas las cosas; la *justicia* para corresponder al derecho; la *caridad* para corresponder á lo que necesario es; la *una* y la *otra* para conservar y vivificar al mundo, manteniendo el órden, la union y la armonía en la humanidad!

Mas oir creo aquí á los apóstoles de un Cristianismo nuevo, reclamar contra esta doctrina que re-

chaza la identificacion de la justicia y de la caridad. Ellos solos, á creerles, comprenden la palabra de Cristo, y perpetúan la tradicion cristiana. Dicen: los Padres de la Iglesia predicaron la caridad justicia; predicaron contra el rico el derecho del pobre: y vos predicais, al parecer, contra el derecho del pobre una cruzada en favor del rico.

Tal es el extraño espectáculo que nos ofrece, á la hora presente, el «anticristianismo» moderno. Doctores que rompen en todo con Jesucristo y el Evangelio, afectan la pretension de conducirnos al puro Jesucristo y al puro Evangelio; hombres cuya doctrina desmiente la doctrina de los Padres en todos sentidos, despiertan de repente, en el siglo actual, los ecos de una palabra mucho tiempo olvidada por ellos, y pretenden establecer entre tal palabra y su palabra, una fraternidad de la que se maravillarian con razon aquellos órganos ilustres de la doctrina católica, si, saliendo de sus tumbas, pudieran oir la traduccion insolente de su pensamiento desconocido y verdaderamente ultrajado.

Una filosofía «anticristiana,» como no lo fué jamás, se ha puesto á releer con ardor apasionado estas páginas elocuentes que áun ayer cubria de menosprecio; y se ha puesto de pronto á ponderar, con admiracion quince siglos retardada estas obras maestras de sagrada elocuencia, cubiertas hasta entonces con sus desdenes supremos. Agrupando textos y más textos, recogiendo aquí y allá, como en un sólo discurso, algunas palabras sembradas á través de los siglos, suprimiendo lo que precede y supri-

miendo lo que sigue, han puesto en boca de los Padres de la Iglesia, palabras que suenan como sus palabras, y discursos que toman por sus propios discursos. Así se ha encontrado que aquellos grandes hombres, evocados del fondo de los siglos á fin de hablar al nuestro, se habian convertido de pronto en novadores ardidos, llevando en su verbo evangélico y fraternal el «radicalismo» del error contemporáneo.

Despues, pasando de los Padres á los predicadores, ecos repetidos de sus grandes voces, han encontrado que los ecos hablan como las voces, hasta el punto de que los representantes de la cátedra cristiana, más famosos por su ortodoxia, maestros de la palabra evangélica, sin exceptuar á Bossuet ni á Bourdaloue, de repente resultaban, en esta predicacion póstuma que no habian conocido, tribunos populares, comunistas socialistas, y si no es infiel nuestra memoria, un poco «fourrieristas.»

Ciertamente, tal audacia es grande, valiendo la pena de que, ante un siglo que oye, digamos acerca del punto este al siglo turbado la verdad de la palabra tradicional.

Desde luego, antes de cualquier exámen, opongo aquí excepciones á la interpretacion contemporánea, y digo: la interpretacion viva de nuestro verbo tradicional corresponde, no al siglo, sino á la Iglesia; no á los que niegan la fé de los Padres, sino á los que la defienden; no á los que fundar quieren contra la Iglesia y los Padres un Cristianismo nuevo, sino á los que profesan, con la Iglesia y los Padres, un Cristianismo inmutable. ¡Cómo! La Iglesia que guar-

daen sus manos respetuosas y bajo su mirada siempre abierta, tales libros «patrísticos,» traduccion secular de su propio pensamiento; la Iglesia que hace más de quince siglos, repite, de una edad á otra edad, y de un eco á otro eco, esta palabra que no enmudece de dia ni de noche, ¿hubiera perdido de repente su sentido? ¡Cómo! Este sentido repudiado por la Iglesia, repelido por los mismos predicadores, órganos vivientes de la palabra; este sentido olvidado de la elocuencia de los Padres de la Iglesia, ¿encuéntrase de pronto en los lábios de los hombres que niegan con la doctrina de los Padres el símbolo de la Iglesia? La verdadera interpretacion de la palabra del Evangelio, de la Iglesia y de los Padres, testimonios auténticos y vivientes de la enseñanza divina, ¿será preciso en adelante buscarla en estas plumas que á sí propias se llaman infalibles, trazando sistemas donde la doctrina del Evangelio, la fé de la Iglesia y la moral de los Padres perecen en una ruina comun?

¡Ah! Contra tal suposicion absurda, la Iglesia nuestra madre se levanta con su majestad, que ultrajó la ignorancia; y con la misma voz que, hace diez y ocho siglos, canta su inmortal é inmutable símbolo, grita al siglo por sus pontífices, sus obispos, sus sacerdotes, sus moralistas, sus predicadores y sus concilios: «¡Atrás los novadores! ¡Atrás los profanos! Así como la Escritura me corresponde, los Padres son mios. Yo sola tengo la mision de inquirir, en su palabra, la doctrina y la verdad que recibieron de mi palabra.»

Mas, en fin, dicen con ó sin fundamento, nosotros hemos leido las obras que autorizan nuestras doctrinas. ¿Habeis leido verdaderamente tales libros famosos? Empero era preciso leerlos íntegramente; sobre todo era preciso comprenderlos, y era preciso concluir de leerlos hasta el fin.

Ahora bien; ¿qué hace aquí la interpretacion contemporánea? ¡Oh prodigiosos intérpretes!; ¿qué haceis de la gran palabra de los Padres de la Iglesia? Vosotros la mutilais; vosotros interrumpís la integridad de su pensamiento; vosotros desgarrais estas páginas inmortales donde su génio grabó en un verbo verídico su pensamiento todo; vosotros arrojais al viento estos fólios acusadores donde han escrito y defendido los derechos reconocidos por los siglos y consagrados por el Evangelio; mostrando aisladas y mutiladas estas páginas, donde su elocuencia azotaba todos los egoismos y todas las opresiones de su siglo, decís al siglo presente: «Como veis, los Padres de la Iglesia predicaron contra el rico el derecho del pobre; predicaron, cual nosotros, la *caridad-justicia.*» ¡Cómo! ¿Vosotros lo afirmais, y estais bien seguros? Con la mano sobre la conciencia, ¿podríais decir: juro que fué tal su pensamiento? ¿Os atreveríais?

Pues bien; á tal afirmacion, nosotros oponemos la nuestra, y decimos: Los Padres defendieron contra sus negadores el derecho de propiedad; los Padres predicaron contra el robo el deber de la restitucion; enseñaron, en una palabra íntegra, la caridad y la justicia juntas. Dijeron al rico: *Da con el fin de aliviar*

la miseria del pobre; mas dijeron tambien á este: *Respeta tú el derecho del rico.*

¿Quereis que los Padres se pongan de acuerdo con los Padres? Es un hecho esta predicacion íntegra, donde la justicia y el amor se abrazan en armonía completa; para destruirlo, es menester destruir sus obras. A la faz de tal hecho indestructible, y entre las dos hipótesis, la verdad intímanos á escoger la incoherencia en los Padres, ó la mentira en vosotros; ó la contradiccion en su pensamiento, ó la contradiccion en el vuestro.

¿La contradiccion en los Padres de la Iglesia? ¡Oh! no; juro por la verdad que no hay contradiccion en el pensamiento de los Padres, sino la conciliacion. Predicaron la justicia, como predicaron la caridad.

¡Ah! No lo negaré: Padres de la Iglesia dieron á la ignorancia y á la mala fé pretexto para estas interpretaciones que desmienten su verdadero pensamiento. Sí; Padres de la Iglesia dijeron, acerca del asunto en que nos ocupamos, palabras que no caerian hoy de los labios de un predicador sin excitar alguna sorpresa, y tal vez algun espanto. Empero todo lo que dijeron, con su ardorosa palabra, más atrevida y más vehemente por lo que hace al deber de dar, explícase, sin ofender la justicia ni ultrajar el derecho, por las circunstancias en que resonaba su voz, y por el fin que se proponia su elocuencia.

La palabra viviente parécese á un lienzo colocado á nuestra vista: necesita, para ser comprendido, su luz y su marco. Su marco es el siglo en que re-

sonaba; su luz es el fin que se propuso, el punto de vista donde se colocaba, y sobre todo los errores que denunciaba, ó las prevaricaciones que proscribia.

Ahora bien, ¿ante qué siglo hablaba la elocuencia de los Padres? ¿En qué atmósfera caía su palabra tan generosa como intrépida? ¿Qué deseaba su verbo santamente apasionado, que patrocinaba, con el Evangelio en la mano, la causa de la humanidad doliente? Era necesario anatematizar el egoismo pagano que, por aquel tiempo, devoraba la libertad y la caridad cristiana, obstinándose aún en perpetuar la servidumbre y la opresion del hombre. Ante las miserias y los egoismos que no conocemos, no obstante todas nuestras miserias y todo nuestro egoismo, su corazon se levantaba, se enardecía y se indignaba, convirtiendo la indignacion sus palabras en flechas ardientes; arrastrábales alguna vez á ciertas afirmaciones más ó ménos hiperbólicas, que no hubieran ellos mismos ratificado en toda la calma de su corazon tranquilo; esta palabra, en fin, era una *reaccion*; reaccion enérgica y animosa que obraba por el arrastramiento del amor contra los excesos del egoismo.

¿Cómo maravillarse de que tales defensores de los pobres y de los pequeños olvidaran un instante derechos que nadie pretendia desconocer en su presencia, para soñar sólo en las tiranías que la concupiscencia de los ricos hacía pesar sobre los sufrimientos de los pobres? El derecho de la propiedad en aquel tiempo, sustraíase á la discusion, cerniéndose inviolable y sagrado sobre sus discursos,

sin excluir los más conmovidos por el espectáculo de las miserias populares. Los propietarios, en el seno de su propiedad, reinaban como soberanos, pero como soberanos que abusan de su soberanía. ¿Quién puede pues maravillarse de que invectivas, que sólo querían herir los abusos de la propiedad, á quince siglos de distancia, y en una época turbada por el error, aparezcan fácilmente como un ataque al derecho de la propiedad?

Empero hacer de tales predicadores de la caridad insultantes del derecho; de tales amigos de la humanidad agresores de la sociedad; de tales enemigos de la servidumbre y de las opresiones humanas, fautores de discordias públicas y de revoluciones sociales, no es solamente un error histórico, un insulto al genio y á la santidad; es una contradiccion monstruosa.

En fin, si tal era su pensamiento, ¿por qué no lo manifiestan del todo? ¿Con qué objeto las reticencias, los equívocos y los «sobrentendidos?» ¿Por qué dejar en la sombra una parte de su pensamiento? ¿Por qué, si creian en la caridad-justicia, es decir, si creian en el derecho del pobre delante del rico, su franca y libre palabra no pronunciaba delante del pobre el sólo discurso que hubiera podido pronunciar, en tal hipótesis, su conviccion sincera?

¡Oh pobre! ¿Por qué tal perseverancia absurda en llevar, contra el derecho que Dios te otorga, la carga de la injusticia humana y de la iniquidad social? Escucha, desheredado de todos los bienes terrenos, á Cristo que te dice: Hijo mio, tu necesidad es tu de-

recho; lo supérfluo del rico es tu propiedad. Levántate, por consiguiente, miserable, de tu miseria; entra, oh soberano, en tu dominio y toma lo tuyo: si no puedes tomar lo tuyo, á lo ménos toma la parte que te toca en nombre de la Providencia divina y de la igualdad humana.»

Pues bien; lo pregunto, con la mano en los monumentos de la palabra; ¿es que nunca hizo la elocuencia de los Padres oir este verbo de tribuno y este clamor de anárquico? No, jamás. ¡Ah! Dichos grandes hombres, instruidos por el Evangelio é inspirados por las revelaciones del Corazon de Jesucristo, no creian que la fraternal aproximacion entre una y otra humanidad debíase hacer á nombre de la justicia, sino del amor: patrocinando el derecho del rico en nombre de la justicia, abrían en su corazon trasfigurado por su palabra, fuentes misteriosas, desde las cuales la caridad echaba sobre los pobres, por decirlo así, olas de donaciones desconocidas hasta entonces: la justicia y la caridad, el derecho y el amor abrazábanse en su pensamiento y en su palabra, como eternamente se abrazan en el seno de Dios y de la verdad.

Así la teología no conoce la doctrina de que la caridad *es sólo la justicia:* la conciencia la rechaza, y la tradicion la desconoce: estas tres voces dicen con la verdad: la donacion exigida en nombre del derecho, es decir, de la caridad-justicia, es un *error;* es un error social; lo mismo que los demás errores sociales, conduce á la ruina y al desastre de la sociedad.

II.

La confusion de la *justicia y de la caridad*, realmente, muy lejos de ser la solucion pacífica del problema social, es la mayor amenaza de la sociedad, preparando, en vez de la paz y de la prosperidad, el desórden y el desastre social.

Por encima de todas las demás, existen tres cosas que contribuyen á la prosperidad pública, dando á la vez la estabilidad al órden social, y la fecundidad al movimiento. Dichas tres cosas son la justicia, la caridad y la autoridad: la justicia en la base, la caridad en la cumbre, y la autoridad en medio: la autoridad manteniendo, con la estabilidad de la primera, y con la libertad de la segunda, las grandes condiciones del órden y del progreso social.

Sí; *justicia, caridad, autoridad*: hé aquí la verdadera fórmula social: afirmad y poned en armonía las tres cosas estas, seguros de que la sociedad marcha, con marcha rápida, fuerte y fecunda, á la realizacion de su destino. Quitad estas tres cosas, ó una de ellas solamente, y la sociedad no se sostiene, marchando á los abismos, ó lo ménos volviendo á la decadencia.

Ahora bien; esta fórmula: la *caridad* impuesta en nombre de la *justicia*, ó la *necesidad* del pobre, proclamada como un *derecho*, delante del rico, es la destruccion de dichas tres grandes cosas necesarias, y, por consiguiente, la ruina de la sociedad ó el *desastre social*.

Desde luego, tal fórmula, pasando á los hechos, aniquila la funcion providencial dada por Dios á la caridad, concluyendo tarde ó pronto por destruirla del todo.

La mision soberana de la caridad en el órden social, es compensar por el amor la desigualdad de las condiciones fundadas en la naturaleza de las cosas, establecida por la voluntad de Dios, consagrada por la historia, y por la propia justicia sancionada. Dígase lo que se diga, y hágase lo que se haga, existe una desigualdad que corresponde á la naturaleza humana, á la esencia de la sociedad y á la ley universal de la creacion. La igualdad absoluta es rigurosamente lo *imposible*, y es un desastre social toda tentativa para imponerla al mundo.

Así, lo que pudo el hombre soñar, para el progreso de las sociedades, más radicalmente antisocial, es lo que se llamó el sistema *igualitario*, ó la supresion sistemática de la desigualdad de las condiciones sociales.

El «igualitarismo» es la confiscacion del derecho de cada uno por la desgracia de todos. El «igualitarismo» es el rebajamiento de la grandeza individual al nivel de la vulgaridad comun. El «igualitarismo» es la fealdad social, por ser la supresion de un elemento esencial de toda belleza en las cosas creadas. La belleza nace del órden, y este de la diversidad. El «igualitarismo» es la tiranía que han elevado á su más alta y á su más repugnante potencia; porque pulveriza bajo su mano, como una fatalidad, toda libertad humana. El «igualitarismo es la crueldad y

el asesinato sustituidos á la política y al gobierno; destruye toda cabeza que á las otras sobrepuja; es el reinado sangriento del hacha, de la guillotina ó de los fusilamientos. En fin, digámoslo todo en una sola palabra: el «igualitarismo» es lo *imposible*; sólo puede nacer para morir, y no vive sin para devorarse por sí mismo.

Hé aquí por qué, cuantas veces graba la mano del hombre sobre la piedra, como una divisa social, la terrible palabra *igualdad*, y sobre todo, cuando el «igualitarismo,» mostrando su cabeza repugnante, amenaza coger el timon de la sociedad, un vasto terror se apodera de la generacion amenazada del reino este nefasto; entonces todo lo bueno se aterra, y todo lo ruin espera. La sociedad se siente delante de la salvajez, llevando en su seno presentimientos de catástrofes, y sobre su frente señales de muerte.

La sociedad es condenada por consiguiente á la desigualdad, como toda la creacion lo es á la diversidad; la desigualdad, no es un accidente, sino la esencia misma del órden social.

Empero si la desigualdad de las condiciones es un hecho inevitable, por referirse á la esencia del órden social, por otra parte, en el estado actual de nuestra humanidad decaida, llévase consigo, si nada la equilibra, opresiones, servidumbres y tiranías que reclaman una mediacion y una compensaciou precisas. ¿Cuál es, en el plan de Dios, este compensador providencial de la desigualdad social? ¿Cuál este reparador fraternal de las miserias individuales, que produce nuestro egoismo natural?

Vedlo: la caridad, uniendo en un recíproco afecto el corazon del rico y el corazon del pobre, por el lazo simpático del beneficio y de la gratitud.

Tal es, en el plan de Dios, el correctivo providencial de la desigualdad social por la mediacion tan fuerte como suave del amor: el rico amando más al pobre, objeto de su beneficencia y de su caridad; el pobre amando más al rico, autor de tal beneficencia y caridad. Para este acrecentamiento progresivo del amor fraternal entre séres desiguales, los grandes y los pequeños se aproximan cada vez más sin nunca igualarse, hasta que se hallan en la armonía libre y dichosa, donde la unidad creada por el amor se difunde en las diversidades creadas por la naturaleza, y donde las desigualdades consagradas por la justicia, endúlzanse con las suavidades del amor. ¡Oh divina Bondad! ¡Tal es el plan de tu Providencia, desarrollándose desde tu seno en el seno de nuestra humanidad, como una comunicacion del órden eternal, donde la unidad infinita irradia á través de los mundos en una diversidad infinita!

Ahora bien; suponed en principio, que la *caridad* es sólo la *justicia;* que pasó tal principio á la realidad, viniendo á ser el hecho social: entonces este plan es destruido, y no existe armonía. El amor entonces, entre las condiciones humanas no es el mediador suave, que templa en la desigualdad social la austeridad de la justicia. Sólo la justicia toma en sus manos inflexibles y en sus brazos de acero esta sociedad sin corazon, donde ha perdido el amor su oficio, y donde la desigualdad fatal produce

la fatalidad de las opresiones, así como de las servidumbres sociales.

Entonces, en vano en tal reino de la *caridad-justicia*, el amor dá y dá cada vez más: sus dones no alcanzan su objeto providencial. Entonces el que dá no aparece á los ojos del que recibe como un bienhechor, haciendo un acto de amante, sino como un deudor, haciendo un acto de justicia. Entonces el que recibe, en lugar de ver en sí un obligado á la gratitud, debiendo al bienhechor una correspondencia muy afectuosa por el don á que no tenía derecho, sólo se considera un acreedor, recibiendo el don del amor, cual se recibe el saldo de una deuda.

Así, poco á poco, en las generaciones donde ha echado raíces esta idea fatal, vése disminuir en todas partes, y perecer pronto por completo, el amor verdaderamente fraternal: perece bajo sus dos apariciones más suaves, que se llaman el beneficio por una parte y la gratitud por otra. Nada endulza por fraternales relaciones el derecho doloroso de la desigualdad social. Los hombres aparecen con la fria actitud del egoismo, y prontamente con la terrible actitud amenazadora del odio.

Entonces, en efecto, los dones de la caridad, no sólo no alcanzan su objeto, sino que lo vuelven contra ella; en lugar de amontonar en los corazones, donde caen, tesoros de afeccion, amontonan poco á poco tesoros de venganza. Cuando el amor ha perdido su legítima y providencial mision, lejos de unir separa, porque sus dones, desnaturalizados por el error, sólo aparecen, á una indigencia declarada sobe-

rana, como una parcial satisfaccion dada á sus derechos más extendidos, cual las arras incompletas de un saldo total, añadida en la grande hora de las justicias populares, ó como se dice hoy, de las *reivindicaciones* necesarias y de la *liquidacion* social. Entonces, por último, cuanto más dais, más arraigais en quien recibe la idea de un derecho imprescriptible á recibir cada vez más, y más encendeis en el alma del pobre la pasion creciente sin cesar de ser como el rico, bajo el nivel de una justicia imaginaria y de una igualdad imposible.

Así es como por el viento de idea tan fatal, la *caridad-justicia* ó la *donacion en nombre del derecho*, vuestros beneficios van por sí propios á la ruina social y á los desastres populares. El amor con sus dones viene á ser, en lugar de un temperamento armonioso, una lenta excitacion á tendencias anárquicas: en vez de calmar el gemido de la miseria, provoca el grito de la revolucion, y el propio beneficio es fecundo en desastres. Hago constar un hecho contemporáneo desconocido en tristes dias; un hecho que demuestra, con la perturbacion profunda de nuestras ideas, hasta qué punto este resultado es fatal: Refieróme á *la rebeldía del siglo contra la limosna*; á la *injuria inferida tambien á la limosna* por sofistas aduladores de la plebe, como la señal precursora de su próxima liberacion. Sí; la limosna, el don de la misericordia hecho á una miseria por el amor de Dios, es decir, el acto más moral, más cristiano, más fraternal y más social, es denunciado ante la razon popular como un insulto al pueblo que llá-

mase soberano; la limosna es llamada *un deshonor*, una *vergüenza*, una *humillacion*: ¡la burla de los grandes y el oprobio de los pequeños!..... ¿No es acaso esta lengua desconocida la que habíase puesto á emplear de repente un siglo muy olvidado á la vez de las tradiciones cristianas y de las tradiciones sociales?

Pues bien, yo pregunto: ¿quién ha forjado esta corona de ignominia á la limosna, despojada de su honor secular? La idea desastrosa de la *caridad-justicia*. ¿A qué fin, en efecto, tender la mano y recurrir á la caridad, si puedo yo invocar la justicia en mi miseria? ¿A qué fin mendigar, en nombre de la miseria, la satisfaccion de un deseo, si puedo exigir, por mi soberanía, el saldo de una deuda?—¡Atrás por tanto, exclama el pobre humillado y enfurecido á la vez; atrás la limosna, que me oculta un insulto en el fondo de su piedad; atrás la caridad, que convierte sus dones en una irrision de mis derechos!

Y la caridad se retira, con sus larguezas que rechaza el siglo, velando su faz llorosa para no ver los desastres que ha sembrado detrás por sus propios beneficios.

Así perece la caridad, coronamiento divino de la sociedad humana, y no perecerá sola.

Mientras vé derrumbarse sobre su cabeza esta cumbre qua se llama la *caridad*, la sociedad siente vacilar bajo sus pies la base que llámase la *justicia*.

La justicia, en efecto, fundamento eterno de las sociedades del tiempo, tampoco se sostiene, pereciendo en una propia ruina.

La justicia, hemos dicho, es la idea primordial de la asociacion humana. No digo que bastante sea para la sociedad el reinado de la justicia; digo que, sin la justicia, no hay sociedad. La justicia no es la perfeccion de la sociedad, sino su esencia. La caridad es su coronamiento armonioso, mas la justicia es su base sólida; es el granito inmoble sobre que descansa todo el edificio social, so pena de que cruja por el soplo de la tempestad primera. La justicia es la línea recta é inflexible que debe seguir toda sociedad en su marcha más ó ménos acelerada. La sociedad, en su curso, es poco más ó ménos, como nuestros carros que ruedan al soplo del vapor sobre los caminos de hierro. Si los carros se desvian, todo su movimiento sirve sólo para llevarlos á los abismos. La caridad es, si quereis, la expansion ardiente que lo arrastra todo en su movimiento; mas la justicia es la línea eterna echada desde las profundidades de la eternidad sobre los abismos del tiempo: línea preservadora, de la que no se puede desviar un minuto el carro de los Estados, sin ir á fondo y precipitar todos los desastres.

Por consecuencia, en nombre de la sociedad, que ante todo quiere vivir, y como un edificio, que no puede sostenerse sin base; en nombre del progreso, que sólo puede marchar siguiendo las líneas de la inmutable justicia; en nombre de la caridad, en fin, que debe perecer fatalmente bajo las ruinas de la justicia, yo, defensor entusiasta de la verdad y de la caridad, desde el fondo de mi conviccion leal, quisiera decir al mundo entero; pero sobre todo á la

presente sociedad francesa, que corre peligro de perecer en el seno de la confusion de las ideas y de la anarquía de las doctrinas: ¡Proscripcion á todo sistema que ataque la integridad del derecho, y subvierta los límites inviolables de la eterna justicia! Aun cuando fuera una predicacion generosa del amor, este sistema sería fatalmente destructor y antisocial. Antes de la fraternidad, debe hallarse la justicia. Antes de pedir al amor que satisfaga la necesidad, es preciso pedir á la justicia que consagre sus derechos.

¡Ah! No nos forjemos ilusiones: las injurias á la justicia se vuelven contra el mismo amor, y las muchedumbres sufrirán, tarde ó pronto, á consecuencia de los golpes asestados contra el derecho por teorías muy mal inspiradas para llamar al error social á fin de que socorra los sufrimientos populares. Si matais hoy la justicia, el amor perecerá mañana, y sobre su ruina comun sólo quedará para salvar á las naciones lo que las destruya necesariamente: la *iniquidad reinando en el egoismo.*

No vacilo en declararlo: la caridad, pedida en nombre de la justicia, es la muerte de la justicia que se os demanda en nombre de la caridad, á fin de sepultar la segunda en el sepulcro de la primera.

¿Qué es, pregunto, efectivamente, aplicada á las realidades de la vida, esta fórmula que salió de los sueños de la innovacion, sino el *reino absoluto de las necesidades convertidas en la suprema regla de las sociedades?* Este absolutismo nuevo, y esta soberanía desconocida en la historia por completo, ¿qué es sino

la necesidad sustituida al derecho, es decir, la negacion del derecho, y, en la negacion del derecho, la muerte de la justicia?

¿Cómo esta fórmula vaga, errónea, podría llegar á ser el criterio de la verdad social? ¿Cómo precisar la nocion? ¿Cómo dar la fórmula y la definicion de semejante necesidad convertida en soberana? El derecho se define; el derecho se formula; el derecho se hace constar; el derecho se impone, por ser soberano; es una participacion humana de la sabiduria de Dios. Entre el derecho individual y el derecho social la ecuacion se revela, la incógnita se despeja, y las dos se formulan en términos palpables. Mas, fuera del caso extremo en que tambien la necesidad se impone como soberana, ¿quién ha recibido de Dios el derecho de ser obedecido? ¿Dónde la definicion está de la necesidad? ¿Dónde la fórmula de esta? ¿Dónde su prueba evidente? En una palabra, ¿dónde se halla el derecho de la necesidad? ¿Dónde la señal de su soberanía? ¿Bastará, por ventura, decir: «vedme aquí?» Despues de tocar con el límite de su cetro este campo que denomino yo mi campo, este capital que denomino yo mi capital, esta casa que denomino mi casa, ¿será preciso dejar mi campo, mi capital, mi casa? ¿Arrojando al viento los monumentos auténticos donde la justicia, con su mano incorruptible, grabó la señal de mi derecho, deberé yo inclinarme en presencia del imperio de la necesidad, y marcharme diciendio: *Sitio para mi soberanía?*

¡Ah! diré aquí á estos novadores tan ciegos como

temerarios; si esto pretendeis, entonces responded: vosotros, que proclamais en nombre de la justicia, por una parte, el derecho de recibir, y por otra, la obligacion de dar, decidme, si os consta: ¿qué hareis para proteger, bajo el reinado absoluto de las necesidades, el reinado imprescriptible de la justicia? ¿Cómo hacer para realizar con vuestra fórmula una donacion donde la justicia y la equidad no mueran juntas? *Dic mihi si habes intelligentiam.* ¡Oh, profundos pensadores! Sí; decídmelo, si no lo ignorais: ¿cómo lo hareis para que la justicia y la caridad subsistan y se abracen en el seno del órden y de la armonía social?

Dejádmelo decir: vuestro pensamiento en vano aquí lucha contra la verdad, y no cambiará nada la naturaleza de las cosas. De dos resultados, es uno absolutamente inevitable, y estamos en esta fatal alternativa: ó el error, *la caridad es sólo justicia*, será muerto en las inteligencias por la espada de la palabra, ó este mismo error matará la justicia con la espada de las pasiones. Sí: preciso es optar; ó estas fórmulas: *la donacion en nombre del derecho; las necesidades soberanas*, etcétera, serán pulverizadas por la sociedad, ó pulverizará su brutal aplicacion á la misma sociedad.

Sin duda no todos los apóstoles de tal doctrina lo quieren, valiendo más su honor que sus principios. Sea. Empero, ¿qué importa que lo quieran ó no lo quieran, si el resultado es la llegada fatal de los principios que sientan y de las fórmulas que enseñan? Hombres generosos quizás, pero inconse-

cuentes, en vano retroceden ante el abismo ahondado por sus errores. En las cosas hay una lógica irresistible, y en vano la procurareis resistir. La quereis detener; pero marcha, y os arrastra en su corriente: rueda, y vosotros con ella, por la pendiente rápida de los errores sociales, que tarde ó pronto llevan á la muerte de las sociedades. Cuando las pasiones la toman con su empuje, haciéndole como alas de fuego para marchar más pronto, esta lógica de las cosas se precipita, y con ella los desastres ocultos en sus principios. Entonces teneis, con la ruina de la *caridad*, la ruina de la *justicia*, siendo las dos como el preludio de la ruina de la propia sociedad por la ruina de la *autoridad*.

¿Qué hacer, en efecto, entre tales dos ruinas que se llaman la una á la otra, para la salvacion de la sociedad? ¿Qué pondreis vosotros en medio para retener á la sociedad que se inclina entre tales cumbres que crujen, y tales fundamentos que vacilan como en la ciudad de Priam en su dia supremo? ¡Ah! Os oigo; para proteger estas dos cosas y conservar con ellas la sociedad que corre al abismo, teneis lo que aún llamais la autoridad, es decir, en el lenguaje de la idea moderna, el *poder* central, el gobierno, el Estado, en fin, *padre nutricio* de los pueblos fraternales; el Estado, este *mediador* moderno entre los hombres y los hombres, ya que no entre los hombres y Dios; *el Estado, colocándose en el centro de la sociedad, hará descender de su mano imparcial, sobre las necesidades proclamadas soberanas, la caridad en nombre de la justicia.*

La justicia, entre los séres asociados, es su funcion suprema; desde el momento en que cae la caridad en la justicia, una y otra caen incontinenti bajo la mano del Estado.

Por consiguiente, la mano que ser quiere, á la vez, dulce como una paternidad, é inflexible como un destino, extenderáse donde quiera para realizar en una estas dos funciones: *tomar* y *dar;* tomar en nombre de la *justicia,* para dar en nombre de la *caridad;* tomar á quien posee demasiado, para dar á quien no posee bastante; hacer progresivamente más pequeña la parte de los grandes, y más grande la parte de los pequeños; detener el vuelo indefinido de la fortuna por la progresion del impuesto, y el desarrollo indefinido de la miseria por la progresion ascendente de los socorros; colocar arriba el *máximum* de la riqueza, y abajo el *mínimum* de la comodidad; allí, entre las dos barreras que no se pueden franquear, retener bajo una omnipotente autoridad á la humanidad cautiva de su propia ventura, bajo la mirada y la mano de la paternidad abstracta, que se llama el Estado, convertido para cada uno y para todos en el órgano público y omnipotente de la *caridad-justicia*.

Hé aquí el ideal de la sociedad nueva bajo el reinado de la caridad-justicia funcionando por el organismo del poder central. Es ciertamente ingenioso el proceder, no pudiéndose imaginar en teoría nada más inocente, más fraternal y más generoso.

Empero, bajo tal manto de la *caridad-justicia,* cuyas teorías, que á sí propias se dicen humanitarias,

cubren esta autocracia, encargada de realizar el ideal de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, ¿sabeis lo que hay? Está la consagracion de todas las servidumbres, de todas las opresiones, y de todos los rebajamientos. Particularmente hay con la anarquía que comienza, en los dos extremos de la sociedad, dos despotismos que van marchando todos los dias, el uno de arriba abajo, y el otro de abajo arriba: el primero, que desciende, rebajando en su marcha las superioridades; el segundo que sube, compeliendo á las inferioridades á lo alto. Por una parte, el despotismo de una arbitrariedad que no puede tener razon para parar su marcha degradante; por otra, el despotismo de una revolucion sin motivo para contener su marcha invasora.

¿Y cómo seria de otra manera? Cuando el principio antisocial de la *caridad-justicia* ha consagrado, como la funcion propia de los Estados, la distribucion de los bienes; cuando la fórmula proclamada por errores de literatos y por pasiones republicanas: *Tomad á quien tiene demasiado para dar á quien no tiene bastante*, ha venido á ser—por hipótesis—la base de los imperios, de los reinos ó de las repúblicas, ¿qué razon hay en los poderes para pararse en el nivel progresivo, que va borrando cada vez más la desigualdad social? ¿A qué fin detenerse? ¿A qué fin tal término más bien que otro? ¡Ah! la autoridad—engáñome—la arbitrariedad marcha y sigue marchando, como una fatalidad arrastrada por su ley; no se detendrá hasta que llegue al fondo del abismo social, que es la tumba de la sociedad misma; el

abismo anchuroso del «igualitarismo» absoluto y del Socialismo oficial.

Mientras este despotismo *desde lo alto* desciende más y más, aplastando, bajo su pié de hierro, el límite de la justicia y de la frontera del derecho, en nombre mismo de la justicia y del derecho, ¿qué sucede *aquí bajo?* ¿Quién lo podría dudar? ¿Quién no vé aquí la fuerza de las cosas y la marcha de la fatalidad? Entonces otro despotismo más espantoso que el primero sube de las capas inferiores de la sociedad hácia las alturas sociales, y cual un mónstruo cuyos instintos devoradores nadie puede contener, dice mirando en las alturas el poder que vacila: Es preciso tomar *más aún, mas aún* á los ricos, así como dar *aún más* á los pobres: aún hay desigualdades que destruir; aún más superioridades que abajar; aún más bienes que restituir, por detentadores injustos de la posesion; aún hay más justicia que hacer al pueblo ultrajado por siglos de injusticias y de usurpaciones.

Entonces, mientras el Estado altera perpétuamente con su mano el límite del derecho, cada vez hace retroceder más el pueblo el límite de sus deseos. Y cuando sus principios han tomado por completo posesion del alma de los pueblos, las ánsias populares aparecen como ascendente marea, que impele é impele ante sí sus olas invasoras. Estas olas humanas, semejantes á las del Océano, se suceden viniendo á chocar sucesivamente murmurando contra todas las realidades que pretenden arrastrar en su espuma. Estas olas, como las aguas de la mar, tienen una

voz que habla y pronuncia la frase terrible de las pretendidas reivindicaciones de las justicias populares. La ola primera dice, alzando su voz: *Vamos á herir este lujo*; la segunda ola dice: *Vamos á herir este capital*; la tercera ola dice: *Vamos á herir á estos usurpadores*. Entonces se levantan los hombres contra los hombres, las familias contra las familias, las clases contra las clases, y las generaciones contra las generaciones; se mezclan, se chocan, se quebrantan recíprocamente, con un ruido semejante al de un mar tempestuoso. Y cuando el error social convertido en realidad habrá consumado el desastre social, sobre los escombros acumulados, levantará la Igualdad su estandarte sangriento; sentándose luego en el polvo y la sangre, dirá la palabra última del error social triunfante: «La *caridad* no existe, ni existe la *justicia*, ni existe la *autoridad*, ni existe la sociedad. Sólo yo existo: únicamente yo; yo la igualdad absoluta, aplastando bajo mi nivel inflexible todas las superioridades, que, durante tantos siglos, han constituido con el desórden social el oprobio y la desgracia de las generaciones populares.»

Así se reveló ya en un dia siniestro, no sólo la impotencia y la ineficacia, sino la desdicha y el desastre de lo que se llama la omnipotencia de los Estados para la solucion del problema social. Los pondremos de realce más directa y extensamente en otra publicacion. Lo que sobre todo queremos mostrar aquí, es que la confusion de la justicia y de la caridad destruye la una por la otra estas dos grandes

fuerzas sociales, y con ambas esta gran fuerza central de toda sociedad, que se llama la autoridad; es que, confundiéndose en una ruina comun, la destruccion de dichas tres potencias sociales, prepara infaliblemente la ruina de la propia sociedad.

Así lo que prometimos demostrar parécenos que aparece con una luz completa, es decir, que la *caridad-justicia* ó la *donacion* reclamada en nombre del *derecho*, lejos de poder resolver, por la verdad social, el terrible problema de la sociedad moderna, está convencida de constituir el error social más grande, y, como tal, la preparacion, lenta quizás, pero segura, de los mayores desastres de la sociedad.

Sin duda las inteligencias vulgares no traslucen aquí en sus principios sus consecuencias últimas; no ven cómo del seno de la confusion esta en las ideas debe salir la destruccion de las cosas, y cómo el error presente lleva en sus flancos el gérmen tristemente fecundo de los desastres futuros, no revelándose para ellas el error sino por las siniestras claridades de los hechos consumados, es decir, por los resplandores del incendio que devora el edificio social.

Mas todo el que sabe reconocer el error de otra manera que á la luz y por el ruido de sus brutales explosiones sobre el teatro de la via política y social, no necesita que los acontecimientos vengan á instruirle con sus lecciones terribles: en el fondo mismo de la idea ve sin duda el infalible pronóstico del hecho; puede ignorar é ignora de ordinario la

hora precisa en que hará el error social en el desastre social su gran manifestacion, grosera, salvaje quizás, y á causa de esto mismo inteligible para todos; mas sabe que se realizará. Sin ser profeta, por la sola instruccion que á todo espíritu recto da el buen sentido, este genio de la humanidad puede anunciar sin miedo á error que la confusion de la justicia y de la caridad debe conducir, con la ruina de la una y de la otra, y de la una por la otra, á una tercera ruina social; la ruina de la autoridad, y con estas tres ruinas, confundidas y mezcladas en un mismo desastre, á la ruina de la propia sociedad: sabe, por lo tanto, con ciencia absolutamente cierta, existiendo para él la obligacion de proclamarlo, que entre todos los charlatanes que nos prometen el remedio del mal social, los que lo demandan á la identificacion ó á la confusion de la justicia y de la caridad, son los más engañadores de todos, por cuanto el órden social no se concibe ni puede subsistir sino en su necesaria distincion en el seno de su armoniosa union.

CONCLUSION.

Así, ante el mal social que roe cada vez más las fibras de la Sociedad viviente, todos los Charlatanismos que se presentan para curarnos, quedan convencidos de una misma radical impotencia:

Charlatanismo del vuelo indefinido de la *Riqueza;* de la riqueza universal, de la riqueza para todos: error desastroso que precipita en los más grandes abismos;

Charlatanismo del progreso indefinido de la *Ciencia*, proclamándose á sí misma suficiente para todo, y no pudiendo absolutamente nada en el órden social;

Charlatanismo de la *Filosofía*, bajo sus tres formas principales, convencida de una misma futilidad;

Charlatanismo de la *Economía*, que á sí propia se dice omnipotente, y conduce á la doble impotencia de resolver la cuestion social, en el órden moral y áun en el órden material;

Charlatanismo de la *Caridad-Justicia*, ó de la donacion demandada en nombre del derecho; error social gravísimo, cuya última palabra es la destruc-

cion de la justicia y de la caridad, y por consiguiente de la autoridad y de la misma Sociedad.

Hay otro Charlatanismo, que instálase hoy cada vez más en el teatro de la vida social, y que no sólo encarece asimismo, ante la Sociedad enferma, la eficacia *soberana* de su remedio, sino que, dia por dia y hora por hora, tiende á imponérnoslo.

Es el que conviene llamar *Socialismo de Estado*, es decir, el Estado concentrando en su mano todas las fuerzas vivas de la nacion, para él mismo aplicarlas por sí propio á la solucion que llama pacífica de la cuestion social... Hace poco aún, nuestros hombres de Estado, y, entre ellos los más célebres, osaban decir, cerrando los ojos á la luz de la evidencia: «No existe cuestion social.» La cuestion social molestaba su política no sincera y disimulada; á fin de sustraerse á ella, tomaban el partido de negarla. Hoy la cuestion social se levanta con todos los peligros que lleva en su seno; se impone, como se impone la claridad del sol, y dice á los políticos aturdidos: «Vedme aquí: soy la cuestion social; en nombre del pueblo que murmura y que aguarda, os intimo para que me deis una solucion.»

Ante tal intimacion llena de amenazas, el Estado, personificado en algunos hombres, ha respondido: «Sí; la cuestion social existe y pide una solucion. Ahora bien; la solucion soy *yo*. Sí, yo el Estado, voy, poco á poco y sin sacudidas, á poner la mano en todos los grandes resortes de la vida nacional. Tomo bajo mi propia responsabilidad y bajo mi direccion exclusiva, un dia todas las escuelas; otro dia todos

los caminos de hierro; despues, todas las fianzas; despues todas las minas; despues todas las grandes fuerzas industriales y agrícolas. Un dia—y no puede hallarse lejos—descartadas todas las iniciativas individuales, todas las empresas y todas las responsabilidades particulares, sólo quedaré yo, el Estado, iniciador, emprendedor, administrador, gerente, curador y, como tal, responsable de todo. Entonces el antagonismo no podrá existir; la unidad existirá en todas partes y en todo; con ella reinará la armonía, y á lo ménos todo estará en el mejor de los mundos posibles.

En resúmen, tal es este Socialismo, ó más bien este Charlatanismo de Estado que pretende curarnos del mal social: Charlatanismo en sus procedimientos más solemnes, en apariencia más sério y más moderado; pero, en realidad, más peligroso que los otros, y que, más seguramente que los restantes, deberá conducirnos, no á la curacion de la sociedad, sino á la muerte social.

Hé aquí lo que habiamos pensado demostrar antes de concluir este volúmen, ya un poco considerable.

Mas el asunto es, por sí mismo tan grave y decisivo; exige, para ser desenvuelto con toda claridad, tales desarrollos, que más oportuno hemos creido reservarlo para una publicacion subsiguiente, si Dios nos permite abordar y concluir el nuevo trabajo.

El autor del libro este sintió primero la omision, por la grande oportunidad del asunto. Empero, dado el movimiento que nos conduce hácia este Socialismo de Estado, y considerando el progreso

siempre mayor de los errores sociales que nos impelen, como á una especie de término fatal, no podemos poner en duda que tal oportunidad ya grande, de algun tiempo á esta parte, hácese mayor aún. Y los acontecimientos que, acerca del punto este nos instruyen hace ya mucho tiempo, no podrán ménos, en un próximo porvenir, de instruirnos más, iluminando con una luz más brillante aún el peligro con que nos amenazan tales tendencias, y el abismo á donde nos conducen.

Que se nos permita solamente decir aquí, sin perjuicio de luego demostrarlo, que este Socialismo del Estado, ó el Estado queriendo resolver por sí sólo la cuestion social, es, de todos los charlatanismos que habemos señalado, el peor y el más formidable, y que, lejos de podernos curar de la lepra que nos devora, él mismo nos amenaza con un mal irremediable; porque, contra el Estado, dueño absoluto de todo, no tenemos el poder de defendernos, y acaso ni el poder de protestar: ¿qué podrían, en efecto, contra un Estado armado de todas las grandes fuerzas de la nacion las tentativas de defensa y las protestas del derecho?

Hemos olvidado tambien tomar aparte, en esta obra, otro Charlatanismo hoy muy ruidoso, en todos los medios de la publicidad, y sobre todo en el mundo dicho de los *trabajadores:* es el que dá como supremo remedio para el mal social el empleo de la fuerza y de la violencia, hasta el asesinato. Charlatanismo siniestro que llena hoy el mundo con sus discursos incendiarios, y con sus programas fratricidas, ensa-

yando espantar á la sociedad con el ruido de sus atentados.

Estos charlatanes nuevos, que aspiran á empapar la Sociedad en la sangre, y pretenden realizar el ideal de la civilizacion por el exceso de la salvajez, se dan nombres diversos, segun los matices de sus aberraciones, el grado de su exaltacion y la incandescendencia de sus pasiones «antirreligiosas» y revolucionarias; pero todos encuéntranse, más ó ménos, en esta idea la más antisocial que cabe imaginar, la idea de despojar, destruir, saquear, y en caso preciso matar cuanto puede constituir un obstáculo para sus designios. Es el Socialismo del machete y de la guillotina, del hacha ó del puñal, del petróleo ó de la dinamita. ¡Extraños médicos de una sociedad enferma, prontos á matar á media humanidad viva, bajo el pretexto de manumitir y realzar á la otra!

Nada tenemos que decir á estos hombres dominados por el doble vértigo del error y de la pasion; no se razona con el odio, y no se discute con el furor. Cuanto hemos dicho dirígese á los hermanos nuestros que creen en el poder de la idea, siendo aún susceptibles de comprender y seguir un razonamiento. Mas con estos espíritus *retrógrados*, con estos corazones helados, y con estos cerebros calenturientos, segun nos los hacen ver cada vez más, so pretexto de patrocinar la causa del pueblo obrero, los apóstoles de la Revolucion; con lo peor de todos los enfermos, heridos sobre la tierra por un verdadero mal infernal, digamos la palabra, con estos *locos-furiosos*, ganados por lo que se puede llamar la lo-

cura «anticristiana» y el *alienismo* revolucionario, el razonamiento está demás y nada tiene que hacer.

Corresponde á la Sociedad ponerse muy en guardia y tomar sus medidas; el aviso dado á todos está, por la misma voz de los acontecimientos, á fin de que se mantengan en pie y firmes en el umbral de su casa, prontos á defender, con su dominio, su hogar, su familia, y la Sociedad amenazada, como nunca lo fué, por estos bandidos sociales.

Corresponde, por último, á todos los contemporáneos que, en medio de la confusion universal de ideas que oscurecen la atmósfera del mundo social, han conservado los resplandores de la más vulgar razon, no sólo estrechar sus filas, para defender con los altares y los hogares la misma Sociedad, sino, sobre todo, comprender que dichas muchedumbres, ébrias de cólera y de odio, no están hoy tan espantosamente armadas contra la propiedad, contra la autoridad, contra el órden, contra la sociedad, sino porque hace más de un siglo hombres *nefastos*, sin contradiccion los más criminales de todos, vienen trabajando y trabajan aún á fin de armarles contra Jesucristo, contra la Religion y contra el mismo Dios. En una palabra; á las sombras y espantosos resplandores que atraviesan, á la hora presente, nuestro mundo social, como los relámpagos precursores de la tempestad atraviesan las nubes, es preciso que todos, en fin, so pena de morir, sepamos reconocer que, para curarnos de nuestro mal humano, es menester el remedio *divino*, y que los formi-

dables problemas suscitados ante nosotros por el Socialismo, no pueden tener, como lo hemos mostrado en el volúmen precedente, verdadera solucion fuera del Cristianismo y por el Cristianismo (1).

---

(1) *Socialismo y Cristianismo.*

TABLA DE MATERIAS.

Págs.

Algunas palabras al lector. v

CAPÍTULO PRIMERO.

De la riqueza considerada como remedio universal para el mal social, ó el siglo ante el Socialismo. 1

CAPÍTULO II.

La Ciencia ante el mal social. 48

CAPÍTULO III.

La Filosofía ante el mal social. 102

CAPÍTULO IV,

La Economía moderna ante el mal social. 152

CAPÍTULO V.

La Caridad-Justicia ante el problema social. 236

CONCLUSION. 277

OBRAS

QUE SE VENDEN EN LOS MISMOS PUNTOS.

	Pts.	Cts.
Biblioteca predicable, ó sea coleccion de sermones panegíricos, dogmáticos, morales y pláticas para todos los domingos del año y para la santa cuaresma, por D. Emilio Moreno Cebada. Con las licencias ordinarias; once tomos en 4.° mayor.	50	
Obra apreciabilísima, y de la que quedan muy pocos ejemplares.		
Leyendas y tradiciones populares *de todos los países sobre la Santísima Vírgen María*, recogidas y ordenadas por una sociedad religiosa con licencia y prévia censura de la autoridad eclesiástica; un tomo en 4.° mayor muy abultado, con láminas sueltas.	6	25
El genio del Cristianismo *ó bellezas de la Religion Cristiana*, por el vizconde de Chateaubriand; dos tomos en 4.° con 23 láminas, y un magnífico cromo representando la Sacra Familia.	5	
Esta obra, muy bien traducida y con abundantes notas, es muy á propósito para regalos á las familias cristianas.		
La mujer cristiana *desde su nacimiento hasta su muerte*. Estudios y consejos, por Mad. de Mercey. Obra recomendada por varias dignidades de la Iglesia, como lo más bello que se ha escrito sobre este asunto, tradu-		

	Pts.	Cts.
cida al castellano y anotada por D. José Vicente Caravantes; un tomo en 8.° mayor, con láminas en acero.	5	
Luz en la tierra. Demostracion de que entre la religion católica y la ciencia no pueden existir conflictos, por Abdon de Paz. Obra laureada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso extraordinario de 1878. Segunda edicion, Madrid, 1882. Adornada con el retrato del autor, y una biografía y estudio crítico del mismo, por D. Enrique Perez Escrich; un tomo.	5	
Historia general de la Iglesia *desde la predicacion de los Apóstoles*, por el Abate Beraul-Bercastel, Canónigo de Noyon. Corregida y continuada desde el año 1719, en que la dejó su autor, y adornada con importantes disertaciones por el baron Henrion: traducida al español, anotada en lo relativo á España, aumentada con un apéndice y enriquecida con importantes documentos; ocho tomos en fólio.	50	
De esta importantísima obra quedan muy pocos ejemplares.		
Conferencias ó pláticas *sobre doctrinas y prácticas de la Iglesia Católica*, por el ilustrísimo Wiseman, Cardenal Arzobispo de Westminster; dos tomos en 8.° marquilla. .	6	
Tenemos por excusado ponderar la obra de este eminente escritor católico, pues todo el mundo sabe que es uno de los primeros vigías de la casa de Israel.		
Manual del Apologista, por D. Niceto Alonso Perujo, Canónigo doctoral de Valencia. Esta obra, aprobada por la censura eclesiástica, y escrita con mucha erudicion, claridad y solidez, contiene todo lo necesario para refutar los errores modernos que con más frecuencia suelen hoy presentarse. Es utilísima para el púlpito, el con-		

	Pts.	Cts.
fesonario, las polémicas de tertulias, Academias, y áun la prensa periódica; dos tomos de más de 450 páginas cada uno. . .	8	

«Queremos, dice el autor, que este libro sea el auxiliar del sacerdote, que en estos tiempos de polémica se ve obligado muchas veces á contestar en el acto á los que atacan nuestra Religion, y que le sirva para refrescar la memoria de los estudios sérios y dilatados que ha hecho, tanto en su carrera en el Seminario, como despues de ella. Queremos que sea tambien el alivio del jóven estudioso, inspirándole amor á la Iglesia, abriéndole camino para avanzar en el estudio de las ciencias eclesiásticas, y haciendo que forme ideas claras y precisas, presentándole las materias con sencillez y método. Queremos, además, que sea una especie de repertorio breve para muchas personas que, por una parte, necesitan por su posicion social una instruccion religiosa sólida, y, por otra, no les permiten sus ocupaciones consultar obras de este género más voluminosas y profundas. En una palabra: aspiramos al honor de hacer un libro popular, como lo son, por desgracia, los errores que combatimos.»

Partiendo de este principio, la obra está dividida en cinco partes.

En la primera, se considera á la Iglesia en sus dogmas, y se demuestra que, en lugar de la censura de sus enemigos, es digna de que la rindan un tributo de admiracion. En la segunda parte, es considerada la Iglesia en su constitucion. La tercera parte, acaso la más importante para estos tiempos, considera á la Iglesia en sus obras, y aquí se demuestra claramente que merece toda la gratitud y amor del mundo.

En la cuarta parte, se estudian los hombres que ha producido la Iglesia, y se les

	Pts.	Cts.
ve sobresalir en virtudes, moralidad, méritos, y, en una palabra, en todos los ramos de la actividad humana.		
Por último: en la quinta parte se trata de los combates y triunfos de la Iglesia sobre todos sus enemigos, la herejía, el cisma y la incredulidad.		
Historia de Nuestro Señor Jesucristo. Exposicion de los Santos Evangelios, por M. J. E. Darras, Canónigo de Ajaccio y de Quimper. — Con licencia de la autoridad eclesiástica: traducida por D. José Vicente y Caravantes: un tomo en 4.°, de 716 páginas, con láminas grabadas en acero.	10	
Cristianismo y Socialismo, *ó el remedio al mal social por la caridad cristiana,* obra del reverendo Padre Félix, de la compañía de Jesús: traducida por D. José María Carulla: un tomo en 8.°	2	50
El Socialismo ante la sociedad, por el reverendo Padre Félix, de la Compañía de Jesús: obra traducida por D. José María Carulla: un tomo en 8.°	2	50
Jerusalen libertada, por Torcuato Tasso: puesta en verso castellano por el marqués de la Pezuela, indivíduo de la Real Academia Española. Soberbia edicion en dos gruesos tomos en fólio imperial, con 20 hermosísimas láminas.	70	
De esta obra monumental, casi agotada, y de gran mérito por su traduccion y condiciones tipográficas y artísticas, quedan muy pocos ejemplares, y se disputará su adquisicion dentro de muy corto tiempo.		
Tratado de la predicacion cristiana, *ó sea Mision de la Palabra Santa en nuestros dias y medio de realizarla,* por D. Antonio Bravo y Tudela: con la aprobacion de la autoridad eclesiástica: un tomo de cerca de 600 páginas en 4.°	5	
Puntos que el autor trata y desarrolla		

	Pts.	Cts.
con gran lucidez en esta importantísima obra: Ideas fundamentales.—Excelencias de la predicacion.—Necesidad de la predicacion.—Estudios necesarios para el desempeño de la predicacion.—Ciencias sagradas.—Ciencias profanas.—Materias de la predicacion.—Escollos que deben evitarse.—Cualidades esenciales de la predicacion.—La predicacion debe adaptarse al predicador.—La predicacion debe acomodarse á la capacidad, necesidad y disposicion del auditorio.—La predicacion debe instruir y agradar.—La predicacion debe mover, convencer y persuadir.—Del discurso y de la accion.—Maneras de componer y de aprender, y uso de los sermonarios.—De la accion en general.—De la manera de tratar los asuntos predicables y de los diversos géneros de instruccion, etc., etc.		
Santa Casilda, novela original de doña Dolores Gomez de Cádiz; un tomo en 4.°, de más de 500 páginas.	2	
«Esta obra, dice la autora, es como una casita edificada en una loma. Se descubre en ella una luz perenne que anuncia posada al peregrino, asistencia al leproso, cama para el febricitante, asilo para los afligidos.» En efecto: es tal la dulzura que destilan sus páginas por la bondad de su doctrina, justa, encantadora y sublime, que quien haya empezado á leerla, no habrá podido dejarla hasta haber agotado todas sus bellezas.		
Los Santos Padres, por D. Miguel Sanchez; un tomo en 4.°, de cerca de 500 páginas. . .	5	
Un libro de *Patrología* ó de la ciencia y el estudio de los Santos Padres, nos ha parecido muy útil, por no decir necesario, en las actuales circunstancias. La *Patrología* es, por decirlo así, la historia del orígen divi-		

	Pts.	Cts.
no de la Iglesia y de la teología. Esta ciencia nos da á conocer las fuentes de la tradicion, el principio y fundamento de las ciencias sagradas, y el celo y la elocuencia, la fortaleza y la erudicion con que los primeros maestros de la Religion defendieron y propagaron por todas partes la doctrina de Jesucristo.		
Soliloquios amorosos de un alma á Dios, escritos en latin por Gabriel Padecopeo, y *traducidos en castellano por nuestro insigne* Lope de Vega y Carpio; un tomo en 4.° de gran lujo, con orlas de colores, láminas y una fotografía.	10	
El *autor* hizo de este libro un verdadero arte para saber amar á Dios. El asunto es tres veces divino, por ser Dios el objeto, por tratarle su autor con tal ternura, y por dárnosle en nuestro idioma Frey Lope de Vega, tan claro, dulce y amoroso, que casi parece suyo.		
El árbol de la vida. Estudios fundamentales sobre el Cristianismo, por Abdon de Paz: segunda edicion, con el brillante informe emitido acerca de esta obra por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; un tomo en 4.°, lujo.	5	
Para que pueda formarse una idea de lo que es este libro, copiamos á continuacion el índice de las materiae que contiene:		
Informe de la Academia de Ciencias Morales y Políticas acerca de esta obra.—Introduccion.—La Fé y la Razon.—La Sagrada Biblia.—*Fiat lux.*—Antigüedad del mundo.—Orígen del hombre.—¿Nuestra especie es una?—Caida y esperanza.—El diluvio.—Orígen del lenguaje.—Nemrod.—Israel.—Moisés.—El libro de Job.—Los Profetas.—La Madre de Dios.—Jesucristo.—El siglo apostólico.—El protestantismo.—La Reli-		

	Pts.	Cts.
gion y el progreso.—Más allá de la tumba. —Conclusion.—Notas.		
Cumplimiento de las profecías: obra escrita en francés por M. A. D'Orient, y vertida al castellano: tres tomos en 4.º	9	
Contiene esta admirable obra la historia abreviada de la Iglesia hasta el fin de los tiempos, y una explicacion completa del *Apocalipsis*.		
La teoría del magnetismo, ó sea la explicacion verdadera del magnetismo animal.		
Los destinos del alma, y cuál es el estado de nuestras almas en la vida de prueba que nos es dado recorrer en la tierra, etcétera, etcétera.		
El Concilio Ecuménico del Vaticano, por D. Antonio Bravo y Tudela: obra de actualidad, escrita en Roma; un tomo en 4.º mayor.	5	
Esta obra está dividida en cuatro libros. El *primero* es un estudio dogmático histórico-crítico de los Concilios generales, escrito antes de la celebracion del actual Ecuménico Vaticano. El *segundo* lleva por título: Preparacion al Concilio, y comprende cuanto como precedentes de la Santa Asamblea debe ser conocido por los fieles. El *tercero* es una crónica de los sucesos, de los actos públicos, de las disposiciones oficiales, y, por último, de las dos Constituciones dogmáticas del Santo Concilio. El *cuarto* sólo comprende las Letras Apostólicas de suspension, y algunas reflexiones que nos hemos permitido sobre las causas que la han motivado.		
Biografía Eclesiástica completa. *Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los Santos que venera la Iglesia, Papas, Doctores y Eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos*, en órden alfabé-		

	Pts.	Cts.
tico, redactada por distinguidos eclesiásticos y literatos, bajo la direccion de D. Basilio Sebastian Castellanos y revisada por una comision nombrada por la autoridad superior eclesiástica: treinta tomos en 4.º mayor, de más de 1,400 páginas cada uno, con retratos en acero de los hombres más ilustres...	225	
Esta obra magna y digna de figurar en toda biblioteca, á pesar de quedar muy pocos ejemplares completos, la hemos puesto en un precio baratísimo, atendiendo á la mucha lectura que tiene cada uno de los treinta tomos.		
Historia de la Elocuencia Cristiana, *su mision en nuestros dias, y medios de realizarla,* por D. Antonio Bravo y Tudela: publicada con la aprobacion de la autoridad eclesiástica; dos tomos en 4.º	10	
Escribir hoy la *Historia de la Elocuencia Cristiana,* no es sólo escribir un libro para los aspirantes al sacerdocio y los sacerdotes mismos: es trabajar en pró de una causa santa: es presentar á los apologistas de la Religion, á los Santos Padres, á los Obispos, á los Predicadores de las cruzadas, á los Misioneros, á los Párrocos que desde el presbiterio de su iglesia dirigen su voz al pueblo como sus mejores amigos, como sus consejeros más imparciales, más verídicos, más interesados en el bien comun, más amigos de la igualdad y la libertad, palabras que todos pronunciamos y muy pocos acertamos á comprender; es decir, con la autoridad de diez y nueve siglos, á los que se titulan *apóstoles* de la nueva idea.		
Calixta, *ó bosquejo de la Iglesia en el siglo III:* novela histórica escrita en inglés por el célebre y reverendo J. H. Mewman: traducida directamente al castellano y dedicada al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Ignacio Mo-		

	Pts.	Cts.
reno, Arzobispo de Toledo; un tomo en 8.° mayor, con láminas en acero.	2	
La Estrella de Nazareth, *Leyendas y tradiciones de Tierra Santa sobre la Santísima Vírgen María, tomadas en presencia de los sagrados libros y principales escritos de los autores católicos, Fleury, Orsini, Géramb, Chateaubriand, Poujoulat, Mislin, D'Herbelot, Bonault, Astolfi, Melard de Barry, Lamartine, etc., etc.*, por D. Luis García Luna: con licencia y prévia censura de la autoridad eclesiástica; dos tomos en 4.° mayor, de más de 800 páginas cada uno, edicion de lujo, con magníficas láminas á dos tintas y una preciosa portada en oro y colores. . .	12	50
En tiempos como los actuales, en que la impiedad se extiende y penetra hasta en las últimas esferas sociales, nos ha parecido oportuno publicar una obra que, ajustándose rigurosamente á lo que cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia, pueda, por lo poético de su estilo y lo sencillo de su forma, penetrar en el seno de las familias, siendo agradable igualmente á los espíritus graves que á los frívolos, y difundir la saludable semilla de la moral cristiana y las verdades augustas de nuestra santa Religion.—Quedan muy pocos ejemplares.		
Hipatía, *ó los últimos esfuerzos del Paganismo en Alejandría*; novela histórica del siglo V: traducida directa y libremente del inglés: segunda edicion; un tomo en 8.° mayor de 600 páginas y muchas láminas en acero..	3	
Monte San Lorenzo; novela religiosa escrita en inglés por el autor de *La hechicera del Monte Melton*, monseñor el Cardenal Wiseman: traducida directamente al castellano y aprobada por la autoridad eclesiástica; dos tomos en 8.° mayor, con muchas láminas en acero.	4	
Esta obra, como todas las que han salido		

	Pts.	Cts.
á luz de esa lumbrera de la Iglesia católica, no necesita más recomendacion que el nombre del autor.		
Abecedario de la virtud, dedicado á los niños, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado. Obra declarada de texto por el Real Consejo de Instruccion pública. Revisada y aprobada por la autoridad eclesiástica. Premiada con medalla de primera clase en la Exposicion pedagógica de 1882. Décimaquinta edicion; un tomo con láminas, encuadernacion con cromos.	2	
La mejor recomendacion de esta obra es que de ella se han hecho 15 numerosas ediciones.		
Las confesiones de San Agustin, *conforme á la edicion de San Mauro*, traducidas por el Rdo. P. Fray Eugenio Ceballos, de la Orden del Santo, seguidas de las meditaciones, soliloquios y manual, traducidas por el P. Rivadeneira, de la Compañía de Jesús; dos tomos en 8.° mayor, con el retrato de San Agustin.	4	
Alivio de Párrocos, *ó Prácticas familiares adecuadas para los pueblos*, compuestas por un párroco: dos tomos de cerca de 500 páginas cada uno en 4.°, pasta.	8	
Esta obra, escrita para facilitar á los señores párrocos el cumplimiento de su grande y arriesgada obligacion, está escrita con la mayor sencillez posible, para que los feligreses entiendan lo que se les dice y se queden con deseos de oirle otra vez. Contiene dos pláticas para cada Dominica, y además para todos los Misterios del Señor, Festividades de María Santísima y fiestas de varios Santos que hay obligacion de guardar.		
Las numerosas ediciones que de esta obra se han hecho prueban más que nada la bondad de ella.		

	Pts.	Cts.
Diccionario *Geográfico, Estadístico, Biográfico é Histórico de la Isla de Cuba*, por D. Jacobo de la Pezuela: cuatro tomos en fólio. . . .	30	

Anuncia desde luego su título mismo, que este *Diccionario* se consagra á dar á conocer á la Isla de Cuba, exponiendo alfabéticamente, y con la extension que les corresponde, todos los detalles de sus territorios, sus grupos de poblacion, producciones, reino animal y mineral, etc., etc.

Vírgenes y mártires, por D. Antonio de San Martin; Un tomo, con grabados.	3	

Para poder apreciar qué es esta interesantísima obra, ponemos á continuacion el índice:

LIBRO PRIMERO.—La luz de la verdad.—El César incendiario.—Dos perlas en un lodazal.—En la Vía-Sacra.—La esposa de un Senador romano.—La Villa Flora.—La sala del baño.—Las libaciones.—Tremenda cólera de un mirmillon del anfiteatro.—Resultado de la lucha entre Salustio y Selambrio.—Destinado á probar la razon por qué las patricias romanas se enamoraban ciegamente de los gladiadores.—El filtro.—Alma gastada y corazon virginal.—Al volver del letargo.—Una terrible sorpresa.—La mala nueva.—Lágrimas de dolor y recuerdos aterradores.—Profecía célebre en tiempo de Augusto.—Causas por qué sufrían persecucion y martirio los cristianos.—En el cual se ve que Salustio empezaba á interesarse con la narracion del nazareno.—Llegada de un edil curul.—Un imitador de Jesucristo.—La cárcel Paulina.—La sala de Forkias, el cubículo de Plutón y la sala de la Fontana.—Una buena nueva.—Portero de una prision y hombre bondadoso.—Los celos del mercader Lucio Marcelo.—Continuacion del anterior capítulo.—En el cual continúa dándose á conocer el gran

	Pts.	Cts.
sacerdote de Saturno.—Promesas de felicidad.—Amor purísimo.—Ceremonias de un matrimonio por consagracion.—Tristes presagios.—El rapto.—En brazos de la desesperacion.—Fin de la historia de Laconio.—Alianza de dos desgraciados.—LIBRO SEGUNDO.—El asilo de los cristianos.—La fiesta de las antorchas humanas.—¡Prendedlo!—Ruegos y amenazas.—Valor de una virgen cristiana.—En el cual se ve que el perverso Lucio Cétego se encontró, como decirse suele, cogido entre la espada y la pared.—El anfiteatro de Augusto.—El pueblo y las meretrices.—Los senadores romanos.—Llegada del Emperador.—Selambrio vencedor.—¡Los cristianos á las fieras! —Templo, asilo y ciudad: las catacumbas.—Pensamientos de un enamorado, que interrumpe bruscamente el guardia de un pretor.—Proposicion rechazada.—La prision Mamertina.—Condenado á morir.—Escenas de horror y muerte.—Continuacion del anterior capítulo.—El spoliarium.—El caduceo de Mercurio y el martillo de Pluton.—Odio feroz.—Espada de acero contra espadas de palo.—¡Los enfermos!—Cádaver sin corazon.—Dolor profundo.—Venganza de Selambrio.—Las angustias de un avaro.—Rematadamente loco.—*Domine, quod vadis?* —San Pedro y San Pablo.—El furor de Satán.—LIBRO TERCERO.—Camino de Niápolis. —La Isla de Citeres.—La hermosa Aurelia: una impresion inexplicable.—Una historia como hay infinitas.—En el cual queda demostrado cómo una mujer artificiosa y perversa puede convertir en asesino á un hombre de bien.—Asilo en el templo de Júpiter Feretrio.—De qué manera tuvo lugar la conversion del septenviro Acerronio.—Perseguidores y perseguidos.—El suplicio mayor para una mujer cristiana.—La proce-		

	Pts.	Cts.
sion de las vírgenes desnudas.—Muerte de un malvado, con otros acontecimientos que sabrá el que este capítulo leyere.—Conclusion.		
Prontuario de la Teología Moral. Por don Miguel Sanchez, Presbítero: Segunda edicion. Con aprobacion de la autoridad eclesiástica; un tomo en 4.°, de más de 800 páginas á dos columnas	8	50

Este *Prontuario de la Teología Moral* no es ni aspira á parecer una obra *nueva* en su doctrina. Por el contrario, su autor, que está firmísimamente persuadido de que en materias religiosas y morales la verdad se halla en lo *antiguo* y el error en lo *nuevo*, ha puesto todo su conato en no decir nada que no tenga tanta antigüedad como la Divina Tradicion, que, comenzando en San Pedro, llega hasta Pio IX, y continúa y continuará hasta el fin de los siglos.

Nuestra obra está escrita segun los principios de Santo Tomás, y con arreglo á las doctrinas de los dos grandes intérpretes de Santo Tomás, los Salmaticenses y San Alfonso de Ligorio.

Respecto á Santo Tomás, nadie ignora que es el Sol de las Escuelas, el Príncipe de la Teología y el Maestro por excelencia. El Papa Juan XXII, al canonizarlo, aseguró que habia hecho tantos milagros como artículos habia escrito para su *Suma Teológica*, y el mismo Jesucristo, como complaciéndose en la doctrina del Doctor Angélico, que es, por decirlo así, el compendio de toda la doctrina de los santos Padres, la aprobó y aplaudió, diciendo: *Tomás, bien has escrito de mí.*

El propio Lutero lo encomiaba, sin quererlo, cuando, impulsado por su desesperacion y su odio al Catolicismo, exclamó: «Suprimid á Santo Tomás, y yo destruiré

Pts. Cts.

la Iglesia de Cristo.» *Tolle Thomam, et Christi Ecclesiam scindam.*

Por lo que se refiere á los Salmaticenses, no se necesita más que indicar que su *Curso de Teología Moral* es la obra que más cita, y cuyas doctrinas con más frecuencia sigue San Alfonso de Ligorio. En efecto: no hay una sola página de la *Teología moral* de San Alfonso, en la cual no se encuentre muchas veces el nombre de los Salmaticenses. Pudiera afirmarse, sin temor de errar, que la grande obra de San Alfonso no es otra cosa que un excelente extracto, ó un admirable comentario de la grande obra de los Teólogos de Salamanca.

En fin, por lo que ataño á San Alfonso de Ligorio, la Sagrada penitenciaría declaró en 1831 que *todas sus opiniones* podían enseñarse sin peligro en las cátedras, y seguirse con seguridad en la práctica del tribunal de la Penitencia.

Tales son las fuentes de nuestra doctrina.

Y adviértase que, no sólo seguimos á Santo Tomás, los Salmaticenses y San Alfonso de Ligorio, sino que, como si no nos atreviésemos á hacer ninguna afirmacion sin apoyarla en su autoridad, los citamos á cada paso y con completa exactitud.

Las ventajas que ofrece nuestra obra son las siguientes:

1.ª Está escrita con arreglo á los últimos decretos dogmáticos, morales y disciplinales de la Santa Sede, ó sea teniendo en cuenta la Bula *Auctorem fidei*, de Pío VI; la Encíclica *Mirari*, de Gregorio XVI; el *Syllabus*, de Pio IX; los Decretos del Concilio Vaticano, las Bulas *Apostolicæ Sedis*, *Dum Infidelium*, y todos los demás Breves y Rescriptos de Pio IX, y todas las respuestas que han dado en los últimos tiempos y

	Pts.	Cts.
hasta nuestros dias las Sagradas Congregaciones.		
2.ª Recordando y comparando las leyes santas de la Iglesia y las actuales leyes del Estado, se explica cuál es la situacion de las relaciones entre las potestades eclesiástica y civil.		
3.ª Al tratar de la *prudencia* del confesor, se expone con el necesario detenimiento la conducta que debe seguirse con cada uno de los penitentes, cualesquiera que sean su posicion y la índole de sus culpas ó errores.		
4.ª Para que con facilidad pueda refutarse un error execrable que los incrédulos y los libertinos intentan propalar en nuestros dias, se dedica una disertacion especial á la defensa del celibato eclesiástico.		
5.ª Al hablar de los deberes del cura párroco, se manifiesta, con la extension conveniente, cómo debe ser la predicacion parroquial, y qué recursos podrán poner en juego los párrocos para poder desempeñar su tan delicada como árdua mision en las presentes circunstancias.		
6.ª Un tratado especial, en el cual, impugnándolo, se examina el matrimonio civil, se demuestran sus absurdas y monstruosas consecuencias, y citando al intento las últimas declaraciones de la Sagrada Penitenciaria, se exponen las reglas que en la práctica han de seguirse.		
7.ª Un tratado particular de la Bula de la Cruzada, en el cual, recordando todos los antiguos privilegios, se fija la atencion en los nuevos, para que se pueda comprender bien la grandísima diferencia que existe entre unos y otros, pues que la nueva Bula, en muchos puntos esenciales y de jurisdiccion, difiere bastante de la antigua.		
8.ª Una exposicion ó disertacion apolo-		

	Pts.	Cts.
gética del *Syllabus*, en la cual se señala el origen y naturaleza del error que en cada *Proposicion* se condena, y se demuestra la verdad católica qne, por el contrario, se establece.		
9.ª y última. En todas las cuestiones que pudieran llamarse de actualidad, se expone lo que enseña la Iglesia para defenderlo, y á la vez se indica el error contrario ó contemporáneo, con el fin de que se evite como un escollo.		
Expositio Bullae Sanctae Cruciatae, Auctore D. Michaele Sanchez; un tomo de 534 páginas, buen papel y buenos tipos.	5	
En esta obra, publicada con la censura y recomendacion del Comisario general, se explican la Bula de la Cruzada y el Indulto cuadragesimal, teniendo en cuenta las muchas y graves modificacioness introducidas por las Bulas *Dum infidelium, Apostolicae Sedis*, etc., etc. Además, por vía de apéndices, se insertan todas las Bulas, Breves ó artículos del Concordato y reales decretos que se refieren á la Cruzada ó á su administracion.		
Historia de las Misiones en el Japon *y Paragüay*, por el Cardenal Wiseman; traducida directamente del inglés al castellano: un tomo con láminas en acero.	3	
Alfredo ó la unidad católica, por el padre Pedro Salgado; un tomo con láminas en acero.	3	
Biblioteca de la familia cristiana, coleccion de novelas y leyendas morales, por una sociedad de literatos entre los que se cuentan Selgas, Trueba, Fernan-Caballero, María del Pilar Sinués, Valentin Gomez, don Vicente de la Fuente, etc., etc. Siete tomos en 8.°, con muchas láminas.	10	
De esta interesante coleccion, que lleva á su frente autores de tanta talla, sólo pode-		

	Pts.	Cts.
mos decir que son libros que la familia más timorata puede dejar en manos de sus hijos sin temor de que se perviertan sus buenas costumbres.		
Obras de Chateaubriand, ilustradas con grabados.		
Los Mártires.—Un tomo en 4.° mayor, de 192 páginas.	1	75
Atala.—René.—El último abencerraje.—Un tomo en 4.° mayor, de 68 páginas. Estas tres se venden juntas bajo una cubierta. . .		75
Los cuatro Estuardos.—Un tomo en 4.° mayor, de 40 páginas.	1	50
Itinerario de Paris á Jerusalen.—Un tomo en 4.° mayor, de 168 páginas.	1	75
El Genio del Cristianismo.—Un tomo en 4.° mayor de 200 páginas.	2	
Los Natchez.—Un tomo en 4.° mayor. de 144 páginas.	1	50
Viajes á Italia y América.—Un tomo en 4.° mayor, de 120 páginas.	1	25
Estudios históricos.—Un tomo en 4.° mayor, de 192 páginas.	2	
Misceláneas politicas.—Un tomo en 4.° mayor, de 116 páginas.	2	25
Opiniones y discursos.—Un tomo en 4.° mayor, de 140 páginas.	1	50
Memorias de Ultratumba.—Un tomo en 4.° mayor, de 624 páginas.	6	50
Ensayo sobre las revoluciones antiguas.—Un tomo en 4.° mayor, de 156 páginas. .	1	50
Análisis razonado de la Historia de Francia.—Un tomo en 4.° mayor, de 144 páginas.	1	50
Ensayo sobre la literatura inglesa.—Un tomo en 4.° mayor, de 124 páginas.	1	25
Misceláneas literarias.—Un tomo en 4.° mayor, de 40 páginas.		50
Vida de Rancé, reformador de la Trapa.—Un tomo en 4.° mayor, de 44 páginas. . .		50
Congreso de Verona.—Guerra de España.		

	Pts.	Cts.
—Negociaciones. — Colonias Españolas.— Polémica.—Un tomo en 4.° mayor, de 208 páginas.	2	25
Jesucristo. *Introduccion al Evangelio estudiado y meditado para uso de los nuevos tiempos:* por Augusto Nicolás, traducido por D. J. V. Caravantes: un tomo en 8.° mayor.	4	
Año Cristiano, *ó ejercicios devotos para todos los dias del año,* por el P. Juan Croisset. Arreglado por el presbítero D. J. Petano y Mazariegos. Aumentado con la vida de más de 1,500 Santos que no se hallan en otras ediciones. Con licencia y aprobacion de la autoridad eclesiástica. Ilustrado con 400 preciosas láminas sueltas, con orlas de color. Consta de cinco tomos en 4.° mayor.	46	
Sermones de la Santísima Vírgen María, compuestos por D. Pio Hernandez Fraile. Un tomo en 4.°.	3	
Vida, virtudes y milagros, de la Bienaventurada Vírgen Teresa de Jesús, Madre y fundadora de la nueva reformacion de la órden de las descalzas, y descalzas de nuestra Señora del Cármen, por Fr. Diego de Yepes. Dos tomos.	4	